

UN BEST SELLER MADE IN SPAIN QUE HA ROTO MOLDES



LENA VALENTI

"Lena Valenti y su exitosa Saga Vanir han revolucionado el panorama romántico en lengua castellana".

ME GUSTA LEER

EL LIBRO DE NOAH

SAGA VANIR, VIII

Ni el amor ni el sol se pueden tapar
con un solo dedo

**LENA VALENTI
EL LIBRO
DE
NOAH**

SAGA VANIR, VIII



Gracias

Gracias a todos los que me apoyáis y que desde el primer día habéis estado ahí dando la cara y reafirmandoos con esta Saga que tanto os gusta y os hace sentir.

Gracias por seguir emocionándoos como el primer día con cada entrega.

Gracias a todos los que sabéis que no se puede tapar el sol con un solo dedo.

«Desperdiciamos la vida recordando el pasado y preocupándonos por el futuro; cuando las personas no saben en realidad, que el tesoro más increíble que hay es el de ser conscientes en este momento presente. Vivir en el ahora y arreglar la Tierra ahora. Una persona empática mejorará la vida de los demás; pero una persona consciente puede cambiar el mundo, tal y como sé que lo cambiarás tú. Abraza tu destino y atrevéte a desafiarlo. Ningún telar es lo suficientemente fuerte como para no romperse ante el corazón y el coraje de un hombre valiente».

PALABRAS DE AS LANDIN A NOAH THÖRYN

INTRODUCCIÓN

Dice la profecía de la vidente:

«Habrá una batalla final entre las fuerzas celestes y las del Inframundo. Será una lucha encarnizada que dará origen y final a los tiempos conocidos. Ésta será la última guerra en la que los dioses llegarán a su ocaso y donde demonios y humanos perecerán en el día llamado “El final de los tiempos”, el *Ragnar k*».

En la visión de la *v lva*, Odín, conocido como «el Padre de todos», moría a manos del lobo Fenrir, liderado por Loki. Se desataba el caos y la humanidad desaparecía. De los dioses escandinavos, sólo Nj rd regresaba a Vanenheim de nuevo. El resto moría en la guerra contra las fuerzas del Mal.

Después de tan oscuro presagio, la *v lva* hablaba del resurgir de un nuevo amanecer. Un futuro más brillante en un nuevo mundo.

El Ragnar k se origina cuando Loki, hijo de los gigantes Farbauti y Laufey, que una vez había sido proclamado hermano de sangre por Odín, más tarde declarado enemigo acérrimo del mismo y nombrado «El Traidor» por todos los dioses, se niega a arrodillarse ante la raza inferior humana. Odín quiere que los humanos evolucionen y lleguen a convertirse en maestros de sus propios maestros, pero Loki se niega a dar una oportunidad a la humanidad, pues, según él, no merecen tal misericordia.

Cuando el dios Aesir escuchó de boca de la vidente el poema profético sobre su destino, decidió tomar cartas en el asunto para que aquello no sucediera. No podía permitir que la profecía se cumpliera, él no podía desaparecer, la humanidad no podía ser aniquilada, así que secuestró a Loki, «el Origen de todo mal», del Jotunheim, y lo encarcel  en el Asgard en una cárcel invisible de rocas de cristal. Odín ya sabía que nadie podía fiarse de Loki pues era un timador, un dios transformista que adoptaba mil caras distintas cuando mejor le convenía.  l mismo había sufrido de la peor manera las artimañas de tamaño engañador y su querido hijo Balder había perdido la vida debido a sus maquinaciones.

Sin embargo, Loki, a través de uno de sus famosos engaños, se escapó de la cárcel y descendí al Midgard, la Tierra, para reírse de la humanidad y truncar el proyecto de Od n.

Fue entonces cuando las dos familias del panteón escandinavo que habían vivido enemistados en otros tiempos, los Aesir, liderados por Odín, y los Vanir, liderados por Freyja, unieron sus fuerzas de nuevo y crearon a los berserkers y a los vanirios para proteger a la humanidad de las fechorías de Loki, el hijo de los Jotuns.

Odín fue el primero que escogió a sus guerreros einherjars, vikingos inmortales, y los tocó con su lanza otorgándoles el Od, la furia animal, convirtiéndolos así en guerreros berserkers con semejanzas genéticas e instintivas a la de los lobos, su animal favorito. Los hizo descender a la Tierra con el objetivo de mantener a Loki a raya, y durante un tiempo fue posible; pero las mujeres humanas eran muy atrayentes para ellos, así que mantuvieron relaciones sexuales e hibridaron la raza pura berserker.

El dios gigante Loki consiguió llevar a su terreno a algunos de los híbridos, ya que al ser de naturaleza semihumana eran mucho más débiles y susceptibles a las promesas y a los deseos que él les ofrecía a cambio de unirse a sus filas. Transformó a todos los que se fueron con él en lobeznos, seres abominables y sedientos de sangre que podían parecer humanos, pero que, al mutar, se convertían en auténticos monstruos asesinos, los llamados hombres lobo. Loki conseguía de esa manera mofarse de Odín y de su creación.

El Midgard entonces se descontroló. Cada vez eran menos los berserkers hibridados capaces de ignorar y negar a Loki. La Tierra entraba en una época convulsa de oscuridad y guerra donde no había cabida para la luz ni la esperanza.

Fue en aquel momento cuando los Vanir, al ver el escaso éxito que había tenido Odín para mantener a Loki a raya, apoyaron al dios Aesir y crearon una raza propia de guerreros que además les pudiera representar en la Tierra. Sin embargo, los Vanir no tenían conocimiento sobre manipulación de armas ni tampoco sobre guerra. Ellos eran los dioses de la belleza, el amor, el arte, la fecundidad, la sensualidad y la magia: no sabían nada de destrucción. Así que hicieron una criba con los guerreros humanos más poderosos de la tierra y los mutaron, otorgándoles dones sobrenaturales.

Los dioses Vanir Njörd, Frey y Freyja escogieron a miembros de algunos clanes humanos que entonces poblaban la tierra, y a cada uno les otorgó dones fascinantes. Pero también, temerosos de que alguna vez pudieran sobrepasarles en poderes, les dieron alguna que otra debilidad.

Así nacieron los vanirios, seres que una vez fueron humanos y a quienes los dioses añadieron una fuerza sobrenatural convirtiéndolos en hombres y mujeres inmortales. Eran telépatas, telequinésicos, podían hablar con los animales, podían volar y tenían colmillos como sus creadores Vanir; pero no podían caminar bajo el sol y además soportarían el tormento de la cruz del hambre eterna hasta que encontraran a sus parejas de vida, hombres y mujeres especiales capaces de entregarles todo aquello que sus corazones anhelaran. Pero Loki, conocedor de la insaciable sed vaniria, también les tentó ofreciéndoles una vida en la que el hambre podría solventarse sin remordimientos de conciencia. A cambio, ellos sólo tendrían que entregarle su

alma y unirse a su ejército de jotuns. Los más débiles, aquellos que se plegaron a su oferta, aceptaron el trato y se convirtieron en vampiros, seres egoístas que absorben la vida y la sangre humana. Asesinos.

Ahora, ante el refuerzo y la ofensiva de Loki y su séquito, los vanirios y los berserkers que no se han vendido a él se verán obligados a aparcarse todas sus diferencias y a permanecer unidos para luchar contra todos aquellos que se han confabulado para conseguir que el Ragnarök llegue a la Tierra y se pueda destruir así a la humanidad.

No obstante, en la lucha encarnizada contra el Mal, ni siquiera la ayuda de estas dos razas de seres inmortales es suficiente para la causa. Los vanirios y los berserkers son fuertes, pero necesitan aliados ahora que se acerca el ocaso de la Tierra.

Muchos humanos de almas oscuras que están a la orden de Loki han unido sus fuerzas, sabedores de que el *Ragnarök* se aproxima; según ellos, la Tierra se rige por ciclos, y el ciclo final debe llegar cuanto antes para que su dios, Loki, haga llegar un nuevo día. Durante siglos, han creado sectas y organizaciones que estudian, secuestran y maltratan a seres como los vanirios y los berserkers, y no conformes con eso, intentan provocar esa apertura dimensional, esa puerta a través de la cual Loki podría entrar a nuestro mundo y sumirlo para siempre en la oscuridad. Organizaciones como Newscientists, la Secta Lokasenna, brujos y hechiceros, lobeznos, vampiros y escoria humana han decidido provocar ese parto planetario antes de tiempo a través de la manipulación de mentes privilegiadas de geólogos y físicos cuánticos. Y es algo que Odín y Freyja han decidido evitar a toda costa.

Hasta ahora, los dioses no podían interceder directamente en el plan evolutivo de la humanidad y esperaban una señal, un acontecimiento, la llegada de un nuevo guerrero que desencadenara la jugada maestra y empezara a mover las fichas.

Ese momento ha llegado.

La diosa Vanir y el dios Aesir enviarán a la Tierra a todos los ejércitos del *Asgard* y del *Vanenheim*, en un intento desesperado de igualar las fuerzas y echar una mano a vanirios y berserkers.

Freyja dará carta blanca a sus valkyrias para que por fin desciendan a la Tierra e implanten su ley. Estas mujeres guerreras son despiadadas, caprichosas y letales, y han permanecido en el *Víngolf* junto a Freyja desde el momento en que fueron concebidas y dotadas de sus dotes. La diosa les va a dar la oportunidad de liberar su frustración y abrazar de una vez por todas su ansiada libertad, aunque para ello tengan que arriesgarse y dejar atrás la protección que los muros del *Valhall* les había dado.

Odín, a su vez, enviará a sus *einherjars*, aquellos guerreros inmortales

que no ha transformado en berserkers. Estos guerreros habían sido una vez humanos, y entregaron su vida honorablemente en defensa de los suyos y de los dioses. Ahora son hombres poderosos, con grandes dones, y están dispuestos a todo con tal de luchar en nombre de Odín.

El destino de la humanidad está en manos de estos seres, y ni siquiera el tapiz de las *nornas* en el que se lee el destino es claro en cuanto al final que de la raza humana se refiere. No obstante, los dioses saben que si el ser humano pierde esta batalla desaparecerán con ellos, y eso no lo van a permitir. Hay demasiado en juego.

Pero ni siquiera estos guerreros que van a luchar por la humanidad están a salvo de la energía de la Tierra. Una energía que se mueve a través del amor, el odio, la rabia, la compasión y el sexo. El ser humano es visceral, igual que la realidad en la que vive. Valkyrias y einherjars bajarán de los cielos para defendernos, pero ¿cómo se defenderán ellos de un planeta tan cargado de emociones? ¿Protegerán sus corazones?

El tapiz del destino no está acabado, y cada movimiento que se haga en la Tierra lo transforma y le da nuevos colores y nuevas formas. Cada acción tendrá una reacción. No hay mayores estrategias que los dioses, pero incluso ellos no están seguros de ganar la partida contra Loki porque: ¿Qué importan los planes cuando estás en una realidad tan imprevisible y voluble como la nuestra?

Unos nos defienden, los otros nos atacan.

Unos esperan nuestra aniquilación, y los otros se sienten obligados a defendernos y luchan por nuestra salvación, sin ser conscientes de que mientras nos salvan, alguno de nosotros también puede salvarlos a ellos.

Los humanos somos la raza débil, estamos justo en medio, viviendo nuestras propias vidas, ignorantes de aquello que nos rodea. Pero incluso la raza menor puede dar lecciones a las razas superiores, como por ejemplo que en la guerra y en la venganza el más débil es siempre el más feroz.

La batalla final entre el Bien y el Mal lleva labrándose desde hace tiempo, pero esta vez, las pasiones, los anhelos, la amistad, el corazón, el amor y la valentía, serán factores decisivos en su desenlace.

El *Ragnarök* se acerca.

Y tú, ¿de parte de quién estás?

Da comienzo el Principio del fin.

Elige tu bando.

No existe la luz sin la oscuridad.

No se concibe el bien sin el mal.

No hay perdón sin ofensa.

No hay redención sin rendición.

En un mundo de opuestos en el que vivimos, unos seres inmortales vienen a protegernos no sólo de Loki, sino también de nosotros mismos.

La línea entre lo que es bueno y lo que no es muy subjetiva, demasiado fina para nosotros, pero invisible para seres que desde hace milenios están luchando por una raza humana que demuestra muy pocos escrúpulos en todas sus acciones y decisiones. ¿Merecemos ser salvados?

Todo es posible.

Todo está permitido.

Y todo es más real de lo que creemos.

Ésta es la Saga Vanir.

Bienvenidos al mundo de Lena Valenti.

Prólogo

Asgard

Árbol Yggdrasil

La Tierra.

Un reino medio destinado a albergar la cuna de una civilización con el suficiente potencial como para convertirse la precursora de una nueva era de evolución espiritual.

Eso era el Midgard para ellos, para los dioses. Para poder seguir creciendo, habían puesto todas sus esperanzas en los seres humanos. En ellos, que debían aprender con el tiempo a ser un poco mejores, a decidir si era mejor la tecnología o la conciencia, si era preferible el materialismo o el enriquecimiento personal; en ellos, a quienes se les habían dado miles de años para que eligieran dejar de crear armas y máquinas destinadas a destruir, y virus y parásitos para enfermar, para que centraran su inteligencia en cosas más constructivas y beneficiosas para la mente y el espíritu.

Los dioses vanir y aesir habían decidido creer en ellos, en los llamados hombres y mujeres de esa dimensión.

¿Para qué? Para nada.

Los dioses no pretendían convertir a los humanos en Budas, pero tampoco se imaginaron que la vileza y la indiferencia propias de Loki (o, como los humanos lo conocían, «Satanás») iba a hacer tanta mella en ellos.

Al final, su mundo, su Tierra, tenía lo que se merecía.

El ser humano tenía lo que se había ganado a pulso.

Sí, era cierto que esa raza inferior se escudaba en aquello de: «Al final, pagan justos por pecadores». Pero los dioses opinaban que si los justos, los que decían que no habían hecho nada, hubieran decidido hacer algo, si hubieran tenido una décima parte de inconformismo y rebeldía en sus venas, no se hubieran dejado machacar de esa manera. Al final, no hacer nada equivalía a ser cómplice con el mal.

Ahora, ni siquiera el llamado Armagedón, que sacudía su superficie y sus principios, lo habían provocado los dioses.

El inicio de la guerra que se avecinaba la habían creado los humanos con su ignorancia y con sus ganas de más y más: más dinero, más poder, más años de vida, más juventud. Esos pocos que sometían a los millones y millones de personas que compartían aquel planeta, esos pocos con inteligencia, curiosidad insana y dinero eran los auténticos dioses. Los que

jugaban y manipulaban a su antojo y engañaban al más débil o menos poderoso.

Y esos menos poderosos, que les ganaban en número, con diferencia, eran incapaces de unirse para presentar batalla.

El lema debía ser otro: «Pagan justos cobardes, por pecadores atrevidos».

Y pagaban precisamente por ser incapaces de unirse y sentir empatía los unos por los otros.

La minoría más fuerte había conseguido jugar con los principios universales y había logrado manipularlos.

Los vórtices de la Tierra despertaban antes de la llamada de la luna azul, como señalaban los hopis. El magnetismo de la Tierra se modificaba, los polos se movían, las placas temblaban... El ser humano, el más avisado y poderoso, había logrado abrir puertas dimensionales y conocía las razas superiores que lo originaron todo.

Los humanos que habían podido ver a esas razas habían decidido unirse a ellos con la promesa de la inmortalidad y la juventud eterna en el horizonte.

¿Y quiénes eran aquellos que, desde otra dimensión, observaban el descalabro del Midgard? ¿Quiénes eran aquellos que habían esperado, equivocadamente, tanto del ser humano? En unas culturas los llamaban los sembradores de vida; en otras, los hombres alados. Pero Odín y Freyja, los auténticos dioses vanir y aesir, sabían la verdad: eran ellos mismos.

Solo dioses.

Los dioses eran dioses; no eran pájaros ni astronautas.

Eran dioses.

Y no había uno solo. Había muchos.

La Resplandeciente observaba con atención la primera guerra abierta que se había producido en el Midgard mientras jugaba una partida de ajedrez con Odín.

Una partida muy especial.

Escocia había sido el punto de partida de la guerra. En esos momentos, una parte importante de aquel fascinante y hermoso país, evocador de grandes leyendas, se había convertido en un caos infernal. Edimburgo se sumía en el desconcierto y la destrucción; ardía y lloraba. Había miles de muertos entre las víctimas de etones, purs y las propias de la naturaleza, que había despertado, abriendo grietas en la superficie de la Tierra.

Grietas por las que muchos caían, algunos más válidos que otros.

Odín estaba sentado frente a ella, estudiando su siguiente movimiento, concentrado y serio. Con un ojo puesto en los siniestros de la Tierra, y otro en los rápidos dedos de Freyja, como si temiera que le hiciera trampas.

«Iluso», pensó Freyja. Si hiciera trampas, jamás se daría cuenta de ello. De hecho, lo engañaba desde hacía eones y todavía no lo había descubierto.

Habían visitado a las nornas hacía un rato. Urd, Verdandi y Skuld, las tres susurrantes que hilaban el telar del destino, los habían recibido amablemente, pero en ningún momento desviaron sus negros ojos proféticos de su tejer.

—¿A qué se debe vuestra visita, Alfather? —había preguntado Urd, la norna del pasado—. Todavía recuerdo la última vez que viniste.

Las tres mujeres se parecían mucho físicamente, excepto Skuld, que a veces hacía funciones de valkyria. Las tres lucían unas cabelleras largas y rojas, tenían una la piel pálida y los ojos del color del carbón. Sus rostros (sus sienes y sus pómulos, para ser exactos) lucían xerografiados por pequeñas y estratégicas líneas grises que formaban extraños símbolos. Los símbolos de la adivinación; las runas en movimiento.

—No quiero hablar contigo, tejedora —replicó Odín mirando a Freyja de reojo, como si no deseara que esta escuchara nada más.

—¿A quién visitas esta vez? —preguntó Verdandi, que hilaba el presente y lo interpretaba a su antojo—. Hay cosas, Alfather, que en este momento no se pueden modificar —canturreó frente al telar—. No puedes volver a tocar mi telar. No lo permitiré.

Odín le dirigió una mirada de advertencia.

—Tú harás lo que yo te ordene. No obstante, norna, tranquilízate: no es a ti a quien visito.

—Me alegra saberlo. La *völva* anunció una profecía y los hilos se mueven solos para cumplir su destino. —La inquietante norna parpadeó al mirar al imponente dios—. Nadie puede interceder. Es un sino inamovible.

—Reza, entonces, para que intercedamos, o tú desaparecerás junto con tus hilos, Verdandi —contestó, incisivo—. Tú y todo lo que nos rodea. ¿Acaso os apetece morir?

Skuld detuvo sus manos, las cuales cruzaban hilos y cerraban dibujos y símbolos con expertos puntillazos de sus dedos. Se retiró el pelo rojo del rostro y levantó la mirada para clavarla en el aesir.

Odín y Freyja la miraron a la vez, expectantes, esperando a que la joven hablara y les ofreciera su don.

—Yggdrasil no se puede violar de ese modo. Somos sus guardianas.

Sus raíces viven y deben respetarse —explicó Skuld, señalando con un dedo las raíces que se removían bajo la tierra fértil de su reino, bailando como bailaban las runas vivas de su rostro—. Su sabiduría debe mantenerse impoluta. Estás aquí en busca de algo que no te puedo dar. Yo no soy la *völva*.

El dios entendió aquellas palabras como una clara negación. Estaban ahí

por una razón: Skuld veía el futuro. Tal vez ella pudiera decirles algo que les indicara cuándo debían actuar definitivamente.

—¿Qué ves en tu telar? —preguntó.

—Veo, veo... —canturreó la norna con voz ceremoniosa.

—¿Qué ves? —preguntó Freyja.

—Veo cosas que no controlo ni puedo cambiar —confesó, con los ojos llenos de tristeza—. Mis manos vagan solas por el telar y escriben sucesos futuros que no puedo modificar.

—Después de todo lo que ha sucedido, después de todas las fichas que hemos movido, ¿el futuro no ha cambiado nada? —preguntó Freyja, incrédula.

Skuld entrelazó los dedos de sus manos y negó con la cabeza de un lado al otro. Sus hermanas nornas no dejaron de trabajar en ningún momento.

—Hay ligeros cambios. Vuestros movimientos han sido acertados hasta ahora, pero solo han retrasado algo inevitable. El futuro continúa siendo el que es. Puede ir hacia un lado o hacia el otro, depende de la fuerza del río. Sin embargo, hay un ocaso para todos, y el nuestro se avecina... —Retiró la mirada y se centró de nuevo en parte de su telar—. Lo que hemos hechos nos ha llevado al momento del «ahora». Lo que sucederá de ahora en adelante es... —se quedó pensativa mientras buscaba la palabra idónea— inexacto. Pero lo que sucederá, con exactitud...

—Ah, lo que está sucediendo con exactitud —repitió Verdandi con una sonrisa.

—Lo que sucedió con exactitud solo lo supo nuestro telar —finalizó Urd.

Freyja puso los ojos en blanco y miró a las tres mujeres como si no tuvieran remedio. Urd hablaba casi siempre en pasado; Verdandi utilizaba siempre los gerundios presentes... La única que hablaba con cordura era Skuld, la más joven de las tres, pero siempre lo hacía en clave, porque lo cierto era que no sabía qué iba a suceder.

Yggdrasil había creado un vínculo irrompible con ellas. El árbol de la sabiduría, la fuente de la vida, vivía en esas mujeres y les contaba todo lo que sabía sobre los reinos. Pero si una de esas mujeres rompía el pacto de silencio y confidencialidad con el majestuoso núcleo del Asgard, su inmortalidad y su don desaparecía, y, como tal, uno de los tiempos del universo (pasado, presente o futuro) dejaría de existir.

—Malditas locas... —murmuró la diosa, molesta.

—Dinos, al menos, si hay posibilidad de salvación —ordenó Odín.

La joven se encogió de hombros y las runas de su rostro se movieron a través de su piel, iluminándose y apagándose alternativamente, como la luz que guía el faro de la verdad.

—La muerte es nuestra única salvación. El fin debe dar lugar a un nuevo principio —contestó Skuld, tirando levemente de un hilo dorado y arrancándolo del telar. Este se apagó en sus manos y se desmaterializó—. Muerte y vida. Vida y muerte. Un pez que se muerde la cola, ¿verdad, Alfather?

—¿Cómo? —preguntó Odín—. ¿Cómo permito que todo acabe? ¿Cómo me dirijo a una guerra que sé qué final tendrá? —preguntó, rabioso, exigiendo respuestas—. El Midgard es mi deseo máspreciado. Los humanos no han resultado ser lo que yo creía, pero sigo teniendo una ligera esperanza en ellos.

—La esperanza es lo último que se pierde, supongo —contestó Skuld.

Freyja se acercó a Odín y le susurró disimuladamente:

—A ver, ¿y si ofreces tu otro ojo? Ya lo hiciste una vez, ¿no?

Odín la fulminó, incrédulo.

—¿Qué? —replicó Freyja—. Ya ves a medias y sigues siendo igual de feo. Te pondríamos unos lentes como los del Midgard y te compraría un perrito lazarillo. No cambiaría nada.

Odín intentó no hacerle ni caso.

La visita a las nornas había sido totalmente improductiva.

Y, en esos momentos, ambos dioses intentaban buscar respuestas a los desvíos del destino en el Midgard.

Sí. Habían movido sus fichas como movían ahora las piezas del ajedrez en el que había peones en la primera fila, representados por sacerdotisas, indios hopis y otros humanos. En la segunda fila, estaba el ejército más importante, los pesos pesados: vanirios, berserkers, einherjars, valkyrias... Y, si la situación lo exigía, allí estarían los mismos dioses.

Freyja apoyaba la barbilla sobre su mano derecha, esperando el movimiento del aesir.

Odín movió el peón y observó la reacción de la vanir.

—Efe tres. Napoleón Bonaparte dijo que el ajedrez era un juego sin par, regio —se tocó el parche del ojo— e imperial.

—Sí, es un juego sin par. —Freyja adelantó su peón negro—. Como tu ojo. —Sonrió alzando las comisuras de sus labios—. E seis. Nos ha costado mucho llegar hasta aquí, Odín. Nos hemos armado de paciencia esperando que los naipes se ordenaran, que las fichas de dominó cayeran una detrás de otra y en orden. —Alzó los ojos, tan grises, y parpadeó, segura de sus palabras—. Hemos colocado nuestros personajes estratégicamente. Unos son más importantes que otros, desde luego. —Señaló los peones y el rey y la reina—. Pero no controlamos sus movimientos. Ellos han decidido jugar y partir la baraja, y nosotros hemos resuelto hacer lo mismo: observar y ver hasta dónde podían llegar.

Odín se quedó mirando el tablero. Le encantaba hablar con Freyja, era una gran estratega y una mujer muy práctica y sincera. La diosa no lo sabía, pero él disfrutaba de cada instante que compartía con ella. Aunque fuera una calientapollas y una seductora innata, no podía dejar de admirar su desparpajo y su vitalidad.

Juntos habían luchado por su plan original. Los humanos debían erigirse como los verdaderos maestros de los dioses, pues ellos iban a aprender de una realidad llena de tropiezos y errores. Solo así evolucionarían. Únicamente así los aleccionarían sobre los males de la soberbia y la perfección que creían tener.

Freyja estuvo de acuerdo con su idea. Lo apoyó como no lo habían hecho ni sus hijos ni los dioses de los otros reinos. Ella siempre estaba a su lado.

—Tú empezaste la partida —continuó Freyja entrelazando los dedos y mirándolo a la cara—. Cuando desterraste a Loki, debiste tener en cuenta lo fácil que era para él engañar y timar. Escapó de su prisión y huyó del Asgard en dirección a la Tierra. Su cárcel de cristal, su cárcel física, está en algún lugar. Espera el momento adecuado para salir de ahí. Lo hará en breve. El tiempo ya ha llegado.

Odín asintió. Freyja no decía ninguna mentira.

—Cuando Loki empezó a reclutar traidores y humanos en sus filas —explicó él—, yo decidí incluir una variante en los planes. Mi Tierra, mi proyecto, se estaba viniendo abajo con su influencia, así que decidí mover ficha. La profecía de la adivina anunciaba el fin de los tiempos y cómo iba a ser. No quería ese final para nosotros. Por eso creé a los berserkers.

—Y yo a mis vanirios. Decidí ayudarte.

Freyja esbozó una mueca con la boca, escuchando atentamente las palabras del dios.

—Mi primer movimiento fue colocar a As Landin y darle el bastón del concilio —dijo Odín—. Después, elegí la Black Country como zona neutral para nuestros clanes, y así crear ese bulo de enemistad e incompatibilidad entre ellos. No podía permitir que formaran alianzas y nacieran híbridos. Loki podría utilizarlos en nuestra contra, manipularlos y crear una raza invencible más numerosa, capaz de acabar con todo antes de tiempo. No era el momento para que aparecieran. El plan de separar los clanes estaba premeditado, pero tarde o temprano habría una grieta, una sorpresa que decantaría el futuro y empezaría a mover los engranajes del cambio justo en su debido momento, nunca antes.

—Esperamos demasiados siglos para ello.

—Era la espera necesaria —se excusó Odín moviendo otro peón para

colocarlo al lado del que ya había adelantado—. Ge tres. Entonces no era el momento, la Tierra podría haberse visto envuelta en guerras prematuras, y los humanos no podrían haber disfrutado de su *carpe diem* ni me habrían demostrado de qué eran capaces. Lo cierto es que esa realidad..., ese planeta no es nuestro, sino de ellos. Pero, al final, los humanos me han decepcionado. Aun así, nosotros debíamos preservar la paz, hasta que se abriera la caja de Pandora.

—Y la caja de Pandora vino en forma de Aileen, la híbrida de ojos lilas. —Freyja arqueó las cejas y acarició el mismo peón con el que ella había respondido al movimiento inicial de Odín—. Aileen lo empezó todo. Llegó a la Black Country, se enfrentó a nuestros clanes y después les hizo ver que no había tantas diferencias entre ellos. La hija de Thor y de Jade se llevó unos buenos rapapolvos, ¿verdad? —Freyja recordó los encuentros sexuales entre Caleb McKenna y la joven híbrida. Eran dignos hijos de dioses—. Pero gracias a ella los vanirios y los berserkers se unieron para luchar contra Newscientists y los jotuns de Loki. Fue ella quien unió a nuestro pelotón.

—Aileen venía acompañada de dos personas clave: Ruth y Gabriel.

—Mi cazadora de almas se enamoró de tu señor de los animales. Gracias a eso, el *noaiti* encontró de nuevo su don de la profecía y entró en contacto con Skuld. La norna le dio unas claves básicas para interpretar, y por ahora todo lo que recibió Adam se está cumpliendo. Además, descubrió que son sus sobrinos gemelos: uno es una brújula de portales electromagnéticos; la otra, una visionaria astral que detecta a Loki y a todo el que esté influido por él y relacionado con su magia. Ruth entró en contacto con mi madre, a la que tú desterraste a la Tierra para que controlara el despertar de las sacerdotisas y de todos aquellos que tuvieran dones. La convirtió en sacerdotisa constante y la ayudó a manipular su don: Ruth caza almas impuras y las devuelve al caldero, y es determinante para la guerra, pero también es un faro, una especie de guía espiritual que devuelve a casa a las almas perdidas.

—Sí, así es. ¿No mueves ficha, diosa? —preguntó Odín, que materializó dos copas de oro llenas de hidromiel. Le ofreció una a Freyja y la otra se la quedó para él.

Freyja aceptó y alzó el cáliz dorado, levantándolo y brindando a su salud. Saboreó el líquido áureo y exhaló, complacida. «Mover ficha. Todo dependía de eso», pensó. Ella ya había movido demasiadas. Adelantó el mismo peón que había avanzado una casilla más.

—E cinco —anunció. Oh, sí. La partida iba como ella quería. Igual que todo lo que sucedía abajo; al menos, eso esperaba—. Sin embargo, para que nuestra partida siguiera su curso, Gabriel tuvo que entregar su vida por su amiga Ruth y morir en el Midgard, para que tú pudieras reclamar su alma de

ángel y su mente de estratega, y así poder hacer de él el líder de tus einherjars. Gabriel tenía que pedir su deseo ante ti, un deseo hacia alguien de la Tierra: y pidió que Daanna encontrara la felicidad. Eso nos dio el pistoletazo de salida. Y no solo eso —sonrió comprensiva—, los hilos del destino se movieron de un modo magistral. Menw McCloud, el sanador del clan vanirio de la Black Country, estuvo presente cuando Daanna McKenna, *la Elegida*, intentó salvar la vida de Gabriel, dándole su sangre. Por cierto, lo hizo demasiado tarde.

—Menos mal —exclamó Odín—. Si Gabriel no hubiera muerto antes, la sangre de Daanna habría transformado al humano en algo que no nos hubiera servido de nada. Además, para colmo, habría alterado todo el futuro. Lo habría echado todo por tierra.

—Cierto, Tuerto. El deseo de Gabriel propició que tú y yo pudiéramos, por fin, contactar con As Landin para que mostrara a Daanna qué había sucedido milenios atrás para que Menw la abandonara y la rechazara, cuando Njörd, Frey y yo transformamos a los pictos. Daanna tenía que ir en busca de Menw antes de que este se convirtiera en vampiro o se entregara al sol; de lo contrario, ninguno de los dos recibiría sus dones. Menw y Cahal eran fichas importantes para nuestros tratos, así que, al cometer el error de violar las normas contra los romanos, arrebatamos a Cahal McCloud sus emociones. Un druida como él sería acechado por los seirdrmans de Loki, y era muy importante mantenerlo separado de su don, hasta que fuera el momento adecuado; sin emociones, sin sentir, no era nada. Por otra parte, Menw McCloud debía renunciar a estar con Daanna McKenna. La tristeza que sintió la vaniria al creer que Menw había estado con Brenda hizo que Daanna perdiera a su bebé, un niño que no debía nacer en ese tiempo. El sanador y Daanna eran los Elegidos, y no podían reconciliarse hasta que el engranaje divino no se moviera cómo deseábamos. Cuando le mostramos la verdad, Daanna decidió que podría intentar recuperar a Menw mientras él acababa de encontrar la fórmula de las pastillas *aodhan* que tanto ayudarían a los vanirios sin pareja. Al emparejarse los dos, recibirían sus dones. Daanna podría bilocarse y contactar con todos los guerreros repartidos; Menw sería capaz de otorgar a Daanna su propio don, su semilla. Una semilla que daría lugar a la creación del escudo: su hijo. El bebé de esa mujer será un punto de inflexión para el día de los vórtices. Además, Daanna, gracias a sus bilocaciones, encontró a los niños perdidos de los clanes. Entre ellos a Daimhin y Steven, hijos de la pareja de druidas bardos y filidhs: Gwyn y Beatha. Ellos también serán importantes, aunque no todavía.

—Elegiste los castigos muy bien. Me sorprendes, Freyja.

—No sé por qué. Llevo eones demostrándote que soy más inteligente que tú. —Puso cara de hastío—. La cuestión es que todos hemos jugado y que

solo hace falta creer que las decisiones tomadas llegarán a buen puerto.

—Y que el destino esté de nuestra parte.

—Y deberá estarlo, siempre y cuando no te folles de nuevo a un transformista y vuelvan a robarnos los tótems —sentenció ácidamente.

—Yo no me follé a nadie.

—Ya, claro.

Odín sonrió sin ganas y acarició su lanza *Gungnir*, que por fin estaba en casa después de haber pasado una larga travesía en el Midgard. De hecho, todavía olía a la sangre de Noah, de Bryn y de Ardan, que habían sido ensartados después de enfrentarse a Hummus.

Los jotuns, liderados por Hummus y Newscientists, después de años de ardua investigación, habían dado con la clave para abrir puertas dimensionales. Gracias a eso, Hummus había entrado en el Asgard haciéndose pasar por Freyja y había robado los tres tótems más importantes: *Mjöltnir*, *Seier* y *Gungnir*. Pero, gracias a Odín, ya los habían recuperado gracias a su ejército de valkyrias y einherjars.

—Continúa, Freyja. Me gusta oírte hablar sobre lo que pasó en el Midgard —pidió Odín, solícito.

—No es verdad. Lo haces para que deje de meterme contigo.

—Por supuesto, bruja. Ahora, sigue.

Freyja sonrió, pero disimuló su gesto rápidamente.

—En el Ministry of Sound, la misma noche en la que As Landin le pedía matrimonio a María Dianceht, y que Ruth y Adam lo llevaban mal para reconciliarse, Cahal McCloud fue secuestrado por su *cáraid*, oculto en paradero desconocido. Ya había dicho que Daanna encontró a los niños perdidos de los clanes, la mayoría de ellos ya crecidos y dispuestos a erigirse en guerreros vengativos. Y Gabriel tuvo que descender a la Tierra con mis valkyrias y un par de einherjars para recuperar los tótems divinos perdidos. Gabriel se enamoró de Gúnnr, mi Gunny —dijo con ternura—, que era la hija secreta de Thor. Solo el *kompromiss* con su einherjar despertaría su furia dormida y sus dones, y la conectaría con el martillo *Mjöltnir*, porque era el tótem de su padre. Gracias a ella y a su don de convocar tormentas y viajar a través de la antimateria pudieron recuperar el martillo.

—Y gracias a mi einherjar, Gabriel. Por supuesto. Es el mejor líder de cuantos hayan existido. Un humano conocedor de la debilidad de su raza y que posee sus mayores virtudes: el sacrificio por los demás y la compasión.

Freyja se encogió de hombros sin darle demasiada importancia. Y Odín no pudo más que admirar la preciosa y esbelta forma que estos tenían. Freyja era como un caramelo divino: delicioso pero malo para sus dientes y su salud.

—Y su don se despertó. Gracias al don otorgado de Daanna de la

bilocación, Gabriel sabía que, al descender, después de ir a Las Cuatro Esquinas, donde estaban los hopis, debía contactar con Miya, un vanirio procedente del clan kofun de Japón y residente en Chicago, lugar en el que sabían que estaba oculto el primer tótem: el *Mjölnir*. Encontraron su katana en los túneles de la ciudad. Entonces, Róta, gracias a su psicometría, lo pudo localizar. Gabriel, que había trabajado en los foros de vanirios y berserkers (cuando era humano), sabía que había una IP de un Starbucks de la avenida Michigan que se conectaba continuamente. Y así fue como encontraron a Miya. Esta los ayudaría y unificaría a los clanes berserkers de Milwaukee con los vanirios de Chicago.

—Por su parte, Gúnnr se sacrificó por ellos, por sus amigos, y recuperó el martillo antes de que este golpeará en la central de Diablo Canyon y provocara un cataclismo de considerables dimensiones. Pero, al ser hija de Thor, la devolvimos de nuevo a la Tierra para que liderara junto a su engel el ejército de las valkyrias y los einherjars.

—Y de paso ayudara a Bryn a controlar a Róta.

Odín resopló.

—Róta... Menuda diabla.

—Es una excelente guerrera y una gran valkyria —la defendió Freyja—. Ella pudo haberse ido con Loki, ceder a su sangre.

—Róta era hija de Nig, *el Nigromante*, el mejor aliado de Loki en la Tierra, hasta que murió.

—Claro, y Loki esperaba que Róta descendiera para llevarla a su bando. Lo que no se imaginaba era que en Róta primaría siempre más la sangre de su madre, la Sibila, llena de sabiduría y bondad, que la de Nig, llena de maldad y venganza. El Timador pensó que podría manipularla, y utilizó a los gemelos Miyamoto para confundirla: Miya y Kenshin. Róta sabía que su einherjar era Miya, porque, minutos antes de morir como humano a manos de su hermano traidor, él se encomendó a ella. Sin embargo, Miya no podía subir para estar con Róta, porque lo necesitábamos en el Midgard. Y Róta, al igual que todas mis valkyrias, no podía bajar. Por eso lo transformé en vanirio, y así no pudo unirse a ella. Miya no recordaba a Róta, pero ella sí que se acordaba de Miya. Y ahí empezó el conflicto, pues ella no entendía por qué ese esquivo samurái no la reconocía. Róta fue secuestrada por Newscientists a manos de Kenshin y Khani. Kenshin sabía que, si conseguía la sangre de Róta, tendría dones invencibles y podría liderar el ejército de Loki, con la espada *Seier* en sus manos. Por eso se quería unir a ella. Lo que ni Kenshin ni Seier sabían era que Róta les daría poderes, sí, pero eran ellos quienes tenían sangre divina, pues ambos eran hijos del dios Susanoo.

—Ese dios japonés engreído —repuso Odín con desgana.

—Pues dale gracias por haberle entregado a Miya su espada especial, *Kusanagi*; de lo contrario, nadie podría haber vencido a Seier. Y, al final, Miya lo venció. Así la espada llegó de nuevo a Frey.

Odín no podía rebatir aquella conclusión.

—Tienes razón —dijo con la boca pequeña—. Sin embargo, lo más preocupante estaba por llegar. Mi hijo Heimdal había desaparecido, y era el único guardián del Asgard, el que vigilaba todas las puertas. Sin él, el Asgard estaba vendido, pues no había modo de cerrarlo de nuevo. Newscientists presionaba en la Tierra. Estaban a punto de encontrar la fórmula para crear una puerta dimensional constante y permanente.

—Sí. —Freyja sonrió jugando con la reina entre sus dedos—. Aquí entraban dos elementos. Por una parte, Loki había querido a Róta por su don de la psicometría. Hummus tenía un trozo de la *Gjallarhörn*, la mancuerna que avisaba del final de los tiempos y que era el tótem divino de Heimdal. Si Róta lo tocaba y estaba de parte de Loki, le diría dónde se encontraba el guardián e irían a buscarle para aniquilarlo y asegurarse de que no volvía al Asgard, ya que querían el campo libre. Sin embargo, Róta se mostró inquebrantable y no dejó que leyeran en su sangre, gracias a los dones que le había dado el vincularse a Miya. Eso salvó a tu hijo de ser descubierto.

—Mi pobre e inocente hijo...

—Sí. Tu pobre e inocente hijo que se hizo pasar por un niño pelirrojo mudo y enfermo rescatado de los túneles de Cappel-Le-Ferne. Por otra parte, Cahal McCloud había sido rescatado junto con los niños perdidos, y ahora había secuestrado a Miz O'Shane para torturarla. Ella era su verdadera *cáraid*, la que le devolvería su particular don. La transformó sin su permiso. E hizo bien. Miz era la única que poseía la inteligencia para encontrar la fórmula permanente de los portales, y se había asegurado de ocultarla a Newscientists. Cuando empezó a confiar en Cahal, Miz decidió crear un... —no le salía la palabra— trasto de antiprotones...

—Un acelerador de partículas a la inversa.

—Eso mismo..., para contrarrestar de algún modo el efecto del activador de los portales que querían manipular Patrick Cerril y Lucius. Mientras tanto, un niño llamado Eon, que era tu espléndido hijo —dijo con cariño—, se encomendó a los cuidados de Cahal y Miz. Estando con ellos, él podía sentirse a salvo a través de la cúpula de protección que le había creado Cahal a su alrededor, y así evitar que Hummus no lo encontrara, ya que, entre hijos de dioses, se reconocen. Y fue así como Cahal descubrió que podía leer y ver los ormes, la energía que todo lo crea, y manipularla a su antojo. Una física y un captador de energías cuánticas se unían para detener a Lucius. Y lo consiguieron en una batalla apoteósica en Amesbury. Una batalla en la que

Cahal utilizó su propio cuerpo para atraer a los ormes y crear un portal en Stonehenge. Ahí, Eon se mostró por primera vez, y volvió a casa gracias al puente Arcoíris que creó Cahal. Ahora, Heimdal está aquí y ha cerrado a cal y canto las entradas al Asgard. Nadie puede entrar y nadie puede salir hasta que suene la mancuerna...

—Sí. Y Cahal y Miz luchan juntos en la Tierra. Él no murió.

—Bueno, sí que lo hizo, pero le perdonamos la vida por haber salvado a Heimdal, ¿no es así, Tuerto?

—Sí. Supongo que sí.

—¿O tal vez lo hiciste porque no querías que Miz se quedara sola? —Arqueó aquellas cejas rubias platino y sonrió malvadamente.

—No, para nada...

—Ya, claro. ¿Te estás poniendo colorado?

—No.

—Si al final serás un romántico y todo.

—Pero llegó el momento de recuperar mi lanza —dijo Odín, para poner fin a las pullas de Freyja—. Y sabían que la lanza estaba en Escocia. Para ello, tuvimos que dejar que los hilos se movieran indirectamente para unir de nuevo a Bryn, *la Salvaje*, y a Ardan de las Highlands. Ardan era un excelente einherjar, iba a ser mi líder, pero tuvimos que hacerle descender a la Tierra para que controlara las Tierras Altas del acoso de Loki y de los suyos.

—Bryn habría bajado con él. Pero enlacé su alma con la de Róta para que en todo momento controlara la maldad de su ADN. Si Róta se volvía mala, podría ser el fin para nosotras. Le hice prometer que nunca abandonaría a su hermana. Y Bryn, que es fiel a sus promesas y es la más legal de mis guerreras, escogió a Róta en vez de a Ardan.

—Eso hizo que mi guerrero se molestara muchísimo. Clamó venganza hasta que tuviera una nueva oportunidad.

—Y la oportunidad llegó cuando Róta, mientras estuvo secuestrada, conoció a Johnson, el híbrido, hijo de un berserker y una vaniria, amigos de Ardan. Johnson los movilizó a Edimburgo, al Espionage, y allí dieron con Ardan, *el Amo*.

Freyja ronroneó y se pasó la lengua por los labios.

—El Amo... —repitió solemnemente—. Me encanta cómo suena.

—La cuestión es que Bryn se encontraba a su merced, porque tú, antes de descender, le diste a Ardan la palabra que desterraría a Bryn y la devolvería al Asgard sin honores. Bryn se tragó su orgullo y aguantó todos sus desplantes para con ella. Adquirió una furia sin igual que sirvió para desactivar el portal de Amesbury y para ayudar a vanirios y berserkers, así como a Cahal y Miz en sus propósitos.

Freyja chasqueó con la lengua.

—Su desdén y su furia también provocaron que se rompiera el *kompromiss* con Ardan y que arriesgara su vida para proteger a Johnson. Yo sabía que Ardan no pronunciaría jamás esas palabras, pues amaba a Bryn y la quería a su lado, aunque fuera para odiarla. Pero cuando Bryn hizo la *farvel furie*, Ardan murió por dentro. Y entonces, desesperado, me la devolvió pronunciando unas palabras no para desterrarla, sino para salvarle la vida. Y eso fue lo que hice. La salvé.

—Ella te odiará de por vida.

—Puede ser —asumió Freyja con tristeza—. Pero todo lo hice por su bien. Ahora es más fuerte que nunca. Tiene el poder de mil valkyrias juntas. Es, prácticamente, invencible.

—Sí. Pero Ardan manda en esa relación.

—¿Y eso es una victoria, Tuerto?

Él rio por lo bajo.

—¿Sabes que, en realidad, no manda el que manda, sino el que deja que le manden? —Odín frunció el ceño y su único ojo chispeó—. La cuestión —prosiguió Freyja— es que juntos lucharon contra Hummus. Lucharon en los acantilados, hasta el final; hasta que la lanza los ensartó y a punto estuvo de matarlos.

—Sí. Pero no lo hizo. Los salvé. Ahora ambos son míos. Me pertenecen. Están grabados con mi runa.

—Piensa lo que quieras. Pero Bryn sigue siendo mía, digas lo que digas.

Odín susurró algo. Freyja hizo que su vaso de hidromiel se deslizara de la mesa hasta caer al suelo. El dios lo golpeó con la punta de su bota, y el vaso regresó más lleno que antes a su mano.

—No puedes ganarme, diosa. Al final, todo lo que me pertenece vuelve a mí de un modo u otro. —Acarició su lanza *Gungnir* con la mano libre y movió otra ficha del tablero con los ojos—. Jaque, vanir.

Freyja centró sus ojos plateados en el ajedrez y estudió su movimiento.

—No todo lo que te pertenece vuelve a ti, aesir —aseguró.

—Hasta ahora sí.

—¿Tú crees? Ven más dos ojos que uno —le susurró. Apoyó su barbilla sobre las dos manos, entrelazadas, y continuó mirando el juego ante ella—. ¿En qué punto crees que estamos ahora?

—En un punto de no retorno.

—Un punto de no retorno...

—Sí. El mundo empieza a agrietarse. La Tierra tiembla, sus entrañas se retuercen, su piel se seca y se abre, y de ella sangran sus heridas. Los terremotos, los volcanes, los maremotos... Todo está a un paso de empezar.

Las normas tenían razón. Por mucho que, al parecer, hayamos movido las piezas, por mucho que lo hayamos intentado, el destino sigue siendo el mismo. Se acerca el final para todos.

—La guerra ya ha empezado. Pero seguimos aquí, jugando una partida de ajedrez.

—La más importante de todas —concedió Odín pasándose los dedos por su pelo rubio.

—En el Midgard ya han perdido muchos guerreros. Ya han muerto muchísimos. Sin contar los humanos que pierden sus vidas uno a uno tras las zarpas de vampiros, purs y etones. Ya no hay dónde esconderse. Ya no hay nada que se pueda desmentir. El mundo conoce la realidad tal y como es, aunque nuestros vanirios hayan intentado manipular las informaciones y las mentes de los testigos. Ya no hay escapatoria. Y, en medio de algo tan claro..., nos lo jugamos todo a una sola carta.

—Siempre lo hemos hecho.

—Pero esta vez... se nos acaba el tiempo. He mandado a Nanna para que recoja a los guerreros caídos. Ahora mismo carga con Noah. Ella no sabe que él, en realidad, no ha muerto, ¿verdad?

Odín sonrió.

—No. No lo sabe.

—Se va a llevar una gran sorpresa.

—Me imagino.

—¿Y ahora qué?

—Ahora solo nos queda seguir esperando. El puente Arcoíris se cerró para siempre y solo hay una persona capaz de ponerlo de nuevo en funcionamiento. Si esa persona no despierta..., no tendremos modo de regresar, por mucha mancuerna que haga sonar mi hijo Heimdal.

—Lo sé. Pero me preocupa dejarlo todo a una partida. Mis fichas se comportan. Las tuyas parece que no reaccionan —aseguró observando el Midgard.

—Me arriesgaré.

—No me gusta.

—¿Por qué? ¿Acaso no te gusta el riesgo?

—No me gustan las sorpresas de última hora.

—A mí ya no me pueden sorprender, Freyja. Incluso el detalle más ínfimo, ya me lo esperaba.

Ella levantó su mirada plateada y sonrió de medio lado.

—Lo peor no es que no te sorprendan. Lo peor es que creas que ya nada puede hacerlo, Odín. —Entonces, con un movimiento experto de su reina, que era ella misma, la diosa vanir, se comió directamente a su rey—. Jaque mate,

Tuerto.

Freyja se levantó de la silla, triunfal, soberbia, y se dio la vuelta para observar a través de su trono lo que pasaba en la Tierra.

Odín, que seguía sorprendido por su jaque mate, se levantó y caminó hasta colocarse a su lado. Allí, los dos dioses, manipuladores para unos, protectores para otros, asistían a la destrucción del Midgard, que poco a poco avanzaba por sus tierras, sin prisa pero sin pausa.

—Los vórtices se han descontrolado. Cada punto es una apertura en potencia. Si los jotuns ya no pueden abrir puertas hacia nosotros, las abrirán hacia otros lados. Quieren destruirnos, Odín. Y lo harán arrasando con aquello que más hemos luchado por proteger. Abrirán las puertas hacia su reino intraterreno. Un reino que ignoran y cuyo señor es aquel que más temen. Loki nos está ganando. Nos gana terreno y no claudica en su empeño por destruirnos. No podrán recurrir a nosotros cuando estén a punto de desaparecer. Se sentirán solos y desamparados... —susurró frotándose los brazos por el repentino frío que sentía—. Les estamos dando la espalda.

—No. No es verdad —aseguró Odín guardándose la reina en el bolsillo—. Les estamos dando muchas oportunidades de seguir con vida. Y la vida es lo único que otorga tiempo y esperanza. Tiempo para que todos luchen y colaboren, y para que aquel que esté destinado a reinar y a encontrar una salida la halle por sí mismo y nos dé la oportunidad de intervenir. Mientras la Tierra siga en pie y nuestros chicos no decaigan y peleen juntos, todo es posible.

—¿Confías en ellos? —Freyja alzó su mirada y la clavó en la pétrea barbilla del aesir.

—Qué remedio.

—Si no intervenimos, será un genocidio.

—Si lo hacemos, Loki estará en lo cierto. El Midgard perderá y no tendrá razón de ser. Dejemos que busquen la salida correcta por sí mismos. Y después, si nos ayudan a hacerlo, si todos hacen su papel en el Ragnarök, entonces, solo entonces, apareceremos.

Odín pronunció sus últimas palabras con la vista sorprendentemente azul fija en la valkyria Nanna y en el berserker Noah.

—Entonces, ¿seguimos jugando? —preguntó Freyja, que se cruzó de brazos al mirar como Nanna se quedaba ojiplática, al comprobar que Noah seguía vivo entre sus brazos.

—Hasta que todas las piezas encajen, continuaremos el juego.

—De acuerdo —contestó Freyja, que se encogió de hombros—. ¿Nanna? —dijo mirando el reflejo en el agua de su valkyria—. Te dije que ningún hombre vivo podía tocarte.

I

Machre Moor

Escocia

Nanna se internó con Noah en brazos a través del embudo que había en el cielo. Sus rayos le llevarían al Asgard, y allí, en el Víngrólfr, frente a sus hermanos einherjars y a sus hermanas valkyrias, por fin podría presentar a un nuevo guerrero.

Su einherjar. Suyo.

Sonrió. Era increíble que ese berserker estuviera destinado para ella; casi se había alegrado de su muerte, porque eso quería decir que al fin él podría tocarla, y ella disfrutaría de cada segundo de las caricias de ese macho.

Nunca la había tocado ningún hombre y se sentía una desgraciada por ello. Sus *nonnes* como Róta, Bryn y Gúnnr sí que habían sido tocadas.

Pero Freyja le había dado la virtud de la pureza total. Su cuerpo, que para ella no era nada del otro mundo, no podía ser tocado por manos masculinas. Era como un templo sagrado que nunca debía ser violado.

Jamás.

A ver, que era obvio que ella no quería ser violada, pero sí que un magreo inocente que otro le hubiera gustado llevarse. Sacudió la cabeza.

Los magreos no eran inocentes. O te magreaban o no, y eso significaba que te tocaran a destajo, ¿no? Bueno, también estaba bien. No lo veía mal. Ella no pondría ningún impedimento.

Continuó a través del embudo y llegó al final.

Qué raro. No encontraba la entrada al Asgard, y el rayo seguía conectado con él... Las nubes proseguían con su llanto limpiando la Tierra con sus gotas de lluvia.

Sí, pensó. A esa porción de planeta le hacía falta un buen lavado, porque después de los constantes terremotos había quedado en muy mal estado.

—¿Nanna?

La valkyria miró a todos lados. Arriba, a izquierda, a derecha... La piel se le erizó y por poco grita cuando vio que el que le hablaba era Noah.

Sus ojos amarillos estaban abiertos y brillaban, como si tuviera fiebre. Y se habían concentrado en ella.

La valkyria abrió la boca y parpadeó repetidas veces.

Noah alzó una mano para acariciarle el labio inferior, y a ella las orejas

se le estremecieron y todo se le puso de punta. Agrandó sus ojos castaños todavía más, casi en estado de *shock*.

—Te puedo tocar —dijo él, maravillado.

Ella volvió a parpadear, y por poco le da un ictus en medio de las nubes, hasta que reaccionó y gritó:

—¡Pero ¿se puede saber qué haces tú vivo?!

Lo soltó como si le quemara y se limpió las manos en sus muslos desnudos.

—¡No me sueltes! —gritó Noah—. ¡No sé volar!

Nanna empezó a lanzar rayos por todas partes, no por nada, sino por hacer algo. Estaba tan nerviosa que no sabía lo que hacía.

Noah se había encomendado a ella. La lanza le había herido en el corazón, y él había clavado los ojos en el cielo y se había encomendado a ella. Eso había sido así, ¿no?!

—¡¿Ahora también sabes fingir que te mueres?! —le gritó, apretando los dientes y yendo a por él. De lo contrario sería responsable del asesinato de un hombre... ¡¿Un hombre qué?! ¿Vivo o muerto?

Los truenos se pronunciaron y el embudo desapareció.

Nanna no se lo podía creer. Gritaba *Asynjur* para mantener el portal abierto, pero sus rayos no le llevaban a ninguna parte.

¿Qué demonios sucedía?

Nanna recuperó a Noah a unos mil metros de distancia de la Tierra. Lo tocó y le sostuvo, y no sucedía nada. Podía tocar a ese hombre, y ese hombre podía tocarla a ella, pero el castigo de Freyja no llegaba. ¿Por qué?

—No comprendo —musitó contrariada, aguantándolo en el cielo—. Te habías muerto. ¿Eres un *zumbi* o algo por el estilo?

—¿Un *zumbi*? —Noah no podía entender las palabras de esa chica.

—Sí, uno de esos muertos vivientes que salen en la Ethernet...

—Un zombi. No, no soy un zombi. Estoy vivo —contestó él llevándose la mano al pecho. La lanza le había atravesado el corazón. Lo sabía. Lo recordaba. De hecho tenía el agujero en la camiseta, y ahora la piel estaba cicatrizando.

El cielo relampagueó con una luz potente que los dejó cegados.

—¿Nanna? —dijo una voz que ella conocía muy bien—. Te dije que no podías ser tocada por ningún hombre vivo —le recordó Freyja, la omnipresente. Su tono no era de reproche, más bien parecía estar divirtiéndose.

Y fue ese tono lo que menos gustó a Nanna. Ella apretó los dientes y se estremeció de nuevo.

—¡Es un *zumbi*! —gritó al cielo—. ¡Este no cuenta!

En ese momento, la potencia de mil rayos cayó con fuerza sobre la pareja. Los dos gritaron, presos del dolor y la agonía.

Nanna perdió agarre en su liana eléctrica, y ambos cayeron.

Freyja le dijo una vez que si un hombre vivo la tocaba, la dejaría una temporada en el Midgard como castigo; además, la electrocutaría cruelmente, como estaba haciendo en ese momento.

Lo primero siempre le había parecido tentador; lo segundo no lo soportaba.

Podía ser una valkyria, pero tenía cero aguante al dolor.

Y el castigo de Freyja la estaba matando.

Una voz susurrante y masculina lo despertó.

Había sentido el impacto contra la hierba quemada de los círculos de piedra de Machre Moor, y se había quedado medio inconsciente. La descarga eléctrica lo había dejado fuera de juego durante un buen rato.

Pero esa voz le había animado a abrir los ojos. Y le había dicho algo. Algo que Noah no había entendido ni había atinado a oír bien.

El resultado era que tenía abiertos los ojos y respiraba. Tenía un dolor de cabeza apabullante, que apenas le dejaba pensar lo suficiente como para saber qué hacer.

El cielo seguía nublado, y no había ni rastro de aquel embudo cuántico que lo llevaría a otra dimensión.

Pensó que había muerto, pero, en vez de eso, había revivido en brazos de Nanna, para que un rayo dolorosísimo le atravesara de cabo a rabo y le hiciera sufrir el tormento de los moribundos durante... ¿Cuánto rato había sido? No importaba.

Recordó levitar mientras el rayo lo fulminaba y le achicharraba la sangre, tensándole los músculos de dolor, haciéndole sentir desesperado.

Y solo una pregunta rondaba su cabeza: si a él le había dolido, ¿qué habría sentido Nanna?

Se dio media vuelta como una croqueta y miró a su izquierda, esperando encontrarla. Después hizo lo mismo hacia el lado derecho, y ahí estaba.

Nanna, la valkyria más esquiva, incomprensible, atrevida y deslenguada que había conocido había bajado para recoger a los guerreros caídos.

Él había caído, cierto; la lanza de Hummus le había atravesado el corazón.

Pero de nuevo lo sentía palpar. Volvía de entre los supuestos muertos.

¿Por qué?

Noah se incorporó sobre rodillas y manos, y sintió una potente arcada que le volvió el estómago del revés.

Tosió un par de veces, y se impulsó para arrastrarse y socorrer a la guerrera.

Esta no dejaba de gemir, inmóvil, con los ojos almendrados llenos de lágrimas de estupefacción y dolor clavados en el cielo. Un cielo que le había cerrado las puertas.

Ni siquiera podía hablar. Su pecho subía y bajaba como si le faltara el aire.

—¿Nanna? ¿Te encuentras bien? ¿Nanna?

Ella temblaba y tenía los labios morados. Su espectacular vestimenta cubierta de titanio y cuero se sacudía junto con su cuerpo, que no dejaba de estremecerse.

Alrededor del cuello tenía aquel collar de perlas blancas y relucientes con el que a veces había jugado.

Noah fue a colocarle la mano en la frente.

—No-n-no me to-to-q-ques... Ca-ca-capu...

—¿Capullo? Ya, me imaginaba que ibas a decir eso. —Sonrió sin ganas.

Ella intentó parpadear para detener las lágrimas que, incontrolables, caían a través de las cuencas de sus enormes ojos.

Noah se estremeció. Eran tan bonita que lo dejaba sin palabras. Sus orejas puntiagudas, su pálida piel, aquellos labios voluptuosos y su largo pelo castaño y trenzado formaban un conjunto demoledor para los sentidos de un hombre.

—No pu-puedes t-t-tocarme... N-no pu-puedes...

—Chis. Nanna, tengo que hacerlo. Te voy a cargar. Y te voy a llevar a un lugar seguro.

Ella ni se inmutó. Parecía catatónica, aunque lo podía ver perfectamente.

Noah tenía el pelo largo rubio platino empapado de barro y de lluvia, pegado a la cabeza. Le goteaba agua de la nariz y de la barbilla, y olía a guerra y a salvación.

Tenía los ojos más increíbles y hermosos que había visto jamás. Eran del color del sol, amarillos, medio animales, medio divinos. Y sus facciones parecían esculpidas a mano por un adorador de la belleza. Su barbilla cuadrada, su pendiente en la oreja, sus cejas rubias y tupidas, los labios rojizos y gruesos, para besarlos... Ella jamás había besado a nadie.

Y, aun así, aunque su físico siempre la dejaba impactada, medio atontada, ahora no podía evitar sentir rabia hacia él, porque la había traicionado.

Lo había cargado, pensando que se había encomendado a ella mientras

moría, su rostro y su ruego habían aparecido ante ella, pidiendo un alivio y acuno. Ella descendió con todas las ganas del mundo para recogerlo. Pero el muy cretino estaba vivo. Vivo de verdad.

Y eso suponía para ella la más vil de las traiciones hacia Freyja; con eso se convertía en merecedora del terrible castigo que la diosa le había infligido.

Aunque el rayo había remitido, su furia seguía fluyendo en su interior, y continuaba hiriéndola, haciéndole tanto daño que casi no podía coger aire.

Freyja sabía que ella era una valkyria que odiaba el dolor. Lo sufría con dignidad, cierto; pero no lo sobrellevaba tan bien como Bryn, Róta y Gúnnr. Ni por asomo podía ser tan fuerte como ellas.

Tal vez por eso Freyja le encomendó la tarea de recoger hombres muertos. Eran hombres que nunca podrían hacerle daño físicamente: ¿desde cuándo los muertos atacaban?

Sin embargo, Noah la había engañado.

Aquel moreno berserker de pelo casi blanco la cargó en brazos.

Nanna ya no sabía si cada vez que la tocaba le dolía, o simplemente es que le dolía todo. Pero lo único que deseaba era que cediera al suplicio y la tortura.

El cielo se cubría de una ceniza que arrastraba el viento, restos carbonizados de lo que una vez fueron ciudades, bosques y castillos escoceses.

Poco a poco todo se destruía. Poco a poco todo se esfumaba.

—Nos vamos de aquí. Esta tierra tiembla. Si no nos damos prisa, es posible que nos engulla en sus entrañas, como ha pasado ya en Edimburgo con muchos guerreros.

—¿Adó... adónde me lle... llevas? —preguntó Nanna, no sin esfuerzo.

—Al único lugar que conozco por aquí y que es seguro. A la isla Maree.

Wester Ross

Isla Maree

Bajo el lago Marae, un precioso lugar lleno de magia y de misterio, el joven berserker Steven había construido su hogar. Una fortaleza intraterrena que ahora servía para que berserkers, einherjars, valkyrias y vanirios de todas partes del mundo tuvieran un cobijo en Escocia, mientras esta sucumbía, poco a poco, víctima del inicio del fin del mundo. A Noah aquel sitio le recordaba de algún modo al Ragnarök de la Black Country.

Los sistemas de comunicación habían caído en todo el país después de los terremotos. Noah acababa de llegar a la entrada de las cuevas y esperaba que las puertas metálicas se abrieran para él. Y lo hicieron.

Al menos, las máquinas no juzgaban si debía estar muerto o vivo; los

sistemas de reconocimiento lo identificaban igual y por eso aceptaron que entrara.

Cuando se abrieron las puertas, el olor a desesperación, pena y adrenalina lo golpeó con la fuerza de una bofetada.

Él era empático. Podía sentirlo todo. Y, tal vez, podía ayudar a que los demás se sintieran mejor con su presencia, tal y como siempre había hecho.

La guerra en las siete colinas había sellado el fin de muchos guerreros.

Por muy inmortales que fueran, morían igual si se les tocaban en sus puntos débiles. Y eran los supervivientes los que acarreaban con el dolor de la pérdida.

Purs, etones, lobeznos y vampiros emergieron entre las grietas de la Tierra y plantaron cara a berserkers y vanirios de Chicago, Milwaukee y la Black Country. Lucharon juntos para salvar una parte de mundo.

Al final, los buenos habían ganado esa batalla, pero las bajas también eran demasiado importantes como para ignorarlas. Y los daños se adivinaban irreversibles.

Muchos vanirios, algunos de ellos «muñecos torturados» de Cappel Le Ferne, lucharon hasta el final con toda la rabia de su corazón. Y perecieron con dignidad. Peleando.

Algunos otros del clan kofun de Chicago también corrieron el mismo destino fatídico en la guerra por proteger Edimburgo y Glasgow.

Wester Ross estaba repleta de supervivientes, pocos, pero supervivientes al fin y al cabo.

Y de entre esos supervivientes la energía de aquellos que conocía se alzaba entre la de los demás.

Si sentía a Ardan y a la generala, quería decir que estaban vivos. ¿Y Gabriel? ¿Y Gúnnr? ¿Y todos los demás?

Noah cerró los ojos. Nanna seguía en sus brazos, sumida en un terrorífico dolor que no podía calmar. Ojalá pudiera ayudarla, pero no sabía cómo.

Nanna experimentaba una angustia que lo azotaba con violencia. Cuando les dieran cobijo, la atendería debidamente, pero no ahora. No todavía.

Si entraba en Wester Ross, debía asegurarse de que los que se ocultaban en su interior eran amigos. No quería más sorpresas desagradables como las que habían sacudido al clan de Ardan en las últimas horas.

Buchanan y Anderson les habían destrozado con sus traiciones. Y Noah no iba a permitir ningún sobresalto más. No quería más muertes inmisericordes como las que habían sufrido en Ailean Arainn. Muchos berserkers como él habían perdido la vida bajo el peso de una encerrona

propia de rateros sarnosos. Niños, mujeres, hombres y guerreros... No habían dejado a nadie vivo. Y Noah se sentía fatal al captar toda la culpa que acarreaba el laird a sus espaldas. Tendría que hablar con él para calmarlo, porque era injusto que ese guerrero se sintiera así. Había dado mucho en el Midgard.

Se concentró en el interior de aquellas instalaciones y puso en funcionamiento el sentido auditivo de los berserkers para leer y escuchar a todos los que allí se encontraban.

Ardan seguía vivo y, al parecer, yacía en cama con Bryn. Por lo visto, por la cantidad de feromonas que podía captar, sabía que el einherjar y la valkyria habían tenido una sesión de sexo de las que hacen historia.

Gabriel, el líder de los einherjars, continuaba ayudando a los heridos. Lo sentía porque Gabriel era un jefe: desprendía su energía por allí por donde pasaba. El engel era, sin duda, la gran revelación de los clanes.

Gúnnr, que poseía una réplica de Gungnir, también estaba viva. Sentía la energía del tótem que ella cargaba, y a su vez, su propia fuerza que se acentuaba con el objeto divino.

Róta y Miya hablaban con Jamie e Isamu. La valkyria de pelo rojo se había asegurado de que Johnson se quedara durmiendo en una de las habitaciones de aquella residencia. A ellos se les habían unido Theodore, Gengis, Ogedei y William, que conversaban sobre la necesidad de trasladar la fórmula antiesporas de Isamu a los demás mares de todo el mundo. Por ahora, solo el reino Unido estaba protegido, y, aun así, los huevos más maduros se habían desarrollado hasta que purs y etones habían salido al exterior.

Si aquello seguía así, ¿cómo lo iban a detener?

¿Habría salvación para ellos?

Vanirios y berserkers se habían unido para luchar; y en ese contienda, einherjars y valkyrias habían descendido de los cielos para aliarse. Eran fuertes, sí.

Pero los jotuns eran más y les habían ganado terreno.

—¿N... Noah?

El miró hacia abajo y su voz y sus ojos abiertos de par en par lo sacaron *ipso facto* de sus pensamientos.

—¿Nanna?

—Llé... llévame con... —Nanna lo agarró del pelo, rubio, cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás, con la boca abierta. Se arqueó entre sus brazos, y de su garganta salió un grito de valkyria, de esos que podían ensordecer a todo el que lo oyera.

Los gritos de las valkyrias eran armas en sí mismas. Sobre todo los gritos de dolor. Y eso era lo que desgarraba a Nanna de arriba abajo. El dolor.

Al instante, Bryn, cubierta con una colcha negra y con el pelo desordenado en el rostro, se plantó frente a Noah. Después le siguieron Róta y Gúnnr, que miraban a Noah, con los ojos completamente rojos, estupefactas por lo que veían.

Noah había muerto.

Y el muerto estaba tocando a la única valkyria que jamás debía ser tocada por hombre alguno.

—Tú estabas muerto —dijo Róta caminando apresuradamente hacia ellos.

—Nanna... —susurró Bryn, acongojada.

—Está sufriendo mucho. —Gúnnr se frotó el pecho y negó con la cabeza—. ¡Te dijo que no la podías tocar!

Lanzó un rayo contra Noah y este lo esquivó.

—Dámela. —Róta robó a Nanna de los brazos de Noah y se la llevó corriendo a una habitación, seguida por una preocupadísima Gúnnr. Bryn miraba al berserker como si fuera un bicho raro.

—Que me aspen ahora mismo —dijo una voz masculina.

Noah, al verse lejos de la valkyria, se giró rápidamente, pensando que Gabriel también lo iba a atacar por haber tocado a Nanna.

El engel tenía el pelo rubio cogido en un moño, tal y como lo solía llevar Ardan, que se unió a la fiesta segundos después, con cara de pocos amigos, pues aquel alboroto había interrumpido el sueño reparador con su valkyria Bryn.

Los dos einherjars no daban crédito a lo que presenciaban.

—Te vimos morir —aseguró Gabriel—. La lanza *Gungnir* te atravesó el corazón.

—¿Cómo puedes sobrevivir a eso? —preguntó Ardan.

Noah no tenía respuestas para eso.

Se miró el pecho desnudo y se lo frotó. Ya no tenía cicatriz.

Encogiéndose de hombros, tan perdido como ellos, dijo finalmente:

—No tengo ni idea —respondió con rotundidad.

Ardan y Gabriel no lo creían. ¿Cómo no iba a saber por qué razón era tan resistente?

—Pero voy a averiguarlo —aseguró Noah—. Por ahora, la única que me importa es Nanna. Algo pasó cuando la toqué... De repente, un rayo nos atravesó y...

Los ojos castaño oscuros de Ardan se entrecerraron.

—Joder, ¿has tocado a Nanna? Es la protegida de Freyja. No la puedes tocar. Ningún hombre vivo la puede tocar.

—Ya, bueno... —dijo arrepentido—. La cuestión es que, cuando se

ponga bien, nos iremos de aquí para...

—No. Ni hablar. —Ardan dio un paso al frente y lo amenazó con su cuerpo—. No puedes volver a tocarla. No te la puedes llevar. Nanna recoge a los guerreros caídos. Si ella no está, ¿quién diablos lo hará?

Noah alzó una ceja rubia platino y miró al laird con una media sonrisa comprensiva.

—Me la llevaré conmigo, Ardan. Lo quieras o no —dijo sin inflexiones.

—¿Por qué? —quiso saber Gabriel—. La necesitamos aquí.

Noah negó con la cabeza, zanjando el asunto con un medio gruñido.

—Cuando morí, me encomendé a ella. Punto final.

—Sigues vivo —replicó Ardan.

—La lanza atravesó mi corazón. Me mató. Pero después... desperté en sus brazos. Y por esa razón la toqué.

—Aun así... —continuó Gabriel, incómodo.

—He dicho que no, engel. Me la llevaré porque, al margen de no entender qué me pasa ni quién soy, estoy absolutamente seguro de una cosa: Nanna es mi *kone*. Y no la voy a dejar aquí. Se vendrá conmigo a la Black Country. Tengo algo que averiguar allí —anunció crípticamente.

Gabriel y Ardan se miraron el uno al otro.

El gigante dalriadano chasqueó con la lengua.

—Tú decides, engel —le dijo a Gabriel—. ¿Le dejamos ir o no? Es un puto muerto viviente. Y ha tocado a Nanna. Si no lo freímos nosotros, ya lo hará Freyja. O la misma Nanna cuando se recupere.

Noah sonrió, incrédulo, un gesto que no pasó desapercibido para Ardan.

—¿No me crees, Noah? —dijo divertido—. Que Nanna no esté en los conflictos bélicos del Midgard no significa que no tenga carácter ni furia. Es una valkyria. ¿Sabes cómo se las gastan?

Noah meditó sus palabras.

—Nadie está más arrepentido que yo por haberle hecho sentirse así —aseguró—. Pero, si es mía, no podrá hacerme daño —replicó con seguridad—. Su *helbredelse* es mía. Según tengo entendido, nuestra relación debe ser de sanación no de agresión. Y como berserker, su *chi*, es mío. No me haría daño.

—Cree lo que quieras... Nanna es bonita, muy divertida y muy cómica y buena —dijo Ardan enumerando sus virtudes—. Pero yo jamás querría que se enfadara conmigo.

—De acuerdo —dijo Gabriel mediando entre ellos—, quedas avisado, berserker. Por mi parte, he de decir que me alegro de que estés vivo.

—Gracias —contestó Noah—. ¿Cómo están las cosas por aquí?

—Intentábamos establecer comunicación con Inglaterra, pero el sistema eléctrico ha caído en toda Escocia e Irlanda —dijo Ardan—. No podemos

contactar con nadie. Estamos aislados.

—Comprendo. Entonces alguien tiene que ir a Inglaterra y mediar con los clanes. La guerra ha empezado. —Oyó de nuevo un grito de valkyria, y todo su cuerpo se estremeció. Necesitaba ir a ver qué sucedía con Nanna—. Ahora, si me disculpáis...

Gabriel y Ardan asintieron y dejaron que Noah desapareciera por el pasillo, asustado y nervioso al escuchar los aberrantes gemidos de la guerrera.

Noah lo tenía decidido. Por poco que Nanna mejorara, le sucediese lo que le sucediese, se la llevaría de ahí. Y ambos viajarían a la Black Country.

Hummus lo llamaba «Niño Perdido» y había asegurado que As le ocultaba cosas.

La lanza de Odín no había acabado con su vida.

Freyja le hablaba en futhark a través de la hoja de su puñal.

¿Quién era él en realidad?

Lo descubriría en cuanto tuviera al líder de los berserkers frente a él.

As no le rehuiría de nuevo.

Mientras tanto, lo único seguro en su vida era que su instinto berserker no le había fallado cuando vio por primera vez a Nanna.

Todo su cuerpo latía de necesidad por ella. Y se alegraba de saber que tenía pleno derecho a disfrutar de la valkyria, porque era su pareja.

Nanna lo sabría y lo entendería.

Y se llevarían de maravilla, porque nadie se llevaba mal con él.

Era un pacificador, un mediador y una especie de psicólogo y confidente entre clanes.

Y estaba deseando disfrutar de Nanna sin dolor ni reproches de por medio.

II

—Sostenedla —ordenó Bryn a sus hermanas.

—Está ardiendo. —Gúnnr le puso las manos sobre el cuerpo, agarrándola de las piernas y observando cómo Róta hacía lo propio con los brazos.

La habían tumbado en una de las camas de las habitaciones que daban al interior del lago.

La luz azulada y acuosa que entraba por las ventanas circulares, como si se tratara del camerino sumergido de un barco, contrastaba con la palidez del rostro de Nanna y sus ojos enrojecidos por las lágrimas.

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó Róta.

—Es Freyja —contestó Bryn—. Cuando metió a Nanna en la cuna y le hizo el bautismo de las valkyrias, le dijo que si alguna vez un hombre vivo la tocaba sufriría el dolor de su ira. La ha azotado con sus rayos.

Róta y Gúnnr se sobrecogieron. La ira de Freyja era el peor castigo que una valkyria podía recibir.

—Noah es un resucitado, ¡esto no debería contar! —gritó Róta, afligida al ver el hermoso rostro de Nanna completamente desvaído.

Bryn sonrió y negó con la cabeza mientras le quitaba las botas a su hermana catatónica y apartaba la colcha blanca de la cama.

—No importa lo que sea Noah ahora —apuntó Bryn—. Tiene que bajarle la fiebre. Ayudadme a desnudarla. Si la ponemos bajo la alcachofa de la ducha y la bañamos con agua helada, tal vez... Pero ¿qué es esto?

Las tres valkyrias apartaron sus manos del cuerpo de Nanna al ver que un tipo de hiedra, inexistente en aquella habitación, recorría la madera de la estructura de la cama, se arrastraba por el cobertor blanco y cubría lentamente el cuerpo de la valkyria. Rodeaba brazos y muñecas, y los tallos más gruesos arrullaban el cuerpo, hasta sepultarla en una cúpula natural de color verde y marrón, propia de la madre naturaleza.

Las tres guerreras se miraron entre sí, sin entender qué era lo que sucedía.

Hasta que al mismo tiempo dijeron:

—Freyja.

La diosa sanaba a sus valkyrias, heridas por las flechas de los elfos oscuros y sus serpientes venenosas, invocando lo dones de su madre Nerthus, la diosa de la Tierra, confinada eternamente en el Midgard para ayudar y contactar con los humanos con gracias divinas. La cazadora Ruth, María Dianceht y las sacerdotisas trabajaban para ella. Nerthus siempre trabajaba

con la naturaleza para manifestarse; Freyja, a veces, utilizaba sus mismos poderes.

—Huele a bosque —susurró Gúnnr.

Las cuatro valkyrias, excepto Gúnnr, habían sido tratadas en el Asgard por la diosa y los tallos leñosos y trepadores de su hiedra medicinal. Aquello le aliviaría el dolor, y poco a poco la sanaría. Al fin y al cabo, Freyja no querría ver a Nanna sufrir eternamente.

—¿Qué ha pasado?

La voz de Noah alertó a las valkyrias, las cuales se pusieron estratégicamente frente a la crisálida verde bajo la que se hallaba su hermana. Lo miraron con ojos enrojecidos rebosantes de malquerencia y animosidad. Por su culpa, Nanna estaba sufriendo el tormento de la diosa.

—¿Qué crees tú que ha sucedido?! —replicó Bryn cargando sus manos de hilos de electricidad roja y azulada—. ¡Esto es por tu culpa!

Noah observó a la generala, que se acercaba a él con ganas de electrocutarle; entonces, el berserker alzó su cuchillo *guddine*, cuya hoja se iluminaba con inscripciones en futhark. Los símbolos se movían a través del metal.

—¿Es el puñal *guddine* de Nanna? —preguntó la generala estupefacta—. ¿Lo puedes tocar? —no comprendía nada.

—No solo lo puedo tocar —aseguró Noah—. Además, Freyja me manda mensajes como si fuera un puto móvil.

—¿Freyja? —La rubia se plantó ante él y clavó sus ojos rojos en el arma—. ¿Qué te dice mi diosa?

Noah le mostró el mensaje, que lo leyó en voz alta:

—Cuando se abra la crisálida, tómala.

Las palabras de Freyja cayeron como una jarra de agua fría.

—¡Y una mierda! —espetó Bryn.

¿Que tomara a Nanna? ¡No! ¡Ni hablar!

—No vas a tocar a Nanna —aseguró Róta con su mirada rubí centelleante—. Antes tendrás que pasar por encima de mí, bengala.

Noah analizó la situación y se encogió de hombros.

—Nanna es mi pareja. Mi *kone*. Me encomendé a ella. ¿Por qué no iba a disfrutar de lo que nos da nuestro vínculo? —insinuó, provocador. Bajo ningún concepto poseería a Nanna sin su consentimiento. Él no estaba hecho de esa pasta. Aunque se lo ordenara la diosa, no iba a hacerlo. La valkyria debía aceptarlo antes, ¿no? Aunque lo cierto era que imaginarse sepultándose en el interior de aquella chica le revolvía la mente y lo excitaba de una forma exagerada.

—¿Que por qué no? —repitió Gunny retirándose el flequillo de los

ojos—. Porque soy capaz de matarte, Noah.

—No puedes —señaló él—. Te mataría yo antes.

—Soy la hija de Thor, chuchó —rebatí ella dando un paso adelante—. ¿De verdad piensas que él dejaría que acabaras conmigo? Tengo el *Mjöltnir* colgado del cuello. No podrías contra mí.

—Puedo tocar puñales *guddine*, captar tótems sagrados y sobrevivir a la punta de Gungnir. No soy fácil de matar. —Arqueó las cejas rubias y sonrió—. Y ni siquiera sé por qué. Además, son órdenes de vuestra diosa. No voy a desobedecerlas.

—Nuestra diosa, a veces, es muy putilla. —Róta apretó las manos formando unos puños tensos y temblorosos—. Sus decisiones y su liderazgo están sobrevalorados. No vas a tocarla mientras estés bajo mi mismo techo, se enfade Freyja o no.

Noah relajó el rostro y sonrió con sinceridad. Dejaría de jugar con ellas, ya le habían demostrado lo que no hacía falta que demostraran; su lealtad y su hermandad las unas para las otras, como las más dignas mosqueteras.

—Me alegra ver que Nanna tiene unas protectoras tan inflexibles. Mataríais por ella.

—Mataríamos por defender a cualquiera de nosotras —aseguró Bryn—. No es bueno que nos provoques así. El Midgard nos tiene completamente revolucionadas y ha hecho desaparecer el poco sentido común que teníamos. La guerra hace que no pensemos ni un momento a quién debemos eliminar.

—Relajaos, por Odín —dijo él echándose a reír—. No tengo intención de hacer tal cosa. No voy a forzar a nadie. Antes de este, había recibido otro mensaje que decía que debía ir a la BlackCountry y pedir que me ayuden a contactar con Nerthus —explicó, seguro de sí mismo—. Y eso haré, pero tengo que llevarme a Nanna conmigo.

El rostro de las tres valkyrias se relajó visiblemente.

—¿No la vas a violar?

—No, maldita sea —gruñó Noah—. Pero la necesito. Necesito que esté a mi lado. Freyja me pide que me la lleve, aunque me dice que no podré tocarla hasta que lo decida Nerthus. No la tocaré cuando salga de ese... cascarón o lo que sea... Pero no hay duda de que es mía, y por eso no permitiré que ninguna de vosotras se interponga, ¿de acuerdo?

—Mientras no le hagas daño, que ya se lo has hecho —espetó Gúnnr, venenosa—, y no la toques, que ya la has tocado..., todo estará bien.

—Esperaré lo que haga falta para hacerlo. Mientras tanto, prometo no hacerle daño. —Si Nanna era su mujer, debía llevarse bien con sus amigas.

Bryn frunció el ceño y se mordió el interior de la boca como si dudara de si debía retirarse o no. Había aprendido con el tiempo que las decisiones de

la diosa siempre tenían un trasfondo y unas segundas intenciones. Nada era gratuito. Todo se hacía por algo.

—Cuando se abra la crisálida, podrás llevártela.

—¡Bryn! —refutó Róta, disconforme—. ¡Es Nanna! ¡Su función es sagrada! No puedes... ¡No sabemos por qué se tiene que llevar a Nanna! Si ella no se lleva a los guerreros caídos, ¿quién se los llevará? La Tierra se llenará de cadáveres valiosos para los dioses.

—Freyja ordena y, por mucho que nos disguste, obedecemos —dijo Bryn, zanjando el asunto—. No depende de mí saber quién se hará cargo ahora de los muertos. Al final, a pesar de todos los inconvenientes, la diosa siempre nos ayuda. Y no creo que esta orden sea diferente.

—Freyja no nos ayuda. Freyja nos hace putadas —aclaró Gúnnr.

Róta y Bryn se miraron la una a la otra. Ellas sabían de buena tinta lo que era ser fichas y peones de la diosa vanir. Sin embargo, después de estudiar los acontecimientos desde todas las perspectivas posibles, no podían decir que la Resplandeciente no hubiera hecho lo mejor para ellas y para el desarrollo del Ragnarök.

—De acuerdo —asintió Róta—. Lo que sugieras, generala.

Bryn le sonrió. Gunny miró vacilante la crisálida. Nanna era su querida hermana. Si sufría más de la cuenta, Noah pagaría.

—Puedes fiarte de mí, Gúnnr —confirmó Noah con docilidad y empatía—. La protegeré con mi vida.

La valkyria morena resopló y al final claudicó, alejándose de la hiedra.

—Te tomo la palabra, berserker —lo amenazó.

—Hazlo. No os defraudaré.

—Ya lo has hecho. La tocaste cuando sabías que no debías hacerlo. Menos veinte para ti. —Gúnnr lo miró de reojo con sus ojos azulados y pasó de largo como si le perdonara la vida—. A ver cómo piensas recuperarlos. Y, de todas formas, todavía tendrás que soportar la ira de Nanna.

—Me la ganaré —dijo seguro.

Gúnnr resopló como si no se lo creyera.

—Nanna confía en las personas y lo da todo en cuanto te conoce. Pero, si se la juegas, es la peor valkyria con la que te puedes topar. Tiene mucho carácter. No dejará que la toques hasta que no crea que ya has pagado suficiente por haberle hecho daño.

Noah aceptó la acusación, aunque no había sido su intención hacer eso. Estaba desorientado, cansado y volando... Tocó a Nanna porque no sabía si lo que estaba experimentando era un sueño o era real. Las consecuencias habían sido terribles y dolorosas para ella. Pero se cuidaría de no volver a hierirla.

—La crisálida la sanará. La hiedra anulará el dolor. Entonces, cuando

ella se encuentre bien, los tallos se apartarán y se abrirán —anunció Bryn, que se alejó de la cama para abandonar la habitación. Sus hermanas la precedieron—. Estás a cargo de ella. No vuelvas a tocarla. No me decepciones. —Se detuvo y añadió—: vigílala.

Noah asintió con la cabeza. Cuando estuvo solo, se relajó y centró toda su atención en la hiedra que rodeaba el cuerpo de la valkyria.

Suya.

Necesitaría descansar para estar bien cuando se despertara. Hacía muchos días que no dormía. Se desvelaba con facilidad y tenía pesadillas... Pero se moría de sueño.

Justo al lado de Nanna estaba su hueco, preparado y libre para él.

Se quitó los pantalones negros de capoeira, que era lo único que cubría su cuerpo y la mejor prenda para pelear debido a su elasticidad. Ese tipo de tela resistía a sus mutaciones.

Desnudo, se metió en el baño de la habitación y dejó que el agua limpiara su sangre y su suciedad. No había ninguna herida que debiera cicatrizar. Todas estaban cerradas. Incluso la del pecho.

Mientras el agua caliente lo bañaba de arriba abajo, Noah se frotó la carne a la altura del corazón.

La lanza le había atravesado su órgano más vital: su corazón. Y lo había matado.

Sin embargo, en vez de estar muerto, estaba vivito y coleando en la misma habitación que Nanna: la valkyria que lo traía loco desde que la vio por primera vez, en la pira de Gabriel.

Sonrió melancólico.

Mucho había llovido desde entonces. Pero en una cosa no se había equivocado: aquella joven guerrera era para él.

Y para nadie más.

Con esa idea yació junto a ella, con la mirada amarilla fija en la trepadora que no dejaba ver ni un centímetro de la hermosa piel de Nanna, hasta que los párpados cedieron al cansancio.

El fuego consumía su cuerpo.

El olor a calcinación impregnaba sus fosas nasales.

No podía salir de ahí.

No se podía mover.

El humo inundaba sus pulmones e irritaba sus ojos.

Una y otra vez su pesadilla se repetía. Noah era consciente de que estaba soñando, pero, a la vez, la realidad del sueño lo turbaba y, a veces, incluso le impedía despertarse, y le hacía dudar de si aquel calvario era auténtico o no.

Las flechas llovían del cielo como estrellas fugaces e iban todas a por él, con sus puntas prendidas e iluminadas por el fuego que continuaba incinerando el lugar en el que él se hallaba.

Y, entonces, el silencio.

El silencio llegaba acompañado de un pequeño zumbido en el oído... Unas palabras susurradas en voz muy baja. Palabras que no conseguía comprender, como si fueran herméticas para él.

Y después abría los ojos de par en par, con las pupilas dilatadas y el cuerpo envuelto en sudor frío. Como en ese momento.

Le costó hacerse a la idea de que seguía vivo y en una habitación, pues estaba muy desorientado todavía, pero en cuanto vio las ventanas submarinas cayó en la cuenta de dónde estaba.

Se incorporó y miró inmediatamente al lado derecho, esperando encontrarse con la cúpula de hiedra; en cambio, halló la cama vacía.

Inspiró profundamente y captó el aroma de Nanna: a algo exótico y ligeramente picante. Torneó sus ojos dorados y vio la silueta de la valkyria contra la pared, en una esquina cubierta por la penumbra, resguardada de la claridad de las ventanas.

Noah se acercó a ella poco a poco, desnudo. Y oyó perfectamente como ella tomaba aire y susurraba:

—*Bue.*

Nanna lo apuntaba con una de sus flechas. Había agitado sus esclavas de titanio y el arco se había materializado entre sus manos. En ese momento, tensaba la cuerda, decidida a atravesarle la piel, si en algún momento ese hermoso hombre se acercaba.

Ese berserker que se había acostado desnudo a su lado, mientras ella estaba en su crisálida recuperándose del castigo de Freyja, la miraba como si estuviera hambriento, aunque había un poco de pesar y remordimiento en sus ojos.

—Estás desnudo.

—Hola.

—Estás desnudo —repitió mientras sus ojos se enrojecían y se apagaban, como si fueran bipolares.

Noah entrecerró los ojos y los desvió hacia su propia desnudez.

—Acabo de ducharme y me he acostado así.

—Ajá. —Tensó la cuerda más, al ver que él daba otro paso hacia delante—. ¿Bryn y Ardan se encuentran bien? ¿Se han recuperado de sus heridas?

Noah no entendió la pregunta, hasta que comprendió que, cuando les hirieron en Machre Moor, Nanna se lo llevó a él muerto, y dejó a sus amigos

abajo malheridos.

—Ella te ha traído aquí, junto a Róta y Gúnnr. Ardan y ella están perfectamente.

Nanna afirmó con la cabeza, pero no bajó el arma.

—Me alegra ver que ya estás bien, valquyria.

—¿Lo estoy? ¿Seguro? Porque te aseguro que todavía me duele la piel y el cuerpo por la descarga. Y te lo debo a ti.

—Nanna, no entiendo qué fue lo que pasó, pero nunca fue mi intención herirte...

—Lo que pasó fue que me tocaste. Eso fue —le recordó ácidamente—. Y deja de caminar hacia mí. No te acerques.

—No quiero hacerte daño. —Levantó las manos.

Ella cerró los ojos con fuerza y los abrió de nuevo.

—Mira, así no puedo hablar. No estoy nada receptiva.

—¿A qué te refieres?

—¡Ponte algo ahí abajo! ¡No puedo estar por tantas cosas a la vez...! ¡Tengo la ansiedad por las nubes y tú me desconcentras! —dijo irritada.

—¿En serio?

—Noah... —advirtió con tono mortal—. Estoy completamente descontrolada y muy cabreada contigo. No juegues.

Noah arqueó las rubísimas cejas y sonrió.

—Las valkyrias no tenéis ansiedad.

—Yo sí. Me pongo histérica cuando un hombre vivo como tú se acerca con esos ademanes, como si fuera a romper su palabra otra vez, sabiendo que si me toca me dará un ataque elíptico.

—¿Elíptico? Epiléptico, querrás decir.

—Lo que tú digas —murmuró entre dientes—. Ahora dame una buena razón para que no te cosa a flechazos, cerdo egoísta.

—No te tocaré, Nanna. No lo haré por ahora.

Ella parpadeó, como si no lo escuchara bien.

—Lo siento, me ha parecido escuchar «por ahora».

—Sí, por ahora.

Nanna apretó los dientes y dio un paso hacia él sin dejar de apuntarle.

—No hay un «por ahora», ¿comprendes? Entre tú y yo hay un enorme y explícito «nunca». Es como un cartel parpadeante y en rojo de un puticlub de carretera, ¿entiendes?

Él negó con la cabeza, sonrió y miró hacia abajo.

—No. Me pides cosas imposibles. ¿Y dónde demonios has aprendido a hablar así?

—Recojo a muertos en la Tierra. Pero los vivos dicen auténticas

barbaridades. Es inevitable escucharlas.

—Ya —dijo pasmado—. Bueno, la cuestión es que no me puedes prohibir algo de lo que no estoy dispuesto a privarme.

—¿Qué no?! ¡Ya lo creo que sí! ¡Si hubieras muerto, podrías tocarme! ¡Si te hubieras quedado con los ojos cerrados y tu corazón hubiera dejado de palpar, ahora podríamos tocarnos! ¡Pero no! ¡Porque al señorito le encantan las intrigas!

A Noah le encantaba escucharla hablar.

Nanna era divertida y espontánea. Parecía tímida al principio, pero después, en su rostro hermoso, aniñado y pícaro se podía distinguir lo atrevida que era en realidad. Le gustaba el tono y las caras que ponía mientras movía aquellos labios tan seductores, con los reproches de una mujer cabreada. Y su olor y su presencia lo excitaban. Prueba de ello era que estaba empalmado y grueso, y que su enorme erección la apuntaba, igual que ella lo apuntaba a él con sus flechas.

—¿A mí? —repitió él, divertido—. Es a este al que le gustan las intrigas. —Se señaló el pene.

Nanna miró su entrepierna, tragó saliva y abrió los ojos de par en par.

—Bájala.

—¿Cómo?

—Mi paciencia pende de un hilo. Siento la ira de Freyja en mí y ahora mismo mi sentido del humor raya la depresión. Baja esa cosa, por Freyja...

El berserker se echó a reír.

—No me apuntes tú a mí con lo tuyo. Baja el arco.

—A mí no me hace gracia. Lo digo en serio, Noah. No te imaginas lo que me ha dolido el castigo. Si vuelves a tocarme o a rozarme, ella volverá a azotarme y... Baja eso y deja de señalarme.

—No puedo —protestó él, de buen humor—. Es culpa tuya. Le gustas.

—Tú a mí no. Eres un mentiroso.

Noah puso los ojos en blanco.

—¿Soy un *Choppino*? —bromeó intentando quitarle hierro al asunto.

—*Choppino* era bueno. Tú eres un capullo. Traicionaste tu palabra. Te lo he repetido cientos de veces, te he advertido sobre lo que sucedería si...

—Ya te he dicho que no te tocaré de nuevo. Pero encontraré un modo de hacerlo sin que sea doloroso para ti.

—¿Por qué ibas a hacer eso después de ignorar mis advertencias con tanta desfachatez?

—Porque no puedo soportar estar cerca de ti y no hacerlo —contestó con voz grave—. Porque llevo siglos esperando a mi *kone*, y ahora que te he encontrado no te vas a escapar. Ahora no me cabe ninguna duda sobre quién

eres. Toda esta atracción que sentíamos el uno hacia el otro, el misterio y la tensión... Lo decían a gritos. Tú eres para mí.

A Nanna se le estremecieron hasta las orejas. Pensó en esa posibilidad. La idea de tocarse sin dolor. La posibilidad de que por fin la tocaran.

A ella le había gustado Noah desde que lo vio. Le encantó, la fulminó. Supo que quería a ese hombre para ella, pero, para hacerlo, Noah debía estar muerto.

El futuro de ellos dos juntos era el mismo que el que tenía el Día de la Marmota. Es decir, ninguno.

Sin embargo, después de sufrir la ira de Freyja, Nanna estaba tan rabiosa que sería capaz de matarlo ella misma, y no precisamente por estar con él toda la eternidad, sino por hacerle sufrir parte del increíble tormento que ella había experimentado en su cuerpo.

No había peor castigo físico que el que infligía la diosa vanir. Y era una verdad conocida en los Nueve Mundos.

—Y... ¿a quién piensas recurrir para eso, berserker? ¿Quién conseguirá que tú puedas tocarme? —preguntó interesada.

—Tengo que volver a la Black Country. Ahí hablaré con las sacerdotisas. Ellas podrían ayudarnos. Saben sobre magia, y Freyja me ha ordenado que me acompañe.

—No entiendo por qué Freyja insiste en que vayamos juntos... —meditó en voz alta—. Pero, conociéndola... Tal vez sea parte de mi castigo por dejar que me tocaras... Es un poco zorra, en ocasiones.

—Nanna, fui yo, no fue culpa tuya... Pero estaba tan aturdido como tú y, sinceramente, en ese momento no recordaba para nada la orden que me diste.

—Algo ha tenido que salir mal —continuó Nanna, perdida en sus pensamientos—. Se suponía que te habías encomendado a mí... Soy tu valkyria, y tú, mi einherjar, pero no puedo ser tu valkyria si me haces tantísimo daño siempre que te acerques a mí. Es imposible.

—Créeme que sí eres mía —dijo él, amenazándola y dando un paso hacia ella.

—Alto ahí, berserker. —Sacudió la cabeza. Lo miró fijamente a los ojos, estudiándolo como si fuera un puzle sin resolver para ella—. ¿Por qué sobreviviste?

—Para empezar, soy tu berserker y tú mi *kone*.

—Simples matices terminológicos.

—Me sorprende que no hayas cambiado el orden de las letras en esa frase...

—Creo que te voy a tostar.

Noah se echó a reír de nuevo. No lo podía evitar.

—Por tus palabras, parece que hubieras deseado que estuviese muerto —la recriminó—. ¿Eso quieres? ¿Quieres que muera?

—¡No! Bueno... ¡Sí! —Nanna no sabía mentir. Era transparente y honesta—. Pero es obvio que nuestra relación cambia considerablemente dependiendo de si vives o mueres. Muerto el perro, se acabó la rabia, ¿no dicen eso?

—No me puedo creer lo que oigo... ¡No tengo ni idea de por qué sigo vivo! Pero necesito respuestas, y, por lo visto, solo As Landin puede responderlas. Y tú debes acompañarme. Lo pide tu diosa.

—Ya lo he oído —contestó de mala gana—. Y te acompañaré, no quiero desobedecer a Freyja de nuevo. Pero, hasta que no encuentres una solución, no debes ponerme una mano encima. Has dejado de caerme bien.

—Será muy difícil no poder tocarte —gruñó para sí mismo.

—Noah... —Sus ojos se tornaron rubíes llenos de cólera y desafío.

—¿Sabes que es muy sexi el modo en que tus ojos cambian de color?

—El cambio de color no tiene por qué ser bueno. ¿Te portarás bien? —Lo apuntó directamente a la entrepierna.

—Se supone que no me puedes hacer daño, ¿no? —dijo sin tenerlas todas consigo.

—Las flechas no son parte de mi poder. Son un excelente complemento a nuestro atuendo. Si la flecha te toca, te dolerá.

—Lo haré. —Alzó las manos como si estuviera indefenso—. Resistiré. No te pondré una mano encima.

Nanna lo miró de arriba abajo.

Finalmente, agitó sus *bues* con conformidad, y las flechas desaparecieron entre sus dedos; el arco se recogió como haría un *transformer* hasta rodear de nuevo la esclava de titanio negro y rojo.

Después, la joven valkyria se colocó las largas trenzas sobre un solo hombro y sacó pecho para añadir:

—Te las pondré yo. Ahora me toca a mí.

—¿Cómo dices? ¿El qué?

Nanna se acercó a él, arqueó una ceja castaña oscura y dijo con una sonrisa lobuna:

—Seré yo quien te toque. Yo sí puedo ponerte las manos encima, ¿no?

Noah tardó unos instantes en reaccionar y en reconocer en el fino rostro de la valkyria, un deseo tan fuerte y voraz como el de él, además de una profunda necesidad de revancha.

Nanna lo deseaba, pero, a diferencia de él, ella sí podía tocarlo.

III

—¿Qué pasa, lobo? ¿No te gusta sentirte cazado?

Noah alzó ambas cejas, sorprendido por el arrojo de la mujer.

—Corrígeme si me equivoco, valkyria.

—Dime —dijo ella colocándose a un par de centímetros de su cuerpo desnudo. Podía oler su piel limpia y sentir el calor que desprendía.

—Las valkyrias sois vírgenes, ¿cierto?

—Sí. Pero las que descendemos tenemos el permiso de Freyja para quitarnos el lastre de encima.

—Entonces —dijo él siseando, al notar como los dedos de Nanna recorrían su clavícula—, no tenéis ni idea de lo que es dejarse llevar por la atracción física.

—Oh, ya lo creo que sí —aseguró Nanna—. Entre nosotras, en el Valhall, nos dejábamos llevar. No todas teníamos einherjars con quien saciar nuestro apetito, ¿comprendes?

A Noah se le puso aún más dura al imaginársela.

—Cuando te pueda tocar, serás virgen para mí —dijo excitado.

—Suenas a utopía, de momento. Debes saber que, cuando estoy tan enfadada, no me dejas llevar por la atracción física. —Lo inmovilizó con una mirada de sus grandiosos ojos—. Yo me dejas llevar por la venganza. Ahora mismo no me mueve el deseo de tocarte —mintió, en cierta medida—. Me mueve el deseo de hacértelo pagar. Por tu culpa, mi diosa me ha castigado en el Midgard.

Noah tragó saliva al ver cómo Nanna abría la palma de su mano y permitía que una flecha iridiscente de su *bue* se materializara ante ellos.

—¿Qué vas a hacer?

—No hay nada más vengativo que una valkyria —susurró a un paso de sus labios. No tenía mal carácter, al contrario. Pero si había algo que valoraba por encima de todo lo demás, era el cariño de la diosa. Y Freyja siempre la había tratado de un modo distinto a las demás. Había confiado en ella para traer a los guerreros caídos al Valhall, y siempre le hacía regalos. Le había dado su puñal *guddine*, y lo había hechizado para que ella lo pudiera tocar sin ser una diosa.

Y también le había obsequiado con un collar de perlas que a menudo tocaba cuando se quedaba pensativa. Eran detalles exclusivos que Freyja solo tenía con ella. Pero Noah acababa de echar por tierra esas preferencias, y la vanidad estaría decepcionada—. Recuérdalo la próxima vez que se te vayan las manos.

Él no pudo comprender sus últimas palabras, hasta que sintió cómo la flecha se había moldeado hasta rodear todo el tallo de su erección, como si fuera una anaconda que estuviera preparada para estrujarlo.

Y lo estaba.

Nanna rodeó su pene con la mano, y no pensó en que aquella era la primera vez que tocaba uno. En realidad, apenas lo sentía, porque el calor de la flecha y su electricidad le privaba del verdadero tacto de aquella piel que, se suponía, era satinada y ardiente.

—¡Nanna...! —Noah se quedó sin aire y cayó de rodillas.

—Atrévete a tocarme ahora —le gruñó.

La flecha electrocutaba a Noah, y lo dejaba sin fuerzas siquiera para defenderse.

El berserker puso los ojos en blanco, indefenso.

Dolía horrores.

—¡Me estás achicharrando los huevos! ¡Para!

Nanna negó con la cabeza, impertérrita.

—Me puedo equivocar con las palabras. Puedo ser confiada y despreocupada. Me encanta divertirme y hacer bromas. Adoro todos los juguetitos terrenales que tenéis y me gusta el Midgard por lo que es. Pero te diré una cosa que no soy. No soy indulgente. —Apretó la *bue* con más fuerza alrededor del saco de bolas—. Nunca. ¿Crees que me podrás tocar cuando encuentres la solución para hacerlo? ¿Crees que podrás hacerlo porque ese es tu derecho como berserker? Me da igual que seas mi *einherjar* y cuán deseosa pueda estar de que me sobes, bengala. Tendrás que ganarte la gracia para tocarme de nuevo. Gánate mi confianza porque, ahora mismo, no tienes ninguna.

Después de eso, lo soltó y lo empujó, hasta que Noah, desnudo, cayó al suelo, hecho un ovillo, dolorido y con las manos entre las piernas.

Estaba rojo como un tomate y se le marcaban las venas del cuello.

—No te quejes tanto —le increpó Nanna—. Han sido solo unos segundos. No toda una eternidad, como la que he sufrido yo con Freyja.

—Nanna... ¡¿Adónde vas?! —

La valquyria se detuvo en el marco de la puerta, antes de salir de la habitación y dijo:

—A dar una vuelta.

—Dentro de nada tendremos que irnos...

—Freyja me ha hablado dentro de la crisálida de hiedra.

Él se dio la vuelta como una croqueta y la miró desde los bajos fondos en los que se hallaba.

—¿Qué te ha dicho?

—Pues... —Se recolocó bien la *bue* sobre su muñeca y carraspeó con repelencia—. Que tú sigas sin poderme tocar no quiere decir que los demás tampoco lo puedan hacer. Ha levantado la veda para los demás. Ahora ya me pueden tocar y yo les puedo tocar a ellos.

—¿Cómo dices? —Sus colmillos asomaron entre los labios, y sus ojos se volvieron salvajes.

—Lo que has oído. Por eso te he dicho que debe de haber un error. ¿Por qué se supone que tú, que dices ser mi pareja, no puedes ponerme una mano encima sin que me muera y tenga ganas de arrancarme la cabeza? Y, en cambio, ¿todos los demás sí pueden hacerlo? ¿Y si se trata precisamente de que eres todo lo contrario?

—No sé a qué te refieres...

—Llevo toda la vida esperando a mi compañero. Pensaba que no lo tendría jamás. Cuando te vi por primera vez, sentí que todo mi mundo se ponía del revés. ¿Te ha pasado eso alguna vez?

—Sí —murmuró él—. Contigo, Nanna.

Ella tragó saliva y lo miró por encima del hombro.

—Pues yo también sentí eso, pero no puede ser verdad. Mi pareja no me hace daño con su contacto y provoca que mi diosa me condene en el Midgard. Eso solo puede significar una cosa.

Noah la escuchaba con atención, parpadeando como lo haría un animal.

—Me tocó el hombre equivocado. El menos indicado.

—Piensa lo que quieras, Nanna. Te vendrás conmigo. Y, mientras yo esté a tu lado, no vas a tocar a nadie más.

—Ya, bueno. ¿Esa es una de tus órdenes de lobo alfa?

—Y harías bien en no desobedecerme.

Nanna lo miró por última vez y sonrió, desdeñosa.

—Ponte hielo ahí abajo. Te veo luego.

Tras aquellas palabras, dejó a Noah a solas con su dolor.

¿Qué demonios había pasado?

Ahora, además de intentar descubrir quién era, ¿debía acarrear con una *kone* ofendida?

Noah golpeó su frente contra el suelo y añadió:

—Cuánto odio a los dioses.

Después de reencontrarse con sus valkyrias en aquel búnker submarino, había tenido una conversación con Bryn, Róta y Gúnnr en el mirador de la isla, cuyo horizonte estaba cubierto de una negra espesura provocada por los gases que salían de las grietas de la Tierra.

—Dioses... Es como Mordor —susurró Nanna.

—Ha empezado el final de los tiempos. La Tierra se oscurece —dijo

Róta mirando a la sombría lejanía.

—Pero en los albores de la tempestad —añadió Nanna poniendo voz de hombre y recordando las palabras de Gandalf en *El Señor de los Anillos*— vuelvo a vosotros.

Las cuatro valkyrias sonrieron. Habían echado tanto de menos a Nanna...

—Entonces... —dijo Bryn sin comprender—. ¿Ahora ya puedes usar tus manos? ¿Ya puedes disfrutar de los pecados de la carne? ¿Puedes ser tocada?

—Síp.

Róta resopló y se descruzó de brazos.

—Pues que Odín los pille a todos confesados. Porque no hay nadie más curiosa que tú. —Róta le guiñó un ojo—. Pasarás de ser Nanna, *la Intocable*, a Nanna —movió las manos como si dibujara un cartel ante ellas—, *la Guarra*.

Nanna le dio un codazo y la apartó de ella.

—Oye, Nanni, recuerda que hay hombres que no puedes acechar —le dijo Gúnnr marcando terreno y pasándose los dedos por el pelo.

—Descuida, hermanita. —Nanna le pasó un brazo por encima de los hombros—. Ya sé que Ardan y Miya están marcados. Me hablabas de ellos, ¿no? ¿O acaso hay alguien más?

Gunny arqueó una ceja y se relajó al ver la sonrisa sinvergüenza de Nanna.

—Pórtate bien, eh —le pidió Gúnnr.

—Huy, Gunny se ha vuelto muy territorial y tiene más carácter que Prúdr cuando le metimos los excrementos de trol en vez de las albóndigas en la cena de las eddas de Bragi —añadió Róta.

Todas se echaron a reír.

—Relajaos. Vuestros guerreros no me interesan —aseguró Nanna.

—Lo sabemos —apoyó Bryn—, pero te interesa Noah, ¿verdad? Por mucho que él haya hecho lo que ha hecho, por alguna razón, la diosa quiere que estéis juntos.

—Aquí hay perro encerrado —susurró Nanna pensativa.

—Dirás gato.

—No. Digo perro. Noah es un berserker, ¿no? Se encomendó a mí —apuntó la valkyria atándose una de sus trencitas como si no le diera importancia—. Pero es imposible que mi einherjar me haga daño cuando me toque. Así que he decidido que no lo vuelva a hacer. Lo acompañaré allá donde la diosa me obligue, pero no estamos obligados a tener una relación.

—Pero si es tu einherjar, ya ha creado su vínculo contigo. Si se encomendó a ti...

—Es imposible —gruñó Nanna disconforme—. Imposible. No puedo ser tan desgraciada como para tener una pareja que cada vez que me toque me deje en coma. Me niego. Y aunque se pudiera, yo... Ahora mismo, estoy muy cabreada con él... Sabéis que mi relación con el dolor es la misma que tienen Loki y Odín. Es una aversión total. ¿Cómo es posible que el hombre que me gusta, y al que se supone que pertenezco, me haga tantísimo daño con su toque?

Las tres guerreras la miraron con compasión.

—Noah es un hombre muy válido y empático —le dijo Bryn—. Nos ha ayudado mucho en nuestra guerra por recuperar a *Gungnir*. Es especial. Tal vez...

—A mí solo me ha dado el dolor de Freyja —la cortó Nanna—. Le he ayudado en todas mis intervenciones. En todas —recalcó—. Bueno, de acuerdo —puso los ojos en blanco—, en una lo apuñalé. Pero ese puñal *guddine* le ha servido de mucho. Y después lo sané de sus heridas, le di mi *helbredelse* en Amesbury, cuando yacía malherido en la copa de aquel árbol, víctima del ataque de Hummus. Y en cuanto me pilló con la guardia baja y tiene la oportunidad, lo primero que hace es romper su palabra y tocarme. —Estaba enfadadísima—. No es justo.

Visto así, pensaron las tres valkyrias, Nanna tenía en su derecho a pataleta. Aunque el trío sabía a la perfección y por propia experiencia que a Nanna le sería imposible no tocar a Noah, pues tenían un *kompromiss*. Era imposible ignorar la atracción y el deseo de los *einherjars* y sus valkyrias, o, en este caso, de sus berserkers por sus parejas.

—Si Noah es un berserker y te marca, y todos vimos cómo marcó el *noaiti* a la Cazadora, ahórrate tus promesas de venganza —Bryn la compadeció acariciándole la espalda—, porque, en cuanto pueda, y aunque tú le hayas dicho que no, ese hombre te ensartará con su arma personal. Su instinto no le dejará hacer otra cosa.

—¿Me estás hablando de guarradas? —preguntó Nanna sabiendo la respuesta de antemano.

—Obvio —replicó Bryn—. Vimos las imágenes de Adam poseyendo a Ruth contra la pared, en la barra americana de su casa, en el bosque... El deseo de los berserkers por sus hembras es el mismo que el de los vanirios por sus parejas. Los ciega, les vuelve locos. Es un anhelo animal. Es...

—Ansia —definieron Róta y Gúnnr a la vez.

—Ansia, ya... ¿Y en qué lugar me deja eso a mí? —preguntó Nanna, incómoda.

—¿En qué lugar? —Róta arqueó sus cejas rojizas y sonrió—. Justo debajo de él. ¡Ah! —Alzó la mano y levantó el índice—: Y abierta de piernas,

por supuesto. Creo, hermanita —Róta frotó las trenzas de Nanna entre sus dedos—, que no tienes nada que hacer. Ya puedes negarte tantas veces como quieras. La rabia no te durará eternamente. Y, si no, mira a la generala —insinuó Róta—. Una eternidad odiando a Ardan, y después de varios días en el Midgard el rechazo se vuelve amor y adoración. No ha tardado nada en follarse...

—¡Róta! —la regañó Bryn.

Nanna sonrió, conocedora de todos esos detalles. A Freyja le encantaba pasar imágenes por la Ethernet para que las demás valkyrias vieran lo que sus hermanas guerreras hacían con los hombres en la Tierra.

Nada la sorprendía. Era obvio que Bryn debía perdonar a Ardan, su amor había durado eones en el Asgard. Cuando se amaba tanto, nada parecía afrenta suficiente.

El perdón podía con todo.

—¿Cuándo se supone que partís hacia la Black Country? —preguntó Bryn, interesada.

—Pronto. Tal vez hoy mismo. En cuanto Noah se recupere.

—¿Se recupere de qué?

—Ah, bueno, le he electrocutado los huevos —les explicó sin darle más importancia.

Las tres valkyrias abrieron los ojos de par en par y gritaron a la vez:

—¡¿Que has hecho qué?!

Nanna repasaba las marcas de los tatuajes de los highlanders de Ardan con los dedos.

Los tocaba y los retocaba, como si quisiera gastarlos. No solo el miedo a ser tocada la había atemorizado, sino que el miedo a tocar también la había afectado. Las dudas la habían atenazado durante muchísimo tiempo. ¿Y si tocaba y eso enfadaba a Freyja? ¿Y si, por el mero hecho de tocar, después la desobedecían y también la tocaban a ella? Sería un desastre... Bla, bla, bla...

Pero ahora ya no tendría ese problema, ¿no? Y no sabía de cuánto tiempo podría disponer en el Midgard antes de que Freyja la perdonase y volviese a requerirla. Así que aprovecharía su estancia allí.

—¿Estás segura de que podemos hacer esto? —preguntó Theo, risueño—. ¿De verdad quieres que te toquemos?

William y Theo, obviamente, estaban encantados con la presencia de la valkyria.

—¿Y decís que todo vuestro cuerpo está tan duro? —Freyja le había dado el permiso para tocar a quien quisiera, excepto a Noah. Tenía, por fin, el don del libre albedrío; si ella lo decidía, podía quitarse la virginidad que la perseguía desde hacía eones, de un plumazo.

Si no fuera porque sabía que tanto a William como a Theo los esperaba una valkyria en el Asgard, posiblemente se hubiera animado a jugar un pelín. Aunque ninguno de ellos era tan espléndido y radiante como el bengala al que había achicharrado las joyas de la Corona.

Le había dado tantísima rabia que la hubiera traicionado de ese modo porque tocarla consciente o inconscientemente la llevaban al mismo lugar: a la ira de la vanir. Una vez sufrido el castigo, poco importaba si se había hecho a propósito o no.

Ahora solo tenía que esperar que la cólera que aún la invadía remitiera con el tiempo, porque aquel no era su estado natural. Ni mucho menos. Ella no sabía vivir cabreada.

Prefería sentirse bien a estar ofuscada. Bryn y Róta se movían como pez en el agua bajo el efecto de esos sentimientos furiosos. Ella no. En cierto modo, se parecía a Gúnnr.

Los highlanders le habían explicado que Gengis y Ogedei seguían germinando los mares de todo el planeta con el tratamiento antiesporas que había creado Isamu para aguas saladas.

Sin embargo, sucedería lo que había pasado en el Reino Unido, sobre todo en Escocia. Si los huevos habían crecido, las amebas no actuarían en los huevos, y estos crecerían igual. Para que el tratamiento funcionase, los huevos debían estar en su primera fase de crecimiento. Algunos lo estarían y otros no. Y los que no, por su parte, serían la cuna de etones y purs que emergerían decididos a acabar con la superficie terrestre, tal y como habían hecho en Edimburgo.

Estaban metidos todos en un buen lío. Era la guerra, la más grande de todos los tiempos.

William y Theo respetaban mucho a Nanna por ser quién era, y, a la vez, se reían mucho con ella. Cuando estaban en el Asgard, Nanna les contaba historias del Midgard, de cómo evolucionaba la humanidad.

Todos la escuchaban, aplaudían sus ocurrencias y prestaban atención a sus palabras.

Nanna era muy cómica, pero también era muy seria cuando tenía que dar su opinión más coherente.

—Entonces... —les preguntó atando todos los cabos—, decíais que creéis todavía hay un reducto de newswcientists en los Balcanes y otro en Noruega. ¿Me equivoco?

Según le habían informado, en Noruega había una última sede de la Organización, una que todavía quedaba en pie. Allí, según habían descubierto después de acabar con Mandy, Buchanan y todos los demás en Lerwick, habían estado llevando hasta la fecha las pruebas de la terapia *Stem Cells*.

Gabriel había asegurado que en una de las cajas destruidas que incluían terapia estaba la dirección del último centro neurálgico de toda la corporación genocida.

—Lo que hay en los Balcanes no es una sede. Es un campo de concentración. Khani, uno de los vampiros siervos de Loki, admitió a Gabriel, en Batavia, que allí tenían a muchos guerreros que secuestraban y trataban —explicó el pelirrojo William—. Falta hacernos cargo de estos dos escollos para que Newscientists desaparezca del Midgard y para liberar a nuestros guerreros. Necesitamos sacarlos de ahí para que, en caso de que llegue el Ragnarök, prepararlos para la batalla final. Cuantos más seamos, más resistencia crearemos.

—Entiendo —dijo Nanna. Ella no tenía ni idea de cómo iban las cosas en ese reino, ya que sus asuntos siempre habían tenido que ver con los muertos derrotados en batalla. Y ahora, gracias a los dos einherjars, estaba al tanto de cómo transcurría la vida de los vivos—. No tenemos tótems que rescatar, pero sí a compañeros. Además de un plan de demolición en Noruega, ¿no?

Theo y William asintieron sonrientes.

—Eso es.

—Nanna... Respecto a lo de tocarte...

—¿Sí?

Theo se rascó la nuca, dudando.

—¿Estás segura que podemos hacerlo? ¿Y si Freyja se enfada?

Nanna inspiró profundamente y detectó la esencia de Noah. El berserker se acercaba a la sala, acompañado de más gente. Sonrió. Con suerte, lo vería y lo sacaría de sus casillas. Se dio la vuelta, de cara a la puerta.

—Claro. Prueba a ver...

Theo y William se miraron el uno al otro. El primero se encogió de hombros y alargó las manos hacia su larga melena repleta de finísimas trenzas. Le retiró el pelo de la nuca y, sosteniéndolo en una mano, el rubio einherjar, pasó las puntas de los dedos por el larguísimo cuello de la valkyria.

Nanna miró al frente, impávida, segura de que no sentiría dolor.

Theo continuó acariciándola y adelantó los dedos hacia delante, hasta deslizarlos por su clavícula y más abajo.

William agrandó los ojos, sorprendido por el atrevimiento de su amigo.

Nanna parpadeó y miró por encima del hombro.

—Es para hoy, ¿sabes?

Theo achicó sus ojos azules y sonrió.

—¿Hablas en serio?

—¿A qué te refieres? —preguntó Nanna, sin comprender.

—Valkyria, te estoy tocando los pechos a dos manos...

Ella pestañeó una vez, dos, hasta que miró hacia sus senos. Las enormes manos de Theo la estaban cubriendo, y ella no sentía nada de nada. No sentía dolor. Ni placer. Era como si la tocara un fantasma. Es decir... No había carne con carne.

—¡Theo! —rugió una voz conocida, que entró en la sala como un vendaval.

Noah corrió hacia ellos mostrando los colmillos y con los ojos más amarillos que nunca. Tenía el pelo rubio recogido en una coleta; los músculos se movían como los de un atleta bajo su piel morena.

Otro hombre estaba tocando a Nanna, tal y como ella le había dicho, y no le hacía ningún daño.

Los celos, desconocidos para él hasta ese momento, le golpearon con tal fuerza que no supo controlarlos.

El romano acabó estampado en la pared contraria a un metro del suelo. Su mano le rodeaba el cuello y le enseñaba las fauces como un animal rabioso, a un palmo de la cara.

—Joder, tío... —replicó Theo—. Ella me lo ha pedido.

—Ella... no... se... toca.

—Ha sido Nanna —lo defendió William—. Queríamos comprobar que sí se la podía manosear.

—¡Mi *kone* no se manosea, Mel Gibson! —le gritó encarándose también con él.

Theo se echó a reír al escuchar la ocurrencia, aunque seguía inmóvil bajo la mano del berserker.

—¡Suéltale, Noah! —gritó Nanna, que fue a por él.

—¡Pero te ha tocado!

—¡Sí! ¡¿Y qué?! Él puede tocarme... No... No me hace daño —aclaró en voz baja. ¿Omitir era lo mismo que mentir? Bueno, al menos, era ocultar información. No le diría que, para su desgracia, el hecho de que otro la tocara era como ver pasar el tiempo. No sentía nada. Nada.

—¡No lo puede hacer! —le gritó Noah encarándose con ella y soltando a Theo de golpe—. No puedes dejar tu cuerpo a la merced de otros.

—¡¿Y por qué no?! —protestó ella.

—Porque, Nanna. —Noah la arrinconó contra la pared—. No tienes ni idea de cómo soy. Nunca he tenido una pareja, y, ahora que la tengo, estoy completamente fuera de mí. Las cosas no funcionan así entre nosotros. No deben funcionar así.

—Todavía queda por ver que seas mi pareja —lo desafió ella—. A no ser que te gusten los pinchos a la barbacoa, o las nubes quemadas. Porque eso

es en lo que me conviertes cuando pones tus dedos sobre mí.

—Buscaremos una solución.

—¿El qué?

—Guantes.

—No funcionará. Esa idea ridícula no tiene razón de ser en nosotros. Seguirás siendo tú quien me toque; contra eso no hay nada que hacer.

Noah sacudió la cabeza, todavía muy molesto por su actitud.

—Lo arreglaré. Pero, hasta entonces, procura no sacarme de mis casillas. Soy medio animal, ¿comprendes lo que quiere decir eso?

—¿Qué me mearás en la bota?

A él le rechinaron los dientes. Su comportamiento lo sacaba de quicio, le ponía de los nervios. Siempre había sido el más pacífico de los berserkers, el que más sentido común tenía, el que sabía controlar sus instintos mejor que los demás. Y ahora estaba perdido. No podía entender lo que sentía.

—¿Por eso te querías adelantar, Noah? ¡Basta! Necesitamos reorganizar a todos nuestros guerreros —respondió Gabriel, entrando en el salón, acompañado de Ardan y Miya, e interrumpiendo la discusión de la pareja—. ¿Para poner a tu pareja en vereda?

—¡Yo no soy su pareja! —negó Nanna.

—Ya lo creo que sí —murmuró Noah por lo bajini—. Y no hay más que hablar.

—Te compraré ampollas para las *parragatas*. Me parece que tienes muchas.

—Son pulgas y garrapatas —la corrigió él, entretenido con su comportamiento—. Y no soy un puto perro, rayitos. Estaría bien que lo tuvieras en cuenta.

Nanna lo desafió con la mirada, y él la ignoró escuchando a Gabriel.

Tras ellos, sus amigas valkyrias, que seguían a sus parejas, la miraban atónitas y también divertidas, como si les encantara ver a su hermana en aquella actitud.

Gabriel habló en voz alta para que todos le prestaran atención.

—Estamos completamente incomunicados. Hemos intentado ripear las señales satélite que quedan en pie, pero de momento no ha habido éxito. Solo los vanirios con vínculos sanguíneos pueden comunicarse entre ellos mentalmente a largas distancias, y, por ahora, no disponemos de ninguno que podamos llevar como puente entre unos y otros. Los únicos hermanos del clan kofun eran Ren y Aiko, y Ren murió honorablemente en Chicago. —Mientras Gabriel hablaba, Noah se acercó a Nanna y marcó con los ojos a William y a Theo—. Aiko está desaparecida, al igual que los hermanos vanirios Carrick y Daimhin; no hay rastro de ellos desde la batalla en Edimburgo.

—Tenemos este reducto gracias a Steven, el líder berserker de Escocia —aclaró Ardan—, pero él tampoco aún ha regresado. Así que esperaremos un poco más hasta que vuelvan los máximos posibles; después decidiremos. Mientras tanto, seguiremos haciendo guardias en todo el país. Esperemos que el destrozo no sea mayor y podamos evitar que los esbirros de Loki maten a mucha gente.

Gabriel asintió conforme.

—Nanna y yo debemos irnos. Avisaremos a los clanes para intentar crear un puente de comunicación viable entre todos. Pero necesitamos ayuda para regresar a Inglaterra. Escocia está paralizada. —Noah miró a Gúnnr, esperando que ella le echara una mano.

Gunny movió la cabeza en señal afirmativa.

—Convocaré una tormenta y os dejaré en vuestro destino. ¿Hacia dónde debemos ir?

Noah no lo dudó ni un minuto. En medio de la guerra y de los frentes abiertos que assolaban su mundo, solo algo primaba por encima de lo demás. La necesidad de saber quién era.

—A Wolverhampton.

IV

A Gúnnr no le había sido nada difícil convocar una tormenta. El cielo de Escocia estaba completamente negro y de sus nubes caía una lluvia marrón y algo ácida, fruto de la mezcla de los gases intraterrenos y de los incendios que arrasaban la corteza terrestre.

La valkyria morena de pelo liso había sido espoleada con los poderosos rayos de Bryn, que impactaban inclementes en su cuerpo. Había aprovechado la fuerza electromagnética para abrir un agujero cuántico en el cielo y utilizar la antimateria que se creaba sobre los cumulonimbus, un polvo dorado que podía conectarte a todas las tormentas alrededor del globo, y que obedecía a la intención de Gúnnr.

Antes de que Nanna partiera, Bryn acudió al lado de su amiga y le dijo en confidencia:

—Antes de irte, toma esto —le ofreció una riñonera de piel negra, en cuyo interior había un iPhone de último modelo—. Ardan y Gabriel intentarán conectarse a algún satélite que emita señales internacionales y que esté en pie en el Reino Unido. Tal vez podamos hacer algo con él. Si conseguimos conectarnos a su señal, podremos hablar entre nosotras con esto. —Agitó el teléfono frente a sus narices—. Espero que allá donde estés, tengas línea y haya cobertura.

—Sé lo que es un teléfono, Bryn... —aseguró Nanna mirándola como si fuera tonta y colgándose la riñonera alrededor de la cintura, como un pantalón caído.

El viento de la tormenta que se acercaba por orden de Gúnnr agitaba sus melenas sueltas y provocaba que tuvieran que gritarse para escucharse.

—Intentaremos hablar por mensaje, ¿de acuerdo?! —le dijo Bryn—. Te quiero, *nonne*. ¡Cuídate!

Nanna asintió y la abrazó con fuerza antes de agarrarse a una liana eléctrica después de gritar *Asynjur*.

—¡Nanna! —Róta saltó sobre su liana y fundiéndose en un abrazo le dijo al oído—: Oye, escúchame bien. El Ragnarök ya ha empezado y estamos en plena guerra... No seas tonta, y aprovecha el tiempo que te quede aquí. —Hizo un gesto obsceno con la mano y la boca, como si tuviera un palo introducido en su cavidad bucal y la lengua fuera el extremo de ese palo, que golpeaba inclemente el interior de su mejilla.

—¿Qué quieres que coma? —dijo Nanna sin comprender.

Róta puso los ojos en blanco.

—¿Me lo dices en serio?

Nanna sonrió y sus ojos pilluelos la delataron.

—Quieres que me convierta en Marifé Lación.

Róta soltó una carcajada.

—Quiero que seas feliz y que recuperes el tiempo perdido. Experimenta con el bengala, porque, aunque él no pueda hacerlo contigo, tú sí puedes magrearlo.

Nanna miró a Noah de reajo y después abrazó a Róta con todo su cariño.

—Eso haré.

—Mantente viva. Para siempre en mi corazón, Nanna.

—Para siempre en mi corazón, Róta. —Le dio un beso en los labios y se despidió de sus dos amigas valkyrias, las más queridas y respetadas por ella. Su familia.

En lo alto de aquel agujero cuántico, Gúnnr y Gabriel esperaban amarrados a la liana eléctrica de la hija de Thor.

Nanna tiró de la suya y esperó a que Noah reaccionara.

—¿Vienes? —le ofreció una mano.

Noah entrecerró lo ojos, perdido.

—No te puedo tocar. Creo que debes venir a recogerme tú. O, si quieres, salto y...

—No puedes tocar los rayos sin estar en contacto conmigo, a no ser que quieras que te frían. ¿Eso quieres?

—Apuesto a que te gustaría.

—No lo dudes ni un minuto, bengala.

—Nos vamos a llevar tan bien... —canturreó él dando a entender todo lo contrario—. Anda, baja y ven tú a buscarme.

Nanna no lo pensó dos veces. Se deslizó por su rayo, agarró a Noah por la cintura y lo cargó hasta alzarse entre las nubes y viajar por el cielo.

—Te cargo como a una princesita —dijo ella riéndose de él—. No te quejarás, ¿eh? Soy como tu príncipe azul.

—Los príncipes son unas mariconas. Pero acepto ser princesita siempre que tú seas una marimacho conmigo —le guiñó un ojo, amarillo y atrevido.

Nanna no quiso sonreír, pero sus labios se curvaron, desobedientes.

—Espero cogerte bien. No vaya a ser que te me resbales en algún lugar entre el Midgard y la nada.

Ambos ascendieron hasta el embudo tormentoso que los esperaba para engullirlos y llevarlos hasta la ciudad negra: la BlackCountry.

—¿Y dices que lo viste ahora? —le preguntó Adam a Nora.

La pequeña berserker rubia chupó su piruleta mientras se agarraba a la mano de su enorme tío moreno.

Adam, el *noaiti* del clan berserker, obedecía a sus sobrinos a ciegas, igual que lo hacía todo el clan. Uno de los gemelos era una brújula; la otra, una dibujante astral del futuro relacionada con todo lo que involucraba a Loki. Y todo lo que veían se cumplía.

Pero no solo Nora había soñado con aquello. María y las sacerdotisas habían leído en las runas que aquel sería un día de iniciación y revelación en el clan.

En esos momentos, Ruth y las cuatro mujeres esperaban pacientemente en el salón de la casa de As, reunidas alrededor de una mesa bajo la luz de las velas. Al parecer, esa revelación tenía que ver con Noah. Por eso el *leder* del clan berserker, As Landin, también se había unido a la espera.

Nora revisó su dibujo. En el cielo había un remolino; en medio de la tormenta, cuatro guerreros aparecían y descendían sobre el tótem de Wolverhampton.

—Tiene que llover —murmuró la preciosa niña con los dientes mellados y las mejillas sonrosadas. Lamió su piruleta de nuevo—. Cuando llueva, ellos vendrán —afirmó con una seguridad aplastante.

El cielo de la Black Country había enrojecido por completo. La Tierra había recibido leves sacudidas en Inglaterra, pero por ahora no se abría como había sucedido en Escocia.

Sin embargo, todos los guerreros estaban esperando una nueva batalla inminente. Los purs y los etones crecerían entre las placas tectónicas y el Midgard se abriría en canal.

El final se aproximaba dando pasos de gigante.

Lo único que les quedaba era encontrar el modo de detenerlo.

Nora alzó el rostro al cielo y cerró los ojos. Las perlas acuosas de lluvia motearon su cara.

Adam miró cómo las nubes se enrollaban las unas con las otras hasta dibujar un tornado que se iluminaba de manera parpadeante golpeado por los rayos y los truenos que lo hostigaban sin concesión.

—Ya vienen —susurró la niña abriendo los ojos como platos.

La tormenta llegó con fuerza. Adam cogió a Nora en brazos y la cubrió de la lluvia.

Del extremo del embudo, el mismo que quería tocar tierra, cuatro guerreros, dos hombres y dos mujeres, salieron disparados sobre Wolverhampton y cayeron sobre sus pies, justo en frente del tótem del clan de berserkers.

La niña aplaudió y zarandeó el dibujo frente a su tío.

—¿Has visto? ¡Lo *diviné*!

El hombre moreno, taciturno, sonrió con cariño a su sobrina, que era el

vivo reflejo de su querida hermana gemela Sonja.

Ella estaría tan orgullosa de sus gemelos, pensó, melancólico.

—Eres la adivina más bonita del mundo —le aseguró besándola en la nariz con ternura.

Nanna y Noah se intentaron incorporar, pero, al hacerlo, caían mareados.

—¡Por Freyja, *nonne!* —exclamó Nanna—. ¡¿Quieres matarnos?!

Ella se echó a reír. Nanna nunca había viajado a través de la antimateria. Los efectos eran los mismos para todos los principiantes: mareos, ganas de vomitar, desorientación y vértigo.

—¿No creerás que viajar desde Escocia a Inglaterra en treinta segundos es fácil? —replicó retirándose su larguísimo flequillo—. Se te pasará.

Gabriel, que había desplegado sus alas tribales, saludó a Adam sujetándose de la liana de Gúnnr.

—¿Cómo vas, amigo? —preguntó Adam.

—¡¿Nos esperabas?! —gritó Gabriel.

Adam desvió la mirada negra hacia Nora.

—¡Ella nos avisó!

Gabriel sonrió a Nora y levantó el pulgar felicitando con ese gesto a la criatura.

Noah intentó ayudar a incorporar a Nanna, pero esta se apartó antes de que él pudiera tocarla.

—¡No! —le gritó ella levantando una mano y deteniéndolo.

Noah se quedó de piedra al ver lo que había estado a punto de hacer otra vez. Se apartó de ella y permitió que la valkyria se recuperase a su ritmo.

Mientras él se acercaba a saludar a Adam y a Nora, Nanna miró hacia arriba y se despidió de Gúnnr.

Esta bajó en un nanosegundo hasta donde ella estaba y se quedó a su misma altura.

—Conecta el teléfono y mantenlo encendido. En cuanto tengamos señal y línea, nos pondremos en contacto contigo.

—De acuerdo, Gunny.

—Oye, *nonne*..., ¿te puedo dar un consejo?

—Claro, espera a que eche el desayuno de esta mañana.

Gúnnr la ayudó a incorporarse con una sonrisita de disculpa.

—No desaproveches la oportunidad —le aconsejó—. Si Noah es tu einherjar, encontrará el modo de poder tocarte. Esto no durará para siempre.

—¿Cómo lo sabes? —dijo, triste por su situación. Con Gúnnr no podía fingir.

—Porque ni los castigos ni el odio duran eternamente.

—¿Cómo estás tan segura de eso?

—Míranos: Róta esperó una eternidad a Miya. Ardan intentó odiar para siempre a Bryn. Gabriel se negó a aceptar que me quería durante muchísimo tiempo... Y, al intentar creer eso, cometimos errores. Pero si te niegas esto, si te cierras en banda, cometerás el mayor error jamás cometido.

—¿Por qué?

—Porque, posiblemente, los peores errores de nuestra vida son aquellos que, por miedo a intentarlo, no cometemos. Tienes que atreverte a cometer errores, si no jamás sabrás qué pudo haber sido.

Nanna parpadeó absorbiendo las palabras de su hermana, tan joven y tan sabia. Gúnnr había cambiado tanto... Estaba tan bonita y parecía tan fuerte que, por un momento, Nanna se sintió en inferioridad de condiciones.

—Gunny —Nanna la tomó de las mejillas—, Gabriel te ha hecho sabia.

—No. —Gúnnr sonrió y besó la palma de la mano de su amiga—. Yo ya era sabia. Gabriel solo me ha hecho feliz. Deja que Noah lo intente. *Jeg I hjertet, nonne mi.*

—*Jeg I hjertet* —repitió Nanna alzando el puño, viendo cómo su hermanita, la hija de Thor, desaparecía entre las nubes, con Gabriel precediéndola, con sus dedos entrelazados.

Noah abrazó a Adam y a Nora.

—¿Cómo ha ido todo, *kompiss*? —El *noaiti* lo saludó con cariño, un poco estupefacto por lo que veían sus ojos. Las runas habían hablado sobre Noah en términos que él no comprendía. Y no habían fallado.

—¿Quieres el relato largo o el corto? —preguntó sosteniéndose el estómago con una mano.

—El *leder* y las sacerdotisas nos esperan. No tenemos mucho tiempo, así que dame el corto.

Noah se encogió de hombros, pero no pasó por alto el hecho de que As Landin debería recibirlo y responder a sus preguntas. No pensaba irse de ahí sin las respuestas que necesitaba.

—De acuerdo. Obedecí el mensaje de Freyja: fui a Escocia, recuperamos Gungnir, el tótem de Odín. Morí y resucité con una *kone* que echa rayos. —Alzó a Nora y le comió la barriguita a besos mientras esta se partía de la risa.

—¿Te *muriste*? —preguntó Nora.

—Oh, ya lo creo que sí. La lanza me atravesó el pecho. —Indicó el punto justo por el que entró la punta metálica.

—¿La lanza de Odín? —preguntó Adam, atónito.

—Sí.

—¿Y quién es ella? —Nora señaló a Nanna, que miraba conmovida la

escena entre Noah y la pequeña.

—Es mi pareja. Os presento a Nanna —dijo educadamente.

Nanna dio un paso al frente, puso los ojos en blanco y le dio la mano a Adam.

—Él dice que lo soy, pero no es verdad —aclaró.

—Soy Adam, el *noaiti*.

—Oh —sonrió Nanna de oreja a oreja—, sé *perrrrrrfectamente* quien eres. —Le guiñó un ojo—. No podría olvidarme de ti jamás. —Se echó a reír. Ella lo recordaba desnudo, tomando a Ruth. Pero ninguno de ellos lo debería saber nunca.

Adam se sonrojó, sin comprender muy bien a qué se debía esa actitud.

—¿Os conocéis? —preguntó Noah, algo desorientado.

—Lo vi en la pira de Gabriel —mintió ella.

La niña la miraba como si Nanna fuera un sueño y entonces clamó:

—¡Tú eres la *valeria* que bajó del cielo!

—Nanna, esta es mi sobrina Nora —la presentó Noah—. Sé que os llevaréis muy bien, pues casi habláis igual.

Nanna lo fulminó con los ojos medio rojos, pero se controló delante de su familia.

—¡Ese es el pelo que yo quiero! —gritó eufórica Nora—. ¿Sabes hacer trencitas? —le preguntó echándole los brazos para que la cogiera.

La valkyria, que jamás había cogido a un crío vivo entre sus brazos, sintió un afecto directo y sincero por aquella niña. En su corta estancia en el Midgard debía aprovechar el tiempo, tal y como le habían sugerido sus hermanas. Y eso haría.

—Sí. Sé hacerlas —contestó.

—¿Me harás?

—Claro —contestó ella empezando a caminar.

—¿Sabes adónde vas? ¿Conoces este bosque?

—No.

—Te llevo yo, ¿vale? Tú me *odebeces*.

Noah y Adam se miraron el uno al otro, mientras ellas se alejaban hablando.

—¿Problemas en el Paraíso, rubio? —Adam había sentido las malas vibraciones entre la joven y su hermano del alma.

—Digamos que no hemos empezado con buen pie.

—Entiendo. —Adam le pasó el brazo por encima y empezaron a caminar el uno al lado del otro—. Yo de eso sé un montón.

V

¿Cuántas veces podían echar sus planes por tierra?

Sin martillo. Sin espada. Sin lanza.

Con el puente Bifröst destruido y el Asgard cerrado para él.

Solo le quedaba una opción.

Su última baza.

Su última oportunidad.

Ya lo tenía todo medio hecho, ahora solo tenía que culminar su plan inicial, considerablemente modificado, pero aún lo podía lograr.

Le habría encantado jugar con los tótems y que sus secuaces hubiesen conseguido sus objetivos. Con los tótems habría vencido en el Ragnarök sin problemas. Había estado a punto de conseguir las llaves de Heimdal para abrir y cerrar los nueve mundos a su antojo. Pero los hijos de Odín y Freyja, esos vanirios, berserkers, einherjars, valkyrias e, incluso, algunos humanos tocapelotas, también jugaban, y él había pecado de soberbio. Por eso su propósito, aunque había avanzado, no había acabado.

Pero esta vez se encargaría él mismo de culminar su propio destino.

En realidad, él habría preferido no arriesgarse físicamente, ya que su cuerpo, aún lleno de magia, era solo uno. Y si salía de ahí para luchar, corría el riesgo de resultar herido y perecer.

Igual que Odín y todos sus dioses morirían de pena al ver que su Tierra, su proyecto de mundo y de civilización más avanzada, caía ante ellos, víctima de su propia ignorancia y de su ambición.

Cuando Odín lo castigó, lo relegó a una cárcel de cristal que también sería su protección eterna. Él se encargó de salir del Asgard y descender al Midgard. Y allí, mediante un hechizo, se ocultó. Invisible para todos. Y, sin embargo, vivía en la mente de todos y cada uno de los seres humanos.

Escuchaba sus pensamientos, sabía cómo controlarlos o cómo explotar aquel lado oscuro y maligno que todos, sin distinción, tenían. Incluso las criaturas del aesir y de Freyja se habían dejado llevar por la ambición y el deseo humano. Hibridarse con una especie inferior conllevaba grandes desastres, ¿no?

Muchos dioses se habían levantado creyendo que esa especie nacía buena, y habían apoyado a ciegas al dios tuerto. Creían que esa raza era capaz de conseguir grandes proezas.

Pero a él nadie lo engañaba, pues era el más antiguo de los habitantes de la Tierra.

Al ser humano lo regía el estado de naturaleza, en el que siempre se

antepone el deseo y la fuerza. Solo se preocupaban por aumentar su poder hacia los demás, porque eran egoístas y porque tenían un defecto, a su parecer: la mortalidad.

Los humanos tenían grabada en su subconsciente la muerte, como un hecho inevitable para ellos. Ese miedo los volvía malvados en muchos aspectos. Su escaso tiempo de vida les provocaba ansiedad, que se sintieran inseguros, de ahí que quisieran siempre más y más: más dinero, más belleza, más poder. Eso les daba seguridad y hacía que se sintieran invencibles, y no importaba a quién pisoteaban para conseguirlo.

Odín, sin embargo, no creía en eso.

Él decía que eran capaces de lo peor y también de lo mejor, pero, al final, debía prevalecer el bien. A su parecer, el ser humano era bueno, pero lo que le rodeaba lo hacía perverso y egoísta en muchas ocasiones.

Y el tiempo le había dado la razón. La Tierra, el Midgard, sucumbía a la destrucción, y los humanos caían uno detrás de otro.

Había pasado mucho tiempo hasta llegar al tiempo del ahora.

Primero tuvo que jugar con berserkers y vanirios, y tentarlos astralmente. ¿Por qué debían sufrir de aquel modo? ¿Por qué debían sufrir por el ansia de buscar el amor eterno o el hambre? Durante milenios dejó que la Tierra sucumbiera a ese estado de naturaleza. El despertar espiritual que deseaba Odín era imposible que llegase en seres de naturaleza tan bélica y rencorosa.

Y después de mucho tiempo, justo cuando la alineación planetaria que esperaba estaba a pocos días de tener lugar, justo cuando él creyó que solo debía dar dos pasos para hacer llegar el Ragnarök, empezaron a aparecer las fichas de Odín: una híbrida, nieta del antigua berserker As, que unió a los clanes; una cazadora de almas que jodió los planes de Strike y Lillian, y que era un faro para las almas que él desea. El despertar de los Elegidos...

Entonces, pensó que sería buena idea robar esos tótems que él mismo había entregado antes a los dioses. Utilizó los medios de Newscientists, por fin acabados, para entrar en el Asgard a través de una puerta interdimensional, y así los robó.

Pero las valkyrias (la hija secreta de Thor, Gúnnr; la hija de Nig, *el Nigromante*, y la Sibila, y la generala de las valkyrias) habían dado al traste con sus planes.

Una y otra vez fracasaban. Pero, pasito a pasito, la alineación se acercaba y él seguía vivo. La vida daba lugar a la esperanza, ¿no decí- an eso los humanos, tan mediocres?

Por eso sabía que era su momento. El Midgard no había visto nada todavía, no había sufrido ni una décima parte de lo que iba a sufrir.

Y más, mucho más llegaría, hasta que nada ni nadie pudiera detenerlos.

Cuando saliera de ahí, después de haber agotado todos sus cartuchos, la antesala de su venganza se pondría finalmente en marcha.

Pero, para ello, solo el hijo del dios que había hechizado la caja de cristal debía abrirla. Después de la batalla en Machre Moor, había quedado muy malherido, pero seguía consciente. Y no cesaría en comunicarse con él y en atraerlo hasta esa parte del mundo en la que se hallaba escondido: un lugar del mundo donde él no emitía señal ninguna.

Un lugar del mundo donde el cristal pasaba inadvertido.

Cerró los ojos y le comunicó mentalmente a su receptor las mismas palabras que llevaba repitiendo desde que Gungnir lo tocara.

Ahora, con su última ficha muerta, empezaba la partida final.

«No te rindas ahora. Ven a mí. *Bjarkan's laufgroenstr lima; Loki far flærðar tima*». [El abedul tiene ramas de verdes hojas; Loki lleva al tiempo del engaño].

Dentro de su cárcel, Loki sonrió.

—El engaño final.

VI

Wolverhampton

La casa de As Landin era un segundo punto de reuniones después del local intraterreno Ragnarök.

Detrás del jardín que se mezclaba con el bosque colindante, y los bancos y mesas de piedra, detrás del altar donde a Caleb se le ejecutó un *peanás follaiseach* por haber tratado tan mal a Aileen, se alzaba una preciosa casa victoriana.

La majestuosa fachada se contraponía con la exquisita calidez del interior. En la construcción destacaban la madera, el parqué y la piedra.

Nanna entró con Nora en brazos. Noah y Adam iban delante, asombrados con la rápida conexión entre la chiquilla y aquella estilizada valkyria.

La guerrera de Freyja se sintió fuera de lugar, pero rápidamente sus analíticos ojos decidieron estudiar aquel hogar y las personas que se habían reunido bajo el mismo techo.

Y las conocía a todas. Las había visto en sus viajes relámpago a la Tierra, o en los maratones sexuales de Ethernet que emitía Freyja en el salón central del Vín golf para todas sus valkyrias vírgenes.

Alrededor de la mesa central del salón, iluminado por el fuego de la chimenea, estaban sentadas Ruth, María, Tea, Dyra y Amaya. Tras ellas, As Landin les guardaba las espaldas; alto moreno, de ojos muy verdes y barba oscura. Estaba cruzado de brazos con las piernas semiabiertas, vestido con ropa de capoeira, como Adam y Noah.

Al verla entrar, el líder del clan berserker arrugó el ceño, para después, fruto de una extraña iluminación, relajar el rostro como si comprendiera perfectamente cuál era el motivo por el que Nanna estaba ahí con ellos.

La más joven de las sacerdotisas, Ruth, era la Cazadora de Almas, famosa por su *Sylfingir*, el arco de los elfos cuyas flechas aniquilaban a las almas oscuras que poblaban aquel reino. Además, también era un faro para las almas perdidas, y abría la puerta al otro lado, un puente que los espíritus debían cruzar para descansar en paz.

A su lado, María Dianceht, la sacerdotisa matrona, pareja del líder, y fiel apoyo de Ruth, los observaba con atención, como si quisiera unir las piezas del puzle que tenía ante ella, mientras hacía bailar entre sus dedos las runas ancestrales.

Y después estaban las sacerdotisas ancianas, que, elegantes a su modo,

todavía daban mucha guerra y ayudaban en temas de adivinación, conjuros y también iniciaciones.

—Hola —los saludó Nanna.

Todos le contestaron con educación, mirando sus ropas de cuero y titanio con curiosidad, mientras Nora todavía le acariciaba las trenzas, embobada con su peinado.

—Tía Ruth, quiero su pelo —anunció la pequeña.

—Te haré trenzas después, cielo.

Ruth se levantó y caminó hacia Adam. Él la besó en el cuello, en su marca, y ella le sonrió al tiempo que cogía a Nora en brazos.

—Eres una valkyria, supongo —dijo hablándole a Nanna.

—Soy Nanna —se presentó ella.

—Yo, Ruth.

—Sé quién eres. —Sonrió tal y como le había sonreído a Adam hacía unos momentos, como diciéndole: «Te he visto en cueros; no eres ningún misterio para mí».

Ruth arqueó las cejas caoba y miró a su *noaiti*, que se encogió de hombros.

—A mí me ha mirado igual.

—Por favor, pasad y contadnos cómo están las cosas en Escocia. —María hizo de anfitriona desde la mesa, mirando de reojo a As, que seguía con la vista verde fija en la amarilla de Noah.

—Escocia se cae a pedazos. Ese es el resumen. Casi que prefiero ahorrarme las explicaciones —contestó Noah, sin parpadear.

Su objetivo era As Landin. Todo lo demás, todo aquello que había a su alrededor, desapareció.

Noah se abalanzó sobre As, dando un único salto para llegar hasta él; pasó por encima de las cabezas de las sacerdotisas e impactó contra el fornido cuerpo del líder, que lo esperaba sereno y preparado para su ataque.

El rubio se colocó a horcajadas encima de As, que no se defendía, como si supiera que se merecía la ira de su guerrero.

Adam, asombrado por la visceralidad de su amigo, fue a separarlos, pero As levantó una mano y gritó:

—¡No! ¡Déjale, Adam!

Noah, ajeno a la sorpresa del resto, asió del cuello de la camiseta de tirantes a As y lo zarandeó.

—No acepto ni una excusa más —le enseñó los dientes—. No vuelvas a darme largas. Dime ahora mismo quién se supone que soy.

—Eres uno de los míos, ¿no es suficiente para ti?!

—¡Maldita sea, As! ¡Gungnir me atravesó el corazón! ¡Durante unos

instantes estuve muerto y después... resucité! ¡Sigo vivo! —Un silencio aplastante cayó como una pesada losa en el salón.

—Dioses... —murmuró María.

—¡Freyja habla conmigo en futhark a través de la hoja de mi puñal *guddine*! —continuó el bengala—. ¡Podía sentir el tótem y lo podía tocar sin morir por ello! ¡El puñal *guddine* de Hummus captaba a los semidioses, y por eso me encontró en Wiltshire cuando Eon se metió en mi maletero! —Noah se sentía frustrado y fuera de control—. ¡Hummus me dijo que tú tenías que saber quién era yo!

—En realidad, yo no sé quién eres... —confesó As—. Pero puedo decirte de dónde vienes. Es por eso por lo que te esperábamos —añadió, calmado, cogiéndolo de las muñecas—. Las runas han hablado. Yo no sé más de lo que me dijo él.

—¿Él? ¿Quién?

—Odín.

—¿Odín? ¡Dime la verdad! —gritó. Quería respuestas.

Anonada, Nanna analizaba el comportamiento de Noah, al igual que todos los demás. ¿Qué pintaba Odín en aquella inesperada discusión?

—Noah. —María se levantó de la silla y apoyó las manos en la mesa—. Deja al *leder* y nosotras te ayudaremos.

Los ojos amarillos del berserker se dilataron cuando miró a la sacerdotisa. Estaba cansado de sentirse perdido. Necesitaba ayuda y le irritaban las ambiguas respuestas de As.

—Suéltalo, por favor —repitió María.

Sus palabras cayeron como un bálsamo sobre él, y, poco a poco, relajó los dedos sobre su camiseta y lo dejó ir.

—¿Qué quieres decir con eso de que las runas han hablado sobre mí? —preguntó en tono calmado a María.

—Bueno, todavía no lo han hecho explícitamente —aclaró ella—, pero lo harán. Nos han sugerido una constelación alrededor del Niño Perdido. —Levantó una runa.

—¿Una constelación? ¿Niño perdido? ¡¿De qué hablas?! —

—Sí. —María señaló una silla alrededor de la mesa para que él tomara asiento—. Esta mañana, durante una sesión, las runas nos han dicho que vendría un muerto en vida acompañado de una valkyria —dejó las runas futhark en el centro de la mesa—, antes de que cayera el sol del atardecer. Y después la adorable Nora nos hizo ese dibujo, y resultó que uno de esos cuatro guerreros eras tú, con tu valkyria. Acabas de admitir que moriste y resucitaste. Te esperábamos.

—Ya se lo dije yo a Freyja —susurró Nanna, que tomó asiento

alrededor de la mesa—. Es un *zumbi*.

Ruth la escuchó a la perfección, sonrió y la observó como si fuera una rareza.

Cuando todos, inclusive As, estuvieron reunidos en la mesa, la hermosa María les explicó el significado de las runas. Colocó seis runas frente a ellos y las señaló una a una.

—¿Qué es lo que dicen? —preguntó Noah, intrigado.

—«Llegada inminente de un muerto en vida: un niño perdido. Las constelaciones le marcarán el camino que seguir a las puertas del Final de los Tiempos».

Nanna asentía con la cabeza.

—Perdonad que os interrumpa, pero ¿qué es una constelación?

—Es una lectura de runas de vida y destino en la que participan las personas cercanas al sujeto que vamos a leer.

—¿Y vais a leer a Noah?

—Sí —asintieron las más ancianas.

—La constelación se crea con las figuras paternas. —María señaló a As—. Los hermanos. —Miró a Adam—. Los niños de su vida. —Sonrió a Nora—. Y el... ¿amor? —Clavó la vista en Nanna.

—No la miréis así —protestó Noah—. Sí, Nanna es mi *kone*.

—Pero ambos sabemos que no estamos enamorados, ¿verdad? —le dijo Nanna a modo de confidencia. Pero, en realidad, la escuchó todo el mundo.

—Dame tiempo —contestó él sin mirarla.

—Bueno —sonrió ella, nerviosa—, digamos que nos estamos conociendo —aseguró aclarando su situación.

—No hace falta conocer nada —la cortó él—. Cuando solucionemos nuestro problema pendiente —sus ojos amarillos se la comieron—, podré demostrarte cuál es la naturaleza de nuestra relación. Te aseguro que no tendrás ninguna duda.

Nanna parpadeó pasmada por la seguridad de aquel hombre cuando hablaba de ellos dos.

—¿Te refieres a nuestro pequeño problema? —preguntó inclinándose hacia él—. Porque yo no sé si puedo ver una solución al hecho de que para mí seas como un matamoscas para los mosquitos.

Adam se rio por lo bajo y miró hacia otra lado. Ruth le dio un codazo para que se comportara. Estaba claro que aquella pareja tenía claras diferencias.

—Dejemos este tema aparcado, ¿quieres? —le pidió Nanna lo más amablemente que le permitían sus dientes apretados. Centró su mirada almendrada en las tres sacerdotisas de pelo blanco—. ¿Y ellas qué papel se

supone que juegan en la lectura de Noah? ¿El de sus antepasados?

María soltó un carcajada, pero enseguida se tapó la boca con la mano.

—¿De qué te ríes, hermana María? ¿Te parece graciosa la valkyria? —dijo la más alta de las tres, mirándola con cara de pocos amigos.

Nanna alzó la comisura de los labios y las miró de reojo.

María encendió las velas y removió el humo del incienso.

—Para la constelación necesitamos colaboración total de los pilares de Noah. Sus vínculos, su grupo, afectarán también al comportamiento de las piedras. Concentraos. Tomemos aire y dejemos que el don de las runas ilumine esta constelación. —La italoargentina cerró sus ojos negros como la noche y animó a todos con un gesto a que se tomaran de las manos.

Las runas yacían boca abajo en el centro de la mesa.

Nanna hizo lo propio, cerró los ojos y le dio las manos a Ruth y a Adam.

—La vida de Noah se representa ante ti, diosa madre —exclamó María en voz alta—. Toca con tu magia sus runas y muéstrale el camino. Ayúdale en su busca; ayúdanos a ayudarlo.

Todas las velas del salón se apagaron, víctimas de una misteriosa brisa. Solo una siguió prendiendo; la que estaba en el centro de la mesa circular.

Los voluptuosos labios de María se estiraron en una sonrisa.

—La diosa ya está aquí —anunció Dyra.

Una energía a la que no se le podía poner nombre arrolló a los presentes. Era una fuerza divina, una entidad descomunal que hizo que los demás, mágicos como eran, se sintieran pequeños.

De repente, las runas ahuesadas se dieron la vuelta; pero no todas, solo siete. Algunas aparecían invertidas, otras aún temblaban por la sacudida.

Todavía con las manos cogidas, María abrió los ojos y procedió a la lectura de las piedras.

—La primera es Ansuz: una revelación, un misterio que sale a la luz. Perth: una iniciación privada; un asunto confidencial; es la llamada de la magia, una cita con ella. Raidho: la runa de los viajes inminentes y de la migración a otras culturas, pero parece invertida y quiere decir que es un viaje definitivo para ti, posiblemente de no retorno... Aquí tenemos a Pear. —Pasó el índice por encima de la runa—. Un reencuentro. Aquello que se te resiste estará por fin a tu alcance y vendrá de parte de una persona que no ves desde hace tiempo. —María tragó saliva, intimidada por la siguiente runa—. Ehwaz: representa un conflicto entre fuerzas opuestas. Es la runa del enfrentamiento y la muerte. *Daeg* —tocó la runa con admiración— es la runa del regreso, de la luz... Y la última es la runa blanca. —Señaló una piedra vacía, sin señal ni letra—. Las cualidades y las sentencias de las demás runas están supeditadas

al significado de esta última.

—¿Y qué sugiere? —preguntó Noah.

—Que no hay nada escrito. La runa blanca, que también es la aliada de Odín, sugiere que todo puede pasar, dependiendo de las acciones que tú realices, pero sobre todo dependiendo del movimiento de las demás fichas en acción. Tal vez tu viaje de no retorno no sea tal —dijo de modo enigmático.

—¿Y qué fichas son esas que están en acción?

María se inclinó hacia delante y entrelazó los dedos de sus manos.

—Solo las fichas que están jugando lo saben. Tú únicamente debes concentrarte en tu camino.

Noah comprendió que había más guerreros involucrados en su destino.

Adam, por ejemplo, recibió una profecía de la *völva* que se había ido cumpliendo una a una hasta encontrar las fichas esenciales para que el mensaje de las normas se cumpliera. Las almas puras y brújulas; Nora y Liam. La *velge*: la vaniria Daanna. El *magiker*: Cahal, el druida del clan vanirio.

Tal vez, después de todo, él tuviera relación directa con el regreso del dios dorado. Tal vez, su viaje tenía que ver con encontrarlo y ayudarlo a volver.

—Las constelaciones me marcan un camino que debo seguir, ¿verdad?

—Noah se levantó de la mesa y miró a As.

—Sí —aseguró María.

—¿En orden?

—Sí. Son correlativas. —María se levantó y caminó hacia él—. De esta lectura, Noah, debe quedarte clara tu misión a partir de ahora. Necesitas una revelación y una iniciación mágica para empezar tu viaje. ¿Tienes claro lo que debes hacer?

Noah asintió, más seguro de sí mismo que nunca.

La revelación vendría de la mano de As Landin, no tenía ninguna duda.

Había llegado el momento de hablar cara a cara con su líder.

Era la hora de descubrir los misterios.

—Salgamos afuera, Noah —pidió As, conciliador.

—¿Serás sincero?

—Sí.

—Ya me has negado la verdad varias veces. No aceptaré una tercera, sobre todo cuando todos aquí hemos llegado a la conclusión de que es imposible que reviviera después de que lanza de Odín me atravesara el corazón. O me dices la verdad, o te retiraré mi fidelidad.

As apretó los dientes y aceptó la amenaza.

Las runas eran el medio a través del cual se comunicaban los dioses.

Tiempo atrás, alguien le dijo que, cuando Noah fuera herido por un

tótem divino, él podría revelarle todo lo que sabía sobre su procedencia. Y eso significaba que la guerra había empezado y el Ragnarök tomaba el Midgard.

Había llegado el momento de hablar con Noah.

Se habían dirigido al tótem de piedra con cabeza de lobo.

Ambos lo miraban en silencio; los dos tan altos, fuertes y guerreros, se mantenían en silencio admirando aquella figura atávica que tanto tenía que ver con ellos.

Noah esperaba que el mayor hablase. Le daría su tiempo, aunque él cada vez tenía menos paciencia para el suspense.

—Sabes que soy el único berserker que ha tenido contacto directo con Odín, ¿verdad? —dijo As finalmente, con la cabeza alzada, analizando la piedra del tótem.

—Sí. —Noah miró su perfil recortado por la oscura noche.

—En esa primera visita, él me legó el bastón del concilio para mediar entre vanirios y berserkers.

—Lo sé.

—Pero esa no fue la última visita que tuve por su parte.

El bengala frunció el ceño.

—También te contactaron para darte una información sobre la *velge* y así actuar como puente para mediar con Daanna y lograr que perdonara al sanador, ¿no?

—Exacto. Pero antes de esa, hubo otra.

—¿Otra? ¿Cuál?

—Un día, siglos atrás, justo en este mismo lugar que ahora pisamos, él volvió a aparecerse ante mí. —Se puso las manos en el interior de los anchos pantalones y cogió aire por la nariz—. Me entregó un bebé envuelto en una tela y me dijo que lo protegiera con mi vida, porque, en un futuro, ese niño sería un excelente guerrero, clave para salvar a la humanidad del fin del mundo.

Noah ni siquiera parpadeó cuando As se giró para mirarlo a la cara.

—Dijo que eras un niño robado y que esperaba que esto le diera una lección a Loki: le iba a dar donde más le dolía, me contó. —Le puso una mano sobre el hombro para obtener toda su atención—. Me dijo: «Cuídalo y quíerelo como si fuera tu hijo, As. Y solo cuéntale tu secreto cuando sea herido con un tótem divino, pues eso será señal de que el Ragnarök ha llegado al Midgard, y de que es tiempo de que él despierte. Nunca antes».

—¿Insinúas que ese niño que te entregó Odín era yo?

—Sí.

—Pero tú... Tú me dijiste que era hijo de berserkers. Que eran amigos tuyos y que...

As esperó a que su joven guerrero comprendiera por qué había hecho lo que había hecho y por qué le había ocultado esa información.

Cuando Noah se calmó, murmuró:

—Me mentiste, As.

—Te protegí de ti mismo. Era peligroso que supieras que te había entregado Odín.

Noah se pasó las manos por la cabeza y le dio la espalda a As. Estaba nervioso. Quería mutar, correr, huir de toda aquella mentira.

—As..., ¿soy hijo de Odín?

El otro se encogió de hombros y lo miró compasivo.

—No lo sé. No me lo dijo, Noah. Solo me pidió que cuidara de ti y que mantuviera el secreto.

—Si el puñal *guddine* me detecta es porque soy hijo de un dios —aclaró él, con rotundidad—. ¿De quién?

—Ojalá lo supiera. Odín me dio algo más para ti. —As se llevó la mano al bolsillo del pantalón. Sacó una caja circular y dorada, y se la entregó.

—¿La has abierto? —Noah se la quitó de las manos.

—No. —Negó con la cabeza—. Te pertenece. Es tuya. No violaría jamás tu intimidad.

Noah acarició la caja con sus dedos y agachó la cabeza.

—Ábrela a solas, no tienes por qué enseñármela, ¿de acuerdo? Pero, Noah, atiende a mis palabras. —Cuando el otro levantó su mirada, le dijo—: Tus padres no eran berserkers, de acuerdo. Pero yo te he criado y te tengo desde hace siglos. Para mí eres como un hijo y nada ni nadie podrá borrar eso.

—Odín te obligó a acarrear conmigo —gruñó Noah, furioso.

—Odín me dio responsabilidades. Las mismas responsabilidades que conlleva ser el líder de sus guerreros. Por supuesto que le iba a obedecer. Pero debe quedarte claro algo.

—¿Qué?

—Odín no me obligó a quererte ni a respetarte, Noah. Eso te lo ganaste tú.

El bengala sintió que una bola de pena atoraba su garganta.

—Eres de mi familia. De los míos. No lo olvides. Y cualquiera que sea tu travesía, si me necesitas, ahí estaré.

—No tengo ni puta idea de quién soy, leder —reconoció, abatido—. No sé qué es lo que debo de hacer...

—Entonces —As lo agarró de la nuca y le dijo— ese es tu viaje. Las runas han hablado, la diosa te necesita y Odín también. Esta es la revelación que esperabas, eso es lo que decía Ansuz, la primera runa que se volteó. Lo que sea que hay en esa caja es importante para ese viaje.

—¿Por qué estás tan seguro? ¿Por qué confías tanto en Odín? —le replicó él, todavía incrédulo—. Por lo que a mí respecta, según lo que he visto hasta ahora, de esta caja puede salirme un payaso partiéndose de risa al verme. No me gustan sus juegos ni sus bromas.

—Todo tiene una razón de ser. Hay un motivo y una explicación.

—Sí —dijo Noah—, el jodido aburrimiento de los dioses. Esa es la explicación para sus intrigas y sus juegos.

—Si fueron juegos o no, solo lo sabremos si seguimos vivos después de este infierno en el que se ha convertido la Tierra, ¿no crees?

Noah no dijo ni que sí ni que no. Para él, los dioses habían jugado y todavía lo hacían; eso no quería decir que no les tuviera respeto. Pero ya no creía en ellos tan a ciegas.

Él siempre había pensado que el bien debía triunfar sobre el mal y que los dioses tenían que decantar esa balanza.

Tal vez estaba equivocado al ser tan benevolente.

—Necesito estar solo. —Se dio la vuelta con el obsequio en mano y caminó hasta sentarse en el tótem.

—Por supuesto —accedió As—. Cuando hayas asimilado toda la información, vuelve con nosotros.

—¿As?

—Dime. —Se detuvo y lo miró por encima del hombro.

—Gracias por cuidar de mí todo este tiempo.

Los labios de As, enmarcados por la negra barba, se alzaron sonrientes, pero con pesar.

—Noah... No has sido una carga. ¿O acaso crees que no noto lo empático que eres y lo que irradias a los demás? Tú calmas a las personas, mientras que nosotros nos dejamos llevar por nuestros instintos bélicos. Cuidaste de Aileen. Cuidaste de Adam cuando la furia lo obcecó y quiso matar a la Cazadora. Ayudaste a proteger a Mizar... Y cuidaste de Heimdal cuando era Eon. ¿Y tú me das las gracias a mí? —Se rió sin ganas, negando con la cabeza—. No, Noah. Te las doy yo a ti. Has sido una bendición para todos. Te dejo solo, pero reponte, y ven: no tardes mucho.

Y con esas palabras, As Landin desapareció del claro del tótem.

Noah esperó hasta que el jefe berserker desapareciera para abrir con manos temblorosas el obsequio que el dios aesir Odín había dejado para él.

¿Qué habría en su interior?

¿Qué significaría para él?

—¿Quién soy para los dioses?

Nanna se sentía terriblemente conectada con Noah.

Después de hablar con As y las sacerdotisas, y sugerir qué era lo que

podía significar la runa de la iniciación, había ido a buscar al berserker entre el bosque que rodeaba aquel inmenso terreno.

No le hizo falta indagar mucho, pues su olor, su esencia, la guio hasta él.

Noah tenía una peculiaridad. Su perfume personal la atraía y, aunque en cierto modo seguía enfadada con él por haber roto su palabra y haber provocado que Freyja la castigara, el enfado se desvanecía cuanto más rato pasaba a su lado. Era como si, estando uno al lado del otro, todos los males parecieran menores.

El rubio platino manoseaba una misteriosa caja que a Nanna le recordaba a las pequeñas urnas que Odín había mandado crear a los enanos para proteger a las *handböck*, unas guías aladas que eran como brújulas y que llevaban hasta un objeto de valor oculto por los dioses.

Nanna se acuclilló sobre la rama del árbol en el que se ocultaba y afinó su visión, pero de nuevo el rostro apenado de Noah la absorbió por completo.

No quería molestarlo. El guerrero parecía ofuscado, pero, a la vez, lleno de curiosidad por aquello que tenía entre las manos.

La joven se tocó el centro del pecho. ¿Por qué le dolía ahí al verlo así?

¿Por qué podía sentir lo que él? ¿Era el supuesto *kompromiss* que debía crearse entre ellos?

Dioses, ese hombre se sentía tan solo que hasta a ella la embargaba la soledad. Los árboles, las plantas y las estrellas tenían que sentir su tristeza; la oscuridad y el silencio lo rodeaban como si estuviera en un funeral. ¿Cómo era posible?

—Te huelo, valkyria. Sal de donde sea que estés —dijo él de repente.

Nanna dio un respingo. Claro, si ella lo olía a él, era de suponer que él también podía hacerlo. El vínculo iba en ambas direcciones.

—Olvidaba que los canes tenéis el olfato muy fino. —Dio un salto y cayó a cuatro patas, delante de él.

—¿A qué has venido? —preguntó obviando su pulla.

—A buscarte. Llevas un buen rato aquí solo. La paciencia no es la mejor virtud de las sacerdotisas, ¿sabes? Están impacientes.

Esta vez, pudo ver mejor la caja y no tuvo ninguna duda de lo que era.

—Oye, llevas mucho rato dando vueltas a esa cosa como si quisieras montar un *burricub*.

Noah sonrió y dejó caer la cabeza, rendido ante las palabras de Nanna.

—Se dice «rubicub».

—Como sea. ¿Sabes cómo se abre?

—No tengo ni idea. Llevo un buen rato intentando abrir la tapa, pero...

—¿Qué tapa? No tiene tapa —le explicó Nanna acercándose. Arqueó

las perfectas cejas y lo miró como si ella fuera la más lista de la clase—. ¿Acaso no sabes lo que es?

Noah parpadeó una sola vez.

—¿Tengo cara de saberlo?

—Deberías.

—¿Por qué?

—Porque los cofres de los dioses solo responden a aquellos a los que van dirigidos.

—Pues no sé cómo hacerlo... ¿Sabes tú lo que es?

—Claro que sí —dijo—. En el Asgard, el entretenimiento oficial entre los dioses de todos los reinos es jugar a encontrar tesoros. Hay un torneo para eso.

—¿Me lo dices en serio?

—Sí. Se hace la noche en la que celebramos el destierro del Trickster.

—El Trickster... ¿Loki?

—Sí. Para celebrar el momento en el que Odín desterró a Loki, los dioses esconden objetos de valor por todo el Asgard, y todos sus ejércitos van en su busca. Al final, gana el ejército que más objetos de valor consiga. Y para encontrarlos, antes, hay que localizar los *handbök*. Yo soy una fanática de la noche del Trickster. Me encanta encontrar cosas —aseguró, como si fuera una niña ansiosa.

Noah escuchaba atentamente a Nanna, mientras daba vueltas al cofre liso, metálico y de color oro.

—¿Esto es una *handbök*?

—No. El *handbök* es lo que hay dentro y te llevará directamente a un objeto divino. Frota una de las caras del cubo con tus dedos; si es para ti, una pregunta en letras rúnicas emergerá en el metal —le aconsejó Nanna pegando su nariz a la caja.

Noah la miró y después la obedeció. Frotó la cara caliente del cubo con sus dos pulgares y sintió que las runas salían a la superficie.

—Mira... —susurró Nanna, emocionada—. La caja te habla, Noah. — Se apoyó en su hombro y, por un momento, se olvidó del rencor que casi ya no sentía.

Noah miró de reojo sus dedos medio enguantados con los protectores metálicos, y percibió el calor de sus yemas sobre su piel. Luchó por controlarse, porque el menor contacto de la valkyria hacía que le picaran los colmillos por querer marcarla.

Nanna no se daba cuenta de que en realidad la miraba a ella, a esos ojazos que las larguísimas pestañas enmarcaban y ocultaban para todos los que no estuvieran tan cerca como él.

Noah se concentró en la frase que aparecía en la cara que había en la parte posterior.

—«Doy vueltas y no soy tiempo, un secreto sé guardar; si no me cuidan, me pierdo. ¿Con mi nombre sabrás dar?». ».

Nanna aplaudió, feliz.

—¡Es una adivinanza! ¡Los dioses adoran las adivinanzas! Muchos guerreros, durante el torneo, tienen que dejar sus cofres porque no saben las respuestas y deben esperar a que otros la abran.

El berserker sonrió al ver lo contenta que estaba.

—Te gustan los juegos, ¿eh?

—¡Por supuesto! —Abrió los ojos de par en par—. Las valkyrias adoramos las competiciones. Pero, oye..., si quieres que se abra el *handbök* tienes que dar una respuesta correcta —aclaró, animándolo a que se diera prisa—. A poder ser, ya mismo.

Noah se concentró y repitió para sí mismo:

—Doy vueltas y no soy tiempo... No es un reloj. Un secreto sé guardar; es decir, oculta cosas. Si no me cuidan, me pierdo... Es manejable y fácil de extraviar.

—Sí, continúa... —lo animó sin perder de vista la caja—. No puedes fallar.

—Cuánta presión.

—Síííí... ¿A que es emocionante?

Él la volvió a mirar.

Nanna parecía llena de luz en ese momento. Sus ojos marrones y muy abiertos se asemejaban a los de una niña llena de curiosidad. Y algo, algo en ese momento de contemplación le golpeó el centro del pecho, como si lo llevara a otro momento o a otro lugar... «Qué extraño», pensó.

—Es una llave —contestó él finalmente.

La caja se elevó de la palma de Noah y levitó frente a sus rostros, dando vueltas sobre sí misma. Después, las esquinas empezaron a separarse y, lentamente, se abrió como si fuera una flor, para que algo brotara y se elevara procedente de su interior.

—¿Qué es esto? —preguntó Noah observándolo bien.

—Este es tu guía —le explicó Nanna con voz sonriente.

Noah no se lo podía creer.

Ante él, en posición fetal, hecha un ovillo, vio una especie de hada diminuta con alas doradas. Toda ella relucía.

Tenía el pelo corto y negro. Era una mujer. Una mujer de no más de tres centímetros de alto.

—Es... ¿Esto es un hada? —preguntó, atónito.

—Es tu guía. Y no es un hada cualquiera.

—¿Ah, no?

—No. Las hadas de su categoría, mujeres y de pelo corto y negro, tienen dos misiones. Deben guiar a dos personas.

—¿Nosotros dos? —preguntó sin comprender.

—No. Tú y otra persona más. Otro ser especial como tú. Por ahora, ella nos llevará hasta el objeto que debes encontrar.

La diminuta hada abrió sus alas y, sin dejar de moverlas, bostezó y parpadeó soñolienta mirando al berserker. Le sonrió, como si le saludara, y dio una vuelta sobre sí misma. Parecía encantada de estar fuera del cubo.

—¿Un hada?

—Sí. Son muy apreciadas por los dioses, dicen que nacieron del mismo polvo de la creación. El mismo que creó a los dioses... No me mires así. De algún lugar tenían que salir ellos también, ¿no? Solo las valkyrias y los bardos pueden hablar con ellas —le dijo en voz baja.

—Un hada —repitió Noah, atónito. Y entonces cayó en lo que Nanna acababa de decir: que el hada «les» llevaría hasta el objeto que debía encontrar. De repente, la valkyria quería ir con él..., voluntariamente.

—¿Nos? ¿Has dicho «nos»? —Levantó las cejas.

—Sí, bengala. —Ella torneó los ojos—. No me pierdo una competición ni muerta, ¿vale?

—Entonces... —Su mirada relució con interés y agradecimiento—. ¿Me ayudarás a encontrarlo, Nanna?

Ella escuchó una petición en su masculina voz. Aquel modo de hablar la cautivó y la hizo sentir vulnerable.

—Sí. Te ayudaré, Niño Perdido.

—Bien.

—Bien.

Ambos se quedaron mirando, hasta que Nanna, incómoda, rompió el contacto visual y dijo:

—Debemos regresar. Las sacerdotisas deben empezar a trabajar y están ansiosas por jugar de nuevo con sus poderes. Quieren hacer una iniciación contigo, bengala.

VII

Las runas habían hablado alto y claro.

El viaje de Noah era inminente y no había tiempo que perder.

La revelación se la había dado As.

La iniciación debía realizarse de la mano de las sacerdotisas, que le esperaban en el salón, de pie, cubiertas con las capas de seda roja y sus cabelleras ocultas por las amplias capuchas. En las manos llevaban antorchas que prenderían durante la travesía que iban a hacer por la montaña.

Pero la cara que pusieron al ver un hada por primera vez en su vida fue lo que más impactó al berserker.

—¿Es un hada? —preguntó Ruth, acercándose a la diminuta mujer alada que recorría a todos de arriba abajo—. No me lo puedo creer... Nunca había visto una.

—Coño, se parece a una pelota de quidditch —aseguró Adam asombrado.

—Es Campanilla... —Nora, que estaba en brazos de As, seguía con sus ilusionados ojos a aquel ente de la naturaleza que no paraba quieto y volaba a gran velocidad, de una punta a la otra del salón.

—¿De dónde ha salido? —preguntó el líder berserker.

—De mi cofre. Es una guía —explicó Noah—. Me llevará a un objeto que debo encontrar.

As asintió con la cabeza, sin querer hacer más preguntas.

María se acercó a Nanna con amabilidad.

—Valkyria, necesitamos una mujer más para la iniciación. Debemos ser seis. ¿Nos acompañarás en nuestro trabajo?

Nanna miró a Noah y después a las demás mujeres, feliz de que quisieran que les ayudara.

—¿Qué debo hacer?

Ruth se adelantó y abrió sus ojos dorados para confiarle en voz baja:

—Vamos a lanzarlo por los aires. —Le guiñó un ojo—. Eso hicieron conmigo.

Nanna no lo dudó ni un instante.

—Me apunto.

—Entonces debes despedirte de As y Adam —sugirió María—. Los hombres no deben asistir.

—¿Y yo qué soy? —replicó Noah, sin comprender.

—Tú eres el iniciado. No cuentas.

—No hay tiempo que perder. —As les metió prisa—. Noah —tomó a su

apoderado por los hombros—, recuerda lo que te he dicho: para mí, tú eres como mi hijo. Haz lo que tengas que hacer. Y no pienses en si es correcto o no. Si el Alfather te tenía reservado para este momento, no debes desaprovechar la oportunidad. —Le dio un abrazo que lo tomó por sorpresa.

Nanna comprobó que Noah era un berserker querido y respetado por todos. Eso era bueno, decía mucho de sí mismo y del hombre en el que se había convertido.

Él respondió al abrazo; cedió al cariño que sentía por ese hombre, aunque le hubiera ocultado su verdadero origen. Los años, la fidelidad y los siglos juntos tenían más peso que una mentira.

Cuando llegó el turno de Adam, el *noaiti*, preocupado por su amigo, le dio su *oks* personal.

—Quiero que te lo lleves, Noah.

El rubio lo tomó entre las manos, con gesto asombrado.

—Es tu arma, Adam.

—Quiero que la lleves tú. —Se relamió los labios secos—. No sé quién se supone que eres, pero la Tierra se va a la mierda, Noah. Si Odín te mantuvo oculto todo este tiempo entre nosotros, también te puso a mi lado para que cuidaras de mí. Si no llegas a ayudarme, posiblemente jamás habría recibido la profecía de Skuld.

—Eso no es verdad. Tú lo lograste solo...

—No. No es verdad. Déjame terminar. —Adam, con sus ojos negros rebosantes de respeto y hermandad hacia su amigo, estaba visiblemente emocionado por esa despedida—. Sé que este viaje lo debes emprender solo y que tal vez no regreses, pero no estás solo. —Apoyó las manos sobre las de su amigo, que sujetaban su hacha con respeto—. No lo estás, recuérdalo. Yo estoy contigo, en tus manos —agitó el hacha para dar más convicción a sus palabras—. No caminarás solo. Eres mi *kompiss*. Puede que seas hijo de un dios, Noah, pero tienes a un chamán berserker como hermano. Recuérdalo. —Adam le colgó el *oks* a la espalda.

Se abrazaron.

Ruth se limpió las lágrimas con disimulo, y esperó a que Nora diera un sonoro beso a su tío favorito.

—¿Tío Noah?

—¿Sí, pequeña?

—Los polvos de hada te hacen volar. Tú puedes volar si la coges...

Noah sonrió, le dio un beso en la frente y se despidió de ella.

—No dejes de dibujar —le pidió.

—No lo haré —contestó la cría.

Las sacerdotisas esperaron pacientemente hasta que Noah les dijo adiós

a todos.

Pero cuando fue a salir de la casa, Aileen y Caleb les cerraron el paso.

—Pensaba que no llegaría a tiempo —dijo la híbrida de ojos lilas, azorada y nerviosa. Fue directa a Noah y le dio tal abrazo que lo dejó casi fuera de sí—. Ruth me ha avisado. No podías irte sin despedirte de mí.

Los ojos de Nanna enrojecieron.

Sabía que la híbrida y él eran buenos amigos, pero no soportaba que pudiera pegarse a él de ese modo, y que ella no pudiera hacerlo.

Ella vestía tan seductora como siempre: con un mono arrapado negro y botas del mismo color y con tacón. Llevaba el pelo liso y suelto.

Y Caleb..., bueno, Caleb merecía siempre mención aparte. Cuando lo veían a través de la Ethernet, todas las valkyrias hacían la ola. Ese hombre despertaba las fantasías más salvajes y rudas de una mujer.

—Le estás quitando años de vida a Caleb... —bromeó Noah devolviéndole el abrazo a la nieta de As.

—No te preocupes por él, lo superará. ¿Te vas, entonces?

—Sí... —se encogió de hombros—, tengo un viaje que emprender.

—No es un viaje cualquiera. Al parecer, de él depende nuestro futuro, ¿verdad?

—Eso parece —contestó sin creerse sus palabras.

Aquellos ojos lilas lo inspeccionaron de arriba abajo.

Noah era tan distinguido de por sí. Su piel algo más pálida que la de Adam, su pelo tan rubio que parecía blanco y esos ojos permanentemente amarillos lo distinguían del resto. Era un ser extraño y hermoso, y, al mismo tiempo, tan amenazante como una tigre de bengala. Sí, era el bengala para todos los miembros de los clanes.

—Siempre fuiste especial, Noah —aseguró Aileen, mirándolo con devoción—. Lo sabía.

Los ojos verdes de Caleb lanzaban rayos por doquier. Llevaba su pelo negro y liso. Carraspeó, incómodo.

—¿Habéis venido a despediros de mí? —Noah estaba sorprendido—. ¿Tú también, Colmillos? ¿Quieres que te dé un abrazo?

—Claro, chucho. —Sonrió amistosamente—. Te rascaré detrás de las orejas, si es lo que quieres...

—Lo que Caleb quiere decir es que sí: en representación de los miembros del Consejo de la Black Country, hemos venido a despedirnos. Eres el berserker más bondadoso que he conocido. Me ayudaste mucho. Nos has ayudado a todos —explicó Aileen.

Caleb no pudo por menos que asentir con la cabeza: Aileen tenía razón. Noah lo rescató de Glastonbury Tor cuando los torturaron en la cruz a él y a

Aileen. Si no hubiera sido por el bengala, nunca habría encontrado con vida a su *cáraid*.

—Vengo a desearte suerte en ese viaje. La guerra ya está aquí, Noah. Tal vez no nos volvamos a ver.

—O tal vez sí —dijo él.

—Eso espero, porque te necesitamos entre nosotros.

—Gracias, Aileen.

Ella sonrió, tomó su rostro entre las manos y le agachó la cabeza rubia para darle un beso leve y tímido en los labios.

Caleb se tensó visiblemente y todos sus dientes rechinaron.

La energía electrostática de Nanna explotó, cosa que hizo que las sacerdotisas se alejaran de ella.

—Mantente con vida, Noah —le pidió Aileen—. Todos estamos contigo.

—Mantente tú con vida. —Si alguien estaba en peligro era Aileen. Si no la mataba Caleb, la mataría Nanna—. Ahora mismo estás a punto de ser electrocutada o de que te muerdan.

Ella no le dio importancia, pero miró a Nanna y se disculpó con un gesto contrito.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Nanna, visiblemente irritada con la situación, sin perdonar a Aileen.

Noah le guiñó un ojo a Caleb; ambos sabían que las hachas de guerras estaban enterradas desde hacía tiempo y que solo había un hombre para Aileen: el líder McKenna.

Al principio, a Noah le costó mucho aceptar que Aileen no era para él. Estaba deseoso de tener pareja y veía en la híbrida a una compañera de aventuras y de batallas perfecta; era una princesa distinguida, bondadosa e ideal.

Creyó sentir amor hacia ella, pero, poco tiempo después de ser rechazado, se dio cuenta de que el verdadero amor estaba por llegar.

Y vendría de los cielos, en forma de mujer de orejas puntiagudas y ojos exóticos y almendrados.

Ahora nada podía negar que Nanna y él se pertenecían. Tal vez, aún no se podían tocar, pero el *kompromiss* y el instinto despertaban cuando estaban demasiado cerca; esperaba remediarlo con la ayuda de la diosa y de las sacerdotisas.

Nanna siguió al grupo de mujeres encapuchadas que se dirigían a los coches. Noah la precedió con una sonrisa de oreja a oreja.

La valkyria se había puesto celosa.

Era bueno que probara algo de su propia medicina.

Yorkshire

Cuevas de Alum Pot

Tiempo atrás, en aquel lugar ancestral e intraterreno de Inglaterra, las sacerdotisas iniciaron a Ruth en su bautismo. Allí, la Cazadora conoció a Nerthus y ella le otorgó los dones y preparó su cuerpo para la inmortalidad.

En ese momento, cinco mujeres cubiertas de rojo y una valkyria en sus ropas de guerra caminaban entre los senderos oscuros del bosque, iluminadas solo por el fuego de las antorchas, en formación, como en una procesión.

Noah iba el último, y las seguía en absoluto silencio.

—A la diosa le gusta la paz y el silencio —había dicho la más alta de las sacerdotisas, Dyra—. Debes mostrar respeto, porque ella lo oye todo y ya sabe que estamos aquí.

Ella había obedecido. Seguía sus sugerencias y sus consejos. Ellas eran las sabias del clan, las mujeres que trabajaban la magia, y Noah siempre había tenido un profundo respeto por ellas.

El hada los seguía, sobrevolando sus cabezas, y de vez en cuando se ponía a la altura del oído de Nanna, le decía algunas palabras y, de repente, las dos lo miraban con gesto enfurruñado y apartaban la mirada.

Noah sabía por qué estaban así. Era empatía femenina.

Esperaba que Nanna hubiera sentido tanta rabia e impotencia como él cuando Theodore le tocó los pechos frente a él.

Si ver el beso de Aileen le había dejado tan mal como a él, entonces había valido la pena, porque así habría sentido de verdad el vínculo que había entre ellos, un vínculo que no podía negarse ni ignorar con la facilidad con la que pretendía hacerlo la valkyria.

Llegaron a una cima cuyos espesos matorrales apenas les dejaban ver. Las mujeres los retiraron y Ruth sonrió al recordar su iniciación.

Entonces le dio un miedo terrible que la dejaran ahí sola..., pero ahora ya no temía nada.

Todo había cambiado.

En el suelo, había un inmenso orificio que parecía guiar a las entrañas mismas de la Tierra.

La diosa siempre estaba en lugares que se conectaban con el interior, con lo femenino. Como si fuera un útero que llevaba al vientre de una mujer, Nerthus se ocultaba tras esos túneles, esperando una nueva semilla que bautizar.

Pero, esta vez, la iniciación no era femenina. En esa ocasión, las sacerdotisas conjurarían a Nerthus para que esta entrara en contacto con Noah

y lo ayudara a solucionar su problema. Para que lo iniciaran. O, al menos, eso era lo que le había dicho Freyja.

—Nanna, danos las manos —ordenó María—. Creemos un círculo con Noah en el centro.

La sacerdotisa matronae fue la voz líder en la invocación de Nerthus. Cuando las seis mujeres entrelazaron sus manos, el bosque se sumió en una mágica expectación; el cielo de madrugada, oscuro, nublado y taciturno, se ofuscó con más fuerza sobre sus cabezas, como si las acompañara en la ceremonia; como si de ese modo pudiera resguardarlas de la vista de seres no invitados a un evento de tal magnitud.

María, con sus ojos cerrados, levantó el rostro hasta el techo estelar y proclamó:

—Creciente de los cielos estrellados, Floreada de la llanura fértil, Fluyente de los suspiros del océano, Bendecida de la lluvia suave; escucha mi canto, ábreme a tu luz mística, despiértame a tus poderes plateados, ¡acompañame en mi rito sagrado! —Las demás repetían cada una de sus sentencias—. Creciente de los cielos estrellados, Floreada de la llanura fértil, Fluyente de los suspiros del océano, Bendecida de la lluvia suave, escucha mi canto, ábreme a tu luz mística, despiértame a tus poderes plateados, ¡acompañame en mi rito sagrado! Benigna diosa, tú que eres la reina de los dioses, la lámpara de la noche, la creadora de todo lo que es salvaje y libre; madre de mujeres y hombres; compañera del dios carnudo y protectora de toda la Wicca. ¡Desciende, rezo, con tu rayo de poder lunar aquí sobre mi círculo!

Súbitamente, la entrada de ese mundo subterráneo se iluminó. Su claridad alumbró a Noah y a las mujeres que lo rodeaban.

La matronae sonrió, victoriosa, orgullosa de sus logros grupales, aunque ella era la voz cantante.

—La diosa os espera —dijo.

El círculo se abrió para que Noah pudiera salir.

—Nanna —dijo Tea, la más bajita, que se dirigió a la valkyria—, Nerthus no atiende a hombres. A ella, en la Antigüedad, le ofrecían las vírgenes. Debes romper el círculo y bajar con él. Tú eres su tarjeta de entrada. Sin ti, Nerthus no ayudará a Noah.

—¿Cómo dices? ¿A qué te refieres con eso de ofrecerme a ella? Me suena a sacrificio.

—No te pasará nada —aseguró Noah.

Ruth arqueó sus cejas caobas y estudió el panorama, nerviosa. Aquello no le gustaba. Las sacerdotisas eran mujeres muy fieles a sus rituales y sabían que, para que estos funcionaran, todo debía cumplirse punto por punto. Recordaba con impresión los comentarios que le dirigieron respecto a su

virginidad; le habían dicho que en la Antigüedad se desvirgaba a vírgenes con falos de marfil en el interior de las cuevas para que la diosa ofreciera sus dones y les dieran aquello que anhelaban para sus misiones. La pureza era algopreciado para la madre de Freyja, y era un regalo que atesoraba y que, al parecer, necesitaba para aumentar su poder en la Tierra.

—Yo no estoy tan segura de eso —comentó Ruth por lo bajini. La diosa se las traía. Ella recordaba a Nerthus con una mezcla de pánico y de cariño. Por suerte, a ella nadie la tuvo que desvirgar, pero...

—Hermana, Ruth. —Amaya, la más rellenita de las ancianas, la reprendió—. No debes poner nerviosos a los iniciados.

—No, no... Dios me libre —contestó ella, sarcástica—. Solo era un inciso.

Nanna se encogió de hombros, rompió el círculo valientemente y pasó por delante del berserker con la bendita ignorancia de alguien que no tenía ni idea de cómo funcionaban las cosas en la Tierra, por mucho que la conociera.

—Andando, bengala —le dijo con un retintín despótico.

—Mucha suerte en vuestro viaje —les dijo Ruth—. Sea lo que sea lo que suceda ahí abajo, no se lo tengáis en cuenta a Nerthus. Obedecedla o no os iniciará. No os descubrirá su poder.

Dyra y Amaya la miraron, agradecidas por animarlos a hacer caso a Nerthus.

Noah escuchó con atención las palabras de la Cazadora. No tenía pensado quebrantar las sugerencias de una diosa, y menos si el éxito de la misión dependía de ello.

—Sacerdotisas, Cazadora —hizo una reverencia con la cabeza—, gracias por vuestra ayuda. Cuidaos mucho.

—Que tu viaje sea fructífero para todos, Noah —le deseó María, sincera. La misión de ese hombre iba a ser determinante para todos.

—Que la fuerza te acompañe —añadió Ruth guiñándole un ojo dorado—. Para mí, ya eres un héroe, Capitán América —le dijo con afecto.

Un hombre solo no podía con tanta responsabilidad; lo cierto era que el solo hecho de cargar con esa bolsa ya lo convertía en alguien valiente y único.

Los labios de Noah se estiraron en una sonrisa de cariño y respeto por todas, sobre todo por la *kone* de Adam.

—Cuida del *noaiti*.

—Siempre lo hago, bengala.

Tras esas palabras, Noah y Nanna se dejaron caer en el agujero que abría el suelo de la cima, como una incisión quirúrgica, como si alguien desde el cielo hubiera disparado hasta alojar una bala en sus entrañas.

El hada se quedó suspendida, observando a cada una de las sacerdotisas.

Después de analizarlas una a una, se metió de cabeza en la entrada del mundo de Nerthus: un universo de elementales, de luces y de sombras.

VIII

Nerthus, la madre de Freyja, la diosa de la fertilidad y de los cultos a los sacrificios; Nerthus, la diosa de la Tierra, conocida por muchos nombres; el respeto que levantaba hacía enmudecer a la naturaleza; Nerthus, de ojos verde esmeralda, pelo rojo y rizado, de piel lechosa y cana, esperaba impaciente tras un altar de piedra a sus invitados.

Vestía con una túnica roja, del mismo color que su pelo, y sostenía entre sus manos de uñas rojas un grial dorado con incrustaciones de color esmeralda, con la runa Gebo grabada en su centro.

Tras ella descansaba su inseparable carro dorado, que era tirado por dos vacas sagradas de ojos rojos. A su alrededor, cientos de llamas flotantes iluminaban la cueva.

Nerthus repiqueteó con sus uñas en el metal de la copa y miró a sus dos visitantes.

—Bienvenidos —los saludó, altiva.

—¿Nerthus? —preguntó Noah, anonadado.

—Nunca te había visto —apuntó Nanna—. Freyja tiene tus mismos rasgos.

—Bueno, yo soy más hermosa —aseguró diosa, fatua.

—Claro, si tú lo dices —susurró Nanna con la vista clavada en sus vacas. Al menos, los animales que tiraban del carro de Freyja eran tigres de bengala, y no bovinos obesos.

—Oigo tus pensamientos, valkyria —dijo la diosa, que se apartó de la protección del altar de piedra que la custodiaba y dejó el grial sobre la superficie.

Nanna se recogió el pelo trenzado en una cola alta y se encogió de hombros.

—Las sacerdotisas me han invocado porque tenían un regalo para mí —espetó la diosa, divertida.

Noah frunció el ceño.

—No ha sido así. Las sacerdotisas te han invocado para que me inicies —aclaró Noah.

Nerthus desvió la mirada verde hacia Noah, estudiándolo con curiosidad.

—Y lo haré. Pero para ello hay que sacrificar algo, ¿no crees? ¿O acaso piensas que invocarme y que ofrezca favores es gratuito?

—Han legado un *handbök* para mí.

—¿Y?

—Un *handbök* de los dioses...

—Es obvio que lo han legado. —Desvió la mirada hacia el hada—. Tienes a Electra contigo. Así se llama el hada que os acompaña.

—Ah... No lo sabía.

—Yo sí —afirmó Nanna.

—Bien por ti —repuso Nerthus repasando a Nanna con la mirada, dando vueltas a su alrededor como si tuviera hambre y la joven fuera su comida—. ¿Eres tú el regalo, preciosa? —Se pasó la mano por su cola trenzada.

—No. No es ella. Odín me dio a... Electra —insistió Noah. Nerthus tenía que saber que era un enviado de Odín. Eso haría que lo respetara, ¿no?—. . Tengo una misión que realizar, un viaje. Y de la conclusión de él podrían depender muchas cosas. Incluso la salvación de este reino.

—¿Odín?! —gritó, histérica. Sus ojos de diferentes tonalidades de verde se tornaron completamente negros. Su níveo rostro fue recorrido por diminutas venas azules, y de entre sus labios aparecieron dos colmillos superiores—. ¿Odín quiere que reciba a un enviado suyo?!

Nanna bostezó. Miró la forma de la cueva y murmuró:

—Sobreactúa igual que su hija.

—¿Qué has dicho, trencitas?!

De pronto, Nerthus estampó a Nanna contra la pared húmeda y fangosa, y le rodeó el cuello con una de sus manos, levantándola del suelo.

—¿Odín me relegó al Midgard! Si quisiera, te podría matar ahora mismo. Eres una valkyria, solo me hace falta hundir la mano en tu pecho y arrancarte el corazón.

—No lo harás. —Noah dio un paso hacia delante para defender a su pareja, pero no pudo avanzar más. Nerthus acababa de inmovilizarlo; frente a él tenía un muro transparente que no podía sortear.

—Quieto ahí, berserker. ¿De verdad pensáis que no sé quiénes sois? —Pegó su nariz a la de Nanna—. Soy la única en este reino que sabe todo de todos. Freyja es poderosa, Nanna. Pero su madre lo es más. Así que muéstrame respeto.

La dejó caer de rodillas y la obligó a plantar las manos en el suelo y a agachar la cabeza.

—Mi hija permite que sus valkyrias le hablen a veces con poca sumisión. Os ama demasiado. Le dije que nunca se involucrara emocionalmente, pero no lo puede evitar... Es... sensible.

«¿Freyja sensible? ¿Por eso me electrocutó?», pensó la valkyria con amargura.

—Pídeme perdón —le ordenó la diosa. Después alargó un brazo hacia

Noah, estiró los dedos y los cerró de golpe. Al hacerlo, el berserker cayó de rodillas—. Tú también, lobo. Disculpaos y volvamos a empezar.

Noah y Nanna le pidieron disculpas, sometidos por el poderoso mandato de la diosa.

—Buenos chicos. —Nerthus se echó a reír y se apartó de ellos, para dirigirse de nuevo al altar rocoso—. Levantaos —ordenó.

Noah se dirigió hacia Nanna, dispuesto a ayudarla de nuevo a incorporarse, pero la valkyria palideció y le gritó:

—¡No! ¡Noah, no puedes!

Nerthus arqueó una ceja y los miró por encima del hombro.

—¿No puede?

—No —aclaró Nanna—. Eres una diosa y dices que lo sabes todo... Sabrás que, si me toca, tu hija volverá a castigarme sin compasión.

Nerthus la ignoró y dio vueltas al líquido rojizo que yacía en las profundidades del grial.

—Freyja es de todo menos compasiva. Tú eres Nanna, *la Intocable*. La guerrera que recogía a los caídos y los llevaba a las filas de los dioses. Eres valiosa para mi hija; entiendo que, si estás aquí, es porque sigues siendo valiosa para ella. Porque ella lo ha querido así.

—¿Por qué? —preguntó Nanna, disconforme.

—Yo sé la razón —tarareó— y tú no...

—¿Y qué iniciación me vas a dar a mí? —Noah se acercó a la diosa, sin miedo ni reparo.

Nerthus exhaló, como si estuviera cansada.

—No doy mi conocimiento de forma gratuita. Mi poder es divino, pero, en ocasiones, necesita gasolina. Los dioses del Asgard tienen fuentes que los proveen de energía. Yo me proveo de la naturaleza de este planeta y de los dones y la pureza de las personas que vienen a mí. Pero, lamentablemente, esta tierra se está quebrando por los ardides de Loki. Necesito una explosión de energía, ahora más que nunca, para salir de aquí y juntar a mis ejércitos. Mis sacerdotisas nunca fallan y os han traído justo a tiempo. Pero, bueno, todo estaba escrito, como sabéis... Esas nornas juguetonas han dado unas directrices. Al parecer, hay cosas que se cumplen al pie de la letra.

—No se cumple porque sigamos lo que han decretado para nosotros —opinó Noah—. Se cumple por nuestro don para romper las normas y no seguir ese camino. La *völva*, la bruja original, predijo el final de los tiempos.

—¿Y no ha llegado ya? —dijo ella sin dejar de remover la copa.

—Pero el *noaiti*, el chamán del clan berserker —explicó Noah—, recibió una profecía de Skuld, la norna del futuro. Una profecía que da lugar a la esperanza. Nosotros estamos luchando para que se cumpla su profecía y no

la de la *völva*.

Nerthus se dio la vuelta; su traje rojo se arremolinó a sus pies.

—Adorable. Es adorable vuestra esperanza.

—Por eso estamos aquí —dijo Nanna—. Las sacerdotisas te han convocado para que nos eches una mano, Nerthus.

—Y lo haré, trencitas. —Metió un dedo en el líquido de la copa y se lo llevó a la boca—. Pero la ayuda va en dos direcciones. Las runas te han hablado de un viaje, ¿me equivoco, lobo?

—No, así es —contestó Noah, utilizando su cuerpo para proteger a Nanna, que intentaba apartarlo con sus manos. Era demasiado protector, pero no lo podía evitar.

Nerthus se relamió los labios y pidió a Electra que se acercara.

—¿Adónde se supone que los debo llevar? —le preguntó al ser alado.

El hada, que era la encargada de guiarlos hasta el objeto que Odín había escondido para Noah, voló hasta el oído de la diosa y le dio la respuesta.

—Entiendo. —La diosa sonrió y dio una palmada—. Os ayudaré, llevándoos directamente a la Tierra en la que se halla tu objeto. Pero... vosotros me ayudaréis a mí a salir de aquí.

—¿Cómo? —preguntó Noah—. Haré lo que sea necesario.

Las largas pestañas de la diosa oscilaron al mirar a Nanna.

—La energía que desprende una mujer al perder la virginidad rompe hechizos humanos, ¿lo sabíais? Por eso se sacrificaban en cuevas. Pero la energía que libera una valkyria al perder la suya... puede romper el hechizo de un dios. Arrebátale la virginidad a Nanna para que rompa el hechizo de Odín y yo pueda salir de aquí.

Nanna palideció. Sus preciosos ojos se ofuscaron congestionados por el miedo.

—No —dijo ella negando exaltadamente—. No, ni hablar.

Noah sabía que nada debía torpedear su misión. Estaba dispuesto a todo para no fallar a los suyos. Pero Nanna era su pareja, aunque ella se negara a creerlo, y no soportaría volver a hacerle daño.

—¡Vine aquí con la esperanza de que las sacerdotisas te convocaran para que me ayudaras a romper el *kompromiss*! —gritó Nanna, con los ojos llenos de lágrimas.

Nerthus se encogió de hombros con gesto inocente. Noah se afligió al escuchar esas palabras de parte de quien debía ser su mujer.

—¡No lo quiero a él como pareja! —repitió—. ¡Me destroza cada vez que me toca!

El berserker se entristeció por completo, consternado por el odio y el asco que despertaba en Nanna. De verdad esa mujer lo detestaba.

—Lo siento, Nanna. Lo siento mucho —dijo él.

—Oh, qué tierno —susurró Nerthus juntando sus manos—. Eres demasiado bueno, Noah. Los berserkers peleáis por vuestras hembras y os importa poco que os digan que no. Tenéis ese gen soberbio de Odín, que toma lo que le da la gana cuando le da la gana. ¿No harás tú lo mismo con la valkyria? ¿Aunque de ello dependa la supervivencia del Midgard?

—¡A mí él no debía tocarme! ¡Y lo hizo cuando yo creía que cargaba a un hombre muerto! ¡Por eso Freyja me castigó! ¡Por eso estoy aquí en el Midgard, mientras se plaga de guerreros que no pueden regresar al Asgard!

—Oh, no te preocupes por ellos, valkyria. Seguro que por aquí nos harán falta...

Nanna negó con la cabeza y miró a Noah con gesto suplicante.

—Por favor, por favor... No lo hagas. Prefiero que me mates. Si me matas, Nerthus, mi energía también podría liberarte.

—Nanna... —susurró Noah, hundido. Qué deprimente era ser rechazado de aquel modo. Su mujer prefería morir a que él volviera a tocarla.

—Vaya... Pues nada, entonces. Todos muertos. Adiós, Tierra. Ya os podéis ir... —anunció, para ponerlos a prueba—. Menuda pérdida de tiempo...

—¡No! ¡Espera! —dijo Noah.

—¡Ni se te ocurra, bengala! —lo señaló con la mirada rojiza por completo y pequeñas hebras eléctricas que bailoteaban alrededor de su piel—. No. ¿Me has oído? Soy capaz de realizar una *farvel furie* aquí mismo antes que sufrirte de nuevo.

—Pero, Nanna... Tú eres mi pareja —le explicó con ojos tristes y sin luz—. Estás siendo injusta.

—¿Injusta? —Abrió los ojos de par en par—. No quiero volver a ser torturada de ese modo. No quiero que me toques. Jamás. Nunca más. Y si la diosa no va a romper nuestro extraño vínculo, lo romperé yo, aunque se la última cosa que haga —aseguró acercándose a él y poniéndose de puntillas.

—Noah, no dejes que lo haga —le recomendó la diosa—. Es el Midgard o ella. Tú decides. No sabrás quién eres... ¿Fallarás a todos los que depositaron su confianza en ti solo por respetar a una valkyria despechada que no tiene resistencia al dolor?

Nanna la fulminó con los ojos.

—No seas puta, diosa.

Nerthus sonrió y alzó a Nanna hasta tumbarla sobre el altar de piedra.

—¡No te muevas! —le ordenó a Noah, que ya corría a socorrer a su pareja.

Luchó, pero de nada servía. Nerthus, bajo su aplastante fuerza y su

incontestable poder, lo había vuelto a inmovilizar. ¿Quién se iba a creer que tratar con dioses iba a ser fácil?

—Zorra. No la tocaré —protestó él—. Ella no me desea.

—¡Tonterías! —La diosa lo contradijo—. Mi hija sabía que no podía perder la virginidad antes de que me conocierais. Si no, yo no podría salir de aquí. Por eso castigó a Nanna. Para que te tuviera miedo.

—¡Pues lo habéis conseguido! —gritó él, rojo como un tomate, con los ojos del mismo color, a punto de mutar—. Ahora, suéltala.

—No seas ridículo, honorable chuchó. —Ella se dirigió hacia al altar en el que Nanna peleaba por recuperar el control de su cuerpo con resultados nulos—. Sabía que no ibas a ser fácil, valkyria. Tienes la dignidad y el carácter de tus padres —murmuró Nerthus, obligándola a beber del grial—. Abre la boca, monada. Esto es por vuestro bien...

El líquido ambarino resbaló por el interior de la garganta de Nanna, que no tuvo más remedio que tragárselo.

—¿Mis padres? ¿Los conocías?

—Necesito tu virginidad para salir de aquí y llevaros adonde necesitáis ir —le susurró, sin responderle—. Esto va mucho más allá de vosotros. Inglaterra se estremece por dentro y muy pronto empezarán los temblores y el caos. Tengo que estar ahí afuera, ¿comprendéis?

—¡No! ¡Noah! —se quejó la joven, atemorizada.

—Noah —repitió la diosa para atraer su atención—, tú eres la pieza que escondía Odín. Eres la sorpresa que nadie espera. No sientas que vas a hacer daño a Nanna, porque es un dolor inevitable.

—¡No lo quiero! ¡Puede ser otro! ¡¿Por qué él?! —Nanna pateaba el altar, pero, aunque lo deseaba con todas sus fuerzas, era incapaz de bajarse. Otros hombres podían tocarla y no hacerle daño. De hecho, no le harían sentir nada. Pero cualquier cosa era mejor que sufrir de nuevo la ira de Freyja.

—Ella no me quiere, Nerthus —dijo, derrotado—. No puedo hacerle eso.

—Entonces, ¿qué hacemos, Noah? ¿Le dejas que haga la *farvel furie*? ¿Dejas que muera? Es tu pareja, lobo. ¿No quieres que esté contigo? ¿Quieres que Loki gane?

—No. Pero no quiero que me odie.

—Oh, por los dioses... —Puso los ojos en blanco—. Ya te odia. Pero se le pasará. Esto es lo que tienes que hacer. Esta es tu iniciación; es lo que te hará iniciar tu viaje. No me hagas perder más el tiempo. O lo coges, o comunico a los dioses que el Midgard se va directamente a la mierda porque has sido incapaz de desvirgar a tu mujer.

De repente, el cuerpo de Nanna perdió sus protecciones; sus hombreras,

sus rodilleras, sus mallas y sus botas, y se quedó completamente desnudo en el altar.

Las palabras de Nerthus golpearon en su instinto. Era un berserker, pero también era un hombre. ¿Cómo iba a tomar a Nanna sabiendo todo el sufrimiento que le iba acarrear?

—Escucha, no es tu tacto lo que le duele... Es el castigo de después, y créeme que te digo que esta vez no llegará. —Nerthus intentó apaciguar sus nervios.

—¡No es verdad! —protestó Nanna, llorando sin consuelo. Su cuerpo se dio la vuelta en el aire y quedó a cuatro patas sobre la piedra del cálido altar. Sus piernas se abrieron para Noah y le mostró todo lo que tenía por enseñarle—. ¡No! ¡Bajadme!

El berserker ignoró a la diosa, que seguía hablándole sobre la bebida que debían ingerir y que tenía en sus manos. Noah ya no atendía a nada.

El olor íntimo de Nanna le golpeó y le dejó noqueado.

Se acercó al altar, a ella, y quedó prendado de su cuerpo fino y elegante.

—No hay luna llena, Noah —le explicó Nerthus, a la que aquella situación parecía entretenerla—. No le harás demasiado daño. Simplemente, toma lo que es tuyo. Yo te llevaré adonde necesitas ir, y vosotros me ayudaréis a salir de aquí —chasqueó los dedos y desnudó a Noah por completo.

—Por favor, por favor... —suplicó Nanna mirándolo por encima del hombro, aterrorizada—. Noah..., no me hagas esto.

Él miró a Nerthus, desnudo por completo. Estaba erecto y duro como nunca.

—¿Por qué crees que el castigo no llegará? —le preguntó.

La diosa sonrió.

—Porque, Noah..., tú ya has muerto. Los hechizos de mi hija se pueden deshacer en cuanto se rompen sus normas. Ella no volverá a hacerle daño. La castigó para que guardarais las distancias hasta que vinierais a mí y no pudieras arrebatarme la virginidad antes; si no, yo no habría encontrado un modo de salir de este agujero. Y créeme, tengo que salir de aquí.

—¡Miente! ¡Miente, Noah! ¡No le hagas caso!

Sin embargo, el berserker la creyó.

Tal vez lo hizo porque era incapaz de resistirse a Nanna y a su cuerpo.

O puede que lo hiciera porque de verdad la creía, pero... ¿quién detenía a un hombre enamorado de su mujer?

¿Quién detenía a un berserker cuya *kone* estaba desnuda para él?

—Noah —la valkyria lo miró directamente a los ojos—, escúchame bien: no quiero que me toques. No quiero estar contigo. No te quiero.

—Pero yo sí —contestó él, solemne. ¿Por qué lo iba a negar cuando era

tan obvio?—. Lo último que quiero es volver a hacerte daño.

—Entonces, no lo hagas... —suplicó ella.

—No puedo. —Bajó la cabeza con arrepentimiento—. No puedo no poseerte, Nanna. Si tengo que hacerlo para ayudar a los dioses y a mis amigos, lo haré. Porque todo está por encima de nosotros. Pero no te quepa duda de que lo hago porque te deseo y te necesito. Te necesité desde el primer día que te vi.

A Nanna aquellas palabras le sonaron huecas.

—¡Cerdo egoísta! —Habló con los dientes apretados por la frustración y la decepción—. ¡¿Por qué no tienes en cuenta mis deseos?!

—Los tengo. Pero... no puedo negarme a esto. Si el Ragnarök depende de que te posea, Nanna, te poseeré.

—Entonces te prometo que esta será la última vez que te hable. Y esta será la última vez que me toques —le juró con los ojos llenos de lágrimas—. Cuando acabes, piensa que me has violado. Que no he disfrutado de lo que me has hecho. Y que huiré de ti, en cuanto me reponga del castigo de Freyja. No querré volver a verte. Jamás. *Motbydelig!* ¡Asqueroso!

Noah tragó saliva, con su mirada fija en sus preciosas alas tribales de color rojo. Estaba muy disgustada, pobre.

—Toma el contenido de este grial —le pidió Nerthus, que se lo dejó sobre el altar, al lado de la rodilla paralizada de Nanna.

—¿Qué es?

—Es la runa líquida de la unión. Se llama Gebo. —Señaló la runa inscrita en el metal, en forma de X—. Tú y Nanna sois una pareja. Mal avenida —puntualizó, irónica—, pero pareja, al fin y al cabo. Esto os ayudará a no olvidarlo.

—Sí, perro —gruñó Nanna—. Dróganos a los dos... Solo te falta eso... Mientes, rompes tu palabra, me violas y me drogas. Eres un grandísimo hijo de puta.

—Oh, Nanna. —Nerthus le habló como una niña pequeña. Le acarició el rostro y se lo alzó para mirarla—. Pero... ¿quién te ha dicho que te van a drogar? ¿Quién te ha dicho que vas a olvidar?

—Quiero intimidad —ordenó Noah.

La diosa puso cara de hastío.

—¿Por qué tanta vergüenza? El sexo es sexo. Los dioses no dejamos de practicarlo.

—Por favor. No la incomodes más —le pidió, desapasionado.

Nerthus resopló como una cría a la que le habían hecho enfadar. Antes de desvanecerse dijo:

—No tardéis mucho. Cuando absorbáis vuestro chi, el portal quedará

abierto para vosotros. Tendréis un par de minutos antes de que se cierre.

—¿Y tú? ¿Qué será de ti?

—¿Yo? —Soltó una carcajada—. Yo ya no estaré. Que tengáis un buen polvo, hijos míos.

Noah quería acariciar las alas tribales de Nanna. Deseaba repasarlas con los dedos, besarlas y lamerlas de arriba abajo.

Cuando se había imaginado con su *kone*, nunca había pensado que sería bajo esas normas y en esas circunstancias.

Jamás pensó que sería algo malo arrebatarle la virginidad a su mujer. De hecho, deseaba que su pareja no hubiera sido tocada por nadie. Pero ahora no le importaría que Nanna no tuviera ese pequeño trozo de carne que tanto dolor le provocaría al penetrarla.

En la cueva no hacía frío, pero ella tenía la piel de gallina y cubierta de sudor frío, porque le temía. Bueno, ni siquiera le temía. Le asqueaba.

—Nanna —dijo con voz pausada—. No voy a tocarte nunca más después de esto. Es la primera y la última vez que te poseeré. — Ella le prestaba atención, con ojos de cordero degollado—. Voy a intentar ser gentil.

—¿Quieres ser gentil?

—Sí.

—Entonces métete una estaca por el culo. Eso sería ser gentil para mí.

Noah se envaró y apretó los dientes. Y entonces le tocó las nalgas suaves y lisas.

Y en ese preciso momento, en ese instante de contacto primerizo y consciente, toda razón y todo sentido común desapareció de su mente.

Solo estaba ella. Su cuerpo. Y el placer que él podría proporcionarles a ambos.

—Pedazo de mierda, Freyja me va a electrocutar por tu culpa.

Pero él ya no la escuchaba.

Acarició sus nalgas y le abrió las piernas un poco más.

Una voz lejana rebotaba en las paredes de su consciencia y le decía: «es su primera vez», «es su primera vez», «ten cuidado y no la asustes».

Pero, después, la voz de su instinto, la que hacía que se quisiera golpear el pecho con orgullo al saber que tenía a su hembra sometida ante él, clamaba para que la poseyera: «¡No tardes tanto, tío! ¡Es tuya! ¡Tómala!».

Noah acarició sus nalgas y las masajeó, abriendo y cerrando sus globos.

Nanna se quiso apartar, pero le fue imposible.

El berserker lamió sus dedos y los humedeció para después, cegado de deseo, acariciarle entre las piernas y frotar ese punto de placer que haría que Nanna se relajara y se excitara.

Y la silencio. La silencio en su cabeza.

Le dio igual escuchar sus súplicas.

En la punta de sus yemas sintió que ella se humedecía y se hacía receptiva a su toque. Percibió como su vagina se hinchaba, y como el clítoris salía de su capuzón, respondiendo a sus estímulos.

Noah sonrió con ternura. Su cuerpo no protestaba a la futura invasión. De hecho, parecía desearlo tanto como él.

Primero, para tantearla, le introdujo el índice y lo rotó, para ver cuán estrecha era.

Cuando descubrió que era tan estrecha como podía ser una virgen, su pene se endureció; no así su conciencia, que temió por ella.

—Sé que no quieres esto conmigo. Seguro que preferías que fuera otro quien te lo hiciera. Como el romano de Wester Ross, ¿verdad, Nanna? Lo siento. Siento ser yo quien te posea.

Le introdujo dos dedos y se internó hasta tocar la membrana, que acarició para hacerla ceder levemente. Pero después decidió que quería sentir cómo se rompía con la punta de su miembro y dejó de rozarla.

Retiró los dedos y se los llevó a la boca.

—Joder... ¿Te imaginas lo bien que sabes?

Noah no escuchaba sus respuestas. Su mente no las registraba. Solo podía advertir su olor y el tacto de su piel bajo sus dedos.

La cogió por las caderas. Con una mano sostuvo su miembro para guiarlo hasta la diminuta entrada; con la otra, la sostuvo por la nalga.

—Vas a ser mía, Nanna. Después, si es lo que deseas, podrás hacer lo que quieras. Pero tu primera vez, es para mí. —Adelantó sus caderas y empujó hasta que la carne se abrió para él y la cabeza ancha de su pene desapareció en su interior. Todavía quedaba todo el tallo venoso, pero, al menos, ya estaba dentro; el resto era solo avanzar y retroceder.

Sin embargo, Noah, perdido en ella, decidió que quería avanzar.

Avanzar hasta el fondo para que lo recordara siempre. Si tan decepcionada estaba con él, que lo estuviera, pero que supiera que nadie la iba a poseer como él.

Subió las piernas al altar y colocó cada pie al lado de sus rodillas. La tomó por las nalgas, abriéndola para él, y entonces empujó hacia dentro.

Sintió cómo lo apretaba y que la carne, lubricada por la excitación de ella, dejaba que avanzara.

Y siguió avanzando. Hasta que su inmenso miembro fue engullido por el interior de ella. Por completo.

Hasta que los testículos quedaron tan pegados a su trasero que parecía que la hubiese penetrado por detrás.

Nanna necesitaba coger aire.

El dolor había remitido. Noah estaba tan quieto en su interior y ella se sentía tan llena que pensaba que se iba a partir en dos.

Pero el berserker no le hacía daño. Y el castigo no llegaba.

Seguramente, lo haría más tarde.

Pero no en ese momento.

A su lado, a mano derecha, un remolino de polvo amarillento y brillante empezó a crearse frente al altar.

Nanna se mordió el labio y sus ojos se enrojecieron de placer.

Él estaba rotando las caderas para encajarse a la perfección, para que ni un milímetro de su interior faltara por rellenar.

Y lo notaba tan dentro que tenía miedo de que traspasara su estómago.

Sin embargo, el olor picante de Noah le llegó hasta la nariz, y la enloqueció. Estaba dilatando para él; había algo, una sustancia caliente y líquida que Noah emanaba en su interior para que ella pudiera recibirlo mejor.

El berserker rubio gruñó, y aquello excitó más a la valkyria.

Se había vuelto loca. Había pasado de odiarlo y despreciarlo, a desearlo y a querer rogarle que no cesara en sus envites, que llegara hasta donde su cuerpo le permitiera.

Noah salió un poco de su interior y después volvió a darle otra estocada que fue, si cabe, más profunda que la anterior.

La valkyria gimió, muerta de hambre por él, y pegó su mejilla a la piedra. ¿O era la mano de Noah la que le había obligado y había pegado su cara al altar?

No importaba.

El pene de Noah era enorme y delicioso. No quería que parase.

Él le leyó la mente, pegó sus labios a su oído y le dijo mientras le daba un lametón:

—Esta será la última vez que te toque. Te lo prometo. Pero espero que no lo olvides.

Nanna frunció el ceño sin comprender, perdida en el limbo de su lujuria particular.

Y entonces empezó la verdadera posesión.

La horadaba, la perforaba como si quisiera clavarla en algún sitio. Nanna no se podía mover porque estaba fija al altar.

Noah podía empujar cuanto quisiera, que ella no iba a huir.

Las penetraciones eran dolorosas e insultantemente profundas, pero no le importó.

Estaba hinchada, húmeda, poseída y se sentía pletórica.

Noah la había invadido por completo.

Se engordaba y se alargaba, se hacía más grande. Y ella, por increíble

que pareciera, le dejaba entrar.

El remolino a su lado se abrió por completo y dejó ver unas montañas altas y nevadas. Donde fuera que debían dirigirse, estaba nevando. Los copos de nieve se colaban en la gruta, pero ni Nanna ni Noah prestaban atención al frío.

Ahí hacía muchísimo calor.

Ella ardía.

Él quemaba.

Después de diez estocadas más rápidas y profundas, el bengala se quedó profundamente metido en su interior, hasta más allá del cerviz.

Y, entonces, soltó su semilla.

Nanna se corrió con él, gimiendo y sollozando como una mujer sin control.

Noah dejó caer la cabeza hacia atrás, clavó los puños a cada lado de la cara de la valkyria y rugió.

Bramó hasta que su voz rugió por completo, mientras los chorros de su semilla invadían y conquistaban a la que debía ser su mujer.

Ella ya no lo quería.

Él la desearía siempre. ¿Qué iban a hacer?

La puerta los atrajo y la nieve los engulló por completo, lanzándolos desnudos, juntos con sus ropas y sus bártulos, a otro lugar del Midgard.

Electra los siguió, todavía impresionada por lo que habían visto sus ojos de hada.

Y, entonces, cuando el portal que había abierto Nerthus se cerró, los techos rocosos de la cueva empezaron a deshacerse y a caer.

El altar, con los restos de semen y sangre de la pareja, se partió por la mitad; los fuegos que hacían de antorcha, se esfumaron.

Del mismo modo que ya no había ni rastro de Noah y Nanna, tampoco lo había de Nerthus.

IX

—¡Miraaaaaa! ¡Mira qué muro más alto!

Él sonrió a la niña y miró hacia donde señalaba.

La pequeña tenía el pelo castaño muy largo y muy rizado, y sus ojos, marrones claros, rezumaban vida e ilusión.

—No nos dejan estar aquí —dijo él.

—¿Por qué no? —preguntó ella, compungida—. ¿Nos van a castigar por esto?

Él se echó a reír y se dejó caer en la mullida hierba que rodeaba aquel majestuoso edificio.

—No. A mí no me pueden castigar. No les gusta que ande cerca porque tras esos muros hay mujeres y hombres vestidos para la guerra.

—Mi padre me ha dicho que las mujeres lanzan rayos y flechas...

—Y los hombres son medio lobos —dijo con admiración.

—¡Pues qué suerte! —dijo la niña, que se dejó caer a su lado y se recogió las rodillas con los brazos. Apoyó su barbillita sobre ella y miró soñadora aquel espectáculo visual.

Él se incorporó y le preguntó:

—¿Es una suerte ser medio animal?

—No lo sé... Pero lo que sí es una suerte es que nadie te pueda castigar.

A mí me castigan a menudo...

Nanna abrió los ojos de par en par.

¿Qué había sido eso? ¿Quién era ese niño?

En su sueño podía sentir los rayos de sol acariciando su piel; el olor a hierbabuena.

Pero al despertar estaba congelada.

Los copos de agua helada se colaban bajo sus párpados y mojaban sus pestañas.

Se moría de frío, y eso que las valkyrias eran mujeres de hábitat húmedo y tormentoso.

Se incorporó sobre sus codos y vio que seguía desnuda.

Dioses, seguía desnuda y tenía la entrepierna mojada, y no del hielo.

Desvirgada. Un hilo de sangre recorría el interior de su muslo y teñía la nieve bajo sus nalgas.

Le dolían el vientre y las ingles. Era una sensación molesta, pero, para ser completamente franca, si anulaba la ira y recordaba con todo detalle lo sucedido, el dolor, al final, se tornaba deseo.

Su primer orgasmo había fundido sus neuronas; en ese momento, su

cuerpo, al margen de estar entumecido por la frialdad, le había demostrado que no era nada frígido y que respondía a las atenciones de Noah.

Un hombre.

Se le puso la piel de gallina al recordar lo que había pasado en la cueva. Todavía palpitaba su carne más íntima, sacudida por la poderosa intrusión del berserker.

Había perdido la virginidad en un altar de sacrificios a la diosa Nerthus. Era de tontos pensar que la madre de Freyja no pediría nada a cambio por ayudarlos. Y ella había sido muy tonta. Claro que pedía algo. ¡La había pedido a ella!

Inmediatamente después, todo su cuerpo se puso en alerta. Noah la había tocado otra vez, y bien tocada, ¡vamos! ¡Retocada podría decir! Y, con toda seguridad, Freyja estaría frotándose las manos para una nueva descarga.

Sus orejas se pusieron tiesas y aletearon buscando una cueva o un agujero en aquel lugar rocoso en el que estaba. Necesitaba cubrirse de los ataques de la diosa.

Y corrió.

Corrió, moviendo las manos sobre su cabeza, como si tuviera un aguilucho arrancándole las trenzas.

Tras ella, la luz azulada de las alas de Electra la siguieron, divertida, como si estuvieran buscando algo.

—¡Electra! ¡Una cueva! ¡Necesito una cueva! —clamaba Nanna.

Noah miraba a Nanna con la cabeza inclinada a un lado, estudiando su desnudez y su actitud.

Era tan bonita. Y había sido tan suya...

Después de aquel curioso sueño que había tenido, en el que hablaba con una niña humana que no había visto nunca, vino la misma pesadilla de siempre.

El fuego, las flechas, la piel ardiendo... El dolor. Y después, en medio del sufrimiento, envuelta en las llamas de la desesperación, la misma voz de siempre. Una voz de hombre que él ni entendía ni podía leer.

Su humor se tornaba mustio con el paso de los días. Soñar con una muerte tan desagradable no era gusto de nadie. Y él llevaba soñando con ello desde que Nanna le lanzó el puñal *guddine* en la boda de As y María.

Desde entonces, ya no podía descansar.

Sonrió al ver que Nanna se agazapaba en el suelo y lanzaba rayos al cielo, como si pudiera contraatacar un ataque divino.

—¡No te atreverás, Freyja! —gritaba desesperada.

Después, volvía a correr y a saltar, utilizando sus majestuosos rayos. Pero, en realidad, nadie la agredía. Parecía una loca.

Y a Noah le encantó. Disfrutó de ese momento hasta que el pellizco de pesar por lo que le había hecho le recordó que ya no sería suya nunca más.

Esa valkyria odiaría su presencia para siempre.

Sin embargo, nadie podría borrarle el maravilloso recuerdo de haber sido el primero. Su naturaleza le impedía forzarla y demostrarle que él era el único, así que dejaría que la valkyria eligiese. Aunque saber que no sería el elegido le destrozara el corazón.

Se frotó el lado derecho de la cara. Le escocía, posiblemente por la altura en la que se encontraba y porque los rayos del sol llegaban con más fuerza, aunque el cielo estuviera encapotado como estaba y nevara de aquel modo.

Estaba claro que el clima se había vuelto loco y que preparaba la antesala de una guerra escatológica.

Noah bajó hasta donde se encontraba Nanna, cuya desnudez lo enloquecía. Las botas se hundían en la nieve. Él llevaba tan poca ropa que acabaría cogiendo frío.

¿Estarían muy lejos de un núcleo urbano? Necesitaba comer, reponer fuerzas, tal vez necesitaban abrigarse más... Estaban solos, a la intemperie, y no tenía ni idea de adónde ir.

—Deberías vestirme. Cogerás frío —le dijo lanzándole su ropa y todos sus bártulos.

Nanna se dio la vuelta en el mismo momento en el que las prendas le golpearon en el rostro y en el pecho.

—¿Por qué no llega el castigo de Freyja? —preguntó mientras se vestía, confundida—. No lo comprendo...

Noah se encogió de hombros.

—Ya te lo dijo Nerthus: te castigó para que me cogieras miedo y creyeras en sus represalias, y así no dejaras que te quitara la virginidad antes de tiempo. La madre de Freyja necesitaba tu energía para salir de ahí. Ha sido todo un... —No encontraba la palabra—. Ha sido un juego de mal gusto.

—No entiendo nada. Nerthus dijo que conocía a mis padres... ¿Cómo es posible? Las valkyrias procedemos de mujeres mortales embarazadas y alcanzadas por un rayo. ¿Qué va a saber ella de cómo era mi familia? —Se abrochó las botas y se colocó sus rodilleras, protectores de antebrazos y sus hombreras.

—Los dioses y sus intrigas... ¿Qué pasa, Nanna? ¿No piensas mirarme ni una sola vez?

Ella se puso tensa y sintió latir su corazón. Cuando acabó de vestirse, sin levantar la mirada hacia él, se abrochó la riñonera de piel en la que guardaba el teléfono que sus hermanas le habían dado para que se comunicara

con ellas.

—Mírame, Nanna. Joder —gruñó—. No te voy a comer.

Ella decidió encararlo; estaba agotada de correr, y lo cierto era que solo tenía a Noah en aquel paraje gélido y solitario.

Se forzó a hablarle, intentando controlar sus ansias por ponerle a caer de un burro, por castigarle, pero, cuando lo miró, se quedó estupefacta.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así? —preguntó Noah, algo seco, marcando las distancias. Era mejor para los dos, ya que ella no quería saber nada de él.

—¿Te has quedado dormido sobre algún libro o roca con indicaciones nórdicas?

Él no comprendía a qué se refería.

—¿De qué hablas, valkyria? —Electra dio una vuelta a su alrededor y él la apartó como si fuera una mosca—. Mira dónde estamos. Aquí no hay nada. —Abrió los brazos abarcando aquel espacio abierto y blanco—. Ni mucho menos una jodida biblioteca.

—Claro, berserker. Yo también me he dado cuenta de que esto es como una montaña fantasma, pero eso no quita que tengas el lado derecho de la cara marcado con una frase en futhark antiguo. Alguien te ha hecho un puto tatuaje en el rostro —dijo insegura ante él—, y a no ser que quieras hacer un remake de *Colocón en Las Vegas*, eso es justo lo que tienes ahí.

—¿Es una broma?

—No. —Negó con la cabeza—. Te va desde la frente a la comisura del ojo.

—¿Y qué pone? —dijo él frotándose la sien. ¿Por eso le ardía?

Nanna se acercó a su rostro. Durante unos instantes, sus miradas se engancharon, pero ella apartó la vista con timidez y algo de miedo.

—A ver... Dice: «Con vida estoy medio año, sin vida la otra mitad; ando siempre por el mundo sin cansarme jamás».

Cuando acabó, Nanna chasqueó con su lengua.

—¿No querías intrigas divinas? Ahí queda eso.

—¿Me estás tomando el pelo, Nanna?

—¿Por qué debería hacerlo? ¿Crees que me apetece bromear contigo después de...? —No quería mencionar lo sucedido, así que se calló, avergonzada. Ni siquiera sabía por qué razón sentía vergüenza, ella jamás había sido alguien tímido.

Un músculo palpitó en la mejilla de Noah. Con frustración, pasó los dedos por sus marcas en la cara.

—No voy a pedirte perdón, Nanna. Lo hecho hecho está. Pero te aseguro que no volverá a pasar.

Ella no supo qué contestar. Sus botas, con incrustaciones de titanio,

estaban parcialmente hundidas en la nieve. Y se sentía diminuta ante él. Era una valkyria de los pies a la cabeza, pero tenía la sensación de que Noah se comía todo a su alrededor.

—No espero que lo hagas de nuevo, ni espero que te disculpes —le aseguró ella—. Te lo has pasado demasiado bien como para arrepentirte y tener remordimientos, ¿verdad?

—Sí. No voy a mentirte —afirmó, sincero. A él no le gustaban los juegos de me quieres, no me quieres. Había cometido un error y lo asumía. Pero no se andaba con medias tintas—. Lo he disfrutado. Como tú.

—¿Cómo yo?

—Sí... Tú tampoco deberías mentirme en eso. Te has corrido y tu orgasmo ha sido tan interminable como el mío. Pero sé que no te gusta mi compañía y que no quieres que te toque de nuevo, así que no tienes por qué acompañarme. El viaje es solo mío. No quiero obligarte otra vez a hacer algo que no desees.

—Creo que es demasiado tarde para que seas un caballero.

—Yo no quiero ser un caballero —dijo él pasando de largo y buscando el camino que debía emprender. ¿Por dónde empezaba?—. Solo quiero ser yo mismo. En cuanto demos con un modo de que puedas volver a Escocia con tus amigos, eso harás. —Se puso las manos en la cintura y miró a todos lados—. Podrás huir de mí. Joder, ¿hacia dónde se supone que debo ir?

Nanna se quedó de pie sin saber qué hacer ni qué decir.

¿Podía irse así? ¿Sin más? Y si era tan fácil tomar la decisión, ¿por qué no quería?

—Esto es genial... Me follas para abrir un portal para hacer un viajecito y ahora me das puerta. Oh, sí... Eres todo un galán. Menudo discurso.

—¿Y qué quieres, Nanna? —replicó sin darse la vuelta, buscando una salida en el horizonte—. ¿Que te diga y te haga lo que de verdad quiero decirte y hacerte cuando sé que tú no crees en nosotros y que no quieres saber nada de mí? —La miró por encima del hombro—. Estoy haciendo esfuerzos por ser considerado y escuchar tus necesidades.

—Claro. Como las escuchaste en la cueva, ¿verdad?

—Piensa lo que quieras. No..., no lo pude evitar. Lo intenté, pero... ¡Da igual! —Dejó caer las manos con impotencia—. Tú no lo vas a comprender. Mejor que no intente explicarte nada más.

—No, mejor que no. —Sus ojos se habían enrojecido de nuevo—. Cuando el teléfono que cargo en la riñonera tenga señal, las llamaré y le pediré a Gúnnr que convoque una tormenta y me saque de aquí.

Él asintió.

—Es lo mejor para ti —dijo, aunque sabía que no era lo mejor para él.

—Bien. —Ella alzó la barbilla, orgullosa—. Eso haré.

Electra los miraba a los dos sin comprender nada.

—Perfecto —asintió Noah—. Ahora... Empecemos a caminar, hacia... allí. —Señaló un camino entre montañas de piedra oscura cubiertas por nieve—. Debemos salir de aquí.

Nanna sonrió, maliciosa.

—Estás más perdido que Heidi en *La guerra de las galaxias*, ¿verdad?

Él refunfuñó e ignoró su comentario.

—Noah —Nanna puso los ojos en blanco—, tienes a tu hada guía. Ella te llevará a tu tesoro. Y cuentas con la ayuda de una valkyria. Junto con los dioses y los bardos, somos las únicas criaturas que pueden hablar con las hadas.

Él se detuvo, iluminado por sus palabras.

—¿Puedes preguntarle dónde estamos?

—No sé... —Golpeó el índice contra su barbilla—. ¿Puedo?

Él resopló.

—Sí. Sí puedo. Deja de gruñir, lobo.

Nanna pidió a Electra que se acercara y le preguntó al oído dónde se suponía que estaban. La valkyria abrió los ojos, sorprendida.

—¿Qué pasa?

—Dice que estamos en el Jotunheim.

—¿Cómo?!

—Espera, espera... —Lo detuvo para seguir escuchando a Electra—. No es el Jotunheim del Asgard. Estamos en una zona de la Tierra que le llaman el Jotunheim, en Noruega. Concretamente en Lom. Dice que la ciudad está a una media hora de aquí. Ella nos puede llevar hasta allí.

—¿De verdad? —Noah miró a Electra, anonadado—. Necesitamos provisiones.

—Sí. De verdad —aseguró Nanna—. Dice que oye a los humanos desde aquí.

Caray. Las hadas tenían un sentido de la orientación y un oído que más de un berserker quisiera para sí.

—Entonces —Noah hizo una reverencia a Electra; al agacharse, mechones de su pelo largo rubio blanquecino se deslizaron por su rostro y enmarcaron sus apuestas facciones—, las damas primero.

Aquel gesto les encantó a las dos.

Noah era realmente atractivo, pensó Nana. Era el hombre más guapo que había visto nunca, incluso con aquellas marcas rúnicas en su rostro.

El hada se ruborizó por completo: su luz pasó de ser azulada a ser rojiza.

Noah sonrió, sus ojos amarillos chispearon y dejó que la diminuta mujer guiara la travesía.

—¿Sabes una cosa, Nanna? —Noah sonrió con la vista clavada al frente.

—¿Qué?

—Es *Resacón en Las Vegas*.

Mientras caminaban y seguían a la pequeña y graciosa mujer alada, Nanna, cabizbaja, recordaba el momento en que Freyja le otorgó el don en la cuna, cuando apenas tenía cinco años.

Ciertamente, había llevado una vida tranquila en el Asgard, tan tranquila que se hubiera muerto de aburrimiento si no llega a ser porque Freyja le pidió que recogiera a los hombres muertos en la batalla, hombres honorables que serían reclutados para las filas de Odín.

Para ello tenía que descender y vivir aventuras.

—Serás la única que veas el Midgard, Nanni. —Así era como la llamaba la diosa, cariñosamente—. Podrás traernos cosas de ahí, todas las que desees, pero nunca podrá tocarte a un hombre vivo —le dijo.

—¿Todas las que quiera?

—Todas, pequeña. —Freyja le había acariciado la respingona naricita con el índice, y le había sonreído como ella siempre hacía; con absoluta adoración hacia sus valkyrias.

A ella, que era una niña pequeña, no le pareció mal que ningún hombre la pudiera tocar, ya que en el Valhall solo había niñas y mujeres como ella. Además, los hombres olían mal y solo sabían beber y gritar.

No quería tener nada que ver con bípedos con cosas colgantes entre las piernas.

Pero después se hizo mayor. Y su rechazo de niña se volvió su enemigo al convertirse en mujer.

¿Quién había dicho que no a los hombres? ¿Por qué?

Eran criaturas fascinantes. Algo toscas, de acuerdo. Y muy diferentes a una mujer. Definitivamente, se llevaría mejor con una pareja chica que con una que fuera chico. Sin embargo, la atracción animal y el instinto natural despertaba en todas las valkyrias.

Y en ella despertó como una explosión, sin avisar, cuando bajó a recoger a Gabriel en su pira. Vio a Noah y su mundo se volvió del revés.

Supo que ese guerrero intocable le pertenecía.

Lamentablemente, su historia se había complicado muchísimo y ahora su relación era extraña e incómoda.

Y, aun así, seguía deseándolo. Le seguía gustando.

Caminaba delante de ella, con ese pelo inmaculado y nórdico, como si

encajara en esa tierra, como si aquel fuera su hábitat natural.

Tenía un aire distinguido. No sabía quién era, pero, fuera quien fuese, no solo era importante para ella; era importante para todos. Y ella era una valkyria de la diosa vanir. Sabía que también debía atender a la continuidad de los dioses.

Ni siquiera estaba enfadada. Después de que él la poseyera, una emoción desconocida hasta entonces había hecho que le saltaran todas las alarmas.

Se trataba del vacío.

El vacío ya no era tal. Algo había encajado en ella, literal y metafóricamente, de tal modo que parecía estar completa.

Había tenido a aquel hombre entre sus piernas. Y su esencia, su espíritu, había colmado su alma. Las alas le escocían, como si quisieran abrirse y no pudieran. Como si quisieran reconocer quién era él. Y era como si ella, ofuscada, no permitiera que se expandieran.

De repente, se chocó contra su espalda. Dura como el granito. Perfecta para apoyarse y rodearla con los brazos.

—¿Noah? —dijo, extrañada—. ¿Por qué te detienes?

Noah levantó la mano derecha para que guardara silencio.

Giró la cabeza hacia su derecha. Sus ojos, amarillos, miraban sin ver, señal de que intentaba escuchar algo.

Las letras rúnicas de su rostro empezaron a adquirir un brillo inusual, como si se prendieran sobre la piel.

Y si a Nanna antes le había parecido hermoso, ahora es que estaba arrebatador.

—Chis, valkyria —le ordenó—. No estamos solos.

De repente, cuatro seres peludos y negros salieron del interior de la nieve, frente a ellos.

Noah pensó que eran osos o lobos, pero Nanna se encargó de sacarlo de su error.

—¡Noah, son troles!

Electra corrió y se ocultó en el canalillo del traje de Nanna, cuya parte externa recubierta de titanio la protegería de los golpes.

El berserker sacó su *oks* de la espalda antes de que dos troles se abalanzaran sobre él.

Al primero le cortó la cabeza de cuajo, pero el otro se le echó encima y abrió la boca dispuesto a morderle.

—¡Que no te muerda, Noah!

—¿Qué coño son?!

—¡Son troles! —exclamó ella, que lanzó un rayo contra una de aquellas

bestias—. ¡Hay muchos troles en el Jotunheim del Asgard!

—¡Pero Electra ha dicho que no estamos en el Asgard!

—¡Y no lo estamos! ¡Pero cuando robaron los tótems, Loki hizo descender a troles, purs y etones!

—¿A qué?!

Nanna se agachó para esquivar un zarpazo.

—¡Son los animales de Loki!

—¡Pero esto es Noruega! ¡No es el cañón de Colorado! —Le dio un codazo en plena cara al otro trol, que quería atacarlo por la espalda.

—¿Y qué?! ¡Loki puede traerlos donde él quiera! ¡Este es el hábitat natural de los troles! ¡El hielo!

Las manos de un trol salieron de entre la nieve y cogieron el tobillo de la valkyria, que luchó por liberarse, pero los troles eran conocidos por su fuerza extrema.

Nanna convocó su *bue*, tensó la cuerda del arco y, con una de sus flechas iridiscentes, atravesó la mano que la sujetaba. Y, aun así, el trol no cesaba en su amarre. Poco a poco, el jotun de Loki se descubrió por completo.

Sus dientes afilados brillaban por las babas; sus ojos, completamente negros, se habían clavado en ella. Su pelo estaba abarrotado de copos blancos. Entonces Nanna lo electrocutó con las manos, pero sus fauces ya se habían clavado en su muslo libre de protección.

Ella gritó, porque sentía el veneno actuar en su cuerpo.

—¡Nanna! —gritó Noah. Cogió el cuello del trol que le intentaba morder y le hundió los dedos en la carne hasta sacárselo de encima. Con él todavía sujeto, Noah mutó a berserker.

Su pelo se hizo largo, sus músculos se desarrollaron y se convirtió en un guerrero enorme vestido de negro, con el rostro tatuado y los ojos rojos llenos de furia.

Rugió, lleno de rabia, y le arrancó la cabeza de los hombros al trol.

Otro más lo placó por las piernas, tomándolo por sorpresa. Pero Noah, sin ser plenamente consciente, alzó su *oks* y le dio un hachazo en toda la espalda.

Él no había movido su hacha. No recordaba haber dado esa orden, pero, aun así, el arma lo había defendido.

—Pero ¿qué...?

Era el *noaiti*. Le había dicho que no estaba solo, que él estaba a su lado. Había conjurado su defensa personal para que lo ayudara.

Ese Adam era el mejor amigo que había tenido jamás..., pensó mientras alzaba de nuevo el *oks* y le cortaba la cabeza al engendro.

—Gracias, amigo. Te debo una —reconoció mirando el filo del *oks*, y

dirigiéndose a por el trol que había herido a la valkyria—. ¡Nanna!

El bicho estaba a punto de morderla de nuevo, pero Noah, de un salto, fue hacia él y lo placó. Rodaron por el suelo. Un trol era más pequeño que un berserker en desarrollo, pero Loki los había dotado de una energía y una fuerza muy por encima de su tamaño.

Al verlos, se había confiado. Él nunca había estado en el Asgard, no sabía nada sobre el tipo de seres que lo poblaban. No conocía la fuerza que tenían.

Sabía lo que eran los purs y los etones, pues se había enfrentado a ellos en Escocia, defendiendo las tierras de Ardan.

Pero ¿troles?

Nunca había visto uno.

Siempre había una primera vez.

Noah le rodeó la espalda y después abarcó su cuello con los brazos. Apretó bien fuerte y tiró hasta sentir como la cabeza del animal se separaba de su cuerpo.

Había matado al último.

Miró a su alrededor, buscando más enemigos. Si habían troles ahí, quería decir que estaba en el lugar correcto, para bien o para mal.

Al darse media vuelta, se encontró con un charco de líquido negro que deshacía la nieve como si fuera ácido.

Nanna no se podía mover. Tenía la mirada fija en las nubes.

Él corrió a socorrerla.

—¿Nanna? ¿Estás bien?

—No me puedo mover. Los troles tienen veneno en sus fauces. Si te muerden, te paralizan. Y cuando estás paralizada empiezan a arrancarte las extremidades.

—¿Ah, sí? Entonces tal vez esperaré a que venga otro y...

—Noah, no tiene gracia —le soltó ella, con toda la dignidad que podía tener una mujer paralizada por completo.

Para él sí la tenía.

—Pero yo no te puedo tocar. Ya sabes... Freyja...

—¿Estás disfrutando?

—¿Por qué me preguntas eso? —Se aguantó la risa y se colgó el oks a la espalda... Solo estoy preocupado por ti.

—Puede que no me pueda mover. Pero puedo sentir dolor. Y es horrible.

Noah, preocupado, desvió su mirada a su muslo, desgarrado por los mordiscos. Sin mediar una palabra, la cogió en brazos y la pegó a su cuerpo.

—Dile a Electra que salga y que nos lleve al centro de Lom. Vamos a

reponernos. Dentro de unas horas continuaremos el viaje.

Electra salió del escote de la valkyria. Sonrió y se pasó la mano por la frente. Noah no sabía cómo interpretar su gesto. Podía significar: «¡Joder! ¡Qué calor he pasado!», o «¡Joder! ¡Qué feliz hubieras sido en mi lugar», o «¡Joder! ¡Casi nos matan!». . . La pequeña hada voló dos metros por delante.

Pero para Noah no era suficientemente rápido.

—Electra.

El hada se dio la vuelta.

—Date prisa. Los amigos de estos no tardarán en venir.

El hada asintió conforme, y empezó a volar a un ritmo endiablado.

Noah saltaba para seguir su paso, esperando que a Nanna no le doliera demasiado la pierna, rezando para que la ciudad los recibiera sin problemas.

X

Noruega

Lom

Una ciudad fantasma. Eso era.

Coches abandonados en plena carretera. Casas vacías, portales abiertos, cristales de las ventanas rotos...

Lom estaba entre las montañas más altas del norte de Europa, como un valle lleno de historia y belleza; no obstante, ahora, solo y desabrigado, inerme ante cualquier ataque o debido a alguno, parecía desahuciado.

Noah no tenía que ser ningún adivino para ver lo que había sucedido.

Aquel lugar no se llamaba Jotunheim por pura casualidad.

Mucha gente nunca había creído en leyendas ni seres mitológicos de ningún tipo, pero él se había enfrentado cara a cara con troles, guardianes salvajes de la montaña a la que él había ido a parar.

Y no podía obviar que estaba en territorio enemigo, en el que ningún humano podría echarle una mano. Desde luego, aquel paisaje hermoso y desvalido era un aperitivo de lo que sucedería en cada conclave de la Tierra en el Ragnarök.

En Escocia e Irlanda había empezado la grieta por la que entrarían los esbirros del mal y destruirían el Midgard, que siempre había sido su hogar.

Pero, tal vez, solo tal vez, si su viaje daba sus frutos y encontraba aquello que había ido a buscar, podría detener el final de los tiempos. ¿No decían eso las runas?

Por eso tenía que continuar.

Curaría a la valkyria y proseguiría su camino.

Nanna se estaba congelando, debido a la parálisis que había afectado a su cuerpo por el veneno del mordisco del jotun.

Allí no había nadie... Lo podía oler. Lo presentía.

Recorría el centro de aquel inesperado pueblo entre un paisaje irreal, blanco y gélido, cuando se detuvo frente a una iglesia de madera. Y no una cualquiera. Era una *stavkirke*, una iglesia antigua vikinga, con pequeñas inscripciones rúnicas y tallas que representaban un dragón en el tejado, símbolo de la protección contra el mal.

Y, aun así, aunque aquel lugar se suponía protegido por dioses, había sucumbido al ataque de los engendros de Loki.

Sin embargo, no habían cadáveres. Era como si los hubieran hecho

desaparecer.

¿Dónde estaban? ¿Qué les había pasado?

Los edificios de la ciudad eran de madera oscura, para mezclarse con la naturaleza que la rodeaban; típicas casas de invierno para resistir el frío, enormes y excelentemente cuidadas.

Alzó la mirada y leyó: Fossheim Hotel.

Al menos, pensó mientras se introducía dentro, no tenía que hacer registros absurdos ni pagar por la estancia.

Fossheim Hotel era sin duda uno de esos lugares idílicos en medio de la naturaleza. Como una casa tamaño humano de gnomos y duendes. Todavía olía a limpio, señal de que no hacía mucho que la gente del pueblo había emigrado.

En la parte exterior, las mesas de mimbre del mismo color que la madera del edificio tenían casi un palmo de nieve, pero no podían cubrir los vasos y los platos que reposaban en sus superficies.

Fuera lo que fuese lo que había sucedido, había sido de repente, cogiéndolos a todos por sorpresa. Y, sin embargo, no parecía que hubieran utilizado la fuerza para ello. No los habían obligado.

Daba la sensación de que, en algún momento, todos decidieron que había algo mucho mejor que hacer que estar allí.

Si tenían que dejar el coche a medio camino, lo hacían; si debían abandonar la comida a medias, la abandonaban; si tenían que dejar la televisión encendida, la dejaban... De ahí que Electra dijera que había escuchado voces humanas.

Eran los televisores de las casas y del hotel.

Noah abrió la puerta de una de las habitaciones que no había estado ocupada y dejó a Nanna sobre una cama de impolutas colchas blancas.

En cierto modo, era como estar un poco en casa, pues el estilo nórdico le encantaba. Su mismo hogar en la Black Country era de cálida madera, colchas nórdicas, cojines mullidos de colores, parqué envejecido. Eso sí, su casa combinaba lo rústico y lo moderno, y aquel hotel era más bien clásico dentro de su estilo. Aun así, le encantaba.

Entraba muchísima luz por las ventanas blancas y gruesas, semicubiertas con cortinas azul oscuro. En la mesita de mesa reposaba una botella de vino sin abrir y dos copas de cristal vacías.

Noah se acercó a Nanna, que seguía sin parpadear y ahora miraba al techo.

Electra revoloteaba por encima de su cara y parecía hablarle y decirle cosas que él no podía entender.

—Aparta, Electra —le dijo.

El hada se alejó. Noah le inspeccionó el mordisco del muslo. De ahí venía todo el mal.

El veneno de los colmillos del trol había entrado en su torrente sanguíneo como lo haría el de una serpiente y la había paralizado.

Noah la desnudos, le sacó los protectores húmedos por la nieve y helados por la baja temperatura. La dejó tal y como había venido a aquel universo.

Debía darse prisa.

Se fue de la habitación y la dejó sola.

Nanna no se lo podía creer.

Pero ¿es que ese hombre solo pensaba en tenerla desnuda?

La había desnudado, pero lo peor era que no sentía nada de nada debido al frío que atenazaba cada uno de sus músculos.

¿Y dónde demonios se había metido? ¿Por qué tardaba tanto?

¿Le gustaba mirar? ¿Era eso?

Tal vez se ponía cachondo viendo a una mujer completamente desnuda y abierta de piernas, tal y como él la había dejado. Puede que se estuviera masturbando en una esquina... Y ella sin poder mirarlo, pensó su mente calenturienta.

—Ahora viene —dijo la cantarina voz de Electra, que revoloteaba a la altura de su oído.

«¿Qué está haciendo?» «¿Por qué me ha dejado así?».

—Ahora viene —repitió Electra.

Las hadas tenían un sexto sentido y podían ver perfectamente qué se proponían las personas.

—Tiene que volver, pues yo debo llevarle hasta su tesoro. —Dio una vuelta sobre sí misma y sonrió.

«Por Freyja... Las hadas están locas de remate. Electra... Bien podrías cubrirme con la colcha. Tengo un frío que parecen dos».

La puerta de la habitación se abrió con fuerza.

Noah acababa de entrar y dejaba caer algo sobre el suelo.

Iba cargado con bolsas y arrastraba otro objeto con ruedas.

Entonces se inclinó hacia ella y la miró directamente a los ojos.

—Ya tengo todo lo que necesitaba —le dijo.

«Por favor... Qué guapo es». Que fuera tan atractivo la perdía: así lo tenía más difícil para odiarlo. Además, se podían tocar..., y eso quería decir que podían seguir su *kompromiss* con normalidad, ¿no?

Qué locura... Después de todo, Noah tenía razón: era su pareja.

Pero ella sabía que su primer encuentro amoroso había sido de todo menos normal.

No se habían abierto sus alas, debido a la rabia y a la decepción; en cambio, sí había recibido una potente energía por parte del berserker. Nerthus lo había llamado el *chi*. Pero ella no le había entregado ni el *chi* ni el *cho*.

Y, además, sabía lo que sucedía en un encuentro sexual con un berserker. En el Valhall se habían hartado de darle a la tecla de rebobinar. Él mordía a su pareja y la marcaba. Y aquello los volvía locos a los dos, pues era como tener un afrodisiaco constante en el cuerpo.

Noah no la había marcado.

De repente sintió pesar al saberlo.

Secretamente, deseaba que la mordiera. Sin embargo, en vez del guapísimo berserker de pelo albino, la había mordido un engendro peludo y feo. Un puto trol.

Se lo tenía bien merecido, por haber sido tan cobarde.

—Dices que las valkyrias tenéis una relación de sanación con vuestras parejas. Gabriel me explicó que podéis sanaros en dos direcciones. Que en la punta de los dedos —alzó las manos y las miró asombrado— tenemos una luz que se llama *helbredelse* y que nos sana.

«Eso también te lo expliqué yo».

—Si eso es verdad, primero te curaré la herida como tú hiciste conmigo en la batalla de St. Peter's Church, en Amesbury, cuando colgaba de un árbol con graves heridas en mi cuerpo.

«Gracias».

—Cuando tu herida cicatrice, tu cuerpo empezará a entrar en calor, pero no puedes hacerlo demasiado rápido, pues ahora mismo estás sumida en un ataque de hipotermia. Yo te ayudaré a redirigir la sangre.

«Me gusta cómo habla. Me gusta su tono de voz y cómo explica las cosas con tanto tiento, como si me pidiera permiso. No sé a lo que se refiere con redirigir la sangre, pero da igual».

—Después, valkyria, cuando empieces a sentir tu cuerpo, he decidido que voy a curarte ahí abajo...

«Oh, sí... Ahí abajo, nene... ¡¿Cómo?! ¡Joder! ¡¿Cómo que ahí abajo?!».

—Fue tu primera vez. Quiero hacer que te sientas bien. Mi saliva te curará... Tiene que incomodarte un poco. —La miró entre las piernas y se pasó la lengua por los labios.

«Pero, vamos a ver... Pero, vamos a ver... ¿De verdad ha dicho eso en serio?».

—Si no dices nada, lo tomaré como un sí. —Se encogió de hombros, repasando con sus ojos sus pechos, la forma de sus hombros, su torso, sus caderas, sus muslos... Una guerrera perfecta, suave y dura a la vez. Le

encantaba.

«Eso es trampa, berserker».

Noah sonrió, levantó las manos y las posó en la herida del mordisco. Repasó el desgarró con los dedos, y observó que, a través de la carne maltratada y de los orificios más profundos, emanaba un líquido verdoso. Era el veneno del trol.

—Ya está saliendo... —dijo, impresionado al saberse también sanador.

Cuando el líquido dejó de salir, Noah acercó a la herida sus dedos, de los cuales se desprendían pequeños rayos de luz. La herida empezó a cicatrizar.

Noah parpadeó. Era fantástico averiguar que podía curarla siempre que la hirieran. Se sintió infinitamente mejor que hacía unas horas, cuando tuvo que desvirgarla en la cueva de Nerthus. Puede que, con sus manos, pudiera sanar lo que había arruinado.

Y Nanna empezó a sentir...

Su cuerpo despertaba una vez que Noah había eliminado el veneno.

Pero, con el despertar, el dolor de la fase de la descongelación (la que hacía que sus vasos sanguíneos recuperaran su funcionamiento normal, la misma que provocaba que su sangre bombeara y calentara sus extremidades) empezó a molestarla.

No obstante, para su sorpresa, Noah se desnudó, sin dejar de mirarla, y entonces, la cubrió con todo su cuerpo.

Y todo su cuerpo era mucho, puesto que esos berserkers tenían un tamaño considerable.

La piel de Noah olía tan bien... La cubría por completo, la trasladaba a otros lugares y momentos que, en realidad, a ella le eran ajenos.

Sus manos se movieron a través de sus hombros y su cuello, masajeando, provocando que volviera a la vida poco a poco.

El dolor remitió allí donde él la agasajaba con sus atenciones.

Nanna parpadeó. Por fin sus ojos reaccionaban y sus músculos recuperaban cierta movilidad.

Pero no se quería mover. No deseaba romper aquello.

Los humanos dirían de ellos que eran seres mágicos, pero ella llamaba magia a otra cosa. La magia era lo que te estremecía sin tocarte, lo que removía tus sentimientos y tus emociones.

Y Noah, con sus cuidados y con sus manos, la convertía en un ser mágico de verdad.

De repente, le dolieron los pechos. Noah no dudó en cubrirlos. Los tocó con una delicadeza imposible para alguien como él, hecho para la guerra.

Sin embargo, Noah era mucho más que un berserker de Odín. Era

especial por muchas razones.

Nanna desvió la vista a sus ojos. Él, consciente de que lo estaba mirando, se la devolvió.

—Hola —le dijo con una sonrisa. Parecía querer justificarse: «Solo te toco los pechos porque quiero sanarte. Eso sí, el sonrojo en el puente de mi nariz es de excitación».

—Hola —contestó ella con voz ronca. Nunca se quedaba sin palabras, pero Noah la había dejado muda.

—¿Te duele?

Ella asintió, porque estaría loca si le dijera que no, eso supondría que él cesara en sus mimos. Y estaba mimosa. Después de que Noah se lo hiciera como a los caballos, sin apenas cuidado, estaba deseosa de que él le enseñara otra cara, el otro lado de aquel hombre salvaje.

La quería. La necesitaba. ¡Si hasta tenía ganas de llorarle!

¿Por qué se sentía así? Con lo segura y despreocupada que ella había sido toda su vida... Ahora estaba perdida y confusa respecto a todo.

Como una niña.

Sí, era caprichosa y a veces descocada. Pero no era infantil. Y, en cambio, al lado de un hombre como Noah, parecía que no era lo suficientemente adulta como para enfrentarse a todos sus miedos. ¡Y era una jodida valkyria!

Él dejó de masajearle los pezones con los pulgares y deslizó las palmas por su torso y los dedos por las costillas, dejando un rastro de estimulación sobrehumana, incapaz de resistir, imposible de ignorar.

Ella tragó saliva y no dejó de mirarlo en ningún momento.

—Tengo que hacerlo. Sé que no quieres esto, pero...

—Está bien. Si lo tienes que hacer —lo disculpo—, hazlo.

Él asintió con la cabeza.

—Mi instinto me obliga a cuidarte... Aunque tú no desees que te toque. —Sus labios esbozaron una sonrisa de disculpa—. Esto del *helbredelse* es... maravilloso.

«¿Sí? ¿Te gusta cuidarme, Noah?».

—Poder sanarte y tener la capacidad de disminuir tu dolor, sabiendo cuánto lo odias es..., es... —Como no encontraba palabras para expresar todo lo que se arremolinaba en su interior añadió—: Me encanta. Cuando me sanaste en el árbol, estaba muy enfadado contigo porque no me dejabas tocarte. Pensaba que me provocabas a propósito —explicó. Nunca habían hablado de sus encuentros—. Creía que lo único que querías era jugar y excitarme. No me imaginaba que realmente ibas a sufrir de ese modo cuando finalmente lo hiciera... Y lo peor era que te toqué porque pensaba que había

muerto y estaba en el Cielo.

Ella volvió a tragar saliva. Podía ver el arrepentimiento en sus palabras.

—La cuestión es que... Aunque me apuñalaste una vez, me salvaste la vida otra. No tuve oportunidad de agradecértelo. Creo que haciendo esto por ti, estamos en paz.

Ella entrecerró los ojos, sin acabar de comprender a qué se refería con lo de: «Estamos en paz».

—No puedo devolverte lo que te he quitado. Siento mucho haberte hecho pasar por algo así, Nanna. —Dejó sus manos sobre el vientre liso de ella, para transmitirle calor—. Pero, por lo visto, los dioses querían que tú y yo pasáramos por esto. Tu virginidad era muy preciada para Freyja y Nerthus, como has podido ver.

—Y tú eres alguien importante para Odín —dijo ella—. Parece ser que lo eres para todos.

—Sí —agachó la cabeza—, eso parece.

—Y te lo agradecen tatuándote la cara. —Se incorporó levemente sobre los codos.

Él sonrió y se encogió de hombros.

—¿Crees que a mi pareja le gustará que tenga la cara marcada? —preguntó.

A Nanna le costó entender la pregunta. Sus ojos marrones se enrojecieron por lo que insinuaba. La estaba sacando de la ecuación. Así, ¡zas!, de un plumazo. Se le revolvió el estómago.

—¿Eh, Nanna? ¿Qué dices? —Deslizó los dedos hasta cubrirle todo el sexo y los dejó ahí, como si aquel fuera su lugar en el mundo.

Masajeó ambos lados de su vagina con la intensidad suficiente como para calentarla. Y ella entreabrió los labios y entornó los párpados, como si le pesaran demasiado y luchara contra el sueño.

—Llevaba esperando a mi *kone* demasiado tiempo. Creí que podrían ser varias...

—¿Qué pasa? ¿Te gustan todas? —preguntó ella, cortante—. Te gustaba Aileen, ¿verdad?

Él no le dio importancia a su tono.

—No —contestó—. Y aunque me gustara, Aileen estaba atada a Caleb. Eran pareja. Se reconocieron. Una vez que eso sucede —levantó la mirada de nuevo y la clavó en ella—, el vínculo es irrompible. Aileen solo tiene ojos para Caleb.

A ella se le puso el vello de punta.

—Quería experimentar eso yo también... Al parecer, tendré que esperar a encontrar a una *kone* que de verdad me quiera y me acepte. Y que, a poder

ser, no huya de mí.

Nanna parpadeó, asimilando cada una de sus palabras. Noah había aceptado todo lo que ella le había dicho. Noah se había rendido.

—En fin... —añadió, contrito—, lo que sí quiero hacerte es dejarte como nueva, como si nada hubiera pasado entre nosotros. — Con las manos y mucho tiento le obligó a abrirse de piernas—. ¿Quieres que te ayude a olvidar?

«No quiero olvidar. No quiero. Solo haz que me sienta bien y se me vaya este... pesar que siento en el pecho».

Como ella no contestó, Noah prosiguió con su seducción y su trabajo.

—No importa si no me lo dices. Te ayudaré a que ya no duela, ¿vale?

Se metió tres dedos en la boca y los humedeció con su propia saliva para después volver a tocarla entre las piernas y abrirla poco a poco con los dedos.

El *helbredelse* empezó a actuar junto con su saliva.

La inflamación desapareció poco a poco, igual que el enrojecimiento.

Sin embargo, se demoró más de la cuenta, lo suficiente como para acariciarla, con aquella textura deslizante de su saliva, como si fuera un lubricante.

Ella dejó caer la cabeza en la almohada: perdía las fuerzas si él la tocaba así.

Noah metió un dedo en su interior y dejó que la cura entrara por dentro. Entre su humedad y la de Nanna la invasión se hizo muy fácil. Un dedo. Dos dedos.

Y mientras tanto, el pulgar rotaba sobre el clítoris hinchado de la mujer, que se retorció por dentro, y conseguía mover los brazos para agarrarse a la almohada.

—¿Recuperas la movilidad, Nanna? —preguntó sin dejar de martirizarla con el placer—. Entonces es mejor que me retire antes de que te empieces a mover de verdad y me mates, ¿no crees?

Imposible. Para él era imposible dejarla así. Era medio animal. Esa parte quería tomarla de nuevo. Sentía que estaba a punto de correrse en los pantalones.

Pero se iría.

Lo haría porque no quería más reproches ni que ella le echara en cara que se había aprovechado.

Como ella no contestó, Noah le sacó los dedos. Ella dejó ir un larguísimo gemido que los conmovió.

Retiró la mano y la limpió de nuevo con su boca para después secarla sobre la colcha.

—Es una pena que tenga que renunciar a esto, ¿verdad? —susurró, a punto de perder los estribos y montarla como un salvaje.

Ella no se atrevía ni a hablar.

Tenía los ojos cerrados y todo el pelo trenzado desparramado por la almohada.

Noah exhaló, agotado.

—La gente de este pueblo se ha ido hace poco, por alguna razón que desconozco. —Se levantó, alejándose de la cama y se agachó para recoger del suelo las bolsas de plástico que había dejado caer—. Las tiendas estaban a mi disposición, así que he cogido todo lo que creo que nos hará falta para continuar nuestro viaje. He entrado en Sport Lom 1 y me he hecho con unos descansos y material para la nieve, al menos para que aguantes mientras estás aquí. —Hablabas como si le importara bien poco estar tan desnudo y empalmado—. No puedes ir con tan poca ropa.

«Y todo eso lo dice como si hace unos segundos no estuviera jugando a los ginecólogos».

—Las valkyrias podemos aguantar bien las condiciones climatológicas adversas —dijo ella, que se repuso como pudo de aquel orgasmo frustrado.

—En ese caso, ponte lo que más te convenga. —Le lanzó sobre el colchón lo que había cogido—. He traído comida de las cocinas y de las despensas. Come lo que quieras. Debes coger energía. En este hotel sigue habiendo señal wifi y las líneas no han caído. Cuando estés bien, podrás coger tu iPhone y hacer esa llamada. Yo me pondré en contacto con el foro de la Black Country.

—¿Qué llamada? —contestó, sentada sobre la cama, completamente recuperada de su gélida inmovilidad.

—La llamada de rescate a tus valkyrias. Puedes irte cuando quieras, Nanna —le dijo con pesar mientras iba al baño de la habitación—. No estás obligada a quedarte conmigo. Nada te retiene aquí —se detuvo en el marco de la puerta—, ¿verdad?

Dicho esto, Noah desapareció en el lavabo.

Cuando Nanna escuchó correr el agua, señal de que el berserker iba a tomarse una ducha, clavó la vista en el vapor de agua caliente que salía de allí.

Y sintió envidia. Envidia del agua que rociaba ese colosal cuerpo masculino. Ella, en cambio, tenía que quedarse con las ganas como castigo por haber sido tan estúpida.

Electra se cubrió la boca con las dos manos y sus hombros temblaron de la risa.

—¿Te ríes, Campanilla teñida de morena?

Electra arqueó una ceja negra y la miró como si la valkyria no midiera

más que ella.

Nanna se pasó la mano por la cara y, después, a través de su rostro avergonzado, clavó los ojos rojos en el arsenal de bolsas y en el carrito lleno de comida.

De un salto, se encaramó a por el carrito y se llenó la boca con tortitas con nata y fresas, zumos naturales, frutas y todo lo que ofrecían los humanos para desayunar.

A ella, como buena valkyria, le encantaba el azúcar y se volvía loca con la cantidad de comida basura que los humanos podían ingerir.

Era muy mala, sí.

Pero estaba tan buena.

Mientras se llevaba un bollo de chocolate a la boca, abrió las bolsas de plástico llenas de ropa.

Y esta vez sí: sus orejitas puntiagudas temblaron de la emoción y el gusto, y su rostro dibujó una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Chucherías! —Al menos consolaría su decepción con su nueva ropa.

Pi, pi, pi.

Nanna hacía rato que intentaba cargar su teléfono. Se le había acabado la batería. Mientras Noah hablaba a través del ordenador, ella cargaba su teléfono con su electricidad, pues no tenía clavijas para enchufarlo.

Cuando el móvil se encendió, se dio cuenta de que tenía un montón de mensajes en el whatsapp:

Bryn, *la Salvaje*:

Ya tenemos línea!

Gunnyfacia:

El Engel es el mejor. ;)

Rota, *la Mala*:

¿Nanna? Pero ¿sabes cómo funciona el teléfono? ;)

Gunnyfacia:

¿Nanna? Dinos algo cuando puedas.

Bryn, *la Salvaje*:

Nanna, maldita sea... ¿Sabes cómo funciona el teléfono?

Rota, *la Mala*:

Nanna ha muerto. Jajajajaja Gunnyfacia:

No bromeéis con esto.

Bryn, *la Salvaje*:

Nanna... !!!

Rota, *la Mala*:

Si Nanna muere..., ¿quién la recoge a ella? Jajajajajaja

Nanna no se lo podía creer. Por fin tenía a sus hermanas a mano.

No podía dejar de comer, se sentía fatal, y encima Noah hacía rato que no le decía nada porque estaba enfrascado en una conversación con As Landin delante del ordenador.

Nunca se había sentido culpable, pues jamás había hecho nada malo. Nada realmente malo. Pero ahora sentía como una afrenta personal su comportamiento con Noah.

Necesitaba desahogarse. Se actualizó el perfil que Bryn le había preparado y empezó a mensajearse con ellas.

Nannanacomeon:

Hola.

Bryn, *la Salvaje*:

Asynjur! Oye, tu teléfono tiene Internet pero no las llamadas internacionales activadas.

Gunnyfacia:

Asynjur, Nanni!

Rota, *la Mala*:

¡Estás viva!

Nannanacomeon:

Ok, generala. Me cogiste el más barato. Jajaja. Estoy en Noruega.

Rota, *la Mala*:

¿Qué hacéis ahí?

Nannanacomeon:

Es una larga historia.

Bryn, *la Salvaje*:

¿En Noruega? ¡Nosotras vamos a Noruega!

Nannanacomeon:

¿Venís hacia aquí?

Bryn, *la Salvaje*:

Claro!

Rota, *la Mala*:

Vamos a Trollstigen!

Nannanacomeon:

¿Trollstigen? ¿La escalera de los troles?

Gunnyfacia:

¿Qué haces en Noruega?

Nannanacomeon:

Estamos en Lom, un pueblo abandonado en el Jotunheim.

Nos han atacado unos troles. ¿Por qué venís hacia aquí?

Rota, *la Mala*:

Porque el último reducto de Newscientists está en Noruega y vamos a

destruirlos. La dirección que salía en las cajas de Stem Cells que retuvimos señalaba la carretera del Trollstigen como lugar de entrega, sin número. ¡Trollstigen está en el mismo parque nacional del Jotunheim, Nanna!

Bryn, *la Salvaje*:

Estamos a punto de prepararnos para ir hasta allí.

Gunnifacia:

¿Qué tal el tiempo por ahí?

Nannanacomeon:

Nieve. Cielo blanco y encapotado. Frío que me muero.

Noah me ha desvirgado en la cueva de Nerthus.

Nanna se echó a reír por lo bajini. Sabía que no iban a tardar en llegar las reacciones de sus hermanas.

Gunnifacia:

¿????????????????!!!!!!

Bryn, *la Salvaje*:

¿Nerthus? ¿Desvirgado?

Rota, *la Mala*:

¿Peeerrrrrdonaaa? ¡Tócate los pies, hermana! Jajajajaja Bryn, *la Salvaje*:

¡Pero si no te podía tocar!

Rota, *la Mala*:

¡¿Cómo demonios te ha metido la tranca sin tocarte?!

Nannanacomeon:

Sí. Me he enfadado.

Rota, *la Mala*:

¡Ahora no me digas que Noah es ilusionista!

Gunnifacia:

Voy a matarle. ¿Tú estás bien?

Bryn, *la Salvaje*:

Callad, cotorras!! A ver, tú que le has dicho. ¿Te hizo daño?

Nannanacomeon:

Me hizo daño, el puto himen parece indestructible a veces. Ni Iron Maneras lo rompe.

Rota, *la Mala*:

Jajajajajajajaja. ¿Iron Maneras?

Nannanacomeon:

¡Mierda! ¡Iron Man! ¡Es el autocorrector!

Bryn *la salvaje*:

Ya. Bueno. Pero ¿Freyja te ha vuelto a tocar?

Nannanacomeon:

¡No! ¡Resulta que era todo un ardid de la diosa y su madre! Ya os lo

contaré. La cosa es que me enfadé y le dije que: ¡¿ah, sí? Pues arridevici!!

Gunnifacia:

Jajajajajaja. ¿Qué es arridevici?

Nannanacomeon:

Quería dejarle, pero Noah tiene una misión importante y resulta que sí somos pareja de verdad. ¿Y ahora qué? Le he dicho que le dejaría, pero no me quiero ir porque el hijo de Pepote me pertenece... Quiero llorar.

Bryn, *la Salvaje*:

¿El hijo de Pepote?

Gunnifacia:

¡Qué me meo! Jajajajaja Rota, *la Mala*:

Joder, ¿quién tuvo la brillante idea de darle un iPhone a Nanni?

Bryn, *la Salvaje*:

Jajajajajaj Nannanacomeon:

Hijo de Peyote.*

Rota, *la Mala*:

Jajajajaja. Sí, ahora ya lo has arreglado. Jajajaja Nannanacomeon:

Bueno, dentro de nada seguiremos nuestro viaje. Seguimos en contacto.

Rota, *la Mala*:

Espera!!! No veo las teclas de la risa que me das...

Nannanacomeon:

¿No hay aquí un símbolo de «vete a tomar por culo»?

Bryn, *la Salvaje*:

De acuerdo. Ten el teléfono cargado. Dile a Noah que puede que nos veamos allí. Gunnr va a prepararnos una buena tormenta. *Asynjur*, hermana.

Nannanacomeon:

Asynjur!

Rota, *la Mala*:

¿Y cómo es el bengala? ¿Es todo un lobo? ;)

Nannanacomeon:

Es dinamita puta.

Rota, *la Mala*:

Jajajajajajajajajajaj Bryn, *la Salvaje*:

Jajajajajajajajajajaj Nannanacomeon:

Dinamita pura.*

Gunnifacia:

Jajajajaja. *Asynjur!*

XI

Noah llamó a As desde el teléfono fijo de la habitación.

Después de explicarle dónde estaba y lo que había pasado, le pidió que le enviara el mapa de los puntos electromagnéticos que había visto Liam y que había preparado Miz; la física cuántica, con toda la información sobre los portales.

Le pidió que se lo enviara al fax del hotel, cuyo número tenía en la guía informativa de los servicios del resort.

—¿Cómo vas, hijo? —preguntó As con interés.

—Estoy bien, As. Tengo adivinanzas en la cara, no duermo bien y además mi compañera no quiere estar conmigo. Estoy de puta madre.

Al otro lado de la línea, el líder berserker guardó silencio un momento.

—¿Adivinanzas en la cara?

—Sí. Inscripciones rúnicas tatuadas.

—Vaya...

—Eso digo yo. Vaya.

—Siento mucho que te encuentres así.

—Bueno —contestó Noah con la mirada fija en la pantalla del ordenador de la habitación—. Supongo que, en la travesía por descubrirse a uno mismo, nada es fácil.

—Supongo que no...

—¿Tienes noticias de Escocia?

—Yo sí tengo —dijo Nanna a sus espaldas, con el teléfono en la mano.

—Un momento, As. —Se dio la vuelta. Cuando la miró, se quedó sin palabras; sin embargo, como estaba hablando con su líder, no podía valorar cómo iba vestida—. ¿Tú tienes noticias de Escocia?

Nanna asintió con la cabeza.

—Sí. Acabo de hablar con mis *nonnes* por mensaje. —Mostró el iPhone dorado entre sus manos.

Noah arrugó las cejas rubias hasta que casi se le pegaron a los ojos amarillos.

—¿Y qué te han dicho?

—Que vienen al Jotunheim. Se van hacia la escalera de los troles.

—Sí, es cierto, Noah. Tu chica dice la verdad.

Nanna sonrió al escuchar cómo la había llamado.

—¿Ves? Digo la verdad —añadió Nanna con autocomplacencia.

—Al parecer —siguió As—, Gabriel y Ardan se han aprovechado del mal estado de Edimburgo y han entrado en una tienda de material militar. Ya

tenían la señal del satélite manipulada, pero sus teléfonos no tienen suficiente alcance con su servicio telefónico, así que han conseguido unas *satsleeve* de Thuraya. Con eso pueden estar en contacto desde casi cualquier parte del mundo.

—¿Eso no es robar?

—Escocia e Irlanda están cayendo, Noah. O se roba por vandalismo, o se roba por intentar dar una salida a la humanidad. Lo han hecho por supervivencia. Los puntos electromagnéticos de allí han desaparecido, como si se hubieran esfumado al abrirse las placas tónicas. Ya no vibran. En cambio, su energía se ha disipado hacia los otros que quedan en pie. Han recobrado más intensidad. Están activos.

—Se los ha tragado la tierra.

—Pues sí, más o menos. Ahora, Gabriel y los suyos tienen que movilizarse, pues allí no pueden hacer nada más. Por eso se van a Noruega. Quieren hundir la última sede que queda en pie de Newscientists y averiguar cuál va a ser el último paso de los esbirros de Loki. ¿Qué hay en ese lugar? ¿Por qué llevaban las cajas de Stem Cells hasta allí?

—Esto se llama Jotunheim. Si está plagada de esbirros de Loki, lo más probable es que haya algo que quieran proteger con su vida. Hay troles, As. Y creo que no son los únicos jotuns que se esconden aquí. Algo se oculta en este lugar. Y puede que sea lo mismo que estoy buscando yo.

—¿Todavía no sabes adónde te diriges?

—Aún no. Pero quiero hacer un experimento. —Miró a Electra de reojo; ella observaba su reflejo en un jarrón de cristal rosado.

—Está bien. Ten mucho cuidado, Noah. En Inglaterra ha empezado a haber pequeñas sacudidas sísmicas. Creo que la grieta viene hacia aquí —dijo, preocupado.

Noah se clavó la punta de los dedos en la palma y apretó el puño con frustración. Si la siguiente guerra se desencadenara en Inglaterra, él no estaría allí para luchar con los suyos. En vez de estar peleando al lado de sus *kompiss*, de su familia y de sus amigos, se encontraría en otra parte del mundo buscando un maldito objeto. ¿Qué broma del destino era esa?

—Resistid, *leder*. Tenéis que resistir.

—Si quieren guerra, la tendrán. Nosotros nunca nos hemos escondido. Y en las televisiones ya emiten los vídeos de los purs, de los etones, y de nosotros luchando contra ellos. No tiene sentido seguir ocultándonos, aunque nos metan en el mismo saco y piensen que somos alienígenas dispuestos a acabar con su mundo. Daremos la cara.

—Regresaré a la Black Country en cuanto pueda, As.

—De acuerdo. Mantente en contacto.

—Eso intentaré.

Antes de colgar, puesto que estaban en partes diferentes del mundo y no sabía cuándo iba a volver a verle, Noah quería decirle algo a quien siempre había considerado un padre:

—As.

—¿Sí?

—No te guardo rencor. Entiendo por qué no me dijiste nada.

—Lo sé. Tú eres incapaz de tener eso. Por eso eres el mejor de todos nosotros, Noah. Tu compasión y tu misericordia hacia los demás es lo que marca la diferencia.

Los ojos de Noah se empañaron de lágrimas, de agradecimiento y de tristeza por no poder estar ahí. Él era igual de animal que los demás, un auténtico carnicero en la guerra y un salvaje despiadado cuando se trataba de no perdonar. Si tenía que matar, mataba. Por eso no entendía las palabras de As.

—¿Puedes decirle algo a Adam?

—Claro.

—Dile que es un honor llevarle conmigo.

Inglaterra

Black Country

Cuando As colgó, María, su *kone*, estaba tras él, con gesto preocupado, acariciándole la musculosa espalda.

Ellos eran los líderes, los mayores. Eran ellos los que debían dirigir a sus ejércitos a una lucha en la que deberían salir vencedores. Pero la matanza de Arran y la guerra en Edimburgo dejaban muchas bajas que lamentaban profundamente, de todo el corazón.

—¿Estás bien, mi *mann*?

Él jefe del clan berserker clavó la mirada en la mano que retenía el teléfono.

—Los frentes se están dividiendo, María. Escocia e Irlanda han caído, allí ya no hay nada por lo que luchar. Nada. Y ahora valkyrias y einherjars van hacia Noruega. Justo allí donde están Noah y Nanna.

—¿Qué es lo que te preocupa, As?

—Si la clave es Noah, y las valkyrias y los einherjars están en Noruega..., ¿qué hago yo aquí?

La hermosa y serena María sacudió la cabeza sin comprender.

—¿A qué te refieres?

—Tengo la sensación de que no estoy donde debería estar. Sé que debo

defender mi tierra y mi casa... Que lucharé junto a los vanirios de la Black Country, junto a mi nieta —dijo, confuso—. Pero si Odín quiso que yo protegiera a Noah hasta que llegara el momento adecuado y él es tan importante, ¿por qué no estoy a su lado?

—¿Sientes que debes estar con él?

—Es solo una percepción. Odín me pidió que lo protegiera con mi vida. Y se lo debo. Se lo debo a ese dios.

María comprendía el malestar de su pareja. As era un hombre de honor y de palabra.

—Has hecho lo que debías durante todo este tiempo, As. Cumpliste tu palabra. Has ocultado a Noah, sea quien sea, durante siglos. Has luchado con él y lo has defendido. ¿Qué más se supone que tienes que hacer?

—Supongo que me preocupa...

—Claro que te preocupa. Eres un líder excelente, señor Landin. Y quieres a tus guerreros. Pero debes delegar, dejar que otros vengan cumplan el papel que deben desempeñar. No puedes salvar a todo el mundo ni puedes multiplicarte por los demás. —Le acarició la barba que raspaba su mano. Cómo le gustaba tocarla.

As tomó la mano de María y la retuvo sobre la cara.

—¿Por qué eres tan sabia?

—Soy la líder de las sacerdotisas. —Sonrió—. Alguien tiene que llevar el sentido común a este clan de locos.

—Por supuesto.

As se inclinó hacia la pequeña María y la besó en los labios.

—Te quiero, *bella*.

—*Ti amo, bello*.

María entrelazó una de sus manos con las de él y lo llevó al interior del salón, donde ella y las ancianas, con la ayuda de Ruth, ponían en contacto mediante el foro a todos los grupos mágicos de humanos que poblaban la Tierra. No eran inmortales como los vanirios y los berserkers, ni tenían dones de dioses, pero las runas les hablaban y, además, perseveraban y creían en un mundo mejor.

A su modo, también pelearían.

Hasta las últimas consecuencias.

Noruega

Lom

Noah miraba a Nanna de arriba abajo.

Menudo espectáculo era.

En los pies llevaba una botas de descansos de color rojo, Rubber Duck, las únicas que había encontrado en la tienda. Llevaba una malla negra de piel y forrada por dentro con pelo de oveja, para que estuviera bien caliente.

En la parte de arriba, un polar negro con sus coderas y hombreras de titanio; debajo, su corsé. Encima, un chaleco rojo con el cuello alto lleno de pelo, preparado para cubrir garganta y media cara.

Llevaba el pelo, suelto y trenzado, medio recogido. Sus facciones se marcaban a la perfección. Los labios cincelados, los pómulos salidos, la nariz respingona y aquellos ojos... Aquellos ojos marrones, rasgados y tupidos de pestañas negras eran una maldita perdición.

La había visto de muchas maneras. De guerrera, de fiesta... y ahora de vestido de invierno, con unas prendas informales. Y todos y cada uno de esos estilos le quedaban perfectamente.

Estaba tan bonita que Noah quiso abrazarla, sentarla sobre sus piernas y besarla hasta que ambos cayeran agotados.

—Vaya. ¿Estás preparada para continuar el viaje?

—Sí. Yo —levantó la barbilla de duende— nací muy preparada.

El lado derecho de Noah se levantó en una medio sonrisa.

—¿Qué llevas ahí detrás?

Nanna sostenía algo en su mano libre, que ocultaba detrás de su espalda.

—He escuchado un ruido abajo —dijo—. Cuando he ido a ver qué era, he encontrado esto saliendo de una máquina. —Le mostró el mapa que había enviado As Landin.

Noah se acercó a ella y le quitó la hoja de las manos.

—Gracias. Lo necesito. Me lo han enviado por fax.

—¿Para qué? —Ella lo siguió por la habitación y se detuvo cuando él dejó el mapa sobre el escritorio. Se asomó por encima de su hombro para ver qué hacía.

Noah alisó el fax con las manos y buscó a Electra por la habitación.

—Hada, ven.

Esta apareció a su lado en un santiamén. Oscilaba arriba y abajo, flotando, sosteniéndose con el aleteo perenne de sus alas.

—¿Crees que Electra puede reconocer la topografía de la Tierra? —le preguntó Noah a Nanna.

—Es un mapa, ¿verdad?

—Sí.

Nanna sonrió.

—Las hadas adoran los mapas. ¿Quieres preguntarle dónde está tu objeto para saber hacia dónde nos dirigimos?

Él asintió. Vaya, Nanna era muy lista.

Electra los miró a uno y a otro, y revoloteó sobre el mapa. Con el índice, se tocaba su diminuto labio inferior. De repente, sobrevolando la zona de Escandinavia, se detuvo sobre Noruega. Una vez allí, Electra se colocó de puntillas en un punto y dio vueltas sobre este como si fuera una bailarina.

—¿Es ahí? ¿Ahí es donde está el objeto? —le preguntó Nanna.

El hada afirmó resuelta.

Noah y Nanna se agacharon para ver qué punto señalaba la mujer alada.

—Galdhoppigen —dijeron a la vez.

Noah meditó sobre cómo llegar hasta la montaña. Era la más alta de Escandinavia, de todo el norte de Europa.

—Galdhoppigen... ¿Tenemos que llegar hasta allí?

—Sí.

—Hay un buen tramo —aseguró, deslizándolo su dedo índice entre el hueco de Lom y la montaña—. Noah...

—Dime —contestó sumido en las posibilidades que tenían de llegar hasta allí sin sufrir el ataque de ningún jotun.

—Eres consciente de que pueden haber más grupos de troles y otros esbirros de Loki que atesten este lugar, ¿verdad?

—Sí.

—Y tú no vuelas.

—Muy observadora.

—Gracias, soy un lince —contestó sin pizca de humor—. ¿Y por qué no vuelas?

—¿Perdón?

—Si eres mi einherjar, deberías tener alas tatuadas y poder desplegarlas como hacen Gabriel y Ardan. Eso nos facilitaría poder viajar a través de las nubes. Ya sabes, ¡fiu!, volando.

Noah escuchaba con atención sus palabras.

—Tal vez no soy tu pareja, ¿no dices eso a menudo? —contestó más seco que un mazapán.

Ella apretó los dientes y sus ojos se cubrieron de pena. No quería volver a decir eso: se había dado cuenta de que estaba equivocada. Pero tampoco sabía cómo retirarlo, porque la verdad era que, como buena valkyria, el rencor la obcecaba, y todavía tenía residuos de su ira.

Noah y ella tenían mucho que aprender y descubrir el uno del otro. Todavía se tenían que conocer, pero no había duda de que estaban unidos, seguro.

Y a ella le gustaba más que lanzar rayos.

—Así iremos —explicó él—. Saldremos dentro de media hora. Todavía hay luz y es por la mañana: eso reduce los ataques de los nosferatus, en caso

de que haya. Cogemos un todoterreno del punto de información de excursiones de Lom. Sin hacer aspavientos ni demasiado ruido conduciremos hasta nuestro destino. Solo son treinta y cuatro kilómetros hasta el pie de la montaña. Eso supondrá unos tres cuartos de hora de trayecto.

—¿Y una vez allí?

—Una vez allí... tú tendrás que llevarme, Nanna —le pidió con educación y ruego—. Ya sabes, ¡fiu! Volando —repitió sus mismas palabras—. Lo siento por ti.

—Deja ya de disculparte, ¿quieres? Si tengo que hacerlo, lo haré, porque resulta, como dijo Nerthus, que tu misión está por encima del resto y hay que obedecer a los dioses, ¿no? —Arqueó las cejas.

—Me encanta que te quede todo tan claro. Cuando tenga el objeto, te acompañaré y te llevaré hasta donde estén tus valkyrias. Te irás con ellas.

Nanna palideció, impresionada por la orden en su tono de voz.

—Eso no lo vas a decidir tú —replicó ella.

—Lo decidiste en la cueva, antes de que te poseyera. Y tus deseos son órdenes para mí. Los berserkers cedemos a lo que piden nuestras mujeres. En cuanto acabe con mi misión, te devolveré a tu... familia. Así no tendré que escuchar tus lloriqueos.

—¿Lloriqueos? Vete a la mierda, Peter Pan —le soltó con crueldad.

Noah sonrió, sin que la sonrisa le llegara a los ojos. Dioses, cómo adoraba picar a esa valkyria. No había nada más reconfortante que encontrarse con alguien que no cediera tan fácil ni a su educación ni a su supuesta bondad, esa que decían que irradiaba a raudales. A Nanna no le caía bien del todo. Y era fantástico no tener que ser diplomático. Sobre todo porque sabía que, tras ese desdén y el despecho por haberla tratado mal, había un deseo y una tensión sexual que ninguno de los dos podía negar.

Por supuesto que se pertenecían, pero haría que la valkyria le pidiera de rodillas que la volviese a tocar. Él no sería el pardillo que le fuera suplicando.

—¿Peter Pan? ¿Crees que no quiero crecer? Mírame, valkyria, soy enorme para ti. —Pegó su nariz a la de ella y la arrinconó contra la pared.

—Creo que eres el eterno niño perdido, ¿no te llaman así?

Noah sintió esa frase como una bofetada.

Lo dicho. Nanna no le tenía ningún respeto.

Esta vez sí sonrió de oreja a oreja.

—Eso dicen. Por eso hago este viaje iniciático, monada. Para encontrarme. —Le guiñó un ojo y se apartó de ella—. Llena una mochila con provisiones y prepárate. Nos vamos de aquí.

Nanna siempre había sentido envidia sana de sus hermanas.

Ellas podían conocer a sus guerreros, que además las podían tocar.

Sin embargo, ella nunca podría, pues su labor iba más allá de los deseos carnales. En ese momento, mientras recorría la carretera Rv55 en el cuatro por cuatro que los guiaba por Raugberstulsvegen, se dio cuenta de que esa ansiedad por ser como ellas, ese deseo, acababa de ser colmado.

Tal vez no del modo en que hubiera deseado. Le encantaba ver películas de la Tierra e imaginarse protagonista, como ellas.

Hubiera deseado un *Desayuno con diamantes*, o un *Sisi Emperatriz*; pero en vez de eso, tenía un *Tras el corazón verde* o una especie de *La joya del Nilo*, ambas, sus películas favoritas, por cierto. Estaba en medio de una aventura con su hombre, al que ahora debía convencer de que ya no pensaba como antes.

Noah y ella tenían futuro. O, al menos, el pequeño futuro que les quedaba en esos días en la Tierra, hasta que llegara el Ragnarök.

Sin embargo, tal vez, ese ocaso de los dioses, ese final de los tiempos, no sería tan dramático para todos. Por eso estaba inmersa en esa misión.

Por eso, porque deseaba más tiempo, quería ayudarle y demostrarle que era su valkyria, su *kone*, como él decía.

No quería irse.

El paisaje era abrumadoramente hermoso: blanco, verde y azulado por su lagos congelados. Las nevadas habían llegado mucho antes de tiempo por culpa del cambio climático.

Los vikingos procedían de Escandinavia. Allí nacían y estudiaban la historia de los dioses: de Odín, de Thor, de Freyja. Se leían grandes fábulas y en su nombre se habían levantado impresionantes esculturas.

Pero creían que solo era mitología.

«Música para el fin del mundo, señores —decían en la única cadena independiente que cogía la radio del coche—. El Reino Unido se va a pique. ¿Serán verdad o solo un montaje la cantidad de vídeos que hay colgados en Internet sobre una supuesta invasión intraterrena?»

—¿Se puede ser más tonto? —soltó Nanna—. Tienen la verdad ante sus narices y no son capaces de admitirla. Se les acaba el tiempo y siguen con la venda puesta. ¿Cómo es posible?

—El Midgard se va a la mierda porque el ser humano es débil. Es fácil corromper sus mentes. Pero no es culpa de ellos... Es culpa de su educación —decía con la mirada fija en la carretera—. Si les enseñaran a cultivar lo de dentro en vez de a querer aparentar lo que no son y a centrarse en sus ambiciones materiales, probablemente, Loki no tendría ni una sola posibilidad en un universo como este. Pero han hecho justo lo contrario. Los políticos miden quién la tiene más larga, la mujer se hace más masculina y con ello se pierde la feminidad y la sensibilidad; los niños no entienden lo que es jugar sin

máquinas, ni saben lo que es conseguir las cosas con esfuerzo. El país desarrollado ignora al subdesarrollado. Los ricos quieren ser más ricos, y los pobres quieren ser ricos, por eso olvidan sus principios y hacen lo que sea para conseguir lo del otro. Y todo ello, horadando, socavando y talando un mundo tan lleno de vida como este...

—El ser humano es un parásito que acaba matando todo lo que pisa. Y te lo digo yo, que me he hartado a recoger cuerpos de guerreros honorables y sin vida.

«Debido a los temblores en tierras inglesas —explicaba el locutor— se esperan maremotos que sacudan las costas de más de veinte países en Europa. Las consecuencias de estos cambios serán catastróficas. Y en tiempos apocalípticos, si estás ahí, solo, en algún lugar, solo podemos rezar... Os dejo con el *Pray* de Tina Cousins. Recemos todos por que este no sea el fin».

La música empezó a sonar. Noah y Nanna no tuvieron más remedio que escuchar la letra, que hablaba del milagro de la vida, de los campos altos y los frutos de los árboles y que debíamos cogernos de las manos.

—*If you are the same as me, you breathe the air I breathe* —canturreó Nanna— *and we don't understand, yeah, we don't understaaaand...*

Noah la miró de reojo.

—Cantas bien.

—Me encanta la música. Es un placer divino... En el Asgard solo estaba Bragi con su arpa... —señaló colocando sus descansos sobre el salpicadero del todoterreno abandonado frente al hotel y que habían tomado prestado—. Y los elfos que, de vez en cuando, se prodigan con sus maravillosas baladas. Pero... no había mucho más. Hasta que Freyja nos regaló el Ethernet y conectó con las melodías del Midgard. Así escuchábamos a todos los grandes artistas y cantantes que había en este reino. Y yo, de vez en cuando, subía algunos CD de grupos de música que me encantaban, y los poníamos en los reproductores que también conseguía en mis descensos.

Él se echó a reír.

—No me imagino a una valkyria con un reproductor de CD en una mano y un muerto en la otra.

Ella lo miró, medio aturdida por lo guapo que se ponía cuando reía. Cuanto más lo miraba, más guapo le parecía. Cuanto más estaba con él, menos ganas tenía de separarse. Cuanto más la tocaba, mejor se sentía.

Noah la llenaba de un bienestar y una paz fuera de lo común.

Vestía todo de negro, con un plumón con capucha de pelo grueso y unos descansos blancos de la marca Boots. También llevaba un pantalón negro y holgado, tipo esquiador surfero.

Entre lo moreno de piel que era, lo rubio y largo que tenía el pelo y

aquellos tatuajes en su piel... La ponía a mil con solo mirarla.

Y después estaba aquel olor. Por Freyja... ¿Se podía oler mejor? No. Noah olía a dios pagano del sexo y del amor.

—¿Te gustaba estar en el Asgard, Nanna?

—Me gustaba estar con mis hermanas... —contestó ella siguiendo el ritmo de la música con el pie—. Pero cuando empezaron a descender y me di cuenta de que yo jamás podría tener lo que ellas tenían, empecé a pasarlo muy mal —reconoció con sinceridad—. Desempeñar mi labor me distraía mucho de mi verdadera desgracia... Róta, Gúnnr, Bryn y yo teníamos alguna tara. Una cruz, ¿sabes a qué me refiero? Y cuando regresaba de mis descensos, nos consolábamos entre nosotras, y nos reíamos de quién era la más desgraciada de todas. Cuando ellas se fueron y me quedé sola, me di cuenta de que la más desgraciada era yo. Y no me gustó sentirme así.

El Valhall era un lugar agradable; las valkyrias (al menos la mayoría) se llevaban muy bien entre sí y se querían mucho. Pero..., a veces, durante las noches, el consuelo de una amiga no era suficiente para calmar el ansia desbocado del corazón de una mujer que ya había encontrado el amor de su vida: un amor imposible de tener.

—¿Y por qué eras desgraciada? —preguntó agarrando el volante con fuerza.

Ella hundió la nariz en el cuello de pelo alto de la chaqueta.

—Bueno... —Tenía que empezar a demostrarle que lo quería a su lado.

—¿Por qué, Nanna?

—Porque, una vez, cuando descendía a recoger el cuerpo de un futuro líder de los einherjars..., vi, por primera vez, al hombre que debía pertenecerme. Y sabía que jamás podría tenerlo, a no ser que estuviera muerto.

Noah giró la cabeza y la miró de arriba abajo. Ella tenía los ojos húmedos por la emoción. ¿Estaba hablando de él?

—Ya sé que, después de querer que estés lejos, parece que lo que digo no tiene... ¡Noah, cuidado!

Él dio un volantazo y esquivó el cuerpo de una mujer con una cabellera larga. Llevaba un vestido de seda azul claro. Ni se apartó, esperó a que fuera el todoterreno el que saliera de la carretera y se quedara boca abajo en la cuneta.

—¡Joder! —gritó Noah—. ¡Nanna! ¡¿Estás bien?!

Ella fijó los ojos en los pies desnudos de aquella chica, que ahora se les acercaba caminando con parsimonia, casi a cámara lenta.

¿No tenía frío? ¿Qué era?

Estaban justo al lado de un lago congelado; en frente de ellos se asomaba el pico de la increíble Galdhopiggen, la montaña donde se escondía

el supuesto objeto de Noah, una especie de tótem divino.

Tras la bellísima mujer con ojos inhumanos que se inclinó para mirar si él seguía con vida, descendieron de la montaña, como si flotaran y no pisaran la nieve, una horda de mujeres. Todas vestían igual y tenían la misma complexión física. Todas llevaban una larga melena rubia.

Nanna frunció el ceño, inclinó la cabeza y se quitó el cinturón de seguridad al ver lo que se les echaba encima.

—¿Quiénes son? —preguntó Noah sin poder apartar la vista de la mujer que abría la puerta del piloto y le ofrecía la mano.

—¡No, no! ¡Noah, espera! ¡No le des la mano!

—¿Por qué no? —preguntó él, hipnotizado por la belleza de la joven de ojos azules.

—¡Es una *dodskamp*!

Nanna las conocía muy bien, pues aquellos lugares que ocultaban poderes y tesoros destinados a hombres valientes y poderosos, tal y como sucedía en el Asgard, estaban custodiados por las ninfas agonía. Eran mujeres de Nerthus, de muchísimo poder, que esperaban a la llegada del nombrado guerrero para que les demostraran con su gallardía sexual si eran dignos de ese objeto. Pero no se imaginaba que también estuvieran en la Tierra. ¿Por qué?

Si el hombre sobrevivía y complacía sexualmente a cada una de ellas durante toda una noche, al guerrero se le revelaba el objeto. Las agonía obtenían la energía y el poder de los hombres que cazaban, fueran en busca de su objeto o no. El problema era que el guerrero que tenían en su poder se perdía en un éxtasis sexual que lo volvía loco. Pero no solo eso, además podía provocar incluso su muerte.

Cuando Nanna y Electra, escondida en el bolsillo frontal del chaleco de la valkyria, intentaron salir del coche, tres *dodskamp* lo movieron como si fuera una peonza y empezaron a darles unas vueltas interminables.

Nanna sintió que el mundo se volvía del revés: tuvo la misma sensación que en uno de los viajes tormentosos de Gunny.

Quería morir.

¡Noah había salido y le había dado la mano a una ninfa agonía!

Sus ojos se volvieron rojos. Cuando el coche dejó de dar vueltas, Nanna rompió el cristal y, de un salto, se encaramó sobre el vehículo, que seguía boca abajo.

Agazapada como una fiera, clavó sus ojos rojos en las ninfas que se llevaban a Noah a la montaña.

Maldita sea. Iban a violarlo.

Y él no podría decidir si lo deseaba o no, pues los hombres cedían a los deseos de las agonía.

Nanna no lo iba a permitir. Noah no tenía que demostrarle ni a las ninfas ni a nadie su hombría. Eso solo la concernía a ella, a nadie más.

Si lo tocaban, si alguien llegaba a poseerlo, entonces ya no se interesaría por más hombres muertos del Midgard, sino que haría su propio cementerio de ninfas agonía.

Sin perder ni un segundo más, conjuró sus rayos. Sus palmas se iluminaron de electricidad y absorbieron toda la energía electromagnética de su alrededor.

Cogió aire y, con toda la rabia de su interior, gritó:

—*¡Asynjur!*

XII

Hummus se internó entre las montañas.

Después de haber escuchado durante días la voz guía de su padre, del que sí lo quiso, por fin habían llegado a su destino.

Gungnir no había acabado con su vida por poco. Sostenerla y atreverse a lanzarla en Machre Moor había sido más de lo que su cuerpo inmortal estaba preparado para soportar.

Ellos, los que se suponían que querían ser los héroes de ese mundo que pisaba, los berserkers, los vanirios y todos los demás..., les hacían la zancadilla una y otra vez.

El Ragnarök debería haber llegado ya.

Pero cada misión fallida y cada movimiento mal ejecutado les había llevado a otro tipo de victoria. Porque una vez todos muertos (y había una larga lista: Samael, Strike, Seth, Khani, Seiya, Lucius, Cameron...), después de que ninguno de ellos consiguiera sus propósitos, sería él, finalmente, quien vengara a todos los castigados injustamente.

Sería él quien se tomaría la revancha final.

Su cuerpo intentaba reponerse de las quemaduras de soportar el tótem del dios aesir, y tampoco se reponía de la puñalada que le dio el Niño Perdido entre las costillas, con un puñal *guddine*.

Había sufrido. Llegar hasta allí no había sido nada fácil.

Esas heridas ya nunca cicatrizaban, a no ser que tuvieras una cura especial para ello, y no la tenía. Debía ser su dios, solo él, quien lo sanara.

Y tenía que hacerlo, pues él había sido su siervo más leal, su aliado más competente, su mano derecha. Porque, a pesar del dolor y del suplicio, había llegado hasta aquel lugar helado y abandonado de la mano de los dioses. Y estaba ahí en su nombre.

Para ayudarlo a culminar la tarea.

El Niño Perdido, ese guerrero que tenía la energía de un semidios había muerto. Nadie sobrevivía a la puñalada de un tótem divino. Y Gungnir había atravesado su corazón. La muerte de ese berserker, el único que, al parecer, podía entorpecer su camino, había dejado su horizonte llano y sin contratiempos.

¿Quién era Noah? Nunca lo sabría. Porque Loki no podía llegar hasta él; no lo había visto jamás. Pocos días atrás, el dios Jotun había detectado una energía extraña en el Midgard. Creía que había otro semidios en el reino, otro que no era la hija de Thor, recién descubierta. Supo que era una energía masculina, y la llamó «Niño Perdido». Una energía que provenía del clan de

As Landin.

Mientras descendía a los infiernos helados, cojeando, agarrándose el estómago y sosteniéndose a la pared fría y azulada, recordó el momento en el que se conocieron.

Después de que entorpecieran su misión con la Elegida en Capel Le Ferne, misión que debía finalizar con Daanna McKenna haciendo de cuna de su semilla, Noah se entrometió. Entonces pudo captar su fuerza y su poder. Una energía latente en su interior, la misma que él tenía.

El Niño Perdido era Noah, sin lugar a dudas.

Había clavado su puñal *guddine* en el pecho de Menw, en su corazón. Como resultado, el vanirio había muerto *ipso facto*.

—¡No! ¡Menw! —gritó la hermosa princesa de los vanirios.

—Tu turno, Elegida. Ya sabes lo que quiero. Ven conmigo. Quiero engendrar a mi hijo en ti. Entrégate a mí y le devolveré la vida a Menw.

Daanna intentó sacar el puñal del pecho de Menw, pero con eso lo mataba más.

—Si sigue haciendo eso, más vida le arrebatas —le explicó—. Solo yo puedo sacarle el puñal.

—¡Entonces, quítaselo! —le rogó la vaniria.

—Si eso es lo que quieres, quítate las bragas y haz lo que te pido —ordenó Hummus.

—¿Y por qué no me la chupas?

Aquella irrupción lo dejó desorientado: fue la primera vez que él y Noah Thöryn se encontraron cara a cara.

—Hola, Niño Perdido.

Daanna desapareció con el sanador entre los brazos y él se quedó a solas con Noah.

—¿Qué tal estás, traidor? —repuso Noah pensando que era un berserker, como él, pero que se había ido al lado oscuro. Qué equivocado estaba.

—¿Traidor? No tienes ni idea. El traidor más grande que existe está entre vosotros y se llama As —le escupió—. Sí. ¿No lo sabías? Sabe cosas sobre ti, Noah. ¿No le has preguntado? ¿No te lo ha contado?

Y entonces As Landin apareció tras ellos, transformado en berserker, dispuesto a luchar. Aquello le fastidió la revelación.

Los túneles de hielo eran espeluznantes, pensó Hummus mientras avanzaba y seguía pensando en el guerrero semidios que él había matado.

Loki le dijo en sueños, ya que era así como se mantenían en contacto, que solo As Landin sabía quién era ese hombre. Si ese guerrero tenía energía divina, solo As, el chupaculos de Odín, adivinaría de dónde venía, ya que nada

se escapada a los ojos de aquel guerrero.

Noah Thöryn jamás sabría quién había sido, si era o no era importante para el Ragnarök. Aunque estaba claro que lo era, ya que Loki deseaba su muerte tanto como él.

Justo allí donde el hielo era más grueso, justo en esa sala intraterrena que asemejaba a un cristal opaco, su dios le esperaba. Requería de él un último sacrificio. Una última muestra de lealtad. La última muestra que le daría la entrada a su reino.

Aquel colosal muro no le dejaba avanzar.

Y lo supo. Supo que había llegado. Que estaba ante su rey.

Se dejó caer de rodillas, colocó sus quemadas manos sobre la pared de hielo de metros y metros de grosor. Se retiró el pelo de la cara.

Con sus ojos plateados intentó vislumbrar lo que había al otro lado de aquella ventana helada. Allí dentro solo pudo ver un punto negro. Nada más.

Pegó su frente al macizo frío y recitó:

—El abedul tiene ramas de verdes hojas. Loki trae el tiempo del engaño. Aquí estoy, padre. Hice todo lo que me pediste y, sin poder, he llegado hasta ti. Tu voz me ha guiado. De las entrañas de la Tierra salen tus hijos para vengar tu nombre, para demostrar que siempre tuviste razón, que ellos jamás podían ser superiores a nosotros. Ha llegado el momento de que reclames tu trono. Y yo a tu lado, padre. Yo a tu lado.

Hummus se dejó caer, exhausto, sobre la superficie de aquella cueva glaciaria, tan perdida en el interior de la Tierra que era imposible de hallar.

Pero los hijos, al final, regresan a los padres, de un modo o de otro.

De repente, antes de caer dormido, un escozor punzante atravesó la parte baja de su espalda, allí donde tenía su puñal *guddine*.

Extrañado, lo sacó de su funda y se asombró al ver que la hoja metálica de su arma estaba encendida, brillaba con un color rojo. Ardía de rabia.

«Él sigue vivo», dijo la voz de su padre en su cabeza.

Hummus miró por encima del hombro, al interior de la pared de hielo, y volvió a echar un vistazo a la hoja.

—¿Noah?

«Sí».

—No..., no puede ser. Le atravesé el corazón con la lanza *Gungnir*. Nadie puede sobrevivir a eso. Nadie.

El silencio reverberó en la sala con la aplastante severidad de un grito.

«Eso es imposible».

—Lo juro, padre. Él murió. Lo vi con mis propios ojos.

«Si es eso cierto, entonces... ya sé quién es él. Pero, para acabar con el guerrero, debo salir de aquí. Mi espíritu ha de escapar de esta cárcel. Y por eso

exijo tu último sacrificio, aquí y ahora».

—Sí, padre. Lo encontraré y lo mataré.

«No, Hummus. Lo que quiero que hagas es que rompas este hechizo que me retiene aquí».

—¿Cómo? —preguntó, asustado.

«Yo no podré salir de aquí hasta que la cárcel esté completamente destruida, pero te necesito. Necesito tu cuerpo, Hummus. ¿Lo harás por mí, tu padre?».

Él tragó saliva y se quedó de rodillas ante el hielo.

—Claro.

«Toma tu puñal *guddine* y clávatelo en el corazón».

Hummus parpadeó, hipnotizado por las palabras del dios de la mentira.

—¿Quieres que muera?

«Claro, hijo. Pero yo cuidaré de ti».

Hummus cogió el puñal por el mango con las dos manos, lo alzó y se entregó como si fuera un sacrificio.

—Lo haré por ti. Ha llegado nuestro momento.

Alzó el puñal y lo clavó en su corazón. Cayó fulminado sobre el gélido frío.

XIII

Noah ni siquiera sabía dónde se encontraba. Para él lo único cierto era que vivía para y por el placer de las manos, las bocas y las ansias de esas mujeres.

¿Cómo las había llamado Nanna? Ah, sí..., *dodskamp*.

—Chis, príncipe sin trono... —murmuró una de ellas mordiéndole los labios y sentándose a horcajadas sobre él—. Aquí no hay ninguna Nanna. Solo existo yo.

—Y yo —dijo otra pegando sus pechos a su espalda y mordiéndole el oído.

Esas mujeres lo estaban volviendo loco.

Sus besos eran ansiosos. Querían que las poseyera a todas, una a una.

Noah empujó a la que tenía encima y se colocó sobre ella, en el suelo de roca del interior de aquella montaña en la que estaba. Le abrió las piernas y juntó sus pelvis contra su sexo.

—Vaya, vaya... Aquí tenemos el instrumento de un dios, ¿eh? —dijo la rubia, disfrutando del contacto del berserker.

—Yo también lo quiero. —Una tercera le levantó la barbilla y lo besó en los labios, metiéndole la lengua y jugando con la suya.

Noah no sabía lo que le pasaba. Pero, fuera lo que fuera, solo pensaba en sexo. Sexo con cada una de las diez mujeres que había allí.

¿Y por qué estaba allí? ¡Ah, sí! ¡Su objeto!

—¿Quieres tu tótem, rubio de las nieves? —le dijo la que lo estaba besando—. Pues... tendrás que follarme para que te lo dé.

Los ojos de Noah se pusieron rojos, llenos de deseo y pasión por esas mujeres.

Y no supo cómo parar.

Nada podría detenerlo.

Las poseería a todas. Una detrás de otra.

Porque solo había una cosa que le gustara más que pelear contra los malos: el sexo.

Nanna se agarró a una de sus lianas, la que la dejaría justo encima de la cima de esa espectacular montaña nevada.

Electra la animaba a seguirla. Ella sabía dónde estaba el tesoro enterrado. Casi seguro que era el mismo lugar al que esas arpías habían llevado a Noah.

Las vistas desde la cima que estaban a punto de conquistar eran las más bellas del Midgard, no había duda. A sus pies, valles, lagos y un horizonte de

leyenda le hacían pensar sobre lo triste que sería que ese mundo desapareciera. Una vergel apto para la vida y para el amor no podía ser destruido de aquel modo.

Y ella ayudaría a que no fuera así. Al menos, lo intentaría. Pero para eso debía sacar a su berserker del agujero de lujuria en el que lo tenían secuestrado.

Nanna rectificó su posición en el aire, se puso recta como un palo y entró directa al mundo intraterreno de las Agonías.

En el Asgard también vivían en lugares ocultos en las montañas. Obviamente, sitios en los que los tesoros más importantes permanecían a la espera de sus descubridores.

Afuera hacía frío. Entonces cayó por el hueco de esa montaña y descubrió que dentro se estaba peor, debido a la fuerte humedad de aquel lugar.

Sin embargo, lo que al principio era un hueco solo apto para dos cuerpos humanos, se fue ensanchando hasta convertirse en el techo de una espectacular catedral creada por la naturaleza. Era una cueva con estalactitas en los techos que dibujaban formas de fantasía y que señalaban al suelo, como amenazando a cualquiera que osara pisar un lugar sagrado como aquel.

En la pared de roca había una historia grabada en futhark, que Nanna no estaba dispuesta a leer, pues sus ojos acababan de divisar a Noah, sentado en un trono de piedra, con tres mujeres tocándole por todos lados. ¡Y él se dejaba!

—¡Zorras! —gruñó.

Sus ojos marrones se tornaron dos rubíes cuando Noah se levantó del trono y tiró a una de las agonías al suelo. Le abrió las piernas y se colocó entre ellas. Una segunda lo besó en la boca.

Nanna gritó con todas sus fuerzas. Le dolía el corazón. La rabia por sentir que la estaba traicionando y que aquellas criaturas estaban tocando lo que era suyo le provocó un fuerte dolor en la espalda, pero eso no impidió que electrocutara a dos de las agonías que querían, literalmente, beneficiarse a su berserker.

Cuando estaba a menos de tres metros de alcanzar a Noah y llevárselo de allí, la agonía de pelo largo, liso y rubio se levantó, todavía chamuscada por el ataque de la valkyria y lanzó a Nanna contra la pared de la cueva. La inmovilizó con solo una mirada de sus ojos azules.

—¿Cómo osas atacarnos? —le preguntó caminando hacia ella como una modelo que avanzara por una pasarela.

—¿Cómo te atreves a tocarlo, pedazo de...?

La agonía le dio un bofetón. A Nanna le explotaron los colmillos de

valkyria en la boca. Estaba dispuesta a arrancarle la cabeza a esa Barbie *new age*.

—¡Vuelve a tocarme y te...!

Otra bofetada más.

Nanna abrió la palma de la mano, sujeta por una fuerza invisible contra la roca fría de aquella catedral, y lanzó un rayo a la agonía. Esta lo esquivó y sonrió.

—Eres una valkyria de Freyja.

—No, soy electricista y vengo a fundirte los plomos, puta. ¡¿Tú qué crees?! —La miró como si fuera tonta.

—Entiendo... ¿Este hombre es tuyo?

—Sí. Dejadlo. Su misión es importante.

—¿Cómo de importante? —preguntó la agonía cruzándose de brazos y mirando a Noah—. No será tan importante como para no poder echar unos cuantos polvos antes de cumplir su objetivo, ¿no crees?

Noah le estaba lamiendo el cuello de una agonía. Sus ojos se habían vuelto completamente rojos, casi como los de ella. Pero los de Nanna estaban así por la ira y la furia; los de él, en cambio, reflejaban deseo y lujuria.

—¡Noah! —gritó con lágrimas en los ojos.

—¿Tú eres de él? No estás marcada. —La olió—. No te ha mordido. Eso quiere decir que está libre. Podemos hacer con él lo que queramos sin romper ningún corazón.

Nanna parpadeó y fijó la vista en esa mujer. La mataría. ¿No romperían ningún corazón? ¡Romperían el suyo! Noah era su guerrero esperado. ¡Le había arrebatado la virginidad!

Tal vez no estaban vinculados como debían hacerlo los berserkers, ni tenía las alas de los einherjars, pero... ¿quería decir eso que no se habían aceptado?

—Espera a ver si aguanta una noche con nosotras y después te lo devolveremos.

—¡No! ¡Ni hablar! ¡Él no necesita pasar por eso! ¡Es un semidios!

La agonía abrió los brazos y soltó:

—Obvio. Lo percibimos, hija de Freyja. Por eso queremos su poder. Somos dodskamps. Necesitamos su energía vital para obtener dones. Nerthus nos ha convocado a todas. Los grupos de dodskamps de alrededor del Midgard están replegándose con presas tan deliciosas como estas. Bueno —se relamió los labios—, no tan deliciosas. La guerra ha empezado, valkyria, y nuestra diosa quiere a todo su ejército preparado. No nos culpes por querer estar a punto.

—Pero él... ¡Él es mío!

—¿De veras? ¿Quieres que se lo preguntemos?

Nanna miró a Noah con desesperación. Aquello la flagelaba, le dolía mucho más que la ira de Freyja.

—Veamos, Noah —la agonía caminó hasta él, deslizándose sobre el suelo como si patinara sobre hielo—, ¿pertenece a alguna mujer?

Noah estaba concentrado en subirle el vestido a la agonía que tenía de pie ante él. Estaba de rodillas.

El berserker miró a la agonía con ojos pesados y medio dormidos.

—¿Cómo dices?

—¡Noah, maldita sea, mírame!

Noah escuchó la voz de Nanna y movió la cabeza, dispuesto a buscarla, pero la agonía lo detuvo por la barbilla y le obligó a mirarla a los ojos.

—Ah, ah... No, guerrero. Mírame a mí —le pidió—. ¿Hay alguna mujer que ocupe tu corazón?

Noah inclinó la cabeza a un lado, amarró el pulgar de la agonía y lo succionó, negando con la cabeza. Si había alguna, acababa de borrarle de la mente bajo el influjo de la ninfa.

—No, preciosa.

Ella se dio la vuelta y sonrió a Nanna, por cuyas mejillas rodaban las lágrimas.

—¿Lo ves? Ahora, valkyria, mira cómo nos hace el amor.

Levantó al berserker por la cara y lo guio de nuevo al trono. Hizo que se sentara y ella se le puso encima, con las piernas abiertas y los muslos reposando en los antebrazos del semidios.

Noah gruñó y hundió el rostro en el cuello de la ninfa.

—¡No! —El cuerpo de Nanna se llenó de electricidad y empezó a echar rayos por todas partes, pero esas mujeres los esquivaban como por arte de magia. Si fueran valkyrias, serían excelentes guerreras.

Entonces un trueno reverberó en las paredes de la cueva.

Y, de repente, una mujer llena de luz descendió del agujero como si fuera una virgen envuelta en un manto rojo. Pero el manto no era tal, sino que era su larguísimo cabello, que cubría medio cuerpo y se unía al color de la túnica.

Las agonías miraron hacia arriba. Las diez dejaron de tocar a Noah y se postraron en el suelo, arrodilladas con la cabeza agachada, en señal de reverencia.

Era Nerthus.

A Nanna las lágrimas no le dejaron ver bien. Sorbía por la nariz como una cría.

—Soy vuestra diosa, *dodskamps*. Alejaos de este hombre —ordenó en

cuanto tocó con los pies en el suelo. Se dirigió hasta Nanna, pero no la apartó de la pared.

—Pero, diosa madre —dijo la líder de las agonías—, nos dijiste que podíamos obtener nuestra energía para la guerra de hombres no vinculados. Y este ejemplar no lo está. Además tiene mucho poder para nosotras.

Nerthus arqueó las cejas rojizas y la miró con compasión.

—Y, querida, ¿no te extraña que haya un semidios justo en Galdhoppigen, donde se encuentra un tesoro divino?

Ella frunció las cejas e hizo un mohín con los labios.

—¿Extrañarme? ¿Por qué? Tú misma nos lo dijiste. Los portales se están abriendo y los seres mágicos se reagrupan, unos hacia un bando y otros hacia otros. Tú estás libre. ¿Por qué iba a importarme ver a un semidios aquí?

—Porque este, como puedes comprobar, Agrimonia, no es un semidios cualquiera... —le recriminó con los dientes apretados—, y ella no es una valkyria cualquiera. —Señaló a Nanna. A continuación, agarró el cuello peludo de su chaleco para abrirlo de un tirón y mostrar su collar de perlas.

Electra salió de su escondrijo y revoloteó alrededor de Nerthus.

Las agonías, de repente, se acuclillaron ante Nanna. Le mostraron su miedo y su respeto.

Nanna las miró, asombrada. ¿Por qué reaccionaban así?

—¿Es *Brisingamen*! —decían entre susurros.

—Este es el collar de mi hija Freyja. ¿Sabéis lo que quiere decir?

—Sí, diosa.

—¿Qué? ¿Qué quiere decir? —preguntó Nanna.

Nerthus le cogió la mano. La bajó de la pared y le devolvió toda su movilidad.

—Que cualquier ser mágico del Midgard que esté de parte de la magia vanir o aesir jamás puede hacer nada contra ti. Y que pertenece a una futura reina.

—¿Cómo dices? —dijo jugando con las perlas del collar—. Este no es *Brisingamen*. *Brisingamen* es el collar que da de luz. Es resplandeciente. Este es solo un collar de perlas.

Nerthus negó con la cabeza.

—¿Sabes lo que tuvo que hacer mi hija para conseguirlo? ¿Sabes por qué lo hizo?

—Conozco muy bien las historias de mi diosa. Se acostó con cuatro enanos brisingos, cuatro herreros.

—Exacto, y solo tú sabrás por qué lo hizo cuando llegue el momento. Por ahora te protege de la oscuridad y hace que los seres mágicos, como mis agonías...

—¿Como tus putas, has dicho? —la interrumpió Nanna con la vista fija en el trono en el que yacía Noah, que no perdía de vista los traseros de las secuaces de Nerthus.

—Son ninfas del sexo.

—No son ninfas, son ninfómanas.

Nerthus se encogió de hombros y sonrió.

—Habrás comprobado que la energía sexual entre un berserker y una valkyria abre puertas, ¿verdad? —le dijo recordando el episodio de la cueva—. Sois creaciones de los dioses más poderosos del Asgard, de Freyja y de Odín. Si se absorbe, otorga mucho poder. No las culpes por desear el poder de Noah para ellas.

—No las culpo —mintió—. Solo quiero que le den su tesoro a Noah y que nos vayamos de aquí.

La diosa acarició el cuello del chaleco de Nanna.

—Ah, querida... ¿Oigo tu corazón latir por ese hombre? ¿Ya reconoces quién es? No le culpes.

Ella lo miró sin comprender.

—Ningún hombre no vinculado puede soportar los cánticos de mis *dodskamps*.

—¡Noah tiene un *kompromiss* conmigo! —gritó ella, herida.

—¿Seguro? No he visto ni un solo mordisco en ese cuello blanco y largo que tienes, preciosa. No hueles a él. Y él no huele a ti. No hay intercambio de *chi*. Y es obvio que él no tiene alas... ¿Qué tipo de *kompromiss* habéis consumado?

A Nanna le entraron ganas de llorar.

¡Habían consumado uno que por poco la rompe en dos!

—El tesoro —repitió, mirando a Nerthus sin una pizca de respeto. Solo deseaba irse de allí—. Lo queremos.

La diosa se apartó ligeramente para dejar pasar a Nanna, que estaba decidida a sacar a Noah de aquella cueva de brujas.

Las agonías, en especial Agrimonia, la miró temerosa de recibir un castigo. Y Nanna a punto estuvo de pisarle la cabeza, pero, milagrosamente, se controló. Tampoco era plan de matar a parte de un ejército de Nerthus. Además, la diosa no se lo hubiera permitido.

—Vámonos de aquí, hijas mías —dijo Nerthus atrayendo a sus agonías—. Dejémosles solos, pues los tesoros —sonrió secretamente— son solo de aquellos que los encuentran.

—Diosa. —Nanna la miró antes de que se evadiera.

—¿Sí, valkyria?

—¿Cuánto tiempo se supone que dura el deseo de una agonía en el

cuerpo de un hombre?

La madre de Freyja se cubrió con la capucha de su túnica roja y le guiñó un ojo.

—Todo lo que tú estés dispuesta a soportar, Nanna. Todo lo que tú estés dispuesta a soportar. Solo se lo podrás sacar tú..., y deberás hacerlo... o... enloquecerá.

Dicho esto, Nerthus desapareció junto con sus ninfas. La valkyria y el berserker se quedaron solos, con un serio conflicto entre ellos.

—Electra —dijo Nanna—. Marca el lugar del tesoro. Quiero salir de aquí ya —dijo sin inflexiones en la voz, secándose las lágrimas con el antebrazo. Se colocó frente a Noah, apretando los dientes para contener su furia. Ese hombre... había manoseado a las agonías como si fueran plastelina.

Noah alargó las manos hasta la cintura de Nanna y la colocó entre sus piernas abiertas.

—Ven aquí, trencitas —le susurró borracho de lujuria.

Ella le abofeteó las manos e hizo un puchero.

—Electra, date prisa.

No había recordado quién era ella. Mientras estaba en la pared, mirando cómo besaba a otras, observando cómo ellas querían poseerlo, Noah la había mirado como si no valiese nada, como si se tratase de un mosquito clavado en la pared.

El hada guía se dirigió hasta el trono en el que Noah seguía abierto de piernas, sonriendo a Nanna, imaginándose todo lo que estaba dispuesto a hacer con ella.

Pero la valkyria no estaba por la labor y él empezaba a cabrearse porque era lo de siempre. Él la deseaba y Nanna huía.

—Nanna.

—¿Sí?

—Eres una calientapollas.

—¿Qué has dicho? —susurró con los labios apretados.

—Lo que oyes. Una calientapollas. Te encanta provocarme, te gusta que te persiga y adoras jugar a la caza. Pero, a la hora de la verdad, no te abres de piernas a no ser que te inmovilicen.

Nanna enrojeció de cólera. Sus orejas se pusieron en tensión.

¡Zas! Le dio una bofetada que sonó en toda la catedral intraterrena.

—¿En serio? —dijo ella apunto de aplastarle ese rostro precioso y tatuado con la suela de sus descansos—. Voy a hacer como que no me hubieras dicho nada, porque no te gustaría saber lo que pienso de ti ahora mismo, *ligoló*. Levántate, coge lo que tengas que coger y larguémonos de aquí.

—No quiero. —Se pasó la lengua por el colmillo—. Siéntate encima de mí... o enséñame las tetas. Por tu culpa estoy a medias, más duro que este trono.

Nanna pensó seriamente en meterle un rayo por el culo, pero después se lo pensó mejor: no sería una buena idea.

—Tienes tu tesoro debajo del trasero —le indicó finalmente, intentando ignorar sus impulsos asesinos—. Justo en el mismo sitio donde tienes tu cerebro.

Noah resopló y se levantó bajo los efectos de los besos de las agonías.

—Es gigoló —espetó, ignorando las ganas que tenía de montarla como un animal. ¿Por qué estaba tan cachondo?

—No. Es *ligoló* —contestó dándole un empujón, rabiosa y ofuscada por las imágenes que se habían quedado grabadas en su retina—. ¡Don Ligolobas! ¡Ligolocas! ¡El señor ligoloquequero!

Electra saltaba sobre el trono, esperando a que Noah encontrara su objeto, ajena a la discusión de la pareja.

—¡Tal vez, esas agonías no me pondrían tan cachondo si no tuviera los huevos cargados por ti! —Los gritos reverberaban en la roca y caían en el precipicio del abismo que tenía tras de sí la poltrona de piedra—. ¡Los mismos, Trencitas, que no me dejas descargar!

Noah, irritado e impotente, le dio tal patada al sillón y que lo desmontó. Bajo su base descubrió un pequeño rótulo de piedra más oscura, con una inscripción.

Los gritos cesaron de golpe y ambos fijaron su atención en aquello que había a sus pies.

—«¿Qué cosa es aquello que cuanto más se mira menos se ve?» —leyó Nanna en voz alta.

Noah se acuclilló en el suelo y pasó los dedos por las letras rúnicas. La piedra se deshizo. Entonces, como por arte de magia, emergió un objeto circular, metálico y dorado con la runa *Daeg* en el centro.

—Ahí lo tienes, Noah —susurró Nanna—: tu objeto.

Daeg simbolizaba el amanecer. Era una runa de luz cuya fuerza interior provocaba milagros. Significaba la fe por encima de todo lo demás. *Daeg* era aquello a lo que uno se sujetaba para no caer en la oscuridad. Era la runa de la iluminación y solo se otorgaba a aquellos que con sus palabras ofrecían sanación, paz, calma y claridad. Únicamente la verdad podía convocar la *Daeg*. Nunca mentía. Era todo lo opuesto a lo que representaba Loki. El que la poseía brillaría eternamente por su luz.

Electra sonrió, orgullosa de haber hecho su trabajo: se posó sobre el objeto y alzó la mano en señal de despedida.

—¿Se va? —preguntó Noah.

Nanna hizo una reverencia al hada y le devolvió la sonrisa en agradecimiento.

—Sí, ya se va. Dice que ha acabado su labor contigo. Es momento de irse e hibernar con los dioses, hasta que deba guiar a su segundo buscador.

Noah miró a Electra y le hizo la misma reverencia.

—*Mange takk for hjelpen*, Electra. [Muchas gracias por tu ayuda, Electra].

La diminuta mujer alada, se alzó hasta alcanzar la cara de Noah, que lo miraba pasmado. Se agachó y le dio un besito en la punta de la nariz.

Y entonces, en ese momento, el hada miró hacia la salida de la cueva, se iluminó y se desvaneció en una nube de polvo dorado.

Nanna se sintió sola inmediatamente. Electra era una miniatura, una mujer llavero, pero era una mujer y se sentía apoyada.

Sin embargo, no había tiempo para lamentaciones. Debían analizar aquel extraño artefacto.

Lo raro era que aquel objeto circular con la runa en medio era algo que Noah recordaba haber visto en otro lugar. Y no sabía dónde.

—Es una llave —le explicó Nanna.

—¿Una llave?

—Sí. Es un llave que abre... algo.

Noah, drogado y caliente como nunca, la miró de arriba abajo.

—¿Tus piernas?

—En serio, Noah... No estoy de humor. No me digas esas cosas cuando te han calentado los motores las angustias de Nerthus.

—Agonías. Y piénsalo, valkyria. Esto —señaló el objeto— tiene forma de ficha. La misma que puede caber en la rajita esa tan bonita que tienes.

—Estás siendo desagradable, puto. —Lo señaló con un dedo—. ¡Ni siquiera me recordabas! ¿Cómo me puedes decir estas cosas ahora?!

Él se encogió de hombros y alzó los dedos para acariciarle el rostro, pero ella lo abofeteó de nuevo.

—Que no me toques. Yo ya he visto esto —dijo Nanna, que inclinó la cabeza hacia un lado, estudiando la pieza metálica que refulgía y que tanto le llamaba la atención. A las valkyrias le encantaban las cosas brillantes. Pero eso era parecido al oro—. Sin embargo, ahora... no recuerdo dónde.

—Bueno. Yo también —asintió Noah, ignorando el rechazo de Nanna. Tomó la pieza entre sus dedos—. Es muy liso...

—¿A ver?

Noah se lo pasó, para que ella también lo inspeccionara, pero cuando las puntas de sus dedos se tocaron, el objeto se iluminó y los cegó. Al instante

ambos cayeron al suelo, inconscientes.

Viajaban. Viajaban a una velocidad increíble.

Sobrevolaban Noruega y los fiordos. Seguían en el Jotunheim.

Después atravesaban unas columnas de hielo, que parecían gigantes.

Enormes gigantes de hielo, como Jotuns.

Y más tarde se encontraban en un tubo de luz de cristal y llegaban a un lago intraterreno tan congelado como todo lo que había en esa tierra.

Noah escuchó la voz de un hombre, las mismas palabras que nunca lograba entender.

Hasta que todo resplandeció.

Y dejó de ver.

Cuando Nanna abrió los ojos supo que el berserker había visto exactamente lo mismo que ella. Lo sentía.

Los icebergs, los lagos helados, el mundo subterráneo... Todo.

¿Y para qué?

¿Para qué veían lo mismo?

¿Por qué?

—¿Has estado donde yo? —preguntó Noah frotándose la frente y el lado de la cara, recobrando la consciencia.

—¿La cueva de hielo subterránea?

—Sí.

—Sí, la he visto. —Se levantó y se limpió los pantalones.

Noah la observaba desde abajo, todavía confundido, tirado en el suelo como un gigante de las nieves resacoso por una noche loca.

—Es allí donde tenemos que ir —dijo él, seguro de sus palabras—. La visión ha sido muy clara. Y tienes que venir conmigo.

Nanna lo miró y volvió a sorprenderse al contemplar su rostro.

—Dioses, Noah...

—¿Qué pasa?

—Tu rostro.

—¿Qué?

—Tu rostro. —Agitó el dedo índice señalándolo—. Está... Te lo han vuelto a tatuar.

—No jodas —murmuró agotado—. ¿Qué dice?

—Dice —Nanna se inclinó a leerlo—: «Soy hijo de Manos Ollas. El dios de los ninfómanos gilipollas».

XIV

Los ojos de Noah la miraron como si fueran bipolares. Cambiaban del amarillo al rojo, sin saber cuál era su estado natural.

—¿Bromeas, verdad?

Nanna puso los ojos en blanco.

—Claro que sí, American Psycho.

—Entonces... —Se llevó los dedos a su mejilla, que le picaba de nuevo—. ¿Qué es lo que pone?

—«Soy aquello que cuanto más se mira menos se ve». Eso es lo que hay escrito, justo debajo de tu otra frase. Eres una adivinanza con patas, rubio.

—No puede ser...

—Ya lo creo que sí.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué tanta intriga? —se preguntó, agotado—. ¿Por qué no me pueden decir quién soy? Estoy harto de los secretos. Estoy cansado de sentirme diferente a los demás.

Nanna lo miró ladinamente, compadeciéndose de él. Pero no lo interrumpió.

—Quiero a todos mis amigos. Mato por mi clan y mi gente. Pero... ¿por qué me encuentro perdido y solo?

Nanna sintió que se le rompía el corazón al escucharle. La sinceridad de Noah le llegaba al alma.

—Cuando te vi por primera vez, pensé que la soledad se esfumaría. Me dije: «Eh, mira, Noah, ella será tu compañera eterna algún día». Y ahora no solo mi compañera siente asco hacia mí, sino yo mismo desprecio mi propia existencia, porque siento que no tiene ningún sentido.

La valkyria se acongojó y optó por arrodillarse a su lado y abrazarlo, porque era justo lo que deseaba hacer. Pero en vez de eso intentó calmarse y hablar con él.

—Si yo tuviera preparado un movimiento muy bueno en una partida de ajedrez, me la reservaría hasta el final. No lo revelaría demasiado pronto, porque, si no, todos estarían en sobre aviso. Creo, Noah —le ofreció la mano para ayudarlo a levantarse—, que eso es exactamente lo que están haciendo contigo.

Él se quedó cabizbajo, sin ver la mano que Nanna le ofrecía. Apoyó un codo sobre una rodilla y fijó la vista en el abismo, perdido en sus pensamientos.

Le ardían los ojos, las manos le picaban, le escocían las encías y, además, sentía un dolor constante en la ingle. Necesitaba desabrocharse el

pantalón; no podía caminar con aquella erección.

Nanna, en cambio, parecía preocupada por él. Estaba contrariado y perdido. No soportaba verlo así. Le gustaba el Noah provocador, el que la deseaba y que no podía evitar tocarla. Le encantaba el guerrero decidido que ansiaba implantar justicia y que nunca se detenía en su camino.

Aquel berserker, en cambio, parecía que no podía continuar. Como si estuviera cansado de su propia historia. Odió verlo de ese modo.

Pensó que, en parte, también estaba así por su rechazo, así que decidió que era el momento de calmar la furia y apaciguar las aguas turbulentas entre ellos.

Se acuclilló a su lado y colocó una mano en su nuca, acariciándolo y calmándolo como a un lobo enorme que estuviera ansioso.

—Escucha, Noah —la valkyria le masajeó el cuello con los dedos de su mano—, a veces no creo tan importante saber de dónde venimos. Lo esencial es saber quiénes somos en realidad. ¿Qué crees que cambiará? Seguirás siendo el mismo cuando descubras quiénes son tus padres. O, de repente, ¿te convertirás en otra persona diferente? ¿Dejarás de querer a aquellos que son tu familia? No podrás. —Negó con la cabeza, acariciando sus hombros—. No podrías aunque quisieras. Así que haz este viaje pensando en que tu descubrimiento no debería cambiar nada. Nerthus dijo que sabía quiénes eran mis padres. No voy a negar que he estado pensando en ello desde entonces. Pero eso no me va a impedir disfrutar de esta aventura... contigo. Aunque te odie con locura por algunas cosas que me has hecho. Aunque no soporte recordar lo que has hecho con esas ninfómanas de Nerthus... —dijo con algo de miedo en la voz.

Noah seguía mirando el oscuro abismo.

El pelo rubio blanquecino le cubría las facciones y ocultaba sus ojos. Su rostro, marcado por las adivinanzas rúnicas, se adivinaba moreno bajo la mata de pelo.

Nanna le retiró el cabello de la cara y se lo echó hacia atrás para verle los ojos.

Estaban humedecidos, completamente rojos. El guerrero apretaba los dientes con tal fuerza. La mandíbula prieta y endurecida.

—Eh, berserker —le dijo ella con dulzura—, debemos continuar. —Con la punta de los dedos acarició los mensajes de su cara. Le encantaban.

—Vete, Nanna.

—¿Cómo? —Se le congelaron las alas del frío que sintió en su voz—. ¡No!

—Vete, por tu bien. Aquí ya no haces nada. Si no quieres que te haga daño de nuevo, tendrás que largarte ahora.

¿Que allí no hacía nada? ¿Estaba loco?! Habían asistido a la visión de la *Daeg* juntos. El viaje también era para ella. Y no solo eso: quería estar con él, quería que hicieran las paces, quería que la tocara y la deseara como antes.

No quería nada a medias. Ya no le tenía miedo, así que no se iba a ir de ahí.

—¡Eh! —Nanna lo cogió del chaleco y lo zarandeó poniéndose de rodillas—. ¿Por qué crees que me ha hecho daño verte con las agonías?! ¿Eh?! ¡No me voy a ir!

—Nanna, te doy veinte segundos para que salgas volando de aquí o no respondo.

—¡No me pienso ir! ¡No me puedes echar! ¡Soy tu valkyria! ¡Eres mi pareja!

—¿De verdad? Nanna... —rogó él, con los ojos completamente rojos y claros. Los colmillos blancos le asomaban bajo su labio superior—. Diez segundos, valkyria...

—¿Qué me harás si no me voy? ¡No me das ningún miedo! ¡Me quedo y se acabó! —Lo miró a la cara, valiente.

Él la cogió del cuello, enrollándose todo el collar de perlas de Freyja en un puño.

—¿Tienes idea de lo que haces?

—Por supuesto.

Él se levantó como un resorte y corriendo con ella en volandas la empujó contra la pared de la cueva.

Los rayos de la claridad del día atravesaban el orificio intraterreno y alumbraban aquella gruta oculta en las entrañas de Galdhopiggen.

Nanna ni siquiera pestañeó. No se asustó al verlo así. Ya nada le daba miedo. No podía experimentar nada más doloroso que la ira de Freyja. A su lado, cualquier cosa era menor.

Se dio cuenta de que ahora tenía una enorme resistencia al dolor. Era una valkyria de pies a cabeza. Como sus hermanas.

Pero Noah jamás le haría daño. No entendía a qué venía tanta agresividad, tanto descontrol. Él sería incapaz de hierirla físicamente.

—Cinco segundos. —Pegó su nariz a su mejilla e inhaló profundamente.

—¿O qué, Noah? No me vas a pegar. Vete con la cantinela a otra...

—¿Pegarte? No, Nanna. —Sus labios dibujaron una sonrisa lobuna y depredadora—. Te follaré hasta dejarte sin sentido y me dará igual lo que me digas.

Ella abrió la boca, perdida en aquella declaración de intenciones tan pecaminosas y perversas, tan rotundamente honestas.

Nerthus le había dicho que el deseo de las agonías no se iría hasta que ella se lo quitara. Los ojos le hicieron chiribitas. Quería entregarse totalmente.

Era su momento.

El momento que había deseado mientras veía cómo otras disfrutaban de eso a través de la Ethernet.

Tragó saliva, más dispuesta y preparada que nunca.

Cubrió su rostro con sus manos y la obligó a mirarla.

—Pues fóllame, guerrero. *Jeg er yours, min ulv*. [Soy tuya, mi lobo].

Las pupilas del berserker se dilataron.

El rojo carmesí se tornó casi naranja. Se pasó la lengua por los labios y parpadeó solo una vez, de un modo rápido y audaz, como lo haría un animal. Apoyó sus manos tras la pared, desigual y grisácea, llena de minerales, en la que se apoyaba la valkyria. La arrinconó con todo su cuerpo.

—Quiero que me lo demuestres —gruñó.

—¿Cómo?

—Que me demuestres que te gusto.

Ella alzó las cejas marrones.

—Me he quedado para que me hagas lo que quieras. No me voy a oponer.

—¡No! —gritó dando un golpe en la pared con el puño—. Las agonías me están matando... Quiero que me..., que me toques.

Nanna intentó tirar de imágenes de archivo, pues nunca había tocado a un guerrero vivo como aquel. Pero ardía en deseos de hacerlo. Tenía material visual de la Ethernet grabado en el cerebro.

De acuerdo. Lo haría.

—Espero que en esa cabeza retorcida que tienes no hagas comparaciones con esas Barbies que te han manoseado, porque esta es la primera vez que...

La lengua de Noah entró en su boca, y ya no pudo hablar más.

Lo que sucedió a continuación fue digno de estudio, porque la saliva de ese berserker, el beso del lobo, la volvió loca y le quitó todas las inhibiciones.

Calentó su sangre, giró su cabeza y estimuló su piel.

Nanna se puso de puntillas, abrió la boca y empujó la lengua de Noah con la suya.

Él ronroneó y ella tomó ese gesto como una aprobación, así que siguió besándolo con todas sus ganas y su inexperiencia.

Noah mordió sus labios suavemente, para después besarlos y calmarlos. Ella se agarró a sus hombros, se puso de puntillas, sosteniéndose en él mientras el beso se hacía más y más profundo.

—No es suficiente —dijo él cogiendo aire y hablando contra su boca.

—¿Qué?

—Que no tengo ni para empezar. Te necesito entera. Desnúdate para mí. Ahora.

Las orejas puntiagudas de Nanna se envararon, pero no así ella, que estaba dispuesta a todo para reclamar a ese hombre de las nieves.

Lo besó de nuevo. Mientras se comían y se succionaban el uno al otro, Nanna no perdió el tiempo y empezó a quitarse la ropa.

Primero el chaleco. Después los cobertores. Se quitó sus descansos por los talones y los apartó de una patada.

—Qué pequeña eres —murmuró Noah.

—Tal vez tú seas demasiado alto...

—Ya lo veremos cuando estés de rodillas.

Ella no le hizo caso y siguió desnudándose. Los pantalones fuera, el jersey polar también. Se quedó solo con unas braguitas que Noah le había comprado en la tienda de deportes.

Desnuda de cintura para arriba.

Él la miró de arriba abajo. Acercó con el pie el pantalón que se había quitado y lo puso justo delante de él.

—Quiero que me pruebes, Nanna —le costaba hablar, de lo apretados que tenía los dientes. Estaba más que excitado.

Ella asintió. No se echaría atrás, no le tendría miedo y... Haría justo lo que los dos querían hacer. Él quería que la probara y ella lo probaría.

Al menos, el berserker era considerado. No quería que se lastimara las rodillas al estar a pelo sobre el suelo.

Se dejó caer sobre el pantalón y quedó a la altura de la ingle de Noah.

Sí, la altura casi perfecta. Tendría que estirar la cabeza un poco, pero lo conseguiría.

Él seguía con las manos apoyadas en la pared y, por lo visto, no tenía intención de quitarlas de ahí y tocarla.

Nanna, sin dejar de mirarlo, alargó las manos hasta el botón del pantalón negro de esquiador surfero y se lo desabrochó. Después bajó su cremallera y con las manos estiró la prenda hasta bajársela por los muslos.

A continuación, cogió sus calzoncillos blancos ajustados e hizo lo mismo con ellos.

Él agachó la cabeza y estudió la expresión de la valkyria al verlo.

Nanna no podía creer lo que tenía ante sí.

La perfección masculina en tamaño XXL. ¡Eso era!

Tenía el vello púbico muy rubio, y el tallo era moreno, como su piel. La erección apuntaba hacia ella, gruesa, gorda y venosa. Su prepucio rosado estaba ligeramente húmedo por la abertura.

Nanna sintió rabia al saber que estaba sí por otras y no por ella, pero se conjuró para cambiar las tornas. Haría lo posible para que ese hombre enloqueciera.

Lo cogió con las dos manos y no lo pudo abarcar ni a lo ancho ni a lo largo.

—Por los dioses... —susurró Nanna. Alzó la mirada rojiza y se chocó con la de él, que parecía juzgar si era o no era capaz de hacer lo que él deseaba.

—Chúpame, Nanna —pidió en una orden mezclada con súplica—. Chúpame, por favor...

Ella sacó la lengua y lamió su cabeza como un gatito. No hacía falta que le suplicara.

Noah clavó los dedos en la roca hasta hacer agujeros. Se había tensado y solo con ese sutil toque de la valkyria estaba a punto de correrse.

Nanna abrió la boca todo lo que pudo y succionó con fuerza, lamiendo con la lengua, ahuecando la cabeza de su pene en la boca...

Noah exhaló y puso los ojos en blanco.

Y ella supo que lo hacía bien porque se endurecía y crecía en el interior de su boca.

El sabor de aquel hombre le encantaba. Dulce y salado a la vez. Todo contrastes. Como él. Moreno y rubio. Fuerte y suave. Enorme y ágil...

Nanna empezó a chupar. Mientras lo hacía, movía las manos arriba y abajo, como si exprimiera una fregona, o como si le diera gas al manillar de una moto. Movía las manos arriba y abajo.

—Abre bien la boca.

Nanna le obedeció. Adoraba esa parte oculta de él. La parte mandona y masculina. La que ocultaba con gentileza y amabilidad. Seda y acero.

Cuando abrió más la boca, Noah empujó medio tallo en su interior y ella pensó que se ahogaría.

—No, Nanna. No te apartes. Me has dicho que me demostrarías que me quieres. Esto es lo que soy —aseguró tenso por el deseo y la lujuria que sentía—. Acéptame. Quiero poseer esa boca que tienes.

Ella asintió, tragó saliva y volvió a abrir la boca.

Noah entró pulgada a pulgada. Nanna se sostuvo a sus durísimos muslos e intentó apartarse, pero esta vez él puso una de sus manos en la nuca de ella y la obligó a mirarlo mientras lo albergaba en su interior.

—Relaja la garganta —le pidió sin moverse—. Tienes que tragar para no ahogarte. Relaja la garganta... Eso es. Joder. Sí.

Noah la poseyó, tal y como quería, y Nanna aceptó cada centímetro que tenía para darle, y cada una de las gotas que emanaban de él, con su esencia.

Porque estaría loca si se echara para atrás y retrocediera. Ansiaba a Noah.

Ansiaba cada parte de él.

—Traga. Así, preciosa. Muy bien. Me estoy corriendo... —Sin hacer fuertes movimientos, dejó caer la cabeza hacia atrás y gimió, temblando, poseído por el placer de haberse corrido en la boca de la valkyria.

Nanna apoyó la mejilla en su muslo, respirando agitadamente, saboreando todavía el gusto de la esencia de Noah. Por Freyja... Y por todos los dioses. ¡Lo había hecho! Ella era pequeña, él enorme, y se lo había comido entero.

Y quería más.

—¿Estás bien? —preguntó Noah acariciándole la cabeza.

—Tengo frío —dijo ella. Y era cierto, afuera nevaba, el techo de la cueva tenía hielo y aquella parte de la gruta estaba congelada.

—Ah, no, valkyria. —Noah le bajó las braguitas de un tirón, la cogió por las axilas y la levantó hasta colocar sus muslos encima de sus hombros.

Ella se agarró a su cabeza, impresionada por verse en aquella posición.

Noah besó el interior de sus muslos.

—Cógete bien a mí.

—¿Cómo?

—Agárrate.

Nanna miró hacia abajo, y allí entre sus piernas, divisó los rubíes del berserker que por primera vez sonreían de orgullo hacia ella.

—Noah... —Ella tuvo ganas de llorar. Le pasó los dedos por la cabeza con ternura.

—Conmigo jamás pasarás frío. Te lo prometo.

Noah abrió la boca y la posó en la vagina de Nanna, tan lisa como la de un bebé. Aquello lo trastornó. La veía perfectamente. Rosada, pequeña y húmeda. Perfecta para él.

Pasó su lengua de arriba abajo. Una vez, y después otra. Y como vio que aquello era adictivo y que le encantaba notar que ella se hinchaba y se humedecía a cada lametazo, ya no pudo parar.

Porque al margen de las pesadillas que tenía cuando se dormía desde que Nanna le lanzó el puñal *guddine*, también tenía un sueño recurrente. Se imaginaba poseyendo a Nanna de aquel modo. Aunque, ni en sus mejores sueños, Nanna era tan perceptiva y sensible como lo estaba siendo en la realidad.

Noah coló la lengua por todos lados, succionó su clítoris con los labios y la mordió con los colmillos sin llegar a hacerle daño.

La valkyria gemía y cerraba los ojos a cada contacto. La estaba

saboreando como a un caramelo: su favorito.

Tenía los ojos llenos de lágrimas. La sensación de ser probada de aquel modo era indescriptible. A ella siempre le había gustado jugar con las palabras, pero, en ese momento de dicha absoluta, no encontraba ninguna que definiera lo feliz que se sentía.

—Por Thor y todos sus truenos... —susurró ida en el éxtasis—. Me quiero correr.

Noah asintió y le dio un beso dulce sobre su rajita, para después introducirle la lengua en lo más profundo y hacerla volar.

Y voló.

Tal vez habían abierto otra puerta entre mundos porque Nanna se sentía con su lengua en el interior como en otra dimensión.

El Nirvana.

Y él ni siquiera le dejó disfrutarlo, pues, cuando acabó de temblar y de estremecerse, cuando su orgasmo llegaba a su fin y ella se pasaba la lengua por los colmillos, absorbiendo todas las sensaciones, Noah la bajó y fue a darle la vuelta, dispuesto a tomarla.

Pero ella reaccionó rápido y rodeó su cintura con las piernas, abrazándose a él, cogiéndose a su melena rubia.

—No.

—¿No qué? —gruñó él.

—Por atrás no. Quiero que me mires a la cara, bengala. Quiero que me veas a mí y a nadie más. Que sepas que soy yo la que te está poseyendo, la que está aquí contigo. Y que nunca se te olvide quién soy.

Él no comprendió sus palabras hasta que recordó que, cuando la agonía le había preguntado si conocía a alguna Nanna, él había dicho que no. No entendía por qué había contestado eso. En realidad, Nanna era su pareja, la única.

La droga afrodisiaca de las ninfas de Nerthus podía dejar a uno fuera de sí.

Lo lamentó. La besó, intentando resarcirla de ese momento tan desagradable.

—Lo siento —susurró sobre sus labios.

—Eso no me sirve —contestó ella tirando de su pelo—. ¡Haz que lo olvide! ¡Que lo olvide de verdad! ¡Que nunca se te olvide cómo me llamo ni qué soy para ti!

Ambos se miraron a los ojos. Parecían tener un acuerdo tácito y silencioso entre los dos. Estaban destinados a entenderse y a compenetrarse. Noah estaba decidido a demostrarle lo inolvidable que ella sería para él.

Y lo irrevocable de su relación.

La abrió bien de piernas, sujetándola por los muslos. Dejó que, poco a poco, se empalara en él. Quería que disfrutara, que lo sintiera.

Pero estaba muy descontrolado. Ella, muy estrecha y apretada, también necesitaba desahogarse.

Empujó hacia arriba.

—Nanna.

—No te he oído. —Cogió aire, estremecida.

—Nanna —repitió, echándose ligeramente hacia atrás.

Ella inhalaba por la boca, con la vista fija en la entrada mágica de la cueva.

—¿Qué? —gimió.

—Ese es tu nombre. Ahora voy a hacer que no me olvides a mí.

Ella iba a contestarle, pero la estocada profunda e insultantemente violenta de Noah la dejó a punto de tocar con los dedos un orgasmo demoledor. Y ya no supo qué más decir. Su cerebro era incapaz de construir palabras, mucho menos frases o sentencias que tuvieran algo de coherencia.

Noah la penetró hasta el fondo, hasta la empuñadura, y no pudo ni quiso parar. La mordió en el cuello mientras se quedaban tan pegados como un hombre y una mujer podían estar.

La espalda de Noah sufrió una transformación. Algo se grabó a fuego en su piel y recorrió cada músculo. Se quedó quieto mientras ese tatuaje se dibujaba en sus hombros, en su espalda y reseguía la columna vertebral, haciendo dibujos simétricos a cada lado de esta.

—Mi espalda...

—No te pares —le ordenó ella; se le saltaban las lágrimas al sentirse tan bien poseída—. Son tus alas, Noah, ¿ves? No solo eres mi berserker. Eres mi einherjar —repuso con orgullo—. Ahora, no te detengas... —Lo tomó del rostro para que se concentrara en ella—. Márcame.

Y lo hizo.

Se lo hizo una y otra vez, sin descanso. Sin parar.

Primero de pie, después contra la pared.

No importaba si se hacían daño con las rocas.

Solo importaba el placer.

Un placer que no era de ese mundo.

Acabaron en el suelo, con los colmillos de Nanna sepultados en el antebrazo de Noah, y los de Noah hundidos en el cuello de la valkyria, tan profundos como estaba su erección en su interior.

Las piernas de la joven colgaban sobre los hombros de él. Ambos sudaban.

Ella no sabía cuántas veces había tocado el cielo. La elevaba y la hacía

caer, una y otra vez. Se había hecho adicta a ello.

Era adicta a él. ¿Cómo no serlo?

Como pudo, Nanna consiguió bajar las piernas y dejarlas plenamente abiertas para que el guerrero continuara dentro de su cuerpo.

Allí donde él pertenecía.

Noah se quedó dormido sobre ella. La hija de Freyja se dio cuenta de que no mentía: su cuerpo transmitía un calor calmante y apaciguador.

Una sensación agradable de cobijo y protección.

De verdad y bondad.

Con él, jamás pasaría frío.

XV

—Mi padre me dice que me casaré con un rey —dijo la joven de pelo castaño, vestida con una vestido vaporoso blanco y una cinta dorada bajo el pecho.

Aquellas palabras no le sentaron del todo bien.

Estaban bajo un árbol de manzanas rojas y grandes. Algunas de ellas moteaban el césped verdoso con tonos escarlata. El sol se escondía ante ellos, entre las montañas y los valles que los mecían con melodías de naturaleza y fantasía, ocultos, arropados como la cuna que protegía a un bebé.

—¿Qué quiere decir que te casarás con un rey? —preguntó él.

Ella se apoyó en el tronco de aquel manzano especial, y jugó con una brizna de hierba entre sus dedos.

—Me ha dicho que nuestro linaje es puro y que ven en mí a la esposa perfecta de ese rey.

—Pero tú vives en otro reino —le dijo preocupado—. Si te casas con ese rey, no podremos vernos. Vivirás donde él viva.

La joven sonrió, sabía un secreto que él desconocía.

—Al parecer, nuestra alianza hace que los reinos convivan entre sí y que el proyecto del *Alfather* siga su curso. ¿Acaso te molestaría que otros tomaran mi mano?

Él sintió una rabia incontenible en su interior, y mucha decepción.

—¿Quién es ese rey? —preguntó arisco.

—Es tu hermano.

—¿Mi hermano? —replicó él, contrariado—. Me molestaría que aceptaras ser la mujer de un hombre al que no amas.

—¿Crees que no le amo?

Él se levantó, con el cuerpo tenso y la tristeza embargándole por completo.

—¿Le amas?

—Por supuesto que no.

—¿Entonces? Deja de jugar. ¿Vas a aceptar?

Ella se levantó con elegancia, expulsó de su vestido los restos de hierba y tomó una manzana entre sus manos.

—Me lo pensaré.

—No vas a pensar nada, mujer.

Ella levantó una ceja y se echó el pelo hacia atrás.

—Pensaba que éramos solo amigos y que tú querrías lo mejor para mí.

—Y quiero lo mejor para ti.

—Y lo mejor para mí es... ¿no casarme? —preguntó sin comprender.
Él la tomó por los hombros y la apoyó en el árbol.

—Puedes casarte si quieres.

—¿Con tu permiso? —Lo miró, altiva.

—No necesitas mi permiso. Pero debes casarte con el adecuado.

—Ajá... —Asintió, decepcionada.

—Nos conocemos desde pequeños y creo que mis sentimientos hacia ti están claros, princesa.

Ella se mantuvo en calma, mirándolo, expectante.

—¿Qué es lo que me debe quedar claro? ¿Que somos amigos?

—Tú no eres solo mi amiga.

—¿De verdad? A mí nunca me ha parecido que sientas otra cosa hacia mí.

—No habrá sido por falta de ganas...

—No te creo —lo provocó ella.

—¿Quieres que te lo demuestre?

Él entrecerró los ojos, la tomó por la barbilla y la besó. Le dio un beso dulce y casto que, poco a poco se tornó en uno ligeramente más húmedo y apasionado, hasta que ni uno ni otro se pudieron sacar las manos de encima.

Hasta que tocarse fue tan esencial como estudiarse y descubrir sus formas, como si el respeto mutuo solo hubiera sido un lastre entre ellos.

—Tú —dijo él pegando su frente a la de ella, llenando sus pulmones de aire—. Eres mi futura mujer. Siempre lo has sido.

En el momento en el que iban a besarse de nuevo, la imagen volvió a desdibujarse.

Las llamas la quemaron como si fuera un retrato, una foto inservible. Y se encontró de nuevo entre lenguas de fuego con la lluvia de flechas en el cielo.

Volvía a arder.

Volvía a morir.

Y esta vez Nanna estaba con él.

Y jamás había experimentado una desdicha tan grande como la de aquel momento. Ella moría a su lado, y él lo veía. No lo podía soportar. Nanna era suya, era lo más preciado para un hombre berserker; su pareja de vida, su compañera por instinto y por elección.

Y empezó a gritar y a llorar, muerto por el fuego y por la tortura que suponía ver a un ser tan lleno de vida como ella morir bajo el calor del infierno.

Cuando abrió los ojos, se encontró a Nanna observándolo fijamente, con su mirada caramelo húmeda por las lágrimas.

Ella le pasó los dedos por debajo de los párpados y secó las suyas, mordiéndose el labio inferior, acongojada tal y como estaba el berserker.

Los dos desnudos, en cuerpo y alma.

—¿Lloras? —preguntó ella.

—Sí. ¿Tú... también?

—Sí —repuso, contrariada.

La temperatura había caído en picado. El aire que salía de sus bocas creaba el vaho de la hipotermia. Pero sus pieles... todavía ardían. Y no solo eso: él continuaba en su interior.

—¿Por qué lloras tú? —quiso saber Nanna.

Noah le respondería: no soportaba ocultar nada más. Ya le escondían demasiado a él como para que también tuviera que ocultarse de la mujer que lo había aceptado con tal abandono. Se había entregado a él sin contemplaciones, por su plenitud y su renuncia a llevar el control.

—Desde que me lanzaste el puñal que te regaló Freyja, no puedo dormir bien. Tengo pesadillas... Oigo voces. Mensajes que no puedo descifrar, como si alguien me hablara al oído. En mis sueños me matan. Muero quemado. Y cada vez que cierro los ojos, paso por esa agonía una y otra vez.

Ella no movió ni un centímetro de su cuerpo. Se quedó de pie—dra, sepultada bajo el peso de Noah.

—He tenido ese mismo sueño. Soñé que te quemaban. Y yo... Yo no podía dejar de llorar. No... No lo entiendo. Era como si me arrancaran la vida. Al verte ahí...

—Yo tampoco. Pero antes...

—¿Sí?

—Antes tuve otro sueño. Estaba bajo el árbol de las manzanas de Idúnn, en el Asgard —explicó Nanna.

—¿El Asgard? —repitió asombrado, con la mirada perdida y la mente sumida en el recuerdo de esa misma visión. Así que aquel era el árbol mitológico que ofrecía manzanas inmortales por parte de la mujer de Bragi.

—Sí... Estaba contigo. Pero tú eras diferente. No tan fuerte ni tan grande. Parecías un príncipe... —susurró tocándose los labios con los dedos—. Me pedías que...

—Te casaras conmigo —finalizó Noah, aturdido.

Ella afirmó porque no supo qué más decir.

Los dos estaban perdidos. ¿Por qué esas visiones de unas vidas y un tiempo que no recordaban?

—Tú tampoco eras como eres ahora —reconoció él.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y cómo era?

—Más... —La miró de arriba abajo, embebiéndose de ella—. Eras... más humana. Sin orejitas puntiagudas. —Se las tocó con cuidado—. Ni colmillitos ni rayos ni ojos rojos...

—Tú no eras un berserker. Eras muy normal —admitió con el ceño fruncido—. Hermoso y arrebatador como ahora, sí. Pero no eras un guerrero.

Noah pasó la lengua sobre el cuello marcado de la valkyria. Tendría su mordisco siempre. Lo sentiría allí eternamente. Gracias a esa marca, podría excitarla con un solo pensamiento. La señal le palparía cuando él estuviera cerca, y siempre estaría dispuesta para ser poseída.

—¿Cuánto rato llevamos aquí? —preguntó con voz soñolienta.

Ella le acarició la espalda desnuda y miró hacia el orificio de salida. Había pájaros volando en círculo en el interior. Eran como murciélagos. La claridad todavía iluminaba la cueva, señal de que seguía siendo de día, y la nieve continuaba cayendo con parsimonia.

—Todavía es de día —contestó ella—. Habrán pasado un par de horas. No más.

Él inspiró profundamente, como si así quisiera leer todo sobre ella y resolver todos los misterios a su alrededor. Pero solo detectó el olor de su *kone* y su marca.

—¿Quién eres tú, eh? —le preguntó empezando a mecerse de nuevo en su interior—. Yo jamás estuve en el Asgard. ¿Qué vida es esa que me muestran los sueños?

—Soy Nanna. ¿Y tú? —Soltó un gemido—. ¿Quién eres tú? Yo nunca he estado prometida ni casada. Soy guerrera. Nací guerrera. Tal vez el caldero de las almas nos ha unido de nuevo. Es nuestro sino estar juntos.

Noah se apoyó en los codos. Entonces, con la sinceridad del que se sabía perdido en la vida, dijo:

—El caldero de las almas —repitió, incrédulo—. Joder, valkyria, no tengo ni idea de quién soy.

Sus ojos habían recuperado su color amarillo animal y divino. El éxtasis de las ninfas se había esfumado. Había quemado su ansiedad en el cuerpo de aquella espléndida y hermosa valkyria en la que estaba sepultándose de nuevo.

—Bien. Entonces, lo descubriremos juntos, ¿de acuerdo?

El recuerdo del sueño lo incomodó. Si ese era su futuro, si Nanna sufría y corría aquel destino, entonces lo mejor sería alejarla de él. Pero no se sentía capaz...

Nanna lo atrajo hacia ella y lo besó con pasión.

—¿De acuerdo? —repitió, insegura—. Prométemelo.

—Sí. —Noah sabía que estaba mintiendo.

—No rompas tu palabra otra vez.

—No —aseguró él—. Lo haremos juntos. ¿Nanna?

—¿Mmm? —El placer y el hormigueo se arremolinaba en su útero, y empezaba a dejarse llevar por su energía.

—Te he marcado.

—Lo sé. —Sonrió complacida.

—Siento haber sido brusco contigo... No me podía controlar.

—¿Brusco? —dijo ella mordidiéndole en el hombro con fuerza—. Yo también tengo colmillos, lobo. Déjame decirte que tú también estás marcado. Y, además, tienes unas alas preciosas en la espalda..., recuerdo de nuestro extraño *kompromiss*.—Las repasó con los dedos.

—Me gustan —ronroneó, adelantando sus caderas y metiéndose hasta la empuñadura.

—Argh...

—Te diré lo que vamos a hacer —le explicó mientras le hacía el amor—. Voy a llenarte una vez más con mi semilla; después, vamos a ponernos en contacto con el engel. Les vamos a ayudar a destruir esa sede de Newscientists, la última que queda en pie. ¿Te apuntas a una batalla?

—Me apunto a lo que sea que signifique destrucción —dijo ella con una sonrisa.

—¿Eres una destructora? —le preguntó, dándole un leve mordisquito en la oreja puntiaguda.

—Sí, lo que tú quieras...

—Perfecto. —Se echó a reír al ver lo manejable que era Nanna cuando hacían el amor. Se sintió feliz.

¿Podía enamorarse de una mujer que apenas conocía?

Al parecer, lo poco que sabía de Nanna le encantaba, pero ¿de verdad era el amor tan fulminante entre parejas? ¿Por qué sentía tanta conexión con ella? ¿Qué era lo que provocaba, además del instinto, aquella ansiedad por tocarla y disfrutarla?

¿Se estaba enamorando? ¿Estaba enamorado ya? ¿Por qué sentía que todo entre ellos era tan auténtico cuando? Nanna no había reconocido que se sintiera atraída hacia él.

Y, aun así, su pareja lo aceptaba. Y no había mayor felicidad para un hombre como él. Con su alma gemela al lado, no existía soledad alguna.

Sin embargo, en una parte importante de su corazón, el temor ganaba mucho terreno.

Temor porque alguien apagara la luz de aquella habitación cálidamente iluminada que le había regalado la valkyria.

Nanna convocó los rayos para salir de allí. Se agarró a una liana

eléctrica y Noah se cogió a ambas.

Para el berserker era fascinante tocar algo lleno de electricidad y no sentir nada. Era maravilloso tener una pareja que sanara sus heridas y calmara el dolor.

Cuando emergieron por el orificio de la montaña y observaron el mundo desde la cima de Galdhoppigen, tuvieron la sensación de que solo existían ellos dos. Parecía que el mundo estaba a la espera de que alguien acabara con él. Era tan hermoso y a la vez tan frágil que, si alguien no lo protegía, Loki haría un amasijo de piedra, mar y naturaleza.

Sin duda, si la guerra llegaba y el Ragnarök estallaba, como había sucedido en Irlanda y Escocia, aquel reino inspirador de leyendas y repleto de magia oculta, se convertiría en un campo de batalla.

En el horizonte, a considerables kilómetros de donde estaban, les llamó la atención un embudo de nubes inusualmente negras entre aquel mural blanco y tupido que conformaba el cielo nórdico. Traían lluvia, pues las nubes tormentosas se desdibujaban como acuarelas.

—¿Crees que son ellas? —preguntó Noah, abrigándola, escondiendo su valioso brisingamen tras la tela acolchada y abrochándole el cuello del chaleco.

La valkyria estudió la forma cuneiforme del embudo y la cantidad de truenos y rayos que lo conformaban, enrollándolo como si fueran serpientes.

No tenía ninguna duda, pero lo mejor era asegurarse.

Nannanacomeon:

¿El embudo de nubes negras y relámpagos que veo al horizonte sois vosotras?

Rota, *la Salvaje*:

No. Son Santa Claus y sus renos. ¿Dónde estás?

Bryn, *la Salvaje*:

Asynjur! ¿Vienes? Vamos a encontrar ese edificio de los horrores y a achicharrarlo.

Nannanacomeon:

El Jotunheim está repleto de troles. Y el pueblo en el que nos encontramos está abandonado. Tened cuidado, porque esto es un vergel de seres sobrenaturales. Había Agonías.

Gunnyfacia:

Troles. Los huelo desde aquí.

Róta, *la Mala*:

¡¿Agonías?! ¡¿Esas guarras comehombres?!

Nannanacomeon:

Sí. Muy guarras.

Bryn, *la Salvaje*:

Todo los pueblos de alrededor de este lugar están deshabitados.

Los humanos han huido debido a los temblores y a los volcanes que empiezan a activarse. Dentro de nada será una zona cero.

Rota, *la Mala*:

¡Venid a la cima! ¡Al final de la carretera! Hemos divisado un edificio semioculto por la piedra de la misma montaña.

Y es el único en esta maldita montaña de troles. Debe de ser la última sede. ¡Estamos descendiendo!

Nannanacomeon:

Vamos para allá *info flaco*.

Rota, *la Mala*:

¿Info qué?

Gunnyfacia:

¡Asynjur, Nanna!

Nannanacomeon:

*ipso facto

Bryn, *la Salvaje*:

Jajajajaja. ¡Asynjur!

—Sí, son ellas. —Nanna se guardó el teléfono en su riñonera y miró a Noah, carraspeando—. Tenemos que ir hasta allí. ¿Te llevo?

Él pareció evaluar la situación. Si quería ayudar a Gabriel y al resto, tenía que utilizar el transporte eléctrico de su pareja. Él podría correr, por supuesto, pero tardaría un poco más en llegar hasta allí. Y, desde luego, no tenían tiempo. Ya habían perdido demasiado por culpa de la irrupción de las agonías, aunque al final le habían hecho un grandísimo favor con Nanna.

—Me harías un grandísimo honor —contestó, agradecido.

Nanna abrió los ojos como platos y sonrió de oreja a oreja.

—¿No te molesta?

—No. ¿Por qué debería? Las valkyrias tenéis rayos. Yo soy muy rápido y doy saltos voladores, pero no controlo las tormentas ni puedo acortar distancias con vuestra facilidad. No me importa colgarme de ti.

Nanna levantó una de sus cejas y sonrió.

—Estás colgado por mí —canturreó meneando las caderas.

Noah se echó a reír y la miró como si estuviera loca.

Ella se detuvo, dejó de bromear y lo miró de frente:

—No imaginaba que un hombre tan viril como tú fuera tan permisivo con estas cosas —se sinceró—. Ya sabes —alzó la mano y un rayo cayó sobre ella, rodeando sus dedos como lengüetazos—, los berserkers sois muy rudos, muy... machos. —Se golpeó el pecho, imitando a un gorila.

Noah la tomó por la cintura y se pegó a ella, rodeándola con los brazos.

—Eres tan guerrera como yo —reconoció sin un ápice de duda o vergüenza—. La virilidad de un hombre no se basa en su gallardía o en cómo la tiene de grande. La virilidad de un hombre —enterró sus dedos dentro del cuello de su chaleco y tocó el mordisco que había grabado en Nanna— se demuestra cuando, precisamente, no tienes que hacer nada para demostrar que lo eres. ¿Quieres el mando? Yo te lo cedo.

Nanna se estremeció cuando la tocó en ese lugar, tan íntimo ahora.

—Gra..., gracias.

—Además, yo soy de los que prefiero demostrarte que soy un hombre de otra manera.

—¿Cómo?

Sus ojos amarillos se aclararon.

—En la cama, princesa. Debajo de mí, encima, como tú desees... Pero ahí mando yo.

Ella tragó saliva y se enrojeció.

Tener vergüenza a esas alturas era algo incomprensible, sobre todo después del sexo que habían tenido en el interior de la gruta de las agonías.

Pero, aun así, enrojeció, porque, al tocarle su marca, se humedeció de nuevo entre las piernas.

—¡*Asynjur!* —gritó, llevándose a Noah con ella a través de los cielos, mientras este reía roncamente, pues sabía que la ponía muy nerviosa.

El engel, Miya, *el Samurái*, Ardan de las Highlands, Róta, Nanna y Bryn lo tenían muy claro.

De nada servía actuar con sutilezas cuando el mundo empezaba a derrumbarse. Revelados los secretos, cuando se sabían las fuerzas de cada uno, la lucha cara a cara era ineludible. Estaban decididos a acabar con esa sede y a dejar a Newscientists sin ningún punto de apoyo en la Tierra.

Su última sede estaba en Rauma, en lo alto del mirador al que conducía el final de la carretera. Desde allí, como desde casi todos los picos de las montañas nórdicas, había una vistas espectaculares de la carretera empinada llena de curvas, así como de la cascada que caía por la ladera de la montaña: la llamaban Stigfossen.

Gabriel había visitado Noruega una vez, de humano. Un amante de la mitología nórdica como él no se podía perder aquel paraje. Y no se lo perdió. Gracias a aquello sacó matrícula en el crédito universitario sobre mitos y leyendas de Escandinavia.

Sin embargo, tampoco dudaría ahora en hundir parte de esa majestuosa montaña si con ello eliminaba el último reducto de Newscientists.

No lo dudaría.

Mizar O'Shane le había pedido que destrozara cualquier acelerador que encontrara en aquella superficie, si lo había. Después de fundir el que quería utilizar Hummus en St. Peter Church en Amesbury, tenían claro que los científicos de la organización intentarían trabajar en uno nuevo. Y no tardarían en construirlo, pues sabían que los puntos electromagnéticos se habían vuelto locos y eran portales potenciales a otros mundos. Si llevaban el acelerador a alguno de esos lugares y lo ponían en marcha, se formaría una puerta dimensional.

Newscientists quería abrir las puertas a otros mundos, pero para destruir el que habitaban. El que él había habitado durante sus años humanos.

Y no lo permitirían. Él lucharía hasta las últimas consecuencias para evitarlo, porque, aunque parecía mentira, seguía creyendo en esa tierra que unos y otros querían para sí.

Una tierra que ni siquiera era del ser humano, aunque, inmoralmente, intentase hacer lo imposible para poseerla. No obstante, nadie poseía nada.

Así que, mientras caían del cielo y divisaban el edificio oculto en lo alto de la carretera, llamada la Escalera de los Troles, todos habían llegado a la conclusión de que no se iban a presentar ni iban a darles la oportunidad de que sus sistemas los reconocieran o los detectaran.

Atacarían. Destruirían igual que ellos hacían con todo lo que tocaban.

En esa organización trabajaba la estirpe humana más ambiciosa. Los más inteligentes, los más vendidos, aquellos que utilizaron sus conocimientos para el mal en vez de para el bien; aquellos que trabajaban para contrarrestar lo poderoso, para dar dones divinos a seres que no estaban preparados, seres como ellos mismos.

Sí. Eran humanos los que manipulaban sus ordenadores y sus probetas.

Y eran humanos a los que iban a castigar.

En otra época, pensar en aniquilar hubiera resultado incómodo. Pero todos, incluso las valkyrias que viajaban con él, habían sido humanos en algún momento. Y sabían por qué luchaban y para qué. En el Asgard, su evolución tanto física como mental, les demostró que el ser humano era débil, un paria, un parásito.

Había algo que todavía flotaba en su superficie, como una capa de invisibilidad que no les dejaba ver lo que eran en realidad. Unos lo llamaban miedo; otros lo llamaban ignorancia. Y esa capa no dejaba que brillaran, tal y como Odín y los demás dioses querían.

Y tanto una como otra capa debían ser erradicadas. Lo primero era hacerles ver que la mortalidad no debía asustarlos: todos morían en un momento o en otro, por eso la vida era tan hermosa. Lo segundo, dando conocimientos que desarrollaran su potencial emocional para llegar a crecer a

otros niveles.

Pero ni deseaban aceptar que morían ni querían morir. Y eso los llevaba a actuar contra natura. Querían lo que mismo que los seres inmortales que los protegían.

Como en la Tierra no enseñaban ni un conocimiento ni el otro, el humano era lo que era. Así se había convertido en lo que se había convertido.

Creían que rezando y orando a un dios ya eran buenos. Pero la bondad y el crecimiento no dependía del dios en el que creyeran, al que te entregaras por miedo a quedarte sin cielo.

Iba mucho más allá de todo aquello.

El engel y los demás estaban decididos a eliminar a cualquiera que hubiera bajo los techos de ese edificio. Eran plenamente conscientes de lo que hacían y de la valiosísima información que ocultaban al resto de los mortales.

Y valkyrias y einherjars luchaban por salvar su planeta, y por ayudar a sobrevivir a aquellos humanos que sí valieran la pena. Pero esos no lo merecían.

Mientras tanto, en esas tierras tan preciosas como una princesa de hielo, no harían selección alguna.

No en esa zona.

No en ese lugar.

—¡Ahora! —gritó Gabriel señalando la sede con sus dos espadas desafiantes.

Las valkyrias lanzaron sus rayos con fuerza contra el edificio. Las explosiones no se hicieron esperar.

El viento arreció con fuerza. Los truenos los rodearon y los acompañaron en su ataque. El clima se puso de su parte.

Sin embargo, lo que no se imaginaban era que, al intentar invadir la cima, los alrededores de la montaña se llenarían de jotuns. Troles, lobeznos y nosferatus que protegerían aquel último eslabón.

Y sobre todo personas.

Había miles de personas. Recién transformadas.

Un ejército de vampiros neófitos, dispuestos a pelear por el dios que les había convertido.

La gente de los pueblos de los alrededores no habían huido ni por los temblores ni por el despertar de los volcanes. La gente había sido atraída a aquella montaña para ser convertida en sierva y proteger a Newscientists, a lo que fuera que albergaba aquel lugar.

XVI

El humo de los incendios se elevaba hacia el cielo y dificultaba la visibilidad. Pero cuando el espesor negruzco se disipó, Noah y Nanna observaron que lo que había en el pico de aquella montaña nevada era un auténtica batalla campal.

La nieve se teñía de sangre negruzca y espesa.

Los einherjars degollaban cabezas y arrancaban corazones. Las valkyrias electrocutaban sin compasión.

Ardan era un animal, un aniquilador.

Miya, elegante y letal con su espada.

Gabriel utilizaba las suyas como si fueran tijeras.

—Por los dioses —murmuró Nanna agitando sus *bues* con rapidez—. ¡Prepárate, Noah! ¡Nos dejamos caer!

Él asintió y se soltó de la liana, descendiendo en caída libre a más de cien metros de altura. Se transformó en el aire y esperó a que sus botas tocaran suelo; cuando lo hicieron, sacó su *oks* y sesgó las cabezas de dos vampiros de golpe.

Nanna armó su arco y sus flechas, y empezó a disparar a diestro y siniestro.

¿Cómo iban a vencer a toda aquella multitud?

Bryn y Róta luchaban espalda con espalda, sin separarse, rotando a la vez, girando en círculos y disparando tantas flechas como podían. ¡De cinco en cinco! ¡De diez en diez!

—¡A tu izquierda, Róta! —ordenaba la generala.

Róta la obedecía. Sincronizadas como dos bailarinas, ejecutaban los mismos movimientos.

Por su parte, Gúnnr se mantenía en el cielo, con sus alas desplegadas de color rojo, lanzando su martillo por doquier y aniquilando cualquier esbirro volador que se acercara a ella.

Nanna observó sus preciosas extensiones que salían de su espalda, con esas formas tribales inverosímiles. Parecían alas de fuego, cortantes para aquel que osará tocar algo tan divino.

Pensó en ello. Ella tenía la espalda marcada con las mismas alas. ¿Por qué no las podía abrir?

En la cueva a Noah por fin le habían emergido, dibujadas en su piel a lo largo de cada lado de la columna, de aquella espectacular espalda digna de las mejores y más duras cargas. Era pensar en el bengala y sentir que le volvían a temblar las piernas...

Era fácil aceptar que se era débil a algo. ¿Y quién no lo sería teniendo a ese espécimen al lado? Tan alto, tan bondadoso, tan...

¡Zas!

Sus alas se abrieron y se expandieron, insolentes y bellas como las de una mariposa dragón. Nanna volteó la cabeza para admirarlas.

La luz que irradiaban iluminó su rostro. Las movió, a un lado y al otro, y se encontró planeando la cima, como lo hacía Gúnnr.

Las valkyrias la vieron y alzaron sus puños, sin dejar de cubrir sus perímetros.

«¡*Asynjur, nonne!*», gritaron a la vez.

Gúnnr se colocó al lado de Nanna, para informarla de cómo estaban las cosas.

—¡Preciosas alas, Nanni! —le guiñó un ojo chocolate.

—¡Gracias! ¡No sé cómo se han abierto!

—Ah, es fácil. —Sonrió, sin perder de vista a sus enemigos—. Piensa en tu einherjar y, ¡flas!, se abrirán de repente. Bueno, en tu caso, ¿qué es Noah?

Nanna miró a Noah, que junto al highlander y al samurái no dejaban a ni un no muerto con vida, por extraño que sonara.

—Noah es...

—¿Un einjerker? ¿Un berserjar?

Nanna negó con la cabeza.

—Noah es, simplemente, mío. Mi compañero —sentenció, impresionada por cómo se movía.

—¡Me alegro! Pero si quieres seguir disfrutando de él hay que matar a todo ese enjambre de ahí abajo. —Señaló la tierra bajo sus pies—. ¡Toda la cima está infestada! —explicó Nanna, lanzando rayos mientras su martillo daba vueltas y arrasaba los cuerpos de sus adversarios—. Ardan y Miya se han encargado de arruinar todo el edificio por dentro. Está en llamas y las explosiones internas poco a poco crearán fuertes desprendimientos de roca. Han destrozado tres aceleradores más que tenían cargados con osmio. Y han deshecho la maquinaria que dejaba lista la terapia Stem Cells. Pero, al salir —levantó la mano abierta y el mango del *Mjölnir* llegó a ella; lo lanzó de nuevo a un grupo de tres vampiros que volvían a acercarse—, nos hemos encontrado con este ejército.

—¡Pero si la mayoría son humanos! —gritó Nanna.

—¡No lo son! —le aseguró Gunny con voz de acero—. Ya no. Eran los ciudadanos de los pueblos de la periferia del Jotunheim. Los atrajeron y los convirtieron. Ahora solo responden a las órdenes de Loki. Ya no hay resto de humanidad en ellos, así que no seas floja y achichárralos.

A Nanna aquello le pareció una aberración. Los neófitos eran mortales sin ninguna capacidad para luchar. De acuerdo que, al ser vampiros, multiplicaban sus capacidades físicas, pero estaba claro que solo actuaban como perros de presa; su única finalidad era entretener y morder. No sabían hacer nada más.

—¿Y por qué pueden caminar y volar bajo la luz del sol? — Nanna atravesó las cabezas de dos vampiros más con sus flechas eléctricas.

—Es por la terapia —le contestó—. Abajo tenían probetas llenas de regeneración celular. Una especie de «código juventud» que les hace más fuertes. Durante mucho tiempo han obtenido sangre de híbridos como Aileen o Johnson... Hay algo en ella que permite que a los nosferatus no los queme la luz solar. Y creemos que sigue habiendo muchos más como la nieta de As. Gabriel ha obtenido informes de guerreros híbridos y clonados en los ordenadores del edificio. Muchos de ellos están en el campo de concentración que tienen en Bulgaria. Es como una gran comunidad de secuestrados en la cordillera de los Cárpatos. Al parecer, allí hay muchos...

—¿Tantos como los niños perdidos que liberó la Elegida de Capel Le Ferne?

—Más. Muchos más.

Gunny se retiró el flequillo de los ojos, que se volvieron rojizos cuando uno de los vampiros intentó atacar por la espalda a Nanna. Sin embargo, la excelente guerrera del pelo trenzado se dio la vuelta y hundió la mano en el pecho de la mujer que venía a por ella.

Cuando la miró a sus ojos sanguinolentos, la vampira parpadeó, confusa, como diciendo: «Pero ¿yo no era inmortal?».

Nanna negó con la cabeza, asqueada, y le arrancó el corazón. La víctima cayó al abismo, cordillera abajo, desintegrándose poco a poco. Tal y como hizo el corazón en la mano de su asesina.

—No tengas compasión —susurró Nanna, que sabía de las nuevas sensaciones de su hermana—. No hay ni una chispa de humanidad en ellos. El vampirismo es como una enfermedad, Nanni. Les pudre el cerebro y les arrebató la conciencia. Son siervos del Trickster. No hay más. —Cargó su martillo de nuevo y lo lanzó contra otro grupo de vampiros.

No era fácil cambiar de rol, pensó Nanna. Ella recogía a los muertos, no los mataba. Ahora debía exterminar a seres que, físicamente, estaban vivos, aunque su condición habría que ponerla en entredicho.

Uno de ellos, por sus ropas, seguramente había sido el mecánico de la ciudad. Otro era policía. Tres adolescentes vestidas a lo Barbie escocesa se lanzaron a por ella. Y un abuelito que ya no necesitaba bastón se relamía sus recién descubiertos colmillos amarillentos.

Nanna no pudo evitar sentir algo de pena. ¿Aquel era el destino del ser humano?

Armó su arco, tensó la cuerda y colocó tres flechas sobre ella.

Extendió el brazo izquierdo hacia delante; el derecho sujetó las flechas hasta colocarlas casi a la altura de su oreja.

No debía tener compasión, ya no había nada puro en ellos.

¡Zas!

En el Midgard habrían tres Barbies escocesas menos.

Noah levantó el oks por encima de su cabeza y gritó como un animal.

Que vinieran a por él. Los esperaba a todos.

Llevaba la guerra en su ADN. Siempre le habían gustado las peleas. Aunque intentara evitarlas, como último recurso se debía luchar. Entonces era el primero en la fila.

En las reyertas siempre peleaba junto a Adam. En esos momentos, él no estaba ahí físicamente, pero lo cierto era que lo sentía a su lado.

Su hacha llevaba parte de su espíritu. Era como si en cada golpe y corte preciso que ejecutaba el *noaiti* sujetara parte de su mango.

Su amigo del alma, su hermano. Jamás le había fallado. Y jamás lo haría.

Ardan lo miraba, asombrado.

—¡Y me llaman a mí exterminador! ¡Eres un puto carnicero, bengala!

Noah sonrió. Tenía el rostro lleno de sangre de jotun y pedía más. Exigía más.

La valkyria no le había entregado el chi, pero hacer el amor con ella le había puesto las pilas. Rebosaba energía.

Se sentía capaz de acabar él solo con todos los engendros que asolaban Rauma. Pero sabía que debía moderar su euforia.

Nanna le había dado tanto en tan poco tiempo que le parecía increíble haber sobrevivido sin ella durante tantos años.

—¡Menos mal! ¡Porque estoy hasta la polla del bailarín japonés! — Señaló a Miya, que, con movimientos secos y premeditados, vestido todo de negro, como Ardan, movía sus espadas como si fueran abanicos, sin errores, sin fisuras y daban justo donde debían dar sin recrearse.

—¡Para ti la tortura es un arte, escocés! ¡Para mí el arte es matar sin que el otro sepa que ha muerto!

Miya achicó sus ojos plateados, se agachó y alzó la espada de adelante hacia atrás, para clavar la punta de la katana en el corazón de un lobezno, cuyas fauces estaban a punto de atravesarle el cuello. Después retorció la hoja; el lobezno puso los ojos en blanco. Con un movimiento rápido y casi imperceptible para el ojo humano, Kenshin se dio la vuelta, metió la mano en

el pecho del monstruo y le sacó el corazón, como quien quita una pelusa molesta en la ropa.

Menudo grupo.

Un einherjar highlander, un vanirio samurái y el líder del ejército de alados de Odín, que no era otro que el principito Gabriel, un humano cuya sabiduría y cuyos conocimientos de estrategia habían sido un punto a favor para todos los guerreros.

Y allí estaba él, un berserker en busca de su identidad, luchando junto a ellos como si pertenecieran al mismo clan.

De hecho, bien mirada, en una guerra como esa solo había dos clanes: el del bien y el del mal.

Y, aunque ambos hacían lo mismo (matarse los unos a los otros), los objetivos estaban bien diferenciados.

Unos utilizarían la exterminación para salvar al Midgard de una plaga infestada de maldad sobrenatural.

Los otros exterminaban para arrancar a la especie humana ese supuesto valor que los dioses admiraban en ellos: la esperanza, la salvación y la redención.

A Miya le acababan de cortar una mano.

Así sin más. Un lobezno le había mordido el antebrazo cuando intentaba alzar su chokuto para sesgar el brazo que había sujetado el pie de Róta.

La valkyria gritó con horror al ver lo que el lobezno le había hecho a su einherjar. Fue hacia el monstruo y le lanzó un rayo tan potente que lo dejó chamuscado al cabo de apenas unos segundos. Cuando estaba carbonizado, cogió la espada chokuto de su vanirio y despegó la cabeza lobuna del cuerpo.

Miya tenía el brazo pegado al pecho y no dejaba de sangrar.

Ambos se miraron con preocupación, puesto que los jotuns no dejaban de llegar, y ellos solo eran ocho. Ocho frente a miles. Es cierto que la mayoría de ellos no eran expertos en la guerra, pero sus mordiscos, sus arañazos y sus golpes se dejaban notar, dolían.

—Oni, no sé si saldremos de esta... —dijo el samurái, atrayéndola hacia sí.

—No me vengas con esas, Kenshin —le advirtió Róta—. Te faltará una mano, pero es imposible que nadie de aquí sea mejor guerrero que tú con tu katana. Así que hazme un favor: pelea.

—Yo peleo, pero tú haz lo mismo. —La apartó y le dio una patada en la cara a una mujer vampiro con ropa de panadera que se acercaba a ellos.

Los dos levantaron la mirada hacia el cielo blanco, moteado con nubes tan negras y espesas como su futuro en ese momento.

Había tantos vampiros en lo alto que parecían nubes de moscas.

¿Cómo se suponía que iban a sobrevivir?

Los nosferatus se habían fortalecido con las terapias. Los lobeznos eran unos salvajes despiadados, y después estaban los troles.

Un mordisco de ellos los dejaba fuera de combate en un santiamén. Y lo peor era que, aunque habían querido retirarse, no los dejaban.

Bryn y Nanna se habían aliado para, juntas, electrocutar a todos los troles que asolaban las montañas. Pero no podían. Mataban y después, como por arte de magia, se reproducían de nuevo. Aparecían nuevos batallones peludos escalando la montaña rocosa.

Gunny intentaba convocar una tormenta para salir de ahí, pero tenía tantos vampiros alrededor que era incapaz de librarse de ellos. El martillo iba y venía, pero no acabaría con todos.

Gabriel estudió la situación.

Era una encerrona.

Sabían que el último reducto de Newscientists se convertiría también en un agujero negro, un viaje sin regreso para aquellos que fueran a destruirlo. Por eso estaba poblado de jotuns.

El primer ejército oscuro de Loki, después de los etones y los purs intraterrenos, presentaba su avanzadilla en tierras noruegas. Y solo era uno de los muchos que tendría aquel dios timador.

Miles de engendros corrían por el descampado nevado. Avanzaban hacia ellos con garras y dientes. Y el problema es que ellos, los buenos, no llegaban ni a la decena. Eran solo ocho.

Ocho excelentes luchadores contra un millar de monstruos alocados e inexpertos en el combate frente a frente, pero igual de molestos.

Ardan arrancaba cabelleras. A su alrededor tenía un cerco de cabezas que delimitaban su perímetro. Cualquiera que entrara ahí, acabaría con el cuerpo separado en dos. Pero si entraban de cuatro en cuatro, la hazaña se complicaría mucho más.

Se les acababan las fuerzas. Las heridas cada vez eran más aparatosas.

Noah corría con su hacha en la mano y arrasaba con todo el que se cruzaba por delante; sin embargo, ni su arrojo ni su fuerza serían suficientes.

Tal vez nunca podrían salir de allí.

Y era su deber, como líder de los einherjars, encontrar un modo para sobrevivir.

Tal vez algunos perecieran. Pero había alguien que debía salir con vida de esa situación.

Aquella no era su lucha. Él no tenía por qué estar ahí metido.

Noah era alguien especial para los dioses. No tenía ni idea de quién podía ser, pero Gaby no olvidaba la profecía del *noaiti*.

Fuera quien fuese el berserker, él tendría relación directa con el Ragnarök.

Gabriel corrió hacia él, golpeando y apartando a todos los vampiros que se le echaban encima.

—¡Noah! —le gritó.

El cuerpo de Hummus, separado del centro de la batalla, observaba lo que estaba sucediendo.

No había nada del anterior inquilino. Aquella era la esencia pura de Loki en su interior. Y parte de lo que quedaba de Hummus en ese recipiente, lo agradecía, porque era su padre quien lo había poseído. Y se sentía poderoso. Él era el «poder».

—No quieres ser de los míos. ¿No quieres que te lleve a casa? —le había preguntado Loki desde su cárcel—. Entonces, retuerce el puñal sobre tu corazón y deja que yo ocupe tu cuerpo. Es el único modo que tengo de salir de aquí, por ahora: romper la cárcel de cristal y regresar físicamente tomará un tiempo.

—Pero ¿moriré para siempre? —había preguntado él, clavando centímetro a centímetro la daga divina en su pecho.

—Vivirás en mí. ¿No crees que no hay mejor regalo que ese? Soy tu padre. El único que te aceptó. El único que vio que lo que se hizo contigo fue injusto. Fui yo quien te quitó el velo de los ojos, ¿verdad? Gracias a mí pudiste ver.

—Sí, es cierto.

Él había sido el hijo castigado de Odín: el desterrado, el que no quisieron por haber cometido un terrible pecado contra su hermano. En realidad, de haber sabido que sucedería lo que pasó, jamás lo habría hecho.

Sin embargo, el castigo fue innecesario, demasiado cruel.

Loki le ayudó a salvarse. Su padre creyó haberlo matado, pero, en realidad, fue Loki quien lo salvó y le dio una segunda oportunidad de vivir, con lo que evitó que su alma inmortal desapareciera. Le dio la vida que tenía en el Midgard.

—Ahora retuerce tu puñal, relájate y déjame entrar —dijo Loki a través del hielo.

Hummus podía ver su cuerpo inmóvil a través de las capas y capas de agua helada. Él estaba ahí. Jamás lo había visto. Pero estaba ahí.

—Retuércelo ahora, o no podré cumplir mi venganza —repitió Loki con voz implacable—. ¡Ahora!

Hummus se sacrificó y decidió morir para que Loki se hiciera cargo de su cuerpo y de su mente.

Y ahora era él quien estaba de pie sobre los restos de la cima a la que se

llegaba a través de la escalera de los troles. Hummus seguía allí de algún modo, pero era Loki quien mandaba.

Y el panorama de aquel lugar era tan apocalíptico y terrorífico como a él le gustaba.

Sí. Sí, señor.

Era justo lo que él esperaba. Era exactamente lo que quería.

Los guerreros de Odín, conocedores de ese último cónclave científico en la Tierra, irían a por ellos. Intentarían destruir sus instalaciones sin saber que en esa parte del mundo ellos eran más.

Más numerosos. Más ansiosos de sangre y de venganza.

Más protectores. Sabedores de que él, su dios, se hallaba justo en algún lugar de aquel país, bajo el hielo, esperando a salir.

Ahora el hechizo de su cárcel ya se había roto. Lo había logrado. Su plan, con muchas dificultades, seguía adelante.

Pero era él quien pisaba el Midgard. Y no Odín. Aquel mundo era de su propiedad, siempre lo había sido.

Y se lo iba a demostrar. Pero antes debía resolver el enigma de aquel guerrero rubio, pues no sabía hasta qué punto podría molestarle. Tenía que quitarse del medio cualquier contratiempo que pudiera surgir.

Aquella hermosa tierra estaba infestada de sus hijos. Y, tal vez, los einherjars y el Niño Perdido pudieran ir allí y acabar con todo, pero ellos se asegurarían de acabar con sus vidas.

Los humanos lo llamaban «daños colaterales». Para lograr un objetivo a veces se debía sacrificar algo.

Hummus inclinó la cabeza. Sus ojos grises, entrecerrados, observaron atentamente ese ser que irradiaba una energía extraña, sobrehumana. Su puñal *guddine* se calentaba y lo señalaba.

No había duda. No había pérdida.

Era Noah Thöryn, el protegido de As Landin.

¿Quién sería en realidad? ¿Qué sería?

¿Y por qué no lo reconocía?

¡Era un semidios! ¡De eso no había duda!

Pero era un berserker. Sus colmillos, su pelo largo, rubio blanquecino, sus músculos superdesarrollados. No era un hijo puro de dioses.

Los dioses no tenían esa complexión, excepto los destinados a la guerra, como Odín, Thor y Tyr.

Entonces, ¿quién demonios era? ¿De cual de esos dioses era hijo?

El cuerpo de Hummus dio un saltito y bajó de la roca negra y llena de nieve en la que estaba.

Lo iba a descubrir enseguida.

—Lárgate de aquí. Llévate a Nanna —ordenó Gabriel, espalda con espalda con Noah.

—¿Cómo dices?! ¡No! ¡Ni hablar!

—Noah, somos un eslabón más en el Midgard. —Gabriel lucharía hasta morir, igual que sus guerreros, igual que las valkyrias—. Pero tú tienes algo que hacer. ¡Vete de aquí y hazlo!

Noah se giró y encaró al engel.

—Yo no abandono —le aseguró, desafiante como un lobo.

—¡Haz caso al engel! —rugió Ardan tras ellos—. ¡Casi siempre tiene razón! Te agradecemos que hayas pasado a saludar... ¡Pero debes irte! —Levantó un lobeño con sus manos, por encima de su cabeza, y lo dejó caer hasta partirle la columna con su pierna—. ¡Y llévate a Nanna! Contigo estará a salvo. Juntos tendréis una posibilidad de sobrevivir.

—¡No! —protestó él.

—¿Por qué no?! —Róta se levantó por encima de ellos; juntó las piernas y golpeó a un trol que iba a por ellos; lo alejó de su cerco y provocó que se reuniera con su manada—. ¡Bryn! ¡Ahí! —La valkyria señaló la nueva manada que aparecía, y lanzó una flecha hacia ellos.

La generala, desde el aire, los electrocutó con sus potentísimos rayos. Era la más fuerte de todas. Eso llenaba de orgullo a Róta.

¡Era su hermana, joder! ¡Viva Bryn!

—¡Obedece al engel! —repitió Róta.

Noah miró a su alrededor. ¿Dejarlos? Ni hablar. Con él tendrían más posibilidades. Era un guerrero, como Nanna.

Además, no había ido hasta allí para abandonar.

Había ido allí a pedirles un favor y así poder continuar el viaje solo.

—¡Nanna no puede venir conmigo! —le explicó a Gabriel con los dientes apretados.

—¿Por qué no?

—Porque, si viene conmigo, morirá. La he traído aquí para que os la llevéis. Dile a Gunny que convoque una tormenta. Marchaos de aquí y lleváosla con vosotros. Yo seguiré mi camino solo.

—Hace un buen rato que Gúnnr intenta abrir un portal eléctrico. Pero no puede. —Gabriel lo cogió por la solapa de su chaleco—. ¡Mira sobre tu cabeza! ¡Estamos en el ojo de un huracán de vampiros! ¿Cómo se supone que vamos a salir de aquí? ¡¿Eh?! ¡Coge a tu chica y vete!

—¡No! ¡Se morirá! ¡Lo sé!

—¡Me cago en todo, Noah! —rugió Gabriel.

Al ver que no iba a obedecerle, dio un salto por encima de sus cabezas, abrió las alas y él solo se enfrentó al enjambre de nosferatus que se movía

como una bandada de pájaros en el cielo, dispuestos a aniquilar a Gunny y a Bryn.

Nanna observaba atentamente la discusión que tenía lugar en la planicie, donde todo el mundo mataba a todo el mundo, donde la nieve se deshacía con la sangre caliente de los muertos y de los esbirros de Loki, y se moteaba con las heridas abiertas de los guerreros de Odín y de Freyja.

Gabriel alzó el vuelo como un ángel vengador y luchó junto a ellas.

Nanna no paraba de lanzar rayos.

Bryn quemaba y atravesaba con sus flechas a todo el que podía.

Róta hacía lo propio desde el suelo.

Miya cortaba y atravesaba a todo aquel que se moviera a menos de dos metros de distancia de él o de la valkyria de pelo rojo. ¡Y lo hacía con una sola mano!

Ardan... Ardan parecía estar creando su propia cámara de los horrores. Parecía que quería erigir una montaña de muertos a sus pies. Su propio cementerio.

—¡Nanna! —gritó Gabriel atravesando la espalda de un nosferatu—. ¡Tienes que convencer a Noah!

—¿De qué?! —preguntó ella, que armó de nuevo el arco y agitó sus alas con fuerza para mantenerse en su lugar.

—¡No quiere que viajes con él!

—¿Cómo dices?!

—¡Que no quiere que viajes con él! ¡Y los dos sois indivisibles! ¡Él es tu einherjar! ¡Y tú eres su valkyria! Si os hieren, tendréis posibilidad de sobrevivir con la *helbredelse*. ¡Así pues, cualquiera que sea vuestro objetivo, debéis alcanzarlo juntos!

Nanna se quedó inmóvil por un momento. Ni siquiera las alas se movieron.

«¿Que Noah no me quiere a su lado?».

No quería que viajara con él. No quería que viajara con él. No quería que viajara con él.

No era en eso en lo que habían quedado. Cualquiera que fuera su destino, debían cumplirlo juntos. ¿Y aquel perro rubio quería romper de nuevo su palabra?!

—¿Te ha dicho eso?!

—Él teme por ti... Quiere que te llevemos con nosotros.

Nanna dirigió su mirada roja y enfurecida hacia su berserker luchador y carnicero.

—¿Él teme por mí?! ¡Y una mierda!

—Sí... —contestó Gabriel—. Largaos de aquí los dos. Nosotros

entretendremos a los jotuns. Cógelo y llévatelo.

Ella fijó su mirada en Gabriel.

—Yo no abandono a mis hermanas ni a mis amigos —aseguró fulminándolo.

—¿Tú también? —replicó Gabriel, agotado—. ¡No me jodas!

Nanna se encogió de hombros. Bryn lanzó un grito al cielo.

—¡Dale su merecido, Nanna!

Ella desplegó las alas y se tiró en picado hacia el círculo de vampiros que rodeaba a Noah y a Róta.

—Y a mí nadie me abandona —exclamó con voz grave y asustada.

Cuando cayó con los pies por delante y un cúmulo de hebras eléctricas rodeando su cuerpo, los esbirros de Loki se apartaron, asustados.

—¡Arriba! —le ordenó Nanna a Noah.

El berserker frunció el ceño, sorprendido de tenerla en frente.

—No —contestó—. Protégete. —La colocó tras él.

—¿Para qué? ¿Para que me dejes?

Él chasqueó con la lengua. Mataría a Gabriel.

—¡Ardan! —El highlander se asustó al escuchar el tono maquiavélico de Nanna, cuya era bien palpable—. Coge a Noah y a Miya, y llévatelos arriba —le ordenó la valkyria.

Róta la miró por encima del hombro y sonrió feliz de tener a la loca de su hermana a su lado.

Ardan asintió, cogió a Noah y ordenó a Miya que levantara el vuelo.

—Vamos a freír a cualquiera que esté pisando el suelo —le dijo Nanna a Róta.

Ambas se juntaron hombro con hombro, entrelazaron sus manos y se acuclillaron en el suelo. Después, pegaron las palmas a la superficie helada y rojiza. Sus cuerpos atrajeron la energía electrostática de todo lo que las rodeaba.

Sus melenas vibraron con el poder chispeante que emanaban de sus cuerpos.

Sus manos y sus dedos se iluminaron. Una onda expansiva recorrió toda la superficie, electrocutando y paralizando a todo jotun o esbirro de Loki que corriera hacia ellos.

Róta se echó la melena sobre un hombro, conjuró su arco y dijo:

—Coño, Nanna. Eres peor que un matamoscas.

Nanna sonrió y repuso:

—Ahora empieza la verdadera exterminación. Vamos a por las cucarachas.

Cuando las dos guerreras utilizaron sus trucos para dejar parcialmente

inmóviles y desvalidos a todos los monstruos de su alrededor, Ardan, Miya y Noah regresaron a sus puestos para hacer la cirugía a todos y cada uno de sus enemigos.

Bryn, Gúnnr y Gabriel se quedaron en los cielos, ocupándose de la nube de nosferatus que cada vez se hacía más y más grande.

Era como luchar contra los habitantes de ciudades enteras. Había miles.

Las flechas, las espadas, las manos, los rayos... Todo valía para ganar y vencer.

Y en una esquina, resguardado del caos y de la destrucción, Hummus levitaba dos palmos sobre el suelo. Lo presenciaba todo en primera fila.

Él había visto llegar desde lejos el ataque de las guerreras de la diosa Freyja.

Valkyrias. Sonrió, pues sabía que el destino que iban a correr en el Midgard iba a ser insufrible. Morirían todas bajo su bota, o bajo su bastón. Y morirían llorando, agonizando de dolor.

Noah estaba ajeno a todo, entretenido sacando corazones de troles y lobeznos.

Ese sería su momento, pensó Hummus.

Tenía al semidios a tiro: debía actuar con rapidez.

Sus vampiros se encargarían de comerse literalmente a la hija de Thor; aquella semidiosa cuya réplica del *Mjölnir* traía a sus jotuns por el camino de la amargura.

Pero ella no le importaba tanto como ese misterioso guerrero que tenía ante sí.

Lo mataría como se mataba a un berserker: le arrancaría la cabeza de cuajo.

XVII

Noah acababa de aniquilar a otro neófito cuando sintió una quemazón a la altura de la parte baja de su espalda.

Aguzó los sentidos de inmediato.

Era su puñal *guddine*, el mismo que detectaba la cercanía de un semidios y que lo avisaba cual alarma antirrobo.

Se dio media vuelta, para ver qué pasaba.

La hoja le quemó y sacó la daga de su pantalón.

El mango, que tenía bellas incrustaciones de piedras preciosas blancas y rojas, daba vueltas y se retorció, en señal de aviso.

Y, de repente, en un visto y no visto, Hummus se materializó ante él.

Los ojos grises y el pelo negro y suelto del lobezno le recordó a la primera vez que se vieron en las cuevas de Chappel Battery. Pero esta vez, Hummus parecía más débil físicamente, aunque más poderoso en presencia.

Noah levantó su *oks*, dispuesto a cortarle la cabeza y a pelear, tal y como había hecho con todos los demás.

No iba a intercambiar ni una palabra con él. Pero entonces un fuerte dolor en el pecho lo distrajo. Su *oks* cayó al suelo.

Miró hacia donde provenía el dolor. Ver aquella imagen lo impactó.

Hummus acababa de atravesar su pecho con su puño. Inclemente, sostenía su corazón.

Noah cayó de rodillas y el lobezno sonrió como un loco.

—Tienes la energía de un dios, pero eres un mierda. Puede que Odín haya dejado a semidioses por el Midgard, pero ¿de qué sirven cuando son tan flojos como tú?

Noah escupió sangre por la boca. Parpadeó, confundido por no haberlo visto venir. Hummus había sido tan rápido. En un visto y no visto se le había plantado en frente y le había metido la mano en el pecho, como si eso fuera tan sencillo como hacer un agujero en la arena.

Hummus apretó el corazón entre sus dedos, decidido a reventarlo, a hacerlo explotar. Noah dejó ir un alarido de angustia con tanta fuerza que los guerreros de alrededor dejaron sus peleas por un segundo.

Nanna, tras atravesar a dos neófitos con sus flechas, se dio la vuelta; sabía que ese grito no podía ser de otro más que de Noah. Cuando lo vio arrodillado ante aquel hombre, su mundo se desmoronó.

¿Quién era aquel tipo vestido con ropas negras y harapientas que intentaba someter a su bengala?

¡Si le arrancaban el corazón, el berserker moriría!

—¡Noah! —gritaron todos a la vez, dispuestos a echarle un cable.

Sin embargo, el lobezno levantó la mano y los lanzó a la otra punta de la superficie.

Hummus retorció el corazón con sus dedos. Estaba dispuesto a matarlo. Sin embargo, Nanna, que estaba en otro lado, lo placó. Le dio un fuerte golpe en las rodillas y lo tiró al suelo.

Noah debería estar muerto: le había dejado el corazón hecho papilla, deshecho; sin embargo, el berserker continuaba vivo.

—¿Por qué no mueres, hijo de puta? —rugió Hummus desde el suelo, lanzándose a por él.

Nanna se puso delante para protegerle. Le rodeó con los brazos. Tenía el rostro lleno de lágrimas y los ojos rojos. Le mostraba los colmillos como una fiera.

Hummus vio la estampa y se echó a reír.

—Ah... Vaya vaya... ¿El berserker ha encontrado a su putita eterna? —La señaló con el dedo y le indicó que se acercara.

Nanna no iba a obedecerle. Sin embargo, aquel hombre la elevó del suelo y la hizo levitar, arrastrando las puntas de sus descansos, hasta llegar justo en frente de él.

—¿Y qué tenemos aquí? —preguntó Hummus repasándola de arriba abajo—. Una valkyria enamorada de un berserker... ¿Es eso? —Soltó una carcajada—. Me maravillan los inventos de los dioses. ¿Te ha marcado? —le preguntó.

Ella le escupió en la cara y miró hacia otro lado.

Si había algo que Loki detestaba era la falta de respeto. Si supiera quién era, jamás habría hecho eso. Se habría arrodillado ante él y habría suplicado por su vida.

—¿Sabes que el mordisco de un lobezno a una mujer marcada por un berserker hace que se le revuelvan las entrañas y que casi muera de dolor? ¿Por dónde te muerden, preciosa? ¿Por el cuello? —le preguntó rozando su mejilla con la nariz.

Noah jamás había escuchado algo así. Se levantó, con la mano en el pecho agujereado y un dolor que hacía que le castañetearan los dientes, y caminó renqueante hacia ellos.

—Suéltala —ordenó, inclinándose hacia un lado, a punto de caerse.

Hummus lo ignoró.

—Digo lo de «casi» porque su pareja puede sanarla en un momento. —Se encogió de hombros—. Pero, claro, tú, Niño Perdido, ya habrás muerto, así que... Dejemos que esta beldad muera de dolor. —Agarró a Nanna por el chaleco, lo abrió para morderla justo en la marca que debía de tener en el

cuello. Pero entonces Hummus se arrodilló y se quedó completamente ciego.

Todos los secuaces de Loki, lobeznos, nosferatus, troles y neófitos se llevaron la mano a los ojos. No podían ver nada.

Nanna se liberó de su amarre. Noah, que, poco a poco, se recuperaba del maltrato al que le había sometido Hummus, dijo:

—¡Es el collar! ¡No cubras el collar, Nanna!

La valkyria se abrió el chaleco y siguió mirando a Hummus solemnemente, decidida a acabar con él de un momento a otro.

—¡No veo nada! —gritaba Loki, que intentaba escapar de ese cuerpo. Pero aquella extraña luz que no cesaba de brillar lo tenía desorientado, perdido.

Noah agarró al lobezno por el pelo. Con la otra mano sostenía su puñal *guddine*, que le clavó a la altura del corazón.

—¡Matadlos a todos! —gritó el bengala, que tenía las venas hinchadas por la rabia y la ofuscación. Y es que cuando Odín los transformó en berserkers, les dio la furia propia de los lobos sangrientos. Y ahora Noah estaba más furioso que nunca.

Hummus había estado a punto de morder a Nanna. Eso no se lo perdonaría jamás.

El berserker retorció el puñal *guddine* en el corazón del lobezno.

—¿Y tú eres un semidios? —le repitió al oído—. No entiendo cómo Loki envía a semidioses tan flojos como tú al Midgard.

—¿Por..., por qué no puedes morir? —preguntó Loki en el interior del cuerpo de Hummus.

¿Quién demonios era? Él mismo había sacado su espíritu de la cárcel de cristal para poner el de Hummus. Pretendía descubrirlo él mismo y, así, ahorrarse sorpresas desagradables. Pero no sabía quién era. Ahora, si Noah lo mataba, regresaría a la cárcel. Esta vez, cuando saliera de ahí, que lo haría en breve, solo tendría ese cuerpo, ninguno más.

Aunque bien mirado, el Ragnarök lo merecía. Ver cómo el planeta perecía bajo sus artimañas sería el fin perfecto para un plan tramado desde hacía miles de años.

—Nerthus me dijo que no se puede matar a alguien que ya está muerto. —Sonrió, soberbio.

El lobezno frunció el ceño. De repente, una idea molesta cruzó su mente.

—No puede ser... —susurró con los ojos grises brillantes, medio enajenados.

—¿Qué es lo que no puede ser?

—Se han girado las tornas —susurró echando espuma por la boca—.

Esta vez... el asesino eres tú.

—Y estoy orgulloso de acabar contigo, escoria. Loki se queda sin su última marioneta.

Noah se encogió de hombros, hundió la mano en el pecho de aquel jotun y le sacó el corazón, que se incendió en su mano. El bengala lo dejó caer, asqueado.

Hummus había muerto.

Pero mientras Loki regresaba a la velocidad de la luz hasta la cárcel de cristal que ya no podía retener su cuerpo físico por mucho más tiempo, solo tenía un pensamiento en la mente.

El bengala acababa de matar a su hermano.

Y era cierto que él se había quedado sin su marioneta.

Por eso, la próxima vez que se encontraran, sería él mismo quien acabara con la vida de Noah. Ahora sí que sabía qué tenía que hacer.

Los guerreros amontonaban los cuerpos y las valkyrias los incineraban con sus rayos.

La cima de aquel monte de Rauma era un crematorio, resultado de una batalla que creían perdida, pero que, sorprendentemente, había acabado con una victoria aplastante, gracias a la intervención de Nanna, la portadora del *Brisingir*.

Nanna no había intercambiado ni una sola palabra con Noah. Se sentía decepcionada y triste porque aquel hombre había decidido rendirse y apartarla de su lado, aunque en la cueva de las agonías le hubiera hecho creer lo contrario.

La valkyria lo esquivaba. Evitaba tocarlo y mirarlo, pues desconfiaba de sus propios impulsos. Estaba desencantada por la actitud de Noah. Sentía tal frustración por no saberse indispensable para él en su viaje que solo tenía ganas de gritar y de electrocutar.

Por eso no cesaba en sus rayos y avivaba las llamas incluso cuando ya no era necesario.

—Nanna —le dijo Róta al otro lado, lanzando rayos a la pila de muertos—. ¿Sabes qué pensé cuando Hummus abrió tu chaleco y se arrodilló ante ti?

Nanna negó con la cabeza, seria y concentrada.

—Pensé: «Esta mujer lleva unos cubrepezones reflectantes y lo ha dejado todo loco, cegado».

Nanna levantó la mirada hacia su hermana. Sus pestañas titilaron.

—Ya sabes —continuó la valkyria deslenguada—, en plan: «¡Sorpresa! ¡No llevo ropa interior!».

Solo Róta podía arrancarle una carcajada en un momento como ese.

Nanna intentó reprimir la risa, pero fracasó.

—Eres una bruta —dijo.

—Sí. Lo sé. Y te encanta. Te he hecho reír. —Le guiñó un ojo.

El samurái se acercó a Róta y le dijo algo al oído. Róta le acarició el rostro y asintió con la cabeza.

—Voy a ayudarlo a buscar su mano —informó a Nanna—. Espero que no la hayamos quemado... —Echó un vistazo a la pira funeraria.

—Espero que no. Las necesito para pelear —comentó Miya—. La buscaría yo, pero el olor a sangre de trol es muy molesto y penetrante, y la hoguera que estáis haciendo difumina mi sangre. No me puedo encontrar.

—Un momento —se disculpó Róta. Tomó a Miya por la cabeza y pegó su frente a la de él.

Nanna sabía lo que estaba haciendo. Róta tenía el don de la psicometría. Si tocaba a Miya tal vez podría encontrar su extremidad perdida.

La valkyria que todo lo ve se separó del samurái y miró a su alrededor.

—Está por esas rocas de allí. —Señaló un cúmulo de escollos en el dentro de la planicie.

Miya exhaló agradecido y besó a Róta en los labios.

—*Arigato, hanii.*

—De nada, japo mío.

Mientras el vanirio buscaba su mano, Róta continuó quemando junto a Nanna, mientras Bryn y Gúnnr hablaban junto a Gabriel, Ardan y Noah de lo que habían descubierto en aquel edificio, en aquel nido de humanos de Loki.

Nanna tenía tan buen oído como Róta, por lo que ninguna de las dos se perdía detalle de lo que decían.

—Nanna trae el *Brisingir*—dijo Bryn sin ocultar su sorpresa—. Y no lo hace por casualidad. Freyja se lo dio por un motivo que tiene que ver con el aquí y el ahora.

—Estoy de acuerdo —respondió Gúnnr, limpiando su martillo de restos de jotuns.

—Ninguno de nosotros puede ver su luz, porque el *Brisingir* actúa contra las fuerzas malignas de Loki —continuó la generala—. Pero, conociendo a la diosa, es posible que ella supiera de las dificultades con las que íbamos a encontrarnos en este lugar. Sabía que Nanna estaría aquí y nos ayudaría. —Sonrió, maravillada—. Cómo quiero a esa puta.

—Sí, ya... Es una mierda ser bipolar, me encanta —replicó Ardan, repasando las heridas de Bryn con su mirada caramelo.

El highlander estaba tan preocupado como Gabriel por Gúnnr. Estaban deseando llevarse a sus mujeres a algún lugar para curarlas.

Noah desvió la mirada hacia Nanna. Su tensión, su espalda envarada y

aquel gesto mustio y desafiante indicaban que la valkyria prefería comerse un cactus a hablar con él.

Pero no pensaba echarse atrás. Tenía que convencerlos de que lo mejor era que Nanna se fuera con ellos.

—Entonces, ¿creéis que Freyja quiere que Nanna muera?

Gúnnr y Bryn le prestaron toda su atención.

—¿Por qué dices eso?

—Porque decís que todo esto que hacemos está ya planeado —explicó, con cierto tono de desprecio—. Freyja conocía esta guerra, y por eso trasladó a Nanna hasta aquí. ¿Eso es lo que decís?

—Sí, más o menos... —dijo Bryn.

—Entonces Freyja quiere que Nanna muera. Porque si ella sigue conmigo, ese será su destino.

—Yo no moriré —dijo Nanna desde detrás—. Olvídate de enviarme con ellos.

Noah se dio la vuelta y la miró directamente a los ojos.

—Sabes que sí. Sabes que hemos soñado lo mismo. Yo sueño con eso desde hace tiempo..., y ahora tú te quemas conmigo.

—¡Son solo sueños! —gritó Nanna—. ¡Y tú eres un mentiroso! ¡Me dijiste que iríamos juntos!

—¿De qué sueños habláis? —preguntó Gabriel, que parecía perdido e intentaba manipular su iphone.

—No voy a dejar que decidas por mí, Noah. —Nanna le señaló con el índice y se lo clavó en la herida del pecho, que aún estaba cicatrizando—. En lo que a mí respecta, tu viaje también es mío. No me voy a apartar.

Noah siseó, se fue hacia ella y la desafió, amenazándola con su altura y su corpulencia. La cogió de la muñeca y la acercó a él.

—No hagas que me enfade.

—Mira cómo tiemblo.

Los ojos amarillos de él le prometieron venganza ante aquel abierto desafío; los castaños de ella enrojecieron iracundos y lo empujó para apartárselo de encima.

—Los sueños no tienen por qué ser presagios —apuntó Miya, que cargaba con su propia mano amputada.

—Me encantaría que experimentaras una vez lo que es morir quemado. Porque te aseguro que lo siento todo. Todo. Y es Nanna la que se quema junto a mí. No pienso permitirlo.

—¡Tú no tienes poder sobre mí, perro! —gritó Nanna, acongojada—. ¡No me vas a dejar al margen! ¡Yo también he sentido ese sueño, pero no pienso como tú!

Noah se fue hacia ella, y ella hacia él. Parecía que, en cualquier momento, se fueran a pelear. Róta y Miya los separaron.

—Todavía tenemos el subidón de adrenalina —intentó explicarles Miya—. No es bueno discutir así...

—Eso digo yo —dijo Róta, a la que le entretenía ver a Nanna tan furiosa—. Lo mejor es follar, ¿verdad, *oni*?

—Pero ¿es que no lo entendéis? Si no os lleváis a Nanna ahora en una de esas tormentas que creas, Gúnnr, ¡tu amiga morirá! ¿Es eso lo que queréis?

Gúnnr puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que no quiero eso —replicó molesta por tal insultante insinuación—, pero ahora mismo no puedo convocar ni una reunión de dos. Mira mi cuerpo, berserker. Tengo heridas por todas partes, como todos. Necesitamos sanación y repostar energía. Hasta que entonces no podré crear una tormenta.

—Además, ¿adonde crees que vamos? —le preguntó Ardan, imponente, cruzado de brazos a su lado, con el rostro lleno de sangre—. Por tus palabras parece que nos dirijamos al Paraíso, pero regresamos a Escocia. ¿Sabes lo que es eso ahora? Es un maldito cementerio, abierto en dos, con gases tóxicos flotando en el aire y lava en el interior de sus entrañas. ¿Crees que allí tendrá más posibilidades de sobrevivir? ¿O aquí?

—Mientras no esté conmigo... —repuso Noah. Necesitaba sacarla de allí y liberarla del posible futuro que la esperaba a su lado. No podría vivir si ella moría por su culpa—. Ella me estorba. Iría más rápido solo. Todo sería más fácil.

Bryn, Róta y Gúnnr abrieron la boca, pasmadas, y después exclamaron todo tipo de improperios. ¡Eso no se le decía a una valkyria! ¡Jamás!

—¡Cabrón cínico! —gritó Nanna con los puños apretados.

Se lanzó a por Noah, y esta vez, las valkyrias se unieron a su propósito, pero Ardan se puso en medio. Tomó a Noah por los hombros y se lo llevó de allí. Las valkyrias intentaron serenar a su hermana, sin mucho éxito.

—¡¿Te estorbo, cretino?! —gritó por encima de las cabezas de sus hermanas—. ¡Si no llega a ser por mí, ese lobo con pinta de *heavy* te habría matado! ¡Te he salvado el culo!

Róta arqueó las cejas y asintió.

—Ahí has estado muy bien, Nanni. Nuestro gusto por los diamantes y las perlas está más que justificado. Mira lo que ha hecho el collar de Freyja...

—¡Deja de llorar, *Rainman*! —espetó Nanna con dureza—. ¡No sé quién soy! ¡No sé de dónde vengo! —lo imitó, aunque las lágrimas la delataban—. ¡Eres como Willy, estás perdido continuamente y no permites que nadie te encuentre!

Bryn y Róta se miraron y rieron por lo bajini.

—Es Wally, Nanna. Willy es la orca asesina.

—¡Me da igual! —La energía electromagnética de Nanna se elevaba con rapidez.

—¿Y qué harás, valkyria?! —Noah se encaró con ella, a pesar de que Ardan lo sostenía—. ¡Tú no me puedes hacer daño!

Nanna agitó sus *bue*, desplegó el arco y cargó tres flechas en la cuerda.

—¡No! ¡No!

Las valkyrias la cubrieron por completo, intentando detenerla.

—¡Dejadme! ¡Lo mato! ¡Presuntuoso! ¡Trolera!

—¿Trolera? —Ardan miró a Noah; el labio con su cicatriz se alzó dibujando una sonrisa insolente—. Eres todo un macho, ¿eh?

—Que te follen, escocés —contestó Noah, irascible.

—Sabes que sus flechas hacen daño, ¿verdad?

Noah frunció el ceño y sonrió a Nanna, provocador.

—¿Me quieres disparar, valkyria?! ¡Venga! ¡Adelante!

—No es por nada... —Miya se colocó en medio de la línea de fuego, alzando su propia mano cortada; sus ojos rasgados miraban a todos los allí presentes con asombro—, pero me desangro. Me de... san... gro. Necesito que mi valkyria haga magia y me pegue la mano derecha.

Gabriel decidió poner orden en aquella contienda entre parejas. Comprendía que las relaciones no eran fáciles y que el dilema de Noah era muy importante para él y para todos, pero, tal y como estaban las cosas, no podían quedarse ahí por más tiempo.

—¡Dejad de discutir! —gritó Gabriel. Intentaba coger señal telefónica para hablar con los clanes y averiguar cómo iba todo, pero su móvil, como el de todos, se había estropeado durante la batalla. No acababa de coger buena cobertura. Debía informar que la última sede de Noruega agonizaba bajo el fuego y los escombros, y quería saber cómo iba todo en Inglaterra y en Estados Unidos—. Debemos salir de aquí y encontrar una línea fija que esté en pie. Todos los pueblos del Jotunheim están desiertos.

—Yo llamé a As desde el hotel —informó Noah, que odiaba profundamente pelearse con Nanna. Era horrible discutir con ella, pero es que Nanna no quería hacerle caso. Se apartó de Ardan—. Los pueblos están en buenas condiciones y los sistemas eléctricos siguen funcionando. Hay línea.

Gabriel asintió.

—Entonces vayamos al pueblo más cercano. Nos reponemos todos de nuestras heridas y permitimos que Gunny coja fuerzas. Entonces decidiremos qué hacer con tu *kone*. —Miró a Noah, conciliador.

—No hay nada que decidir —repitió Nanna, limpiándose las lágrimas

de las mejillas.

Noah negó con la cabeza. Aquella situación lo agotaba.

—Haced lo que os dé la gana —murmuró—. Yo sigo con mi viaje.

—Te acompañaremos hasta el pueblo más cercano. Ahí nos separaremos. Pero, tú, como nosotros, necesitas que tu valkyria te ponga las manos encima y te cure, berserker. Nadie puede continuar así, por mucho que nos regeneremos rápido. ¿Alguien tiene idea de cuál es ese pueblo más cercano? Está oscureciendo y en pleno Jotunheim: no quiero ni imaginarme lo que se nos puede venir encima si estamos demasiado a la vista.

—Gracias por tu coherencia, engel —murmuró Miya.

Noah aceptó. Tenía que calmarse, no podía seguir con los nervios tan a flor de piel. Pero desde que Nanna y él lo habían hecho por primera vez, estaba completamente descontrolado. Además, luego se sumó el afrodisíaco de las agonías a su tortura; como resultado, estaba un pelín histérico y enfadado con Nanna, por no ver que él, en realidad, se moría de miedo por ella.

Sacó el mapa que tenía guardado en el bolsillo del pantalón. Había conseguido hacer una fotocopia de la zona en el hotel, buscando por Internet. Ahora tenía un plano de Noruega.

Noah le echó un vistazo y localizó el pueblo más cercano. No retrocederían hasta Lom. Seguirían adelante.

—Debemos ir hasta Storen.

Sí. Tal vez allí podría encontrar información sobre aquellos pilares de hielo subterráneos que había vislumbrado en su visión.

Nanna leyó perfectamente lo que quería hacer Noah. Era como si lo conociera de toda la vida. Intuía sus movimientos, aunque no había visto venir su engaño. No sabía que se la quería quitar de encima de ese modo.

Sin embargo, ella se adelantaría a sus movimientos. Porque tenía una herramienta mucho más eficaz que Internet o que un mapa cualquiera.

Todos acataron la orden del engel. Con mejor o peor humor, descendieron de la cima de Rauma, allá donde la Escalera de los Troles los había guiado.

XVIII

Wolverhampton

As colgó el teléfono.

Gabriel le había resumido lo que había pasado en Rauma: excelentes noticias para los clanes.

Newscientists había desaparecido de la faz de la Tierra. Ya nadie los perseguiría. No quedaba un solo representante en pie.

Desde Mikhail a Hummus, todos habían muerto. Lo habían logrado luchando juntos, codo con codo. Razas en otros tiempos enemistadas, habían descubierto que si creaban una coalición eran más fuertes.

No obstante, el planeta estaba repleto de huevos de purs y etones a punto de eclosionar. Noruega estaba a rebosar de troles.

Los habitantes escandinavos cedían a las órdenes de los vampiros y se convertían en uno de ellos. Eso le sucedería a la mayoría de los humanos, pues eran débiles mentalmente.

Los portales de toda la Tierra palpitaban y vibraban, abiertos a aquellos que intentaran activarlos y usarlos como puente; además, los más poderosos, después de que los portales de todo el Reino Unido se desactivaran a raíz de lo sucedido en Escocia e Irlanda, estaban en los países nórdicos, tal y como le había mostrado Miz. Era como si esa energía hubiera viajado hacia otro agujero de igual vibración.

Y, en vez de escoger los portales de España, o los de Francia, o los de Inglaterra, o los de Asia, África o Estados Unidos, la energía electromagnética de esos lugares se había desplazado hasta los países helados. Y era justo allí donde Noah intentaba descubrir qué era lo que tenía que hacer.

Justo en el lugar en el que el equipo de Bryn y de Gabriel habían ido a luchar.

Las terapias antiesporas solo habían conseguido matar a los embriones que no se habían desarrollado lo suficiente. Tarde o temprano, todos los huevos ya hechos se abrirían. Entonces todo temblaría, como ya empezaba a hacerlo Inglaterra.

Como ya sucedía en el resto del mundo.

Los vampiros eran más fuertes que antes. Al parecer, como le había informado el engel, la fórmula creada por Newscientists de Stem Cells había ayudado a los nosferatus a soportar la luz del sol. Si su fórmula recorría todo el mundo, los vampiros saldrían tarde o temprano.

Pero, ahora, eran ejércitos sin líder: Hummus muerto, las sedes

destrozadas, Loki desaparecido y perdido como una entidad mental. ¿A quién iban a obedecer? ¿Quién sería el jefe de esa rebelión?

Algo no cuadraba.

Caleb McKenna salió al porche, donde se encontraba As Landin, que, perdido en sus propios pensamientos, intentaba averiguar qué estaba pasando.

Él, como líder vanirio de Dudley y miembro del consejo Wicca, tampoco podía adivinar cuál sería el movimiento de los secuaces de Loki. La orden directa era destruir, por supuesto, pero un ejército sin estrategia estaba condenado al fracaso. Y dudaba de que Loki, realmente, hubiera planeado todo aquello tan meticulosamente para nada.

—Esto no ha acabado —sentenció Caleb.

As asintió con la cabeza y miró a la pareja de su nieta. Era un gran compañero con el que podía luchar. As estaba orgulloso de todo lo que había logrado hasta entonces.

Les había costado mantener las diferencias a raya, pero, al final, vanirios y berserkers se habían hecho amigos, pues tenían un objetivo en común.

Un nuevo temblor, ligero e imperceptible para el ser humano, pero sensible para seres tan instintivos como ellos, sacudió el jardín del hogar de As, y toda una ciudad y un país.

—Los sismos son cada vez más potentes —murmuró As.

—Sí. —Los ojos verdes de Caleb inspeccionaron el cielo nublado—. ¿Crees que debemos quedarnos aquí?

As se frotó la barba de tres días.

—Estamos hechos para la guerra —contestó—. Tarde o temprano, este país quedará asolado por la fuerza de los esbirros de Loki. Ellos están ahí. Esperando salir. Aguardan en las tripas de la Tierra, como un virus. Hasta que el planeta ya no los soporte y tenga que abrirse para dejarlos ir. Cuando eso pase, deberemos defendernos como podamos, porque este mundo ya estará perdido.

Caleb pensó en Aileen. Él no estaba ahí para salvar a los humanos. Él, en todo caso, lucharía por defenderla a ella. Y a Daanna. A toda la gente que quería.

—Si Hummus era un semidios y ahora está muerto —dijo Caleb—, si era la mano derecha de Loki porque no podía salir de la cárcel de cristal en la que está metido, ¿qué se supone que sucederá ahora? ¿Dónde está Loki? ¿Qué será de él?

Eso mismo se preguntaba As.

Loki era un timador, un dios maligno y mentiroso que adoraba confundir a los demás. Pero aquello no podía acabar así. No era normal. Un

dios con tanta soberbia como el jotun, amaría ser el líder de esa rebelión y de esa destrucción. Se suponía que todo era para conseguir abrir los reinos y que él emergiera de allá donde estaba oculto.

Pero sin aceleradores y sin manos derechas... ¿Qué era lo que iba a pasar?

Por eso María y las sacerdotisas no dejaban de leer las runas: para tener algo que las iluminara en aquel futuro oscuro y confuso.

Aileen y Ruth, por su parte, intentaban poner en contacto a todos los guerreros a través del foro, aunque, tarde o temprano, algunas ciudades, quedaran incomunicadas. El mensaje era claro. Todos debían hacerse fuertes y defender sus clanes. Resistir.

La híbrida salió al porche, con su pelo negro y lacio, con aquellos extraños ojos inteligentes que no se perdían nada. Sostenía una infusión en la mano y una hoja en la otra.

—Aquí tenemos algo —dijo intrigada—. Nos lo han pasado Lorena y Anna desde el Ragnarök.

Los dos guerreros se giraron a la vez.

—¿De qué se trata?

La joven se acercó y mostró toda la conversación en los mensajes privados del foro.

—No os lo vais a creer... Alguien nos habla desde los Balcanes. Es un hombre, un guerrero vanirio.

—Déjame ver —dijo Caleb—. Hay que rastrear la IP y asegurarse de que se comunica desde allí.

—Dice que están en el paso de Shipka. En Bulgaria. Y nos piden ayuda para escapar.

—¿Escapar? ¿Cómo se han puesto en contacto?

As y Caleb leyeron los mensajes. Aquel hombre decía que estaban encerrados bajo tierra y que necesitaban que alguien los sacara de ahí. Que los humanos de Newscientists habían abandonado aquel lugar para matarlos a todos, que eran cientos de guerreros y que, en breve, si nadie los ayudaba, morirían.

—La comunicación no es muy buena —explicó Aileen—. La señal es débil y se pierde de vez en cuando.

—En los Balcanes, en el paso de Shipka —repitió Caleb, sobrecogido—. ¿Es el campo de concentración? ¿Ahí los tienen?

—Sí. Están ahí. —Aileen tragó saliva—. Hay que sacarlos de ahí. Son muchos. Morirán si no los ayudamos.

El *noaiti* se asomó por la puerta. Sus ojos negros estaban repletos de determinación y su gesto era adusto.

—*Leder*.

—¿Qué? —preguntó As, sorprendido por lo que acababa de saber.

—Necesitamos al druida —dijo con seguridad—. Las runas han hablado.

Asgard

Valaskjalf

Desde su trono, Odín observaba el presente de los nueve mundos. A su lado estaba Freyja, sentada, con gesto inquieto, temblorosa. No acababa de creerse lo que estaba viendo.

Había sido una sorpresa mayúscula, inesperada incluso para ellos. Por eso mandó a sus cuervos a que revisaran la tumba de su hijo asesinado: quería asegurarse de que lo que habían visto sus ojos no era verdad.

Hugin y Munin no tardaron nada en regresar con escalofriantes noticias para el dios aesir.

—Odín —pidió Freyja, pálida, sin dejar de asomarse al abismo que había a los pies del trono dorado y desde el cual se podía ver la actualidad de los reinos—. Explícame ahora mismo cómo es posible que Loki esté a un paso de salir de su cárcel de cristal. Está hechizada, ¿verdad? Si no recuerdo mal, sellaste su cápsula para que jamás pudiera salir. Yo estaba delante.

Y así era.

Loki había sido castigado con el sufrimiento eterno después de ordenar matar a su hijo Balder. Eso fue lo que originó la guerra entre él y el Trickster.

Más tarde, descubrió que Loki lo odiaba por considerar que el ser humano merecía un respeto y que tenía potencial para ser más sabio que cualquiera de los dioses. Aquella razón había sido el principal motivo por el que había decidido matar a su querido y bondadoso hijo. Para darle una lección y demostrarle que nadie, ni siquiera sus hijos, eran tan buenos.

Cuando Balder murió, ningún dios osó a hablar. Él era el Bien. Por eso, cuando él desapareció, la oscuridad y el miedo inundaron el Asgard. Después la *völva* anunció el Ragnarök. Aquello daba inicio al ocaso de los dioses: comenzaba la madre de todas las guerras.

El aesir recordaba ese día como si hubiera sido el anterior.

—Sellé su cápsula con un hechizo. Si rompía el hechizo, rompería su cárcel y él sería liberado —explicó, con la mirada perdida y haciendo crujir sus dedos.

Freyja se levantó del trono que había a su lado. Estaba tan tensa que podría romperse en cualquier momento.

—Conjuraste que Loki solo saldría de su cárcel si mataba de nuevo a un

hijo tuyo. Y aseguraste que eso no sucedería jamás. ¡Loki saldrá antes de tiempo de ahí! —Señaló la Tierra—. ¡Y todavía no estamos preparados! ¡Explícamelo!

Él afirmó con la cabeza, tomó aire por la nariz y se levantó.

Su capa negra ondeó tras su espalda; su pelo rubio y recogido azotó su hombro con fuerza. Todo se había complicado.

Aquel maldito timador tenía una carta secreta bajo el brazo, una que él no hubiera esperado jamás.

—La tumba de Hödr está vacía —contestó.

Ella osciló las pestañas y después se cubrió la boca con la mano.

—Hiciste matar a Hödr. Él murió. Lo enterramos sin honores. ¡Te acostaste con la maldita gigante solo para concebir a su asesino! ¡¿Cómo es posible que siga vivo?!

Odín parecía tan confuso como ella.

Su leyenda y su historia le perseguirían eternamente.

Todos amaban a Balder.

Tenía muchos hermanos y hermanastros. Sus favoritos eran: Thor, Vidar y Hödr.

Thor era el dios del trueno.

Vidar era el dios de la justicia y la venganza.

Hödr era su confidente y amigo, el dios de la intuición.

Balder era el hijo pequeño de Odín. Respetado. Lleno de luz y de sabiduría. Lleno de bondad. La encarnación del bien en todos los reinos habidos y por haber.

Y Hödr era ciego. Lo querían, pero no tanto como a Balder, que era un dechado de virtudes.

Balder era inmune a todo lo que poblaba los reinos. De él se decía que nada podría acabar con su vida. El dios de la luz era eterno.

Un día, los dioses jugaban a lanzarle cosas a Balder, sabedores de que nada le hacía daño ni nada le podía tocar ni herir. Balder se reía y los provocaba para continuaran con sus juegos.

Pero Loki, que conocía su única debilidad, se escondió tras un árbol y le susurró a su hermano Hödr que lanzara una flecha contra Balder.

Hödr obedeció, pues sabía que a su hermano le protegían todos los elementales y que era inmortal. Así que cargó la flecha que le dio Loki y atravesó el pecho de Balder.

Este cayó muerto al instante.

El Asgard se sumergió en la locura y la desolación. Si había muerto el dios de la luz, ¿qué sería de ellos?

Odín, rabioso y enfurecido por lo que eso comportaría a los dioses en un

futuro, decidió castigar a Loki y a Hödr.

Todos los dioses exigían que Hödr pagara por la muerte de su hermano. Así que Odín poseyó a la giganta Rind y concibieron un hijo: Vali.

Vali se hizo adulto en un solo día y asesinó a Hödr.

A Loki lo atrapó Odín cuando intentó transformarse en salmón y escapar por mar. Lo cogió de la cola y lo metió en una cárcel.

Para mantenerlo en cautiverio y recordarle lo que había hecho, Odín mató a los dos hijos que el Timador había tenido con Sigyn.

—Ahora sabrás lo que duele que te arrebaten a un hijo —le susurró Odín.

Frente a él, el aesir, con su bastón, transformó a Vali en lobo y este se comió a su hermano Narfi. Utilizaron las vísceras de Narfi para atar a Loki a tres columnas de piedra blanca, convirtiendo las ataduras en hierro. Odín, inmisericorde, pidió a Skadi, la diosa del invierno, que helara la cárcel y la convirtiera en un grandísimo bloque de cristal en el que, en su interior, Loki sufriría a diario terribles dolores, ya que, las vísceras de su hijo contenían veneno de víbora, y este recorrería su sangre cada día de su vida. Eso haría que el jotun enloqueciera de dolor.

Odín observaba la cárcel, impertérrito, decidido como nunca a acabar con el Trickster. Sus ojos todavía seguían llorando la pérdida de Balder.

Pegó su frente al cristal y conjuró el hechizo con la ayuda de la diosa Freyja, experta en magia seidr.

—De aquí no saldrás hasta que de nuevo un hijo de Odín te atrevas a matar. Y eso no sucederá. Ni después. Ni antes. Ni al final —proclamó el dios aesir.

—¿Te crees bueno, Odín? —le preguntó Loki tras el cristal—. Tú, el dios que todo lo sabe, cree que un reino inferior ocupado por la raza humana, debe tener una oportunidad de crecer y de ser superiores a nosotros. ¿Y por qué? Cuando queda demostrado que tú no puedes creer en ese tipo de bondad si tus mismos hijos se matan entre ellos.

Loki parpadeó con su ojo azul cristalino.

—¿Qué pretendías matando a Balder, Loki?

—Demostrarte que no siempre tienes razón. Demostrar a los dioses que tú también te equivocas. Tus hijos, que son dioses poderosos, son también asesinos, y crees que esos pigmeos de ahí abajo —señaló el Midgard— serán mejores. ¿Mejores que nosotros? ¡Estás loco, Odín!

—¡Tú lo has manipulado todo! ¡Tú los engañaste! Mi hijo Hödr no sabía que la flecha que tú le dabas era la única capaz de matar a Balder.

—¿No lo sabía? —preguntó haciéndose el inocente—. ¿Estás seguro?

—Has sido tú y tus mentiras los que han acabado con la muerte de mis

dos hijos. Balder y Hödr han muerto. Ojo por ojo. —Se señaló el parche—. Ahora Narfi y Vali también han muerto. Y me he asegurado de que nunca vuelvas a salir de aquí.

Odín se dio la vuelta y se alejó de aquel lugar, con Freyja siguiéndole los talones.

—¡El Ragnarök está ya escrito! —gritó Loki, que soltó una carcajada—. Créeme que yo saldré de aquí.

—No. No podrás. Espero que te pudras toda tu eternidad.

—¡No me des la espalda, Odín! —le gritó Loki, encadenado a las vísceras de su hijo—. ¡Soy tan dios como tú y yo también puedo decidir mi destino!

—Tu destino es vivir encadenado a tus mentiras —le espetó por encima del hombro.

—No, Odín. Mi destino es recordarte que tu proyecto es y será un fracaso. ¿Quieres ver cómo hundo a los humanos? ¡Porque eso es lo que haré!

Odín frunció el ceño y escuchó a Loki.

—Voy a enseñarte que no se puede confiar en una raza inferior a la nuestra, sin dones, llena de ignorancia y egoísmo.

—Tú eres tan egoísta como ellos. Si me lo demuestras así, fracasarás.

—Entonces —dijo Loki haciendo desaparecer su cárcel—. Seré su único dios. El de verdad.

Loki ocultó la cárcel en el Midgard y decidió hacer de las suyas en la Tierra, un lugar donde los hombres y las mujeres que lo poblaban eran débiles, a los que podía manipular con sus trucos y sus ideas.

Odín no pudo averiguar jamás donde se ocultaba, de ahí que nunca lo encontraran, pues Loki era un hechicero y conocedor de la magia negra y había creado un efecto de invisibilidad alrededor de su cautiverio.

Sin embargo, en la actualidad, todo había cambiado.

Ahora, al empezar a romperse la cárcel que lo tenía secuestrado, ya sabían dónde se ocultaba Loki y, lamentablemente, ni Odín ni el resto de los dioses podían salir del Asgard y detenerle, ya que habían cerrado las puertas de los nueve reinos a la espera de que todo saliera tal y como habían planeado. Y debían esperar a que la ficha final lo abriera todo.

Las fichas se movían correctamente. Algunas más tarde que otras, eso sí, pero seguían sus instintos y hacían lo correcto.

No obstante, la sorpresa que tenía oculta el Timador los había dejado a todos, parcialmente, en fuera de juego.

—Odín. —Freyja le puso la mano sobre el hombro—. ¿Qué demonios te han dicho tus dos cuervos?

—La tumba de Hödr está vacía. Había una nota grabada en piedra.

—¿De quién es la nota? —preguntó Freyja, que ya sabía la respuesta.

—De Loki.

—¿Y qué dice?

—Que Hödr no murió. Que él le devolvió a la vida y que se lo había llevado al Midgard para que liderara su ejército hasta que pudiera salir de su cárcel. Que gracias por prestarle a mi hijo. Que lo llamaría Hummus, le enseñaría todo lo que sabe; él solo sabría que su padre Odín lo rechazó. Por eso, de ahora en adelante, sería su hijo.

Los ojos de Freyja se oscurecieron. Su rostro se perló de venitas y sus colmillos lucharon por explotarle en la boca, aunque ella intentó controlarse.

—¿Hummus era Hödr?

Odín asintió y se pasó el dedo por el ojo, que estaba a punto de derramar una lágrima.

—No puede ser —susurró ella, impresionada.

—Lo es. La tumba de Hödr está vacía y el hechizo de la cárcel de cristal se está rompiendo.

—La profecía de la *völva* aseguró que Loki se escaparía de la cárcel —murmuró, pasmada—. La bruja tenía razón.

—Y yo intenté crear un hechizo para que eso no sucediera jamás. Se suponía que para ello, Loki tenía que matar a un hijo mío. Y me aseguré de que eso no sucediera. Y menos en el Midgard, donde no hay nadie de mi sangre. —Dio una patada a una piedra, que cayó al abismo.

Freyja entrecerró los ojos e inclinó la cabeza hacia un lado. No se lo podía creer.

—Pues es obvio que te has equivocado. Loki acaba de matar a un hijo tuyo. Otra vez.

—Lo sé.

—¿Y eso dónde nos deja a nosotros?

—En una situación nada buena. Para que nosotros bajemos al Midgard, alguien tiene que llamar a nuestra puerta; de lo contrario, no les podremos ayudar y la guerra se decantará claramente a favor de los jotuns.

—Eso es así, porque tú lo quieres así.

—¡No! —replicó Odín—. La Tierra es mi proyecto. Mis guerreros están allí, luchando por mí y por ellos. Luchando por ese reino. Estoy convencido de que pueden hacer que las cosas cambien... ¡De ellos depende todo! ¡No voy a hacer trampas como Loki!

Freyja se pellizcó el puente de la nariz y relajó sus esbeltos hombros.

—Heimdal cerró la puerta del Asgard. Loki no podrá venir a por nosotros. En todo caso, solo destruirá el Midgard. Pero tenía asumido que eso era lo máspreciado para ti. ¿No podemos salir de aquí a no ser que alguien

nos abra desde afuera? ¿Y dices que ellos son los que tienen que abrirnos? ¿Verás como tu proyecto se convierte en una bola de fuego y muerte?

—Si lo veo, espero que alguien haga que resurja de sus cenizas. Como un fénix.

—Hablas como un soñador en vez de cómo un visionario.

—La salvación depende de ellos, no de nosotros. Siempre ha sido así.

—Pero... —Freyja se dio la vuelta, entristecida, observando cómo el reino de los humanos se agrietaba poco a poco— perderán.

—No perderán —aseguró Odín—. Todavía queda por jugar mi última ficha —aseguró caminando hacia ella y colocándose a su lado—. Y también la tuya.

—Eres el dios que todo lo sabe, el que lo ha visto todo... ¿Qué probabilidad tenemos de vencer? Si nosotros no bajamos a luchar, nuestros ejércitos no podrán con Loki. Ni siquiera Nerthus y sus seres mágicos podrán hacer nada contra ellos. No son suficientes.

Odín la miró. Aunque era alta, él le sacaba una cabeza y media.

Su pelo rubio era tan brillante como el sol. Percibió su perfume. Sintió un repentino y fugaz ataque de ternura hacia ella.

Freyja amaba a sus guerreros tanto como él respetaba a los suyos.

—No lo sé. No sé qué sucederá. Pero, esta vez, más que nunca, tengo fe en los míos. Mientras haya vida, hay esperanza.

—Si tú lo dices...

—¿Cómo va tu ficha? ¿Crees que lo conseguirá?

—Sigue viva —contestó, escueta.

—No la pierdas de vista.

—Nunca lo he hecho —aseguró la diosa cruzándose de brazos, estudiando los movimientos de sus guerreras y de todos los que debían intervenir en la batalla ganadora contra Loki.

El dios Transformista se la había jugado a todos. Con paciencia y a conciencia, había engañado a Odín y al resto de los dioses.

Pero Odín creía que ella no sabía su secreto.

Y lo sabía. Por supuesto que sí lo sabía. Arriesgó un ojo para ver lo que les deparaba el Ragnarök y después actuó en consecuencia.

Odín le contaba todo a Frigg, su querida y venerada esposa. Y una noche le confesó lo que había hecho.

Pero lo que Odín no sabía era que Frigg le había contado el secreto a ella, la amante anhelada y deseada, aquella que no podía tener jamás.

Freyja, sabiendo todo lo que sabía, no se quedó de brazos cruzados y actuó justo como había hecho el dios.

Jugó con pericia y habilidad, pensando en que, si las cosas salían mal,

como habían salido con la sorprendente revelación de Hödr, seguro que había una segunda estrategia preparada.

Y la tenía. Pero eso era algo que nadie debía saber, ni siquiera el vikingo.

La Resplandeciente no deseaba ver el proyecto del Midgard hundido bajo las mentiras de Loki. Quería que los humanos sobrevivieran, aunque fuera gracias a las mentiras de ellos.

—Oye, Tuerto. —Freyja no desvió la mirada del abismo de los nueve mundos.

—¿Qué?

—¿Te das cuenta de que si Hummus era Hödr y fue él quien se coló en el Asgard y robó los tótems...?

—No sigas por ahí, vanir.

—¿Te das cuenta de que te acostaste con tu propio hijo? —preguntó con una sonrisa diabólica en sus preciosos labios.

—No me acosté con nadie —replicó, seco.

—Ah, ya... —La diosa levantó una mano y la dejó caer como si no le diera importancia—. Algo te debió de hacer ese transformista para que dejaras de prestar atención a tu lanza *Gungnir*. Y teniendo en cuenta que iba disfrazado de mí, me imagino que te volviste loco, ¿no, aesir? —Lo miró de reojo—. ¿Qué te hizo?

Odín la miró de soslayo y se dio media vuelta.

—Eres odiosa.

—No tanto como tú —le soltó, provocadora—. No te vayas, no seas vergonzoso y cuéntame qué te hizo.

—Me voy con mi esposa. Ella sí vale la pena —le contestó, para hacerle daño.

—Claro que sí. Ella vale la pena, tanto como Jord, Gridr, Rind y... ¿quién más? ¡Ah, sí! ¡Gunnlod! Todas las que han pasado por tu alcoba y con las que has tenido hijos por conveniencia, ¿verdad, Odín? ¡Todas menos yo! —le recriminó con dureza.

—Cállate, Freyja.

—¿Sabe Frigg que te follaste a alguien que se hizo pasar por mí?

Odín se dio la vuelta y la miró de arriba abajo.

—Estás rabiosa. ¿Tienes celos? Tírate a un par de enanos, seguro que te quitan el picor.

Ella se relamió los labios y negó con la cabeza.

—No tengo celos. Pero me dan pena.

—¿Mis mujeres? Ellas están muy contentas.

—Sí, me dan pena. Porque el padre de sus hijos no las puede amar,

porque está enamorado de otra mujer.

—¡Amo a Frigg! —La señaló con un dedo—. No cruces la línea. Frigg es mi elegida. Ni ellas ni tú. Solo Frigg.

Freyja sonrió con tristeza.

—¿Amas a Frigg porque soportó las condenas a tus hijos? —apuntó, osada. Sabía que ese terreno era peligroso para ambos—. ¿Por qué de ella nació Balder? ¿Por qué la amas?

—Por muchas razones que tú no puedes comprender.

—Creo que sí las comprendo. Tuviste dos hijos con ella. Uno murió a manos del otro. Al segundo lo mataste tú.

—¡Yo no maté a Hödr!

—¡Hiciste que tu hijo lo hiciera! ¡Te acostaste con la gigante Rind de Vestsalir para que diera a luz a Vali, un hijo que mataría a su hermanastro ciego en un día! ¡No tuviste compasión de tu hijo ciego que no sabía lo que hacía!

—Te estás metiendo en un campo de minas. Hödr sabía lo que hacía. Tú no lo conocías —contestó con los dientes apretados, a punto de perder la paciencia.

Freyja asumió que, tal vez, Odín tuviera razón en eso. Nadie conoció a Hödr realmente. Era un dios tímido e introvertido. Aun así, continuó con su ataque personal.

—Pero sé por qué dices que eliges a Frigg. No es por amor. Crees que Frigg te ama lo suficiente como para perdonarte, crees que te ha perdonado y te sientes en deuda con ella por lo que ha sucedido, como si, a cambio de que Balder y Hödr murieran, tú decidieras quedarte con ella. Dos pérdidas irreparables a cambio del mejor regalo del Asgard, ¿no? Pero escúchame bien, Odín: ni tú la amas ni ella te perdonó.

Odín, afectado, no sabía que decir. Sabía que había algo de verdad en las palabras de Freyja.

No quería verla más. No podía soportar que, en parte, tuviera razón.

Nadie más que él sabía lo que había sufrido con las muertes de Balder y Hödr.

Y ahora, al ver que Hummus era, en realidad, su hijo ciego, la herida se reabría de nuevo.

El pasado regresaba con fuerza.

Odín agachó la cabeza y alzó a Gungnir con suavidad para dejar caer su extremo contra el suelo de mármol. Cuando la punta tocó la superficie, el dios desapareció.

Dejó a Freyja a solas, que sabía que lo que había dicho no estaba bien.

Aunque fuera una verdad como un templo.

XIX

Noruega

Storen

Storen, como todos los pueblos de montaña noruegos, estaba sobre un valle verde rodeado de inmensos y exuberantes árboles. Los ríos Gaula y Sokna confluían en el mismo pueblo.

También en aquel lugar los humanos brillaban por su ausencia.

Aquella villa desahuciada y rodeada de desidia mantenía su encanto bucólico. Las casitas estilo cabañas familiares, de madera oscura y techos grisáceos de piedra, conferían un paisaje campestre que también evocaba a la relajación.

Sin embargo, la iglesia central del pueblo y las lápidas grises que la rodeaban no decían que aquel fuera un lugar de sueños.

No. Storen, en ese momento, era un punto inerte y desabrigado de vida humana, apto para fantasmas y para historias tétricas y tenebrosas.

En ese paraje, los guerreros habían decidido detenerse en el hotel que llevaba el nombre del mismo pueblo.

Las parejas debían curar sus heridas y se retiraron a la intimidad de las habitaciones.

Nanna entró con Noah en un compartimento aparte. Ninguno de los dos quería hablar demasiado. La fuerte discusión que habían mantenido en el monte de Rauma todavía coleaba. No estaban de humor.

Decidieron quedarse en la parte interior del hotel, donde no hubiera una cama que les permitiera pensar en otras cosas más instintivas entre ellos. El deseo, como la rabia, eran emociones que fluían con total libertad entre valkyrias y berserkers.

Y ni uno ni otro querían arreglar sus diferencias con un revolcón.

Así que Noah tomó a Nanna de la muñeca y la sentó en el sofá acolchado de piel marrón. La moqueta del suelo era roja. A su lado había una chimenea que ella no tardó en encender con uno de sus rayos. Tras ellos, un ventanal dejaba entrar la luz de la oscura noche blanca de Noruega.

Por suerte, la nieve no había calado en sus ropas; al menos, para eso estaban preparados, mucho más que para relacionarse entre ellos. Aun así, tenían múltiples heridas por todo su cuerpo que debían curar.

Noah se puso las manos en la cintura y la miró fijamente a la cara. No necesitaba pensar qué decirle. Sabía perfectamente que Nanna no se podía

quedar con él.

—¿Qué puedo hacer contigo? —preguntó, intranquilo.

Nanna alzó la cabeza y apretó los labios, frustrada.

—¿Por qué no entiendes que no tienes que hacer nada conmigo? Esto es algo que nos concierne a los dos. Nerthus nos dio de beber a Gibo, ¿recuerdas? Gibo es la runa de la unión. ¿Por qué crees que nos la dio? ¿Para que ahora tú adoptes el papel de protector y me envíes a casa a hacer los deberes?

Noah negó con la cabeza y se acuclilló frente a ella, entre sus piernas. Apoyó los codos en las rodillas de ella y suspiró.

—Nanna. Tengo la sensación de que mi sueño es real. Más real de lo que yo me siento.

—He estado en ese sueño, ¿recuerdas?

—Lo sé. Y creo que sabes que es verdad. Podía soportar ver mi muerte, aunque me volviera loco. Pero no ver la tuya, ¿comprendes?

Nanna miró hacia otro lado, porque no soportaba aguantarle la mirada amarilla al guerrero. Era tan descarnada que le llegaba al corazón.

—Noah, ¿por qué tienes tanto miedo por mí? No hace ni tres días que tú y yo nos hemos empezado a vincular... Soy una guerrera.

Él no sabía darle una explicación coherente: lo cierto era que sentía que amaba a Nanna más que a sí mismo, y no se conocían mucho como para ello. Pero así era.

—Las relaciones sobrenaturales están marcadas por emociones que no tienen explicación. —Se encogió de hombros y se quejó un poco al hacerlo—. Como berserker, saber que mi pareja está en peligro me saca de mis casillas. Es muy difícil dar con tu *kone*... No es cuestión de arriesgar su existencia en una aventura que se supone que es solo mía.

—Adam y Ruth luchan juntos. El *noaiti* acepta a su pareja —apuntó, lastimera.

¿Por qué le dolía tanto que él no la quisiera a su lado en su aventura personal? ¿Acaso pensaba que no estaba preparada? Que llevara mal el dolor (ahora menos) y que nunca se involucrara en guerras no quería decir que no supiera luchar ni estar a la altura de las circunstancias.

—Ruth es la Cazadora de Almas. Su papel es fundamental en el Midgard. Si Adam no la quisiera a su lado, yo mismo la sacaría a ras- tras para que luchara en el mío.

Nanna le escuchó. Aquello fue como un pinchazo, como si aquella declaración fuera un puñal directo a su honor como guerrera.

—Claro, ya entiendo —repuso, herida—. Por esa regla de tres, Aileen lucha porque es una híbrida muy fuerte. Daanna porque es la Elegida y hace

bilocaciones; Gúnnr porque es la hija de Thor. — Cada vez alzaba más la voz, ofendida por lo que Noah estaba sugiriendo.

—Nanna, no quiero decir eso...

—Róta porque tiene el don de la psicometría y es útil para todos; Miz porque es inteligente y un cerebro andante... ¡¿Y yo?! —gritó—. ¡¿Yo qué soy?! ¡¿No soy nada?! —Se levantó, enfadada, con ganas de irse de allí—. ¡Tengo el *Brisingir*! —Se abrió el chaleco y le enseñó su precioso collar, tan valioso—. ¡Esto nos ha salvado!

—¡Por supuesto que eres importante y valiosa! ¡Y eres mía! —dijo Noah sin moverse ni un centímetro de su posición. No la dejaría salir hasta hacerle entender que era lo más bonito que tenía en su vida—. ¡¿Tan difícil es que entiendas que necesito que vivas?! ¡No quiero perderte! ¡Ahora no! ¡Si sigues conmigo, morirás!

—¡Pero tú no controlas eso! ¡Nadie lo hace! ¡La gente vive o muere cuando tiene algo por lo que luchar! Y yo... —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Quiero luchar contigo. Por ti. ¿Por qué me excluyes de eso?

—Porque yo no valgo lo que tú crees —se sinceró—. Y si ahora valgo algo, si ahora algo me importa, es por estar contigo. No voy a permitir que te arriesgues a morir por mí. Nunca.

Nanna negó con la cabeza. Las lágrimas rodaron por sus mejillas. ¿Cómo unas palabras podían ser tan hermosas y tan dañinas a la vez? No tenía en cuenta sus necesidades. Ponía por delante el miedo que sentía de perderla.

No era justo. Era precioso, sí. Pero no era justo.

—Dime que lo entiendes. —Noah la levantó, la tomó por la cintura y pegó sus labios a su sien—. No llores, por favor.

Nanna se relamió los labios. No lo entendía, pero asintió para que él se quedara tranquilo.

—¿Te irás con ellos? Te lo suplico. Sé que estarás segura y a salvo, porque llevas el *Brisingir* en tu cuello. Eso te protegerá. En mi visión, ya no lo llevas. Si sigues conmigo, tal vez lo pierdas... Freyja no querría eso, ¿no lo entiendes?

Ella volvió a asentir, haciéndose la dócil y la niña, cuando lo que en realidad quería era demostrarle de qué pasta de mujer estaba hecha. Todo a su debido tiempo.

—Buena chica. —Noah la abrazó y la ocultó entre sus brazos, contra su pecho. Respirando más tranquilo y queriéndola más por ayudarlo a calmar su angustia.

Nanna se dejó mimar.

Él le abrió el chaleco, tratándola con ternura. Se lo quitó y se lo dejó caer por los hombros. Le pasó los dedos por el rostro. Se iluminaron. La

helbredelse cerró las magulladuras de la hermosa cara de Nanna.

A Noah, toda ella lo dejaba compungido. Tenía ganas de comérsela y de hacerle el amor con toda la pasión que sentía, pero, al mismo tiempo, tenía miedo de ser demasiado brusco y salvaje.

Y su lado animal rugía por estar en el lecho con su *kone*.

Después le lamió su marca del cuello y la valkyria se estremeció.

Noah sonrió. Era tan deliciosa y sensible.

Le descubrió los pechos, después de quitarle aquel sensual corsé interior de valkyria. Sanó los cortes tenía por los hombros y por los brazos. Luego la cogió en brazos y se sentó en el sofá, con ella encima, abierta de piernas en pleno contacto de sexo con sexo.

—¿Por qué ya no tienes ni un corte? —preguntó ella pasándole las manos por la cara y el cuello.

—Cicatrizo rápido —contestó él sin darle importancia.

Nanna le quitó la chaqueta. Le sacó el polar ajustado que llevaba agujereado a la altura del pecho. La piel estaba lisa, como si jamás hubiese sido atravesada por las garras de Hummus.

—Tú cicatrizas más rápido de lo normal.

—Es ahora. Desde que estoy contigo —aseguró Noah, cubriéndole los pechos desnudos con las manos—. Antes no cicatrizaba tan rápido.

—Ya veo... —le tocó los pezones, duros y oscurecidos. Se inclinó hacia uno de ellos y lo lamió—. ¿Yo te hago más fuerte?

Noah se tensó y gimió.

—Eso parece.

—¿Estás sensible ahí?

—Estoy sensible donde sea que me toques. —Noah se dejó hacer.

La valkyria tenía ganas de experimentar. Y él no iba a ser tan tonto de no permitírselo.

Nanna sonrió y succionó sus pezones.

—Joder.

Noah se dio prisa en bajarle los pantalones y quitarle los descansos. Cuando estuvo desnuda sobre sus piernas, volvió a relajarse, encantado con los mimos y las atenciones de la joven.

Nanna tomó la cabeza de Noah y la guio a sus pechos. Quería que él le hiciese lo mismo.

Noah abrió la boca y recibió sus duros guijarros en su lengua. Los tomó entre los dientes y succionó como si pensara que de ellos pudiera obtener leche. Hacía lo mismo una y otra vez. Y otra vez.

Ella tenía los ojos cerrados. El pelo largo y trenzado caía a través de su espalda, marcada con aquellas espectaculares alas tribales, aquellas que decían

a gritos que era una mujer fuerte hecha para luchar, aunque Freyja no hubiera apostado por ella.

Con collar o sin él, Nanna era una valkyria, aunque Noah no quisiera ver, debido a su alto sentido de la protección, que era la pareja más fuerte que pudiera tener.

Su compañera perfecta.

—Hazme el amor, Noah —le susurró al oído; sus dedos se entrelazaron con su pelo rubio como el sol.

Los ojos del berserker se tiñeron de rojo pasión. Su pecho ronroneó y después no tardó en liberarse de los pantalones y en mostrarse en todo su esplendor.

Tomó a Nanna por las nalgas y la sentó sobre su erección, dejándola caer lentamente hasta que ella fue empalándose poco a poco.

La valkyria se sorprendía de lo bien que encajaba ese hombre, a pesar de ser tan grande, tan diferente de ella. Y aunque, no cupiese bien, él haría todo por meterse entero, porque era como le gustaba. Nada de a medias. La poseía por completo.

Noah le hizo el amor marcando sus pechos con sus colmillos, sosteniéndola por el trasero dejar las huellas de sus dedos en él.

Nanna se dejó caer hacia delante y se aguantó al respaldo del sofá, juntando frente con frente.

Adoraba a Noah.

Le encantaba descubrirlo poco a poco.

Pero odiaba esa parte de él que se preocupaba demasiado por los demás y que no dejaba que hicieran lo que tenían que hacer.

Y, aun así, sentía que lo quería más por eso. Pero debía aprender que no siempre las cosas salían como él esperaba. Las personas que le rodeaban le querían y estaban ahí para ayudarlo. No podía encerrarlas y esperar que no les sucediera nada mientras él se rompía la cara por los demás.

Ni hablar.

Nanna mecía las caderas al compás del berserker, asumiendo parte del control.

—Más despacio, preciosa... —pidió Noah apoyando la cabeza en el respaldo del sofá, mirándola a través de sus pestañas rubias y sus ojos rojos.

—No. No quiero —protestó Nanna.

Lo exprimió, lo demolió, dejándolos agotados a los dos.

Y en el momento en el que se corrió, primero ella y después él, a los dos se les desplegaron las alas, que iluminaron el salón de rojo y dorado.

La confusión y la belleza embargaron a Noah. Se quedó aturdido, pero sin perderse ni un detalle de esas alas espectaculares y amenazantes de su

valkyria.

Jamás había visto nada tan hermoso.

Nanna era bella, tierna, desafiante y... provocadora, como lo podría ser una mujer de los infiernos, con ojos y alas rojas y unos colmillitos hechos para perforar y señalar su territorio.

Ella sonrió con dulzura al ver las alas de él.

Doradas.

¿Cómo no? Alguien tan especial como ese guerrero debía tener unas alas distintas, bañadas en oro.

Noah se levantó con Nanna en brazos, asombrado al sentir sus alas desplegadas en la espalda.

—Vaya... —dijo Nanna pasando los dedos por su extensiones luminosas—. Mira, un perro volador.

Noah se echó a reír y estudió sus nuevos complementos. Los movió arriba y abajo, hacia un lado y hacia el otro, volando con Nanna por la habitación. Ella no paraba de reír al comprobar el poco control de Noah.

—Tienes que dejar de tocar con los pies en el suelo. Permite que las alas te sostengan...

Noah se detuvo, iluminado por la dicha de saber que podría volar.

Nanna inclinó la cabeza a un lado.

—¿Te gustan? —le acarició la barbilla. La risa lo hacía más joven, mucho más aniñado.

Noah negó con la cabeza.

—Me gustas tú.

Se besaron otra vez, decididos a entregarse el uno al otro de nuevo, hasta que alguien los interrumpió.

Gúnnr abrió la puerta como un vendaval, con los ojos tapados por su mano izquierda.

—¡Os juro que no veo nada, pero tenéis que bajar a ver esto!

Noah cubría la desnudez de Nanna con sus alas. Parecía que la valkyria se resguardaba en una manta eléctrica de color oro.

—¿De qué se trata? —preguntó el berserker.

—Creo que lo tenéis que ver. Son enviados de Nerthus; dicen que vienen a proteger a la portadora del *Brisingir* y al berserker marcado por la *Daeg*. Supongo que sois vosotros, ¿no?

Noah y Nanna se miraron el uno al otro, estupefactos.

—¡Bajad ya! ¡Es un espectáculo! —clamó Gúnnr, que se dio media vuelta y cerró la puerta a sus espaldas.

Noah le dio un último beso a Nanna, y ambos corrieron a vestirse de nuevo y conocer a esos extraños que decían ser sus protectores.

Que Nerthus saliera de la cueva en la que estaba encerrada en el Midgard había comportado varios cambios. Los mundos mágicos de la Tierra, aquellos con los que ella conectaba y se comunicaba, se habían abierto respondiendo a su llamado.

La diosa de la Tierra, la madre de los elementales, acababa de convocar a sus ejércitos y los animaba a salir uno tras otros. La guerra era inminente.

Como consecuencia, en las afueras del hotel, cubriendo la amplia llanura y el aparcamiento, en el que no había ni un solo coche, para sorpresa de todos, estaba un clan del reino de Nerthus.

Lo llamaban el pueblo de las Huldre.

Los humanos tenían mil leyendas sobre ellos, en especial los escandinavos. Al inicio de los tiempos, cuando los mundos y los reinos mágicos todavía no se habían cerrado y los mortales creían en los mitos porque los habían visto de verdad, los seres como los elfos, las hadas, los duendes, las brujas, etc., tenían cabida en el Midgard y ayudaban a los terrestres en sus quehaceres.

Pero cuando Loki descendió y oscureció las mentes de los hombres y las mujeres, seres como el reino de las Huldre, considerados guías humanitarios e inspiradores de la creatividad, independientes de las jerarquías divinas, fueron perseguidos y acechados, hasta que no tuvieron más remedio que acudir al abrigo de Nerthus, aunque eso supusiera esconderse durante toda la eternidad, deber favores a la diosa madre y desaparecer para preservar su vida, convirtiéndose en seres neutrales que no estaban ni de parte de unos ni de otros.

Nanna, al igual que todas las valkyrias, conocían su historia, pero nunca los había visto, puesto que en el Midgard, ocultos como estaban, eran invisibles para todos. Y los huldres no existían en el Asgard, pues habían nacido en el Midgard.

Eran elfos terrenales, muy diferentes a los del Asgard, y también a los elfos oscuros del Jotunheim. Tenían la tez terrosa, algunas cubiertas de musgo y ramas, al más puro estilo de los faunos. Sus ojos eran absolutamente negros y sus facciones se afilaban, al igual que los extremos de sus orejas, puntiagudas y largas, que sobresalían de sus melenas rojas y lisas. Vestían de verde, con cinturones dorados y anchos, y esclavas del mismo color.

Nanna se hizo hueco entre Ardan y Gabriel, que no se movían de donde estaban, flanqueando la puerta del hotel.

Nunca había visto a los huldres, así que se acercó a ellos con la curiosidad de una niña.

Cuando la vieron aparecer con el collar de perlas y con Noah tras ella (no la dejaba sola ni a sol ni a sombra), bajaron la cabeza en señal de respeto e

hincaron una rodilla en el suelo.

—*Til din disposisjon*. [A vuestra disposición].

—*Mange takk* —contestaron los dos a la vez.

El que parecía el líder de aquel escuadrón se levantó antes que el resto y miró a Nanna de arriba abajo, para después fijar sus ojos negros y misteriosos como la noche en Noah.

—*Daeg* —susurró.

Sí. Noah se estaba acostumbrando a ser reconocido por esa runa, aunque no sabía cuál era su origen.

El huldre leyó las inscripciones en futhark en la cara del berserker.

—Estás marcado por tu destino —dijo con voz serena y uniforme.

Las valkyrias quedaron rendidas al tono de aquel elfo, que sonrió.

—Primero las agonías y ahora vosotros —repuso Noah—. ¿Qué hacéis aquí?

El tipo asintió con la cabeza y su pelo liso se movió hacia delante y hacia atrás.

—No somos los únicos seres que estamos saliendo a la luz. Nerthus ha convocado a todos los seres mágicos del Midgard, ocultos durante tanto tiempo para que Loki no acabara con ellos. En realidad, estábamos al margen de los conflictos entre Odín y el Timador. Llegamos aquí por la propia naturaleza. Los elementos nos crearon y no somos seguidores de nadie. Pero Loki nos persiguió y nos cazó, porque no quería que el ser humano tuviera influencias místicas de ningún tipo. No quería que nada ni nadie vertiera luz sobre ellos —lamentó, mirando a todos sus guerreros—. Tuvimos que ocultarnos para mantenernos con vida. Y para ello pedimos protección a la diosa Nerthus, la madre de Freyja. Estamos en deuda con ella —aseguró llevándose el puño al corazón—. Además, ahora tenemos un enemigo en común.

—Loki —apuntó Noah.

—Sí. Loki. Seremos los protectores del *Brisingir* y del *Daeg* en vuestra travesía. Nerthus nos aseguró que tu viaje —miró a Noah— es más importante que cualquier frente que se abra en este territorio.

Nanna frotó nerviosamente las perlas de su collar. «Sí. Y en ese viaje, él no me quiere».

—Es un honor que nos acompañéis —contestó Noah—. ¿Cuál es tu nombre?

—Kherion.

Noah le ofreció la mano, pero él negó con la cabeza.

—No podemos tocar la *Daeg* —contestó—. De hecho, no podemos dejar que nadie lo haga. Eres sagrado.

—Eso no irá por mí —dijo Nanna en contra.

—No, valkyria —se excusó con educación—. Nos referimos a los adoradores de Loki. No dejaremos que se acerquen a vosotros.

—Me gusta —dijo Nanna.

—¿Cuándo proseguís el viaje? —preguntó Kherion—. Debéis daros prisa, pues el mal acecha bajo la Tierra. Lo sentimos. —Juró entrecerrando los ojos—. Loki despierta de su letargo. Quiere salir.

Los guerreros fruncieron los ceños y sus rostros reflejaron una total determinación, parecían completamente alerta.

—Partiremos lo antes posible. Dentro de un par de horas —dijo Noah con convicción—. Yo me quedaré aquí y ellos...

—Partimos hacia Escocia —contestó Ardan—. Hay guerreros perdidos. Y queremos recuperarlos.

Bryn miró hacia el suelo. No sabían nada de Steven. La generala sabía que Ardan se preocupaba por él y quería encontrarlo. Era como su hermano y no aceptaba su desaparición.

Ella no conocía demasiado a Steven, pero lo poco que sabía de él, le gustaba. Era íntegro y responsable. Un guerrero adulto en su pleno esplendor.

Además, si su intuición no le fallaba, la preciosa vaniria con ojos de anciana, una de las niñas perdidas recatas por Daanna McKenna, tampoco había regresado a Wester Ross. Y ni ella ni nadie se había perdido el olor de la vinculación que había desprendido Steven al verla entrar en sus condominios.

Fuera adonde fuese, Bryn no tenía duda de que estaban juntos. Vivos o muertos, pero juntos.

—Esa tierra está hundiéndose —certificó Kherion.

—Es cierto —repuso Ardan con voz firme; un músculo palpitaba en su barbilla—. Pero mientras haya guerreros que sigan con vida entre sus grietas, no les abandonaré. Es mi clan.

Noah admiró a Ardan por su fidelidad. Al igual que Gabriel, que sonrió con orgullo al escuchar sus palabras.

—¿Gúnnr está preparada? —Noah miró hacia Gabriel y la valkyria—. Ella tiene que abrir el portal.

Los dos asintieron, uno apoyado en la otra.

—No quiero importunaros, antes de hacer vuestro viaje, pero... mi pueblo está falto de energía vital —señaló Kherion, avergonzado y con tristeza—. Os pedimos permiso para dejar que nos repongamos en esta... —miró al hotel, sin encontrar la palabra adecuada— fortaleza.

—¿Reponeros? —preguntó Róta, que parecía babear al escuchar hablar a Kherion—. ¿Cómo?

Los huldres obtenían su energía y su poder de la alegría. Eran seres que

cantaban a la vida; eran los adoradores de la música, los bailes y la desinhibición.

Cuando esos seres mágicos, híbridos entre elfos y faunos, les pidieron usar sus instalaciones, ninguno de los ocho guerreros se imaginó que lo que necesitaban era montar una fiesta.

Y no una fiesta cualquiera. No.

Los huldres, hombres y mujeres, cantaban y bailaban como si estuvieran poseídos.

Y bebían. Bebían *akvavit*, un licor noruego que, según contaban, se lo habían robado los humanos a Úras, el huldre que controlaba las esencias de los elementales de las plantas.

El pub del hotel tenía botellas de *akvavit* para dar y regalar, porque se había convertido en la bebida noruega por excelencia. Los humanos lo habían guardado en botellas de cristal y lo habían llamado *linie*.

Al parecer, esa clase de elfos necesitaba absorber las esencias de los granos del paraíso, la alcaravea, el comino, el eneldo, el cilantro y el hinojo para reponerse energéticamente más rápidamente, pues decían que la base de esa bebida, cuyo nombre significaba «el agua de la vida», era las esencias básicas de esas plantas.

Habían encendido la cadena musical del pub y bailaban en el exterior del jardín nevado. A su alrededor habían preparado hogueras con combustible y troncos de la despensa del hotel. Las valkyrias las habían prendido con sus rayos.

Daban círculos sobre sí mismos. Gritaban y tarareaban las canciones que se aprendían en décimas de segundo, como si ya supieran sus letras.

—Kherion —repuso Ardan hablándole al elfo que no dejaba de beber y moverse al ritmo de la música—. ¿No estáis haciendo demasiado ruido?

—Estáis protegidos —contestó, serio, como si no tuviera una botella de *linie* en la mano—. Los huldres estamos acostumbrados a crear rituales de música y a que el ser humano no nos oiga. Hemos limpiado este lugar. Ningún jotun nos puede ver. —Miró a su gente, que se reponía del duro letargo bajo tierra. Sus pieles iban adquiriendo un nuevo color, sus ojos, negros por la oscuridad, se aclaraban poco a poco, dejando que se viera en ellos un tono esmeralda, como de hierba acristalada. El color de la esperanza—. Dame tu copa —le pidió.

Ardan miró su vaso de cristal azul, y que estaba vacío. Esa bebida estaba bastante bien, pero nada que ver con el buen whisky escocés.

—Bebe para nosotros, einherjar. Vuestra energía nos ayuda a mejorarnos con más rapidez.

—No necesito estar más mareado —aseguró—. Además, en breve,

haremos un viajecito un tanto tormentoso con la hija de Thor. Quiero tener la cabeza bien.

—No te preocupes por eso. Te ayudaremos a sanar —explicó Kherion.

—¿Hacéis desaparecer la resaca? —preguntó Ardan, atónito, llamando a Gabriel con la mano. Tenía que escuchar eso.

—Sí. Pero, a cambio, necesito que vosotros bailéis. Sois seres sobrenaturales. Tenéis mucha energía y nos va bien recibirla. Ayudadnos y nosotros os ayudaremos después.

Gabriel, que había escuchado toda la conversación sentado en el capó de una camioneta negra abandonada en la entrada del hotel, arqueó sus cejas rubias y sonrió a Ardan.

—¿Qué te parece, engel? ¿Montamos una fiesta para despedir al Midgard?

Gabriel dibujó una sonrisa de oreja a oreja y dijo:

—Voy a por Gúnnr.

Ardan vio cómo Gabriel corría y entrelazaba los dedos con Gunny, para llevarla al centro del círculo de los elfos y empezar a bailar con ella.

El highlander buscó a Bryn con su mirada de kohl; cuando la localizó, la sedujo con una sonrisa de niño malo.

La generala, que hablaba con Róta y Nanna, se excitó en cuanto vio cómo él caminaba hacia ella, con esa seguridad y esa autoridad que hacía el más líder de todos los líderes fuera un enano a su lado.

Ardan se plantó ante ella y le ofreció su mano boca arriba.

—Ponme caliente como una moto, valkyria —le ordenó. Su *piercing* refulgió iluminado por el fuego de las hogueras.

Bryn se mordió el labio inferior. Envuelta, en su traje de generala jefa evolucionada, como un digimon, posó su mano sobre la de él.

—¿Podemos?

—Podemos.

—Vamos, dalriadano.

Nanna tenía muy claro lo que tenía que hacer.

Había hablado con sus hermanas y esperaba el momento correcto para ejecutar su nuevo movimiento.

Pero tenía que buscar la oportunidad, fabricársela de la nada.

Y eso haría.

Ardan y Bryn, y Gaby y Gunny bailaban en el centro de los huldres, que parecían extasiados al recibir tanta pasión y belleza por su parte.

Los elfos, todos, eran tan hedonistas como los dioses. Se alimentaban de la divinidad y la magnificencia del reino humano, divino y terrenal. ¿Y qué eran dos valkyrias y dos einherjars, sino una creación hermosa y gloriosa de

los dioses?

Jamás había visto a Ardan y a Bryn bailando de aquel modo.

Él bebía y le daba de beber a ella, mientras meneaban las caderas y se rozaban. Uno contra otro, de cara, de frente, de espaldas, prodigándose besos y arrumacos que nunca se daban en público.

¿Y Gabriel y Gunny?

Otro espectáculo más de la naturaleza. Su lindísima *nonne* provocaba al príncipe de los einherjars, y él se volvía loco.

Miya se aproximó a Róta por la espalda. Estaba hablando con Nanna y con su botella de licor.

—Deja el *aktivit* un ratito, anda. —Nanna intentó robarle la botella a Róta, que la miró con cara de pocos amigos mientras sonreía malévolamente a Miya. Le dio un beso húmedo y muy guarro en los labios.

El samurái gruñó, agradecido.

—¿Qué quieres, vanirio?

—Baila conmigo —le ordenó—. Hay que ayudar a los elfos a que se repongan. Y, al parecer, los dioses nos permiten disfrutar de un baile antes de la guerra final. Quiero que bailes conmigo.

Róta dio un sorbo a su botella y se la ofreció a Miya.

—No, gracias. —El samurái señaló la botella de sake que había dejado vacía sobre el macetero de la entrada.

—¿Tú has hecho eso?

Él asintió, con la mirada fija en su boca y en sus pechos.

—Sí.

—Será divertido ver bailar a un japonés —argumentó mientras se colgaba sobre él y rodeaba su cintura con las piernas—. ¡Por el fin del mundo! —gritó la valkyria levantando el puño.

Todos la escucharon y la vitorearon cuando ambos entraron en el círculo, uniéndose a sus amigos.

—*Akvavit*, portadora del *Brisingir*.

Nanna se dio la vuelta y se encontró con Noah.

Sus ojos brillaban con la luz de la certeza y de la anticipación. Ni siquiera tenía que pedirle que bailara con ella. Ya tenía un sí incluso antes de la fiesta.

Él la tomó por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—¿Y qué he dicho? —preguntó ella.

—Has dicho *aktivit*.

—Bueno, parece lo mismo... —dijo encogiéndose de hombros.

Las notas de *Burn*, de Ellie Goulding, inundó la calle y el jardín en la que los huldres y los guerreros bailaban para coger energías y dar el último

empujón a una guerra declarada.

Nanna los miró con una sonrisa de anhelo en los labios, pero Noah solo la miraba a ella. Solo tenía ojos para ella.

Nanna se dio cuenta y lo miró de reojo.

We, we don't have to worry about nothing Cause we got the fire, and we're burning one hell of a something They, they gonna see us from outer space, outer space Light it up, like we're the stars of the human race, human race

[No tenemos que preocuparnos por nada. Porque poseemos el fuego, y ardemos en una especie de Infierno. Ellos nos verán desde el espacio exterior. Iluminémonos, como si fuéramos las estrellas de la raza humana].

—No somos las estrellas de la raza humana —le dijo Noah, acariciándola con sus ojos—. Pero tú sí que eres la mía.

Nanna sintió que se deshacía.

Acorde a lo que decía la canción, Noah entrelazó los dedos con Nanna y pegó su frente a la de ella, empezando a mover las caderas y a mecerse al ritmo de la música, los dos a la vez, en sintonía, como si hicieran el amor.

Nanna sintió ganas de llorar. En ese momento, a punto de partir y de que el Midgard cayera en una guerra injusta, se sentía más feliz y completa que nunca.

Sus hermanas estaban con ella. En una fiesta, con sus parejas, tal y como deseaban en el Valhall. Y se reían. Parecían tan felices como ella.

Se apoyó en Noah y se agarró a su pelo, que se había recogido en una cola alta que le marcaba las facciones y le hacía aún más arrebatador si cabía.

Era tan fácil bailar con la persona de la que estabas enamorada. Cuando dos vibraban en la misma sintonía jamás se podía perder el ritmo.

Nanna alzó la botella hacia la boca del berserker y le hizo beber. Noah obedeció sin dejar de mirarla.

When the lights turned down, they don't know what they Heard Strike the match, play it loud, giving love to the World

[Cuando las luces se apagaron, ellos no saben lo que escucharon. Prende la mecha, tócalo bien fuerte, dando amor al mundo].

—¿Me echarás de menos? —le preguntó ella.

—Cada minuto que pase sin ti. Ya te echo de menos, *min valkyr*. Pero es lo mejor. Necesito sentir que estás viva. Y tengo la sensación de que a mi lado la vida se te va. No me lo puedo permitir.

«Oh, Noah. Estás tan equivocado».

No iba a discutir con él ni a hacerle cambiar de opinión, así que sonrió

agradecida por su preocupación y dejó que él la alzara y la besara, llevándola en volandas hasta el centro del círculo, para bailar junto a todos, que levantaban los brazos al cielo como si cantaran a los dioses que debían ser jueces del destino de todos.

We got the fire, fire, fire. And we gonna let it burn burn burn burn We gonna let it burn burn burn burn...

[Tenemos el fuego, fuego, fuego. Y vamos a dejarlo arder, arder, arder. Vamos a dejarlo arder, arder, arder].

Dejarían prender el fuego de sus pasiones y de sus esencias, para ayudar a los huldres a recuperar sus fuerzas.

Lo único que esperaba era que a ninguno de ellos le ardiera demasiado lo que Nanna tenía pensado hacer.

XX

—Eh, Kherion. —Miya llamó al elfo en medio de tamaño ritual energético—. Ven aquí, queremos comprobar algo.

Kherion se acercó a ellos sin dejar de beber linie y los miró uno a uno.

—¿Qué disponéis?

—Escucha esto —le aconsejó Ardan—. Miya, haz los honores.

El samurái obedeció y se aclaró la garganta.

—Dos elfas están paseando por el bosque —contaba Miya a Kherion, moviendo su recuperada mano. El hudriel no sonreía—. Entonces, de repente, un grupo de orcos, que nunca habían estado con una mujer, las divisan entre los árboles. Los orcos van a por ellas para violarlas, así que las elfas huyen despavoridas, corriendo todo lo que pueden y más. Al cabo de las horas, se detienen cansadas de tanto correr, mientras los orcos, incansables, están a punto de alcanzarlas. Y le dice una a la otra: «No te pares o nos cogerán». La otra, agotada, la mira casi sin aire y le suelta: «Prefiero tener un orquito a tener un infarto».

Kherion parpadeó, sus labios no se elevaron ni medio milímetro. Sus ojos verdes titilaron.

Ardan lloraba de la risa.

—¡Qué cabrón! —decía.

Miya, al que le encantaba provocar, miró de reojo a Kherion y probó con otra broma.

—Imagínate a Aragorn vigilando el Muro del Abismo de Helm. Entonces, a lo lejos, ve una terrible polvareda. Como no ve nada, coge a Legolas y le dice: «Legolas, amigo, tú que tienes los ojos penetrantes de la hermosa gente, dime ¿qué ves tras aquella polvareda?». Legolas mira al frente y le contesta: «Veo un gran ejército de hombres ». Aragorn asiente y le pregunta de nuevo: «Pero ¿vienen en son de paz o de guerra?». Y Legolas contesta: «Pues yo creo que vienen de fiesta y cachondeo porque llevan la cara pintada, gritan y van dando saltos».

Ardan, Gabriel y Noah se echaron a reír con fuerza, mientras que el hudriel los miraba como si tuvieran algún problema mental.

—¿Y... decís que sois guerreros? —preguntó con aquella voz que ponía la piel de gallina a los hombres, y la sangre caliente a las mujeres.

Los cuatro asintieron, seguros de su naturaleza.

—Es solo un experimento —dijo Noah poniendo paz—. Los elfos decís que os lo pasáis bien en estas fiestas, pero no veo a ninguno reírse. No sonreís.

Hudriel miró al berserker, a ese que había venido a proteger.

—Espero no ver yo tampoco a ningún jotun reírse cuando vengan hacia ti, no vaya a ser que me confunda y crea que vienen de fiesta, y permita que te metan un lanza por el culo —contestó con una educación y una serenidad portentosa. Dicho esto, se dirigió a Miya—. ¿Cuál es el país que primero ríe y después explota? —dijo de golpe.

—¿Eh? —repuso Miya frunciendo el ceño.

—Ja... pón.

Después de esas palabras, el hudriel se reunió con su gente y siguió obteniendo energía de la música y sus bailes.

Gabriel y Ardan no podían dejar de reírse de sus respuestas.

—¿Lo tienes? —preguntó Róta, oculta en el baño del hotel.

Nanna entró con la llave daeg de Noah en la mano. Se la había quitado mientras bailaba con él el *Never be alone*, de Deepside Dee Jays.

—Lo tengo.

—¿No se ha dado cuenta? —Se bajó de la pila de madera y mármol.

—Ahora está hablando con los demás. Va de *activia* hasta las cejas. Está tan borracho que si le dijeras que su padre es Drácula y su madre Morcilia se lo creería.

Róta se rio. No hizo falta rectificarla sobre el nombre de la bebida ni de la mujer del vampiro. La había entendido perfectamente. Estaba acostumbrada a sus libres cambios morfológicos.

—En realidad —dijo la que todo lo ve—, yo no hacía esto antes. Encontraba personas a través de sus objetos. Pero la sangre de mi Kenshin, el descendiente de Susano, me ha hecho más fuerte y ha multiplicado mi capacidad. —Se frotó las manos.

La puerta de roble se abrió. Tras ella aparecieron Gúnnr y Bryn, con las mejillas ligeramente rosadas y los ojos soñolientos.

—¿Lo tienes? —le preguntaron.

—Lo tiene —contestó Róta abriendo la mano para que Nanna se lo diera.

—Os dije que escupierais las bebidas —las regañó Nanna dándole la llave esférica a la del pelo rojo—. ¿No os han enseñado nada las películas que os subía al Valhall? El alcohol no se ingiere, se escupe en otra botella que finges beber.

—Nos pediste que les hiciéramos beber para que no se dieran cuenta de nuestro ardid. —Bryn puso los ojos en blanco—. Solo se nos ha ido la mano un pelín. ¿Estás segura de que quieres hacer esto? —le preguntó.

No estaba segura. Estaba segurísima.

Y sus amigas la comprendían perfectamente, por eso la ayudaban con su desafío.

Ellas habían pasado por dificultades con sus parejas.

Gabriel se creía que Gúnnr no sabía luchar y que era débil. La valkyria lo pasó realmente mal hasta demostrarle que estaba equivocado.

Miya pensaba que Róta era la encarnación del mal (y de eso no había duda), pero su amiga tenía la suficiente fuerza como para contraponerse a ese lado oscuro y darle una lección de fidelidad, amor y amistad no solo al samurái, sino a todos los que alguna vez dudaron de ella.

Ardan se pasó una eternidad en el Midgard deseando vengarse de Bryn, odiándola con todas sus fuerzas, porque no sabía la verdadera razón por la que Bryn lo desterró. Y Bryn lo dio todo por él y por soportar sus castigos.

Así que si había mujeres empáticas con ella en ese reino, esas eran sus *nonnes*, por eso estaban dispuestas a echarle una mano, aun a sabiendas de que eso la pondría en peligro. Y por eso ella las amaba con todo su corazón.

Solo tenía aquella oportunidad, aquella vida en el Midgard antes de que el Ragnarök clavara las fauces en su destino. Su decisión era jugárselo con Noah.

Ella estaba dispuesta a luchar por él y por su propia credibilidad.

Y se lo demostraría al bengala.

—Haz tu magia, Róta —le pidió, nerviosa—. No tengo mucho tiempo. Debo darme prisa.

La valkyria asintió. Cerró los ojos y acarició el círculo dorado con la runa grabada en el centro, que sobresalía ligeramente de la superficie lisa del objeto.

Róta se puso muy tensa mientras viajaba hacia donde la llevaba su don.

—Un enorme fiordo... Recorre el Jotunheim y...

—Sé más concreta —la animó Nanna—. Estamos en Noruega.

—Lo rodean muchos acantilados... —continuaba Róta con los ojos completamente negros, perdida en su visión—. Es un glaciar enorme, tan grande... Esperad... Hay algo... Son túneles de hielo, cuevas subterráneas. —Róta cogió aire—. Lo tengo. Estoy en la cima. La entrada está ahí.

—¿Dónde? —Nanna se sentía inquieta y ansiosa.

Róta salió de su visión y sus ojos se tornaron turquesa de nuevo. Poco a poco recuperó la normalidad. Suspiró y se apoyó en la pila del baño, un tanto mareada.

—¿Qué? ¿Qué has visto?

La valkyria hija de la Sibila sonrió a Nanna.

—Lo que buscáis está en Jostedalsbreen. En sus entrañas.

Nanna parpadeó.

—¿Has visto lo que era?

—No —negó ella, con las manos en el estómago. Ese tipo de visiones le

revolvían las tripas—. Sea lo que sea lo que abra esta cosa, está sellado. Muy bien sellado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Gunny.

—Ahora —Nanna se guardó la llave en el chaleco, se recolocó bien las *bues* y se recogió el pelo trenzado en un moño alto— salgamos y bailemos. Necesito que me cubráis. Gunny.

—¿Sí? —Gúnnr estaba preocupada por Nanna. Sabía que lo que tenía que hacer era algo que no podía evitar, pero no por eso dejaría de sentir miedo por su hermana.

—Los huldres ya casi están recuperados. No tardarán nada en quitarles la borrachera a los guerreros. En cuanto me enviéis lejos, tienes que convocar la tormenta.

Bryn la tomó por el hombro.

—¿Estás segura de que esto es lo que debes hacer?

Nanna asintió con convicción.

—No se me ocurre otra cosa. No voy a abandonar solo porque él crea que es lo mejor.

—Pero, Nanni... —Los ojos de la generala se entristecieron—. ¿Y si Noah tiene razón? Que una persona sueñe algo malo puede ser una pesadilla. Pero que dos personas sueñen exactamente lo mismo puede ser una profecía.

Nanna lo asumía. Había llegado a la misma conclusión que su líder, pero no se iba a echar atrás.

—He vivido rodeada de muerte, recogiendo a seres que perecían en la Tierra, sin una oportunidad de salvarse, pero que luchaban con gallardía. Esta es la primera vez que vivo de verdad. Si muero, que sea rodeada de vida, asomándome al precipicio y estando en mi lugar. Y siento que mi lugar está al lado de él.

Las tres valkyrias se miraron las unas a las otras y no osaron a contradecirla, porque ninguna de ellas concebía la batalla final estando separadas de sus guerreros.

Eran uno.

Y ellas la ayudarían a que Nanna y Noah lo siguieran siendo.

En el Valhall, cuando Nanna estaba junto a ellas y los dioses convocaban un torneo de buscadores de tesoros, las cuatro valkyrias participaban juntas y se convertían en las cabecillas de todas las guerreras.

Una vez que adivinaban hacia dónde debían ir y dónde se ocultaba el tesoro, hacían una piña, con una de ellas en el centro. Entonces activaban su energía eléctrica, que circulaba alrededor de ellas e iba a parar, condensada, a la valkyria que estaba en el medio: en el pilar.

Después, las tres que formaban el triángulo, impulsaban al pilar con sus

rayos y la alzaban tanto como podían, a través de los cielos. Esta se iluminaba como una estrella y servía de guía a las demás valkyrias. Así las conducía hasta el objeto buscado.

Los elfos bailaban en éxtasis. Ardan, Gabriel, Miya y Noah brindaban los unos con los otros y gritaban como salvajes, como si se dieran ánimos para el último combate, como si entre ellos buscaran el modo de hacerse más fuertes, de llegar a ser invencibles.

Las valkyrias se miraron las unas a las otras. Se pusieron a bailar en círculo, cantando y moviendo sus caderas al ritmo de una música que solo ellas conocían, su himno.

La tarareaban en silencio, para que solo ellas se escucharan.

De fondo, otra canción sonaba, pero no la oían bien enfrascadas la una en la otra como estaban.

—Cuando sientas que tu corazón está escondido —cantaban mirándose las cuatro, con Nanna en el centro, controlando de reojo para no llamar demasiado la atención de los einherjars—, y veas que se está rompiendo... Cuando las nubes se hayan ido..., estarás bien aquí conmigo.

Nanna cerró los ojos, agradecida de tener unas hermanas de orejas puntiagudas tan especiales y leales como ellas.

No las quería mirar a los ojos porque sabía que las tres estaban tan acongojadas como ella.

Tal vez nunca se volvieran a ver.

Tal vez Nanna se quedara a medias de su viaje y no podría demostrarle a Noah que era la mejor compañera para encontrar lo que estaba buscando.

Tal vez su aventura acabara ahí.

Pero mientras sentía las hebras de electricidad de sus *nonnes* inundándola, bañándola de fuerza y cariño, no pensó en nada de lo que perdía si eso no salía bien.

Se sentía tan llena de amor que pensó que no había mejor modo de vivir su vida que amando a todos con la misma intensidad.

Lo que había ganado esos días en el Midgard era impagable.

Quería ayudar a Noah porque lo amaba.

Y lo amaba con la certeza de alguien que sentía que podía pasar mil vidas eternas más al lado de la persona que mejor conocía. Y esa persona era él, aunque, en realidad, no sabían casi nada el uno del otro. Y, sin embargo, tenía la sensación de que nunca se habían separado, de que siempre habían estado juntos.

—Yo estaré aquí, justo a tu lado, en cada paso que des —cantaban cada vez más alto. Nanna se iluminó: una onda expansiva creció alrededor del círculo. Abrió los ojos y, con el *Daeg* en la mano, las sonrió—. Seré tu fuerza

y tu escudo. Seré quien te proteja de la lluvia.

Nanna parpadeó con los ojos llenos de lágrimas.

Se debían separar. Ellas irían a Escocia, pero ella se quedaría en Noruega, ayudando al hombre a quien amaba.

Bryn tragó saliva y, con labios temblorosos, le preguntó:

—¿Estás lista, *nonne*?

Nanna asintió con la cabeza.

Róta y Gúnnr sonreían y lloraban a la vez.

—Estaremos ahí, justo a tu lado. Aunque no nos veas —repitió Róta—.

Jeg I hjertet, nonne mi.

—*Jeg... Jeg I hjertet* —repitió con una bola de congoja atravesada en la garganta—. Os quiero.

—Y nosotras a ti —respondió Gúnnr, emocionada—. Mantente con vida, Gunny.

—Sí.

—Te veremos al final del camino —aseguró Bryn, que le ofreció toda la energía de su corazón.

—Ahí os espero.

De repente, Nanna absorbió tanta luz y energía que se elevó como un cohete en el cielo y desapareció entre las nubes. Tras ella dejó una estela eléctrica, a ella, a sus amigas y a su amor en Tierra.

—¿Eh, sabes qué? —le dijo Ardan, que tenía el brazo por encima de Noah—. Steven me contó otro chiste sobre los elfos.

Cuando Noah vio la estela de Nanna entre ellos y después fijó su mirada amarilla en sus amigas, que no paraban de llorar, supo que algo raro había pasado.

Se apartó de Ardan y caminó hasta ellas, que se pusieron en alerta cuando lo vieron aparecer.

—¿Adónde ha ido? —preguntó con los ojos rojos por el alcohol y las pupilas dilatadas.

Róta contestó por sus hermanas.

—Ahora volverá. Ha ido a... a buscar una cosa.

Noah achicó los ojos y les cortó el paso a las tres guerreras.

—Apártate, Noah —le ordenó Bryn.

—No. No hasta que me digáis adónde ha ido —repuso.

Gúnnr se escapó y corrió a hablar con Hudriel y Gabriel, para pedirle al elfo que les quitara la resaca, pues iba a abrir un portal para salir de allí y regresar a Escocia.

—Te hemos dicho que enseguida volverá —contestó Bryn, seria.

—¿Se ha ido? —Noah sintió que le invadía la ansiedad—. ¿Se ha ido?!

¿Dónde está?! —rugió. Miró por encima de su hombro y vio a Gúnnr y a Gabriel, que hablaban entre sí. Gabriel parecía plenamente recuperado del linie. La valkyria le decía que iba a convocar la tormenta dentro de unos minutos. Pero no podía convocar nada si Nanna no estaba ahí. Corrió hacia ellos como alma que lleva el diablo—. ¡Eh! ¡No puedes crear la tormenta!

—¿Ah, no? —preguntó Gúnnr.

—¡No hasta que Nanna regrese! ¡Tiene que irse con vosotros!

—Nanna no está aquí —contestó la hija de Thor—. No quería acompañarnos.

Noah no supo qué hacer, dominado por la rabia. Eso no podía estar pasando. Pensaba que Nanna quedaría a salvo, protegida de él y su destino. Pero, en vez de eso, con ayuda de sus amigas, se había escapado.

—¡Esto no tenía que ser así!

—Ya ves, berserker. —Bryn se colocó al lado de Gúnnr—. A veces las cosas no son como uno ordena. Cuando das órdenes debes asegurarte de que el otro te va a obedecer y quiere hacer lo que tú indicas.

—¡Me dijo que lo haría!

—Te mintió —repuso Róta, franqueando a sus hermanas—. Y si vieras de verdad cómo es Nanna, te darías cuenta de que ella no dejaría nunca su labor a medias.

—¿Su labor? —Noah se abalanzó sobre ellas, pero Ardan lo retuvo y lo separó—. ¡Su labor es mantenerse viva! ¡Es su obligación! Y por vuestra culpa, por dejarla aquí, ¡morirá!

—¡Es su decisión! —replicó Bryn—. Nadie puede hacer nada contra eso. ¿No lo entiendes? —Lo miró, condescendiente—. Os pensáis que protegidas estamos mejor. Pero somos valkyrias. Nuestro hábitat natural es el campo de batalla. No huimos de él. Y menos cuando nuestros einherjars luchan en nuestro nombre.

—¿Dónde está?! —exigió saber, con los colmillos expuestos y el rostro cubierto por la desesperación.

—*Daeg* —Hudriel utilizó su voz calmante—, si la portadora del *Brisingir* sigue en el Midgard, la encontraremos.

—¿Cómo?! —replicó Noah, fuera de sí—. ¿Dónde se supone que ha ido? ¡Soy yo quien tiene la llave! —Buscó en el bolsillo interior de su chaleco—. Soy yo quien posee el objeto que... —Su rostro palideció. Cuando se dio cuenta de lo que había pasado, apenas pudo moverse—. No me lo puedo creer.

Las valkyrias sintieron lástima por él.

Gúnnr se colocó en su posición, preparada para la descarga de Bryn, decidida a convocar la tormenta sin la presencia de Nanna.

—¿Qué sucede Daeg?—preguntó Kherion, que pareció solidarizarse con él.

—La valkyria me ha engañado. Me ha robado. Lleva el objeto.

—Noah..., Nanna quiere quedarse aquí —aclaró Róta, que parecía compadecerse de él—. Si quieres ir tras ella y acompañarla en el viaje, que es el mismo que el tuyo, debes encontrarla. Se dirige a Jostedalsbreen. Ella va hacia allí, dispuesta a demostrarte que no es un estorbo.

—¡Claro que no lo es! —contestó él.

—¡Le dijiste eso! —exclamó Bryn—. ¡Mide tus palabras de ahora en adelante! Nanna es tan valiosa como tú. No rechaces su ayuda. —Calentó sus manos, dispuesta a lanzar su potencia contra la hija de Thor—. Síguela y continuad juntos. Y cuida de ella.

—¡Vosotros la habéis abocado a la muerte! —gritó, seguro de sus palabras.

—Es su decisión —dijo Bryn de nuevo—. Nosotras solo la hemos ayudado a cumplir su deseo. Incluso una guerrera debe decidir al lado de quién quiere morir. Y ha decidido morir a tu lado. A no ser que tú lo evites. Y eso, Noah, es lo que esperamos todos. Los dos debéis sobrevivir.

Noah se pasó los dedos por el pelo, despeinándose. Frotó su cara con desesperación. Necesitaba estar sereno.

Sentía tanta impotencia y tanta rabia que tenía la sensación de que iba a explotar.

—Kherion.

—¿Sí, Daeg?

—Ayúdame a encontrarme mejor.

Kherion le puso la mano en la sien y Noah relajó el rostro. La resaca y el dolor de cabeza desaparecieron al instante, pero no así la ira, que se hacía a fuego lento en su interior.

—Prepara a tu pueblo —le pidió con serenidad, mirando al cielo de estrellas, nublado y gris—. Nos vamos inmediatamente. —Abrió sus alas, pero Kherion lo detuvo.

—No debes hacer eso, Daeg.

—¿Por qué no?

—Porque toda esta tierra está vigilante. Los jotuns se ocultan y controlan todos los frentes. La portadora del *Brisingir* no debió utilizar los rayos de las valkyrias para viajar.

—Y no lo ha hecho —repuso Bryn con calma—. Solo ha utilizado nuestra energía para dar un salto de espacio. Nada más.

Hudriel la escuchó, y después se giró hacia Noah.

—No debes viajar con tus alas. Iluminan la noche y estos cielos

nevados son reflectantes y espesos. Sabrán que te acercas y te cogerán.

—¿Y cómo la alcanzo?! —dijo impotente—. Me llevará mucha ventaja. ¡A saber dónde está!

Kherion asintió. Entendía bien su ansiedad.

—Mi pueblo tiene otros recursos. Te acompañaremos y te ayudaremos.

La noche había transcurrido, empezaba un nuevo día sin Nanna. Iría a buscarla. Y cuando la encontrara le daría su merecido.

Noah era bueno, hasta que algo le molestaba de verdad. Y nunca se había sentido tan ofendido como en ese momento, cuando Nanna había traicionado su confianza riéndose de él y robándole en su cara.

Por otro lado, sabía que era el peor día para pelearse con ella, pues, cuando la nueva noche cayera, habría luna llena.

Y las lunas y los berserkers eran aliados terribles para sus parejas.

XXI

Corría sin detenerse.

Dejaba atrás cimas abruptas y montañosas, moteadas por extensos glaciares. El fiordo que nombraba Róta se extendía a través de los parques del Jotunheim y Jostedalsbreen, y los traspasaba como brazos fríos y helados, que los abarcaban. Estaba claro que eran de su propiedad.

Los mares congelados rodeaban aquella tierra, llena de cadenas en las que Tolkien se había inspirado para sus libros. Valles orientados de norte a sur, verdes y cubiertos de nieve. Valles solitarios desprovistos de gente que los pudiera regentar en ese juicio final que todos esperaban, por mucho lucharan por evitarlo.

Nanna lo sabía. Sabía que muchos de los habitantes de esas comarcas eran ahora miembros de los ejércitos de Loki. Tarde o temprano se enfrentarían a ellos. La valkyria ya no quería pensar en si una vez habían sido solo humanos. Ahora eran el enemigo y no tendría compasión.

Llevaba la llave de Noah en de su mano. No la soltaría jamás.

Solo debía encontrar el glaciar de Jostedalsbreen y entrar a través de su cima. Róta había dicho que en sus entrañas se escondía lo que estaban buscando.

Pues bien, iba a demostrarle que ella lo hallaría y que sobreviviría a su búsqueda.

Las costas recortadas serraban el paisaje tan místico y maravilloso. No podía comprender como había jotuns en él. Pero Loki siempre se las arreglaba para engañar. Se disfrazaba de algo hermoso y después mostraba su fealdad en todo su esplendor, cuando ya era demasiado tarde para escapar de la encerrona.

Cascadas y acantilados en la lejanía atraían su atención, recordándole paisajes del Asgard o del reino de los elfos.

Pensó en Noah.

Seguramente le habría sentado fatal su deserción.

Pero aquello lo hacía por él y por ella. Por los dos.

Tenía el *Brisingir*, que se iluminaba en cuanto había jotuns alrededor: los dejaba cegados y arrodillados. Nadie podría hacerle daño.

Ella sobreviviría, encontraría su tesoro y Noah se sentiría orgulloso.

El problema era que no conocía esas tierras, y todo lo que le rodeaba era parecido, como si estuviera constantemente en el mismo lugar.

Esperaba que la llave le indicara dónde debía de ir, cómo llegar hasta allí; pensaba que sería como una puñal *guddine* que se calentaba cuando había

algún dios cerca. Pero ni la runa grabada en la llave ni la misma llave se calentaban ni se iluminaban.

¿Eso quería decir que estaba lejos de Jostedalsbreen?

Noah y los hudriels seguían el rastro de la valkyria.

Estaba anocheciendo con rapidez.

Cada roca parcialmente quemada o cada paso demasiado largo y distanciado grabado en la nieve les indicaba que ella había pasado para allí.

Y su olor. Su olor característico a algo dulce y picante a la vez, como a golosina ácida, lo guiaba tras ella. Cuanto más cerca estaba, más penetrante era su aroma.

Noah no la dejaría escapar.

Dioses, estaban tan asustado de no tenerla cerca...

No era que no confiara en sus capacidades. Lo que le sucedía era que creía demasiado en su sueño y lo atormentaba pensar que no había una salida mejor para los dos que quemarse juntos.

¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? No lo sabía.

Pero sucedería. Su visión era tan real como una profecía.

¿Por qué Nanna no podía comprender que no quería que ella sufriera esa suerte?

¡Comportándose de ese modo lo hacía sufrir a él!

—Ella sigue viva —le informó Kherion.

Noah no necesitaba escuchar ese tipo de información. Sospechaba que, si a Nanna le sucediera algo, él lo sentiría, de tan unidos que estaban.

—¿Cómo lo sabes?

—Nos lo dice el viento —contestó corriendo a su lado, tan veloz como él.

Noah parpadeó, confuso.

—¿Sabes dónde está en cada momento?

El hudriel asintió.

—La naturaleza nos cuenta todo lo que necesitamos saber y tiene a la vista. Y nos oculta cuando más lo necesitamos —dijo sin apenas mover los labios—. Tenemos escondites, miradores, y refugios. La diosa Nerthus selló muchas cuevas para que no pudieran entrar los siervos de Loki. Los elementales siempre estarán de nuestra parte.

Noah lo escuchaba con atención, observando que ninguna rama ni roca caía sobre Kherion ni su gente, mientras que él debía maniobrar para no caerse o darse de bruces con sus vertiginosos saltos.

—¿Y qué te dice el viento?

—Me dice que el fiordo de Sognefjord recorre el parque de Jostedalsbreen, al igual que el del Jotunheim. Es un fiordo lleno de poder,

cuyas profundidades ocultan muchos secretos.

—Lo sé —contestó Noah, recordando lo que había visto en la cueva de las agonías. Lo que fuera que abría esa llave estaba bajo el hielo—. Ahora dime dónde está Nanna. ¿Podemos llegar hasta ella? Pero todo en aquel paraíso era hielo.

—Podemos..., pero te congelarás —le aseguró Kherion.

—No me congelaré. Haré lo que tenga que hacer para llegar hasta ella.

—Viajaremos a través del fiordo. Debemos pedirle permiso a sus aguas. ¿De veras quieres hacerlo?

—¿Por Nanna? Por supuesto. Por favor, haz lo que debas. Yo te seguiré. Kherion alzó la mano para detener a toda su gente.

Cerró los ojos y tocó un charquito de agua que reposaba sobre una roca helada. Frotó el líquido entre sus dedos y susurró una especie de plegaria.

—El agua nos da su permiso para encontrar a la portadora del *Brisingir*. Y también para llevarte a ti. Es la primera vez que un berserker prueba el transporte de los hudriels.

—Me siento honrado por ello.

Su pueblo habló agradecido, en su idioma élfico. Kherion les dijo que se dejaran caer al agua congelada que había al pie de la montaña. Caída libre.

El hudriel miró a Noah con admiración.

—Cógeme del antebrazo.

Noah le obedeció.

—¿Estás preparado? Esto no tiene que ver con nada de lo que hayas experimentado antes. No hay nada más poderoso que la Madre Tierra. Tú das saltos poderosos y mutas. Nosotros utilizamos el clima, la flora y la fauna para hacernos más fuertes. Esos son nuestros dones.

—Estoy preparado.

El berserker cogió aire y asintió con la cabeza.

Kherion saltó por el acantilado que bordeaban. Juntos se dejaron caer a las profundidades heladas.

Su pueblo entero los siguió.

Nigardsbreen

En Noruega el día no era demasiado claro.

Lo llamaban «la noche polar civil» o «noche blanca». Durante el día, si además el cielo estaba encapotado, como entonces, la luz escaseaba.

Aun así, había claridad. No demasiada, pues el sol se ocultaba con celeridad. Entonces Nanna sabía que era el tiempo perfecto para los nosferatus y todas las criaturas nocturnas de Loki que asolaban aquellas montañas, para salir y matar.

Estaba sola y seguía sin encontrar la dichosa montaña que le había mencionado Róta. Sin un humano a quien preguntarle y su famosísimo sentido de la orientación, que brillaba por su ausencia, estaba perdida.

—Dioses... —susurró en voz baja, caminando sobre la prístina y pura nieve que nadie había pisado en mucho tiempo—. Estoy más perdida que el famoso Noé en *Titanic*.

No paraba de frotar aquella ficha ovalada entre sus dedos. Entonces recordó lo que le dijo Noah sobre meterla entre sus piernas.

Se echó a reír.

¿Cómo estaría? Se habría disgustado mucho por su huida. Las valkyrias la habían lanzado bien lejos, lo suficiente como para ganar medio día de diferencia.

Pero ya lo echaba de menos. ¿Cómo era posible que no se sintiera a gusto sin él?

Antes, cuando no estaba vinculada y estaba sola, era feliz, ¿no?

Observó la runa grabada y negó con la cabeza.

No. Antes no tenía nada que le importara como le importaba Noah. Vivía despreocupada, sin más ocupación que recoger cadáveres en la Tierra.

Ahora todo era diferente.

¿Debería agradecerle a Noah el haberse vinculado? Se frotó la marca del cuello con frustración. Noah estaba pensando en ella y no demasiado bien, porque la marca le escocía y le apetecía arrancársela del cuello.

Enfadada con la situación, tiró la ficha contra el tronco de un árbol. Rebotó y cayó en la nieve.

—¡Haz algo! —le gritó como si fuera una persona—. ¡Enséñame cuál es el camino! ¡¿Qué demonios eres?! ¡¿Qué diantres abres?! Ilumínate, tiembla... ¡Pero ayúdame! No sé por dónde seguir... —Se agachó de nuevo a recogerlo—. Y... ¡Y me estoy congelando!

Nanna oyó un gruñido a su espalda. Una ramita se rompió bajo la bota de alguien.

Se dio la vuelta buscando el origen de esos sonidos.

Y se encontró con algo que jamás hubiera querido ver de nuevo.

Troles.

Detrás de los troles había dos humanos. Bueno, lo que antes eran humanos. Tenían la boca manchada de sangre. Tras ellos, entre los tupidos y frondosos árboles, habían dejado un reguero de sangre de un par de ciervos mordidos y degollados.

—Joder, los Cullen están aquí... —musitó controlando sus movimientos.

Era normal que los nosferatus bebieran sangre de animales, puesto que

todos los humanos de las comarcas de Noruega y de alrededor del Jotunheim habían sido transformados para pelear al lado de los jotuns.

Los nosferatus y las criaturas de Loki habían salido, dispuestos a eliminar a cualquiera que osara pisar aquellas tierras y no hubiera prestado juramento a su dios.

Nanna podía con cinco. De eso estaba segura. De lo que no estaba tan segura era de poder con diez. Y es que cinco más habían aparecido por su espalda.

Debía actuar rápido y con determinación.

Sus manos se cargaron de electricidad.

Lanzó dos rayos a dos troles. Cuando dos de los nosferatus que había tras ella intentaron cogerla, dio un salto mortal hacia atrás. Cayó justo a sus espaldas. Conjuró las flechas eléctricas de las *bue*. Les atravesó las columnas, directas al corazón.

Sin embargo, aún quedaban seis por eliminar. A esos seis se les unieron cuatro lobeznos más. Volvían a ser diez.

Diez contra ella.

Nanna pensó en Noah. Sus alas tribales se desplegaron. Los jotuns se quedaron estupefactos.

La valkyria alzó el vuelo con una sonrisa.

En su fuga no había querido utilizar ni rayos ni alas, puesto que no quería llamar la atención de los esbirros de Loki.

Esta vez debía utilizar todos sus recursos para escapar, o ellos la cogerían y la matarían. Y, lo peor, robarían la llave de Noah.

Nanna se dio la vuelta y quedó suspendida en el aire. Se abrió el chaleco y mostró el collar de Freyja.

—¡Soy la portadora del *Brisingir*, jotuns! —gritó esperando que la luz que ella no veía cegara a los monstruos que la esperaban entre abetos y nieve.

Los babeantes troles la miraban desde abajo. Uno de ellos curvó un deforme labio hacia arriba, una sonrisa siniestra que no presagiaba nada bueno.

Lo nada bueno era que el *Brisingir* no les hacía nada.

Lo peor llegó en forma de hachazo a la altura de la espalda.

Un nosferatu oculto entre las nubes, con pinta de leñador frustrado, la cortó con su haz. Sus alas se replegaron por la herida y el terrible dolor.

Nanna iba a caer al glaciar que había a cientos de metros bajo sus pies.

Una vez allí, debería escapar de sus perseguidores. No lo tenía nada fácil.

Ya no podía volar hasta que se le cicatrizara la herida. Además, para eso necesitaba a Noah.

Y Noah no estaba con ella.

Porque ella lo había engañado y lo había dejado atrás.

Aquello era un jodido desastre.

¿Acaso la libertad podía ser una extenuante y tormentosa sensación de estar congelándose? Ni siquiera se sentía el cuerpo. Solo había dolor. La loca sensación de que no tenía ni una extremidad completa, pero le dolía todo.

Noah era mecido por los brazos del fiordo de Jostedalsbreen. Kherion se comunicaba con él mentalmente, informándole sobre cada sensación que podía traspasar al berserker y contrariarlo.

«Ahora eres agua helada como él».

«¿Él?», preguntó Noah.

«Sí. Él —contestó Kherion—. Cada elemento que puebla este reino tiene vida y es una entidad individual. El agua helada permite que viajes a través de ella. El fiordo de Jostedalsbreen pasa por el valle frío de Niversgreen. El agua nos dice que la portadora del *Brisingir* acaba de caer en él, y tinta su agua de sangre».

A Noah se le disparó el corazón.

«Pero, ¿sigue viva?!» .

«Sí, permanece con vida. Los esbirros de Loki han dado con ella. No lo permitiremos, Daeg. Jostedalsbreen nos llevará hasta tu mujer».

«¡Llévame más deprisa!», pidió ansioso.

Kherion permaneció en silencio, pero su ruego fue escuchado por los hudriels.

Su no cuerpo absorbió la escarcha que se cruzaba en su camino bajo el hielo. Le dolieron los oídos y la cabeza. Sentía que los ojos le iban a estallar.

Nanna había caído sobre sus pies en el valle helado. El hielo había quebrado por el impacto de la valkyria. Ahora, un agua tan fría como la muerte emanaba de sus grietas. La superficie helada del valle se haría añicos. Pero, al parecer, eso era algo que a los troles ni a los lobeznos que iban a por ella les traía sin cuidado.

La valkyria había contado que la cercaban unos cuarenta secuaces del Timador, a cual más feo y horrendo, a cual más sádico.

Los nosferatus volaban a dos palmos del hielo, con los cuerpos inclinados hacia delante. Tenían los colmillos completamente expuestos. Sus caras de odio reflejaban una absoluta determinación por acabar con su vida.

Nanna se protegió como pudo de sus ataques. Lanzaba rayos, clavaba flechas, daba puñetazos y, si hacía falta, también mordía.

Pero una mujer, por muy fuerte que fuera y por muy valkyria que se considerase, podría con dos hombres con dos dedos de sus manos, tal vez, incluso, mataría a cinco jotuns. Luego acabaría con cinco más, si se lo

propusiera y agotara sus últimas fuerzas.

Lo que no podría hacer jamás, a no ser que fuera Bryn, *la Salvaje*, era acabar con cuarenta jotuns de golpe. Ella podría haberlo hecho si el collar hubiera funcionado, incluso podría haber matado a veinte o treinta, si no hubiese recibido el hachazo en la espalda.

En inferioridad de condiciones, ellos la ganarían, pero Nanna lucharía hasta el final y protegería aquello que más le importaba. La llave y su corazón.

Si le quitaban el corazón, moriría.

La estaban mordiendo, la golpeaban, pero ella no se rendiría. No sabía cómo debía escapar de allí. Tal vez, si aquel hielo tan grueso se rompía del todo, podría internarse en el agua y escapar por debajo de su capa.

Los troles odiaban el agua. Aquella superficie era más propia de purs y de etones.

Y, entonces, como si Nanna los hubiera convocado, el valle vibró y su capa de hielo se estremeció, tiritando como si el mismo valle no supiera lo que se avecinaba.

Un nosferatu, con profundas entradas y rostro cerúleo la cogió del cuello y la levantó. Retiró el pelo de su chaleco ensangrentado y alargó los dedos hasta el *Brisingir*.

—Mi señor quiere esto... —murmuró, ajeno a la sacudida bajo sus pies.

Nanna abrió sus ojos, tan hinchados, y le escupió la sangre que le salía de la boca.

El vampiro la abofeteó y tiró del *Brisingir* para arrancárselo del cuello, pero la joya de Freyja le quemó los dedos.

Siseó, dispuesto a aguantar el dolor. Sin embargo, antes de hacerlo, recibió un mensaje de Loki, una mensaje mental, que le decía que para poder quitarle el *Brisingir*, ella debía morir.

Sin avisar, hundió los dedos en su pecho y tiró de él.

Nanna sintió una durísima sensación de pérdida. El dolor fue insoportable.

Entonces lo supo: iba a morir.

Justo cuando cerraba los ojos, el hielo bajo los zapatos negros del nosferatu explotó.

De su interior, emergió Noah, chorreante de agua a su alrededor.

Arrancó a Nanna de los brazos del vampiro y la sumió en un abrazo protector, dándole la espalda a todos.

Las runas de su rostro se iluminaban con una especie de luz amarillenta, como si se prendieran.

Los hudriels acabaron por romper la escarcha de varios centímetros de grosor que cubría esa zona del valle.

Saltaban con elegancia sobre los trozos de hielo y utilizaban una especie de bastón alargado de madera y metal, que recordaba a los *bô* japoneses. Eran parecidos a una pértiga.

Con él golpeaban, inmovilizaban y atravesaban los cuerpos de los troles y de los lobeznos. Puesto que no volaban, no podían alcanzar a los nosferatus, pero no importaba: podían lanzar sus bastones a lo alto, pero luego volvían a sus manos. Y los lanzaban con tanta fuerza que parecían auténticas estacas voladoras.

Era una guerra.

Noah dejó a Nanna malherida sobre una parte del hielo sin quebrar. Se agachó y le acarició el rostro sanguinolento. Se aseguró de que seguía con vida. Así era, a pesar del horrible agujero que lucía en el centro del pecho. Esos hijos de perra le habían intentado arrancar el corazón.

—Tú..., tonta —le gruñó.

Necesitaba matar, eso era exactamente lo que le pedía el cuerpo. Y cuando se sentía así desaparecía toda esa bondad que los demás tanto admiraban en él.

Abrió el chaleco de la valkyria y dejó que el collar hiciera su trabajo.

Los monstruos cedieron a su luz, tal y como había sucedido en el monte de Rauma. Eso les dio la oportunidad de acabar con ellos.

Noah se levantó con lentitud. Sentía el cuerpo tenso y descontrolado por el cambio de temperatura. Además, ya no estaba bajo el agua. Ahora se encontraba en el exterior, para matar a todos los que querían hacer daño a su estúpida y repelente *kone*.

Gritó y su cuerpo mutó.

Se dio media vuelta. Sus alas se desplegaron. No volaría demasiado alto, no sobrepasaría las montañas que bordeaban el valle. Lo que sucedía allí, allí se quedaba. Volaría solo lo suficiente como para matar a los vampiros neófitos que se habían atrevido a morder a su Nanni.

Fue uno a uno.

Aquellas criaturas no tenían ninguna oportunidad de sobrevivir ante él.

Era un berserker con alas de *einherjar*. Era invencible.

Se aprovechó de eso y de la cólera que lo embargaba para arrancar cabezas y corazones. No tuvo piedad.

Los nosferatus caían como moscas. Algunos se deshacían en el cielo; otros, en el hielo.

Muchos gritaban despavoridos por la fuerza de Noah y sus artimañas violentas.

Mientras tanto, los *hudriels* hacían su trabajo.

Reducían a los troles y a los lobeznos, sin aspavientos, sin

decoraciones. Un golpe aquí, otro allá, siempre en puntos vitales que acababan con la inmortalidad de esos seres. Y todos caían: uno tras otro.

Cuando el valle quedó plagado de cuerpos de hudriels heridos y jotuns muertos, Kherion se quedó mirando al cielo. Dio un pequeño paso hacia atrás, como un bailarían, para dejar que el último cuerpo de nosferatu que Noah había degollado cayera justo delante de él y desapareciera sobre el agua, la nieve y el hielo.

Ahí lo tenía. Era el último.

Noah aterrizó junto al hudriel. Todavía tenía las alas abiertas, el pelo suelto y el rostro lleno de restos de una sangre que no era la suya.

—Invocaré al resto de los guerreros de mi pueblo —convino Kherion, que colgó su bastón retráctil a su espalda—. No nos dejarán salir de aquí. Tarde o temprano llegarán los refuerzos.

—Necesito llevar a Nanna a un lugar seguro.

—Pediremos a la montaña que nos revele una *hule*. —Con el antebrazo se limpió una mota de sangre de la barbilla.

—¿Una *hule*?

—Las cuevas sagradas de Nerthus. Allí podremos escondernos y reponer fuerzas antes de proseguir el viaje. Mientras tanto, dejaré un mensaje al viento para los míos. Necesitamos más gente hudriel con nosotros.

Noah se sentía muy agradecido con Kherion y su pueblo. Y los admiraba. Era un honor luchar con ellos.

—¿Cómo darás ese mensaje?

—Solo tienen que escuchar nuestro sonido.

El berserker miró a su alrededor y recogió a Nanna. Se sentía bastante cansado. El pelo rubio le cubría parcialmente el rostro. Sostuvo a la valkyria con un brazo y con la otra mano libre levantó el *oks* de su hermano Adam. Entonces lanzó al aire un grito de victoria y guerra.

Kherion hizo lo mismo.

Los hudriels alzaron sus bastones y gritaron con el berserker y su líder elfo por la conquista del valle de Niversgreen.

XXII

La madre de Freyja había sido muy inteligente. Era una diosa, así que sabía cómo proteger y dar cobijo a los suyos en la guerra que con tanta violencia había empezado en la Tierra. Utilizaba grutas en la montaña, cuevas bajo las raíces de los árboles o, incluso, cavernas tras las misteriosas cascadas que poblaban la naturaleza. Para divisarlas, para detectarlas, debías estar acompañado del pueblo hudriel.

Por suerte para Noah y Nanna, Kherion y los suyos estaban con ellos y luchaban de su parte.

Gracias al elfo de pelo rojo y lacio, que tenía aquellos ojos de esperanza, fríos e inteligentes, la pareja pudo resguardarse bajo el abrigo de las piedras terrosas de Niversgreen.

Unas cuevas entre sus montañas, con varias guaridas en su interior.

Allí, nadie los encontraría ni les molestaría, o bien hasta que ellos mismos decidieran salir, o bien hasta que la misma Tierra se abriera o se partiera en dos.

Los huldres habían iluminado la gruta con el extremo de sus bastones, que se prendían a su antojo como si fueran antorchas. Las habían clavado en el suelo, iluminando cada pasillo oscuro y cada rincón de aquel lugar.

Kherion se acucilló frente al cuerpo de Nanna, que seguía inconsciente debido a las heridas.

—¿Por qué no utilizó Brisingr? —preguntó el elfo, preocupado.

Noah miró a Nanna de reojo, mientras acababa de preparar su pequeño rincón para sanarla. Se quitó toda la ropa que cubría la parte superior de su torso y la utilizó como cama para la valkyria.

—No lo sé —contestó—. Necesito que nos dejes solos, Kherion.

El elfo asintió con la cabeza y se alejó de aquella habitación privada e improvisada.

Noah se arrodilló a su lado, sobre la fría roca.

En algún lugar interior de aquella montaña, debía haber un lago subterráneo, puesto que no dejaba de oírse el sonido de unas gotas caer sobre una especie de charca.

El berserker tenía ganas de zarandearla y de pedirle explicaciones.

Lo había traicionado. Le había matado del susto, joder. Se sentía decepcionado con ella y con él mismo por no haberlo visto venir.

Noah frotó sus manos, las calentó y empezó a sanar a Nanna. Cada corte abierto y sangrante, cada mordisco lacerante y venenoso, cada arañazo... Lo cerró uno a uno con pericia y mucha paciencia. No quería dejar ni un

rasguño en su prístina piel.

Su espalda, donde antes lucía secciones largas de piel cercenada, ahora lucía hermosas, con sus alas doradas. Absolutamente relajadas.

La observó y se embebió de ella.

Era tan bonita. Tan pequeña. Tan suya...

Noah sentía que su cuerpo ardía... y sabía por qué.

La lucha, las heridas, el miedo... Y el deseo animal. Era un mal momento para reclamar a nadie, pero la luna mandaba y brillaba en el exterior, dando paso a una noche calma y protegida en el interior de la montaña.

Necesitaba relajarse y esperar a que Nanna se repusiera.

Y estaba deseando que despertara, porque quería desahogarse y hacerle entender a la valkyria que lo que había hecho estaba mal. Su animal interior quería tener una buena con su pareja.

Noah cerró y abrió los dedos de sus manos. Le picaban por tocarla en su intimidad.

Maldito instinto berserker. Ahí estaba, llamándolo a gritos.

La cubrió por los dos: por ella y por él.

¿Qué sería de ellos?

No podía soportar pensar que Nanna corría peligro a su lado.

Y con el deseo de que nunca volviera a ponerlo en aquella situación, con la adrenalina esfumándose de su torrente sanguíneo y dejándolo parcialmente agotado, Noah se relajó y cayó dormido.

Nanna no entendía nada.

Hacía el amor con aquel hombre. Se entregaba a él.

Lo amaba.

Hacía poco que se habían prometido, bajo la sombra del árbol de las manzanas.

Y nunca se hubiera imaginado que ser tocada de aquel modo pudiera llenarla a una de luz. De paz. De calma. De plenitud.

—Eres mi mujer aquí y en todos los reinos —le había dicho—. Lo siento por mi hermano, pero él no te puede amar como yo. Tú siempre fuiste para mí.

Ella sonrió. Dos enormes lágrimas rodaron por su mejilla.

—Nuestros padres querían que yo me enlazara con uno de los dos. Te elegí a ti. Pero tú no sabes cómo es la fuerza de su amor. Su condena es que sus sentimientos hacia mí no son recíprocos. Sin embargo, te aseguro, que a él jamás le podría amar como a ti. —Entrelazó sus dedos con los de él—. Serás mi marido, aquí y por siempre.

Él le alzó la mano y besó su sortija. Un anillo metálico y dorado con la runa de la eternidad y el Gibo grabadas una al lado de la otra.

—Mi padre —le dijo él— me ha dicho que el Gibo es la runa de la unión mística y del trabajo en equipo. Nada nos saldrá bien si estamos lejos el uno del otro. Somos uno. Nunca huyas de mí.

Nunca me mientas.

—Nunca huiré de ti. Nunca te mentaré. —Ella besó la sortija de él.

Después vino el fuego.

La pena.

El llanto. Las lágrimas y la muerte.

Se quemaba con él. Moría con él.

A su lado.

Nanna abrió los ojos, llorosos y compungidos, y miró al frente.

Noah estaba apoyado en la pared de roca, frente a ella. Tenía un pie sobre el muro y jugaba con su llave, lanzándola y cogiéndola en el aire, sin perder de vista ni uno de los movimientos de la valkyria que recién despertaba.

Se había recogido el pelo en una cola alta. Su rostro moreno lucía los tatuajes rúnicos que se veían a la perfección, iluminándose y apagándose en la oscuridad.

No parecía contento. Más bien todo lo contrario: un ser cabreado y ojeroso. Parecía no haber dormido desde hacía días. Y así era.

Las pesadillas no lo dejaban dormir. Le atemorizaban y le carcomían el alma y la salud. De ahí la sombra tan pronunciada bajo su mirada amarilla.

—¿Se está bien entre las llamas, princesa? —le preguntó sin mucho interés.

A Nanna le ponía nerviosa su tono y su actitud. El metal de la llave golpeaba secamente sobre la palma de la mano del guerrero, al ritmo de las agujas de un reloj, como una cuenta atrás. Era una que la invitaba a huir y a escapar de él.

Nanna miró hacia abajo y cubrió su semidesnudez. Solo llevaba puestas las braguitas.

—¿Cómo sabes que he soñado con eso otra vez?

—Simplemente lo sé —contestó encogiéndose de hombros—. No me he equivocado, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza y se colocó su camiseta interior, que estaba doblada sobre su ropa, en el suelo.

Él tenía el torso desnudo. Nanna se dio cuenta de que estaba sentada sobre su camiseta y su chaleco.

—También has soñado con una noche de bodas —adivinó él.

Ella lo miró sin parpadear, pero no negó tal afirmación.

—Sí.

—La mujer con la que yacía se parecía a ti. Pero no eras tú —aseguró—. Tú eres valkyria... y tienes un cuerpo diferente al de ella. Más... —La miró de arriba abajo—. Es diferente.

Sin saber si eso era bueno o malo, ella le dijo:

—El hombre con el que yacía se parecía a ti. Pero no eras tú. Tú eres un mandón arrogante y machista. Él solo era un humano.

Noah no se movió de donde estaba, pero Nanna sintió la ira como una llama ardiente que emanaba de él.

—¿Por qué no utilizaste tu collar? —preguntó secamente.

—Lo hice —repuso ella levantándose lentamente—. Pero el collar no funciona.

—El collar funciona. ¿Cómo crees que matamos a los jotuns del valle?

—Me descubrí —le explicó ella—. Pero no hubo luz ni fuegos artificiales. Mis perseguidores ni se inmutaron.

—¡No me mientas! ¡Di que te olvidaste! ¡Estás oxidada en lo que a guerra se refiere, valkyria! ¡Reconócelo!

Eso ofendió a Nanna. Dio dos pasos decididos hacia él.

—¡Soy perfectamente capaz de defenderme a mí misma! ¡Soy muy consciente de las armas que tengo en mi poder!

—¡Ya lo he visto! —rugió dando voces—. ¡No entiendo cómo has sobrevivido! ¡Ah, sí! ¡Resulta que te he salvado!

Nanna lo empujó. Él la cogió de las muñecas y le dio la vuelta hasta apoyarla a la pared de la cueva.

—¿Te das cuenta de lo que te podría haber pasado?! ¡Podrías haber muerto, estúpida! —gritó a un palmo de su cara.

—¡No me insultes! ¡Eso te demostrará que no puedes perderme de vista! ¡El collar tampoco me hubiera protegido de haberme ido con mis *nonnes*! ¡Porque solo funciona si estamos juntos! ¡Como en el sueño! ¡Noah, maldita sea! ¡Deja de intentar cuidar de mí! ¡Llevo eones protegida por Freyja! ¡¿Sabes cuánto es eso?! —Lo cogió de la cara, luchando contra los duros amarres de sus dedos—. ¿No lo entiendes?

—¿Qué tengo que entender, Nanna? ¿Que me mentiste? ¿Que aprovechaste el momento en el que bailábamos juntos para robarme el objeto?

Ella se arrepintió de haberlo hecho así, pero creía que era lo mejor. Nadie iba a alejarla de él ni de su destino. Ellos debían luchar juntos.

—¿Y si los sueños no son proféticos? ¿Y si son recuerdos de otras vidas? —sugirió ella—. Fuimos almas en otros tiempos. Almas no vinculadas ni a Odín ni a Freyja. Y si...

—¡No! ¡No sé quién soy! ¡Pero, de haber vivido una vida contigo, la recordaría!

—Noah... —susurró. Estaba a punto de echarse a llorar—. Nerthus nos dio de beber la runa Gebo. Crea vínculos y nos obliga a trabajar en equipo. Nos convierte en uno...

—¡No es verdad!

—¡Sí lo es! —le colocó su enorme mano sobre el pecho, a la altura del corazón—. El nosferatu tiró de mi corazón. Pudo habérmelo arrancado. Créeme: lo intentó. ¡Pero no lo logró! ¡No morí! ¡¿Qué explicación le das a eso?! ¡Las valkyrias mueren si les arrancas el corazón!

Él parpadeó, confuso, mirando su inmensa mano sobre el pequeño torso de ella.

—¿Te quiso arrancar el corazón? —pensarlo lo derrumbó.

—Sí. Pero no podía. Y después... Solo recuerdo despertarme aquí. Sanada por tus manos —dijo con voz baja—. Piénsalo, Noah. Tú no mueres ni atravesado por el tótem de Odín, ni tampoco bajo las garras de Hummus. No logró arrancarte el corazón, igual que el nosferatu no lo consiguió conmigo. ¿Qué crees que quiere decir?

—Dímelo tú... Todo esto me está matando.

La luna. La luna empezaba a hacer de las suyas.

—Creo que, después de beber la runa..., tu inmunidad me ha hecho inmune a mí también. Y creo que, si no estamos juntos —le pasó los pulgares por las mejillas—, ni el *Brisingir* ni la llave *Daeg* funcionarán. El collar se iluminó cuando estabas a mi lado, no antes.

—Pero... ¿por qué? ¿Qué quiere decir todo esto? —No lograba encontrar explicación a nada de lo que le sucedía.

—Porque este, aunque te pese, es un viaje para descubrir quién eres tú. Pero también para averiguar quién soy yo para ti. —Sintió algo de miedo al decirlo, por lo que dejó caer las manos—. Es de los dos.

—Pero, Nanna..., puede que no tenga retorno —explicó Noah, triste y cabizbajo al entender los riesgos que Nanna estaba dispuesta a correr por él—. Puede que no consiga lo que he venido a hacer. Si eso sucede, si es verdad que estamos unidos, podrías caer conmigo. Este maldito lugar está plagado de enemigos. No nos dejarán llegar a nuestro objetivo fácilmente. Estoy dispuesto a luchar, pero no a arriesgar tu vida. ¡No quiero eso!

—¡Pero yo sí! ¡Es mi decisión! —dijo, cansada de que él se sintiera su escudero.

—¿Por qué?! —exclamó, dando un golpe en la pared, sobre la cabeza de Nanna—. ¡¿Quién eres tú, Nanna?!

—¡No lo sé!

—¿Por qué deberías quedarte conmigo cuando los demás me han dejado hacer este camino solo?!

Se sentía fuera de control: la luna llena estaba sobre sus cabezas.

Un berserker con *kone*, bajo el influjo del astro nocturno, era incapaz de razonar. Su instinto se imponía a su sentido común. Se volvía un ser carnal. Un ser de contacto físico, demoledor y brutal. Salvaje.

Noah se sentía frustrado con ella. La valkyria le llevaba la contraria casi siempre.

—¡Porque los demás te quieren, pero aceptan las órdenes de los dioses! ¡Pero ninguno de ellos sienten que te aman como yo como para desobedecerte y plantarte cara!

Él enseñó los colmillos y echó su labio superior hacia atrás. Sus ojos se volvieron rojo cólera y rubí pasión, brillantes como dos linternas de ese color.

Nanna se sobrecogió por su imagen y su regañina. La estaba abroncando con su lenguaje corporal, como un salvaje que intentara intimidarla con su presencia física pero sin llegar a tocarla.

—¿Me amas, valkyria?! —repitió él.

Nanna parpadeó. Había algo en Noah que ya no era de él. Era un instinto violento, una actitud animal. Algo que la ponía en tensión, pero que, igualmente, le gustaba.

—Sí, eso te he dicho —aseguró sin retirarse de su desafío.

—Pues, si me amas, huye ahora mismo, porque no estoy de humor para ser cariñoso contigo. Me has decepcionado. Me has engañado. Te has reído de mí.

Ella negaba con la cabeza ante cada una de sus acusaciones. Simplemente había querido demostrarle que podía ser su compañera y que podía contar con ella.

—Te has enfadado porque te he desobedecido y no he hecho lo que tú querías, como todos los demás a los que embaucas con tu voz y tu don de gentes. Pero a mí no me puedes tratar así.

—¿Por qué?

—Porque soy tu pareja. Y soy una jodida valkyria. No necesito un padre. Ya tuve uno y ni siquiera le conocí. Así que deja de reñirme como si fuera una niña pequeña. No lo soy.

—Nanna... O te vas ahora mismo, o verás lo fiero que puedo llegar a ser cuando me enfadan.

—No me das miedo.

—¡Huye, maldita seas! ¡Vete! ¡Lárgate de aquí! —Golpeó la pared con sus puños.

Las aletas de su nariz se movían con tensión. Su cuerpo mutaba sin su permiso. Sus facciones se afilaban.

Para Nanna pasó a ser el animal más hermoso que había visto en su

vida. La marca del cuello le escoció y se la cubrió con la mano.

—¡Que te largues!

Nanna apretó los ojos con fuerza, más excitada que asustada. Entonces se internó por el interior del túnel, obedeciendo los deseos del berserker.

Pero lo hacía por una sencilla razón: Noah la deseaba y sabía que, si la alcanzaba, la poseería. Porque era un berserker. Y los berserkers amaban la caza.

Así que continuó avanzando por el túnel hasta llegar a una gruta amplia, donde había un lago en el centro. Allí vio estalactitas y estalagmitas. La caverna estaba iluminada por la luz de la luna, que brillaba en lo alto y se colaba a través de uno de sus orificios en el techo.

La misma luna que calentaba el deseo de Noah.

Nanna se ocultó tras una inmensa roca grisácea y húmeda por el helor.

Miró a un lado y al otro, temerosa por la sensación de caza, pero no por lo que pudiera pasar después.

Estaba más que preparada para todo lo que tuviera por darle el berserker. Y se lo iba a demostrar.

Dio un paso hacia atrás, con todos sus sentidos alertas y los ojos bien abiertos.

¿Por dónde aparecería el lobo?

Dio otro paso más y se chocó con un torso duro y ardiente. Su piel quemaba de verdad.

—¿Este es tu modo de esconderte? —le dijo Noah al oído, y la inmovilizó por la espalda.

—Tal vez solo quería que me encontraras.

—¿Sabes lo que te voy a hacer?

—Sí —contestó Nanna con una sonrisa interna—. Me vas a dar una lección por no hacerte caso.

—Eso es.

Alzó la mirada al techo de la cueva y vio la luna enorme y brillante en todo su esplendor. Aulló y abrió la boca. Giró la cabeza de Nanna a un lado y la mordió de nuevo en su marca.

Era suya, suya y suya.

Cuando sintió sus colmillos atravesarle la piel, gimió de placer. Todo encajaba a la perfección. Después el lametazo sanador de su lengua. «Dioses, es perfecto», pensó Nanna. La posesión. La territorialidad. La fuerza de ese hombre. Todo era increíble, más de lo que se había imaginado con la Ethernet.

—Eso es. Muérdeme —lo animó ella, deseosa de él.

Noah hizo que se apoyara con las manos en la roca y se colocó tras ella.

—Los berserkers nos hacemos más grandes durante el frenesí —le dijo

retirando las trenzas de su nuca con la nariz—. ¿Crees que lo podrás soportar? —Le quitó la camiseta por la cabeza y la dejó solo con las bragas.

—Pruébame, lobo. A ver cuánto doy de mí. —Lo miró por encima del hombro, pero él la obligó a mirar al frente y a pegar la mejilla en la roca.

No quería que lo viera así. Era un puto animal sexual y ella era su juguete. Su debilidad.

Se arrodilló tras ella y le retiró las braguitas hacia un lado. Hundió su nariz en su vagina y sonrió.

—Estás llorando por mí.

Nanna no contestó. Le temblaban las piernas por la anticipación.

Noah sacó la lengua a pasear y le dio un lento y caliente lametazo de arriba abajo. Y luego repitió el recorrido una y otra vez. Después internó la lengua en su interior, y le hizo el amor con ella, como si fuera su pene.

La valkyria estaba a punto de resbalarse y de alcanzar un orgasmo rápido y mortal. Y lo hizo. El berserker la envió a contar estrellas. Entonces, justo cuando disfrutaba de sus capturas, le arrancó las braguitas de cuajo y se pegó a su espalda. Después la cogió por debajo de los muslos y la abrió de piernas. La levantó y la sujetó en el aire.

—Todavía me estoy corriendo —dijo ella, impresionada.

—Bien... Agárrate a la roca —le ordenó.

Nanna obedeció.

Y mientras sus músculos internos se convulsionaban, Noah guio la punta de su erección a su entrada. Le metió su verga hasta la mitad. Era mucho más grande de lo normal.

—¡Argh! ¡Noah, espera!

Él no esperó. Él era así. La valkyria ya lo sabía.

—Te va a gustar... —aseguró él en medio de un gruñido.

Le abrió más las piernas y empujó hacia arriba, hasta quedarse completamente sepultado en su interior.

Nanna se echó a llorar, falta de aire.

Él se detuvo abruptamente, luchando contra las órdenes de su animal, que decía que continuara con la posesión.

—Nanna... —suplicó en su oído.

—¡Me estoy corriendo otra vez! ¡Esto es demasiado! —dijo ella llorando. Apoyó la cabeza sobre el hombro del guerrero y disfrutó de su segundo orgasmo, esta vez más fuerte que el anterior.

Noah sonrió sobre la mejilla de ella y empezó a moverse.

—Me vas a sentir hasta en la garganta, preciosa —dijo él.

—Mmm... Qué romántico eres —le contestó, provocadora.

—¿Quieres que te haga llorar otra vez? ¿Llorar de verdad?

—Inténtalo.

Y la poseyó. Se movió sin pausa, con un ritmo brutal. La golpeaba sin parar, profundamente, entrando en las profundidades de su útero, hasta el cerviz. Empujaba, disfrutando del contacto final de su prepucio contra aquel lugar sagrado en el que dejaría su semilla.

Nanna apoyó los pies desnudos en la roca y dejó que Noah se metiera hasta donde le diera la gana. ¿Quién era ella para decirle que se detuviera? ¡Estaría loca si lo hacía! Era la experiencia más brutal de toda su vida y quería disfrutarla de cabo a rabo, nunca mejor dicho.

Sentía tal sensación de posesión, tan completa, que no le llevaría la contraria en nada que tuviera que ver con el sexo. Jamás. Alargó los brazos por encima de su cabeza y se sujetó a la melena rubia de Noah.

Este la mordió de nuevo en su marca. Deslizó una de sus manos, que la sujetaban por las nalgas, hasta su clítoris. Lo masajeó en círculos, con cierta tensión. Sintió el momento preciso en el que ella empezaba a correrse de nuevo. Encadenaba un orgasmo con otro con una facilidad asombrosa.

Y allí, en medio de la fuerza de su estrujamiento, Noah se fue con ella. Se corrió en su interior, inundándola, clavándose en Nanna e hinchándose hasta el límite para marcarla para siempre. Por dentro y por fuera.

A fuego.

Ella gritó con él y se desplomó sobre el cuerpo de Noah, que no aguantó la sensación de pequeña muerte y cayó al suelo con la valkyria.

—Será un líder —dijo el hombre rubio con la cabeza pegada al vientre de la joven.

Estaban en un lecho de grandes columnas. En un palacio lleno de lujos, cubierto de oro y cristales brillantes.

—Será una reina —aseguró ella con una sonrisa.

—No. No es posible. Mis genes solo traen machos —explicó él mirando a través de la ventana con ojos risueños. Afuera, las cascadas y las nubes daban vida a un lienzo perfecto.

Ella soltó una carcajada.

—No es verdad.

—Sí lo es. Pregúntale a mi padre y te dirá la verdad.

—Ya sé la verdad —contestó ella peinándole el pelo con los dedos—, pero en mi familia solo nacen mujeres. Así que he decidido que será una mujer.

Él besó su mano y se rio de ella, incrédulo. Pero sería él quien le quitara la ilusión.

—Sea lo que sea, todos lo querrán. Tendrá tu sentido de la justicia y del respeto. —Le dio un beso en el vientre desnudo y posó su mano ensortijada

sobre el ombligo.

—Perfecto. De mí, mi intelecto. Y de ti sacaré este pelo lleno de rizos rubios, y tu rostro hermoso y lleno de bondad.

—De mí el físico. ¿Ves? Formamos un gran equipo, ¿verdad?

La bruma lo oscureció todo.

Entonces, de repente, ambos desaparecieron de aquella cómoda cama llena de amor y buenos deseos, y se vieron los dos envueltos en llamas.

Las flechas poblaban el cielo oscuro.

Atravesaban la madera y sus cuerpos.

Y los dos morían quemados.

Uno al lado del otro.

Juntos.

Noah abrió los ojos. Aquel susurro aún los acompañaba.

Le decía algo. Esta vez, de entre sus ininteligibles palabras, detectó por primera vez un tono. Un tono interrogante. ¿Le estaba preguntando cosas?

No obstante, no entendía lo que decía, así que no podía contestarle.

Cuando focalizó la mirada, comprobó que Nanna lloraba sobre su pecho. Aquello le llegó al alma. Levantó los brazos y la abrazó, cubriéndola e intentando calmar sus hipidos.

—Me rompe el corazón oírte llorar, Nanna. —Sus ojos parecían tan atormentados como los de ella.

Estaban en el suelo de la cueva.

Seguían desnudos, pero no tenían frío. El berserker irradiaba un calor fuera de lo común, pero nada raro en los de su especie.

—No soy yo. No puedo ser yo —dijo ella, llorando.

Noah levantó la cabeza y la tomó de la barbilla.

—¿Por qué no?

—Porque las valkyrias no podemos tener hijos... —Dos enormes lagrimas rodaron por su barbilla y cayeron sobre el pecho de Noah—. No podemos —repitió.

Noah le secó las lágrimas con los dedos y le acarició la cabeza, compasivo y enternecido con su reacción.

—¿Y tú quieres tenerlos algún día?

—Yo... Me encantaría —aseguró ella—. Por supuesto que sí. No sabía que me gustaría... Pero he sentido la sensación de tener vida dentro de ti en el sueño y es tan bonito... —Arrancó a llorar—. Lo sentía... mío... —Se acarició el vientre con nostalgia.

Noah pensó que también a él le gustaría que Nanna pudiera concebir un hijo suyo.

—Pero no puedo —aclaró ella—. Freyja no quería que sus guerreras

tuvieran relaciones con los hombres y nos hizo vírgenes y esté- riles. Todo a la vez —añadió con amargura—. En el Asgard no se podían tener relaciones sexuales.

Noah arqueó las cejas rubias. Se imaginó un cartel del estilo «prohibido fumar», pero con la advertencia de «prohibido fornicar».

—Pero ahora ya no, ¿no? Ya no eres virgen, ¿no?

Nanna lo miró como si estuviera loco.

—Pues no lo sé... ¿Se lo pregunto a mi himen? Creo que me lo dejé en algún lugar entre Inglaterra y Noruega.

Él se echó a reír.

Qué curioso despertar de una pesadilla de vida y muerte rodeado de los brazos y las piernas de Nanna, hablando de la parte bonita de un sueño, sin dejarse llevar por la negativa.

—¿Por qué no quieres hablar de lo que nos pasa después? —preguntó él, jugando con sus trencitas entre los dedos—. ¿Lo vas a ignorar?

Ella negó con la cabeza y besó su pezón moreno.

—Porque he decidido que no pienso morir quemada. Y tú tampoco. Mataré a las nornas si es preciso, para que tejan otro telar. Este que nos dejan no me gusta.

A Noah le hizo gracia el comentario, como si ella pudiera hacer eso. Pero ambos sabían que no podía. Era doloroso reconocer que tenían sueños comunes donde parecían adoptar otras vidas, y después morían juntos.

Lo mejor sería no volver a hablar del tema, pero Noah no lo podía olvidar.

Él no quería morir, y menos ahora que tenía al amor de su vida a su lado.

—Nanna.

—¿Mmm?

Noah tenía la vista fija en la luna, que casi no se veía a través del agujero. La noche y la vida seguían su camino.

—No vuelvas a mentirme. Y no vuelvas a huir de mí. —Se dio cuenta de que repetía de algún modo las palabras que se habían intercambiado en el sueño anterior.

Nanna frotó su mejilla contra su pecho y levantó la mirada, realmente arrepentida.

—No quería dejarte. No quería que me apartaras de ti —explicó ella, todavía afectada—. ¿Qué sentido tiene encontrar a mi einherjar si no puedo luchar a su lado?

Noah no podía sentir más admiración hacia ella. Incluso, sabiendo que corrían un futuro incierto juntos, Nanna continuaba allí, con él.

—¿Sientes que amas al hombre del sueño? —le preguntó de sopetón.

—Sí —contestó, sincera—. A pesar de no estar segura de que seamos nosotros... Sí, tengo la sensación de que algo hermoso crece dentro de mi pecho. ¿Y tú amas a la mujer?

—Sí. Siento que la amo, pero es una sensación diferente a la que siento ahora... por ti.

Nanna se incorporó sobre un codo y se apoyó en él.

—Es algo raro de explicar —dijo él.

—Sé cómo te sientes. Yo siento cosas por ese hombre, pero es algo tranquilo y sosegado. No tiene nada que ver con esta locura ni con esta sensación de ahogo que siento estando contigo —dijo ella.

—Dicho así parece desagradable.

—Me siento así porque temo no volver a verte. Estoy pensando que, tal vez, un día, ya no pueda tocarte... He descendido tarde, a un paso de la batalla final y del supuesto ocaso de los dioses. No sé cuánto nos queda. Pero quiero seguir viviendo esto contigo. Hasta el final.

Noah sonrió, la tomó del rostro y la acercó a sus labios.

—¿Y si te digo que yo me siento igual? ¿Y si te digo que me muero cuando...?

—Perdón, Daeg. —Kherion los interrumpió. El elfo estaba de espaldas a ellos, pues no quería ver nada indebido.

Noah colocó a Nanna tras él y miró a Kherion, asegurándose que no veía ni un centímetro de la piel de la valkyria.

—¿Qué pasa, Kherion?

—Es la Madre Tierra.

—¿La Madre Tierra? ¿Te está hablando?

—Sí.

—¿Y qué te dice?

—Que este lugar se empieza a abrir. Tenemos que huir de aquí y proseguir vuestro viaje. No disponemos de mucho tiempo más antes de que nazcan los hijos de Loki.

—¿Qué nazcan los hijos de...? —Noah frunció el ceño y se levantó desnudo, completamente alarmado—. Los huevos. Van a eclosionar.

XXIII

Inglaterra

Wolverhampton

Miz O'Shane y Cahal McCloud acudieron a la llamada de Caleb y As Landin.

Mientras tanto, en el Ragnarök, Adam y Ruth se quedaron a cargo de las comunicaciones externas junto con las humanas y algunos de los guerreros que todavía se recuperaban de las consecuencias que había tenido para ellos lo sucedido en Cappel Le Ferne. Nora y Liam iban con ellos a todas partes. Los niños del resto de los clanes, junto con sus padres, también se ocultaron con ellos en el aquel local intraterreno y centro neurálgico de operaciones.

Inglaterra se sacudía, víctima de nuevos temblores. Y lo mismo sucedía en todo el mundo. Los canales informativos de última hora, los más atrevidos, hablaban de hecatombe mundial y de que el núcleo central del planeta se calentaba. Por eso las placas de los hielos de los polos se deshacían y la Tierra se movía y cambiaba su eje. Los volcanes, sobrecalentados con raíces de lava muy profundas, hervían con rapidez y muchos explotaban con una fuerza descomunal. La gente de los pueblos de alrededor habían huido, aunque no todo el mundo había tenido tiempo de hacerlo.

Hombres, mujeres y niños... Los seres humanos eran débiles ante el verdadero poder de la naturaleza.

Los terremotos se extendían por todo el planeta. Había más de un epicentro. Diversos maremotos habían asolado algunas costas.

Sin embargo, todavía se esperaba lo peor.

Porque, para el resto de los clanes, aquello no era una reacción al cambio climático tantas veces anunciado. Sabía que todo tenía que ver con los huevos ya crecidos de etones y purs. Si hacías tambalearse la base de una torre, toda la torre corría el riesgo de caerse. Y eso era lo que estaba pasando con el Midgard.

Daanna McKenna y Menw McCloud trabajaban codo con codo junto con Beata y Gwyn e Inis e Ione, preparando los frentes. Controlaban dónde se abrían los portales electromagnéticos a través del panel informativo que seguían vía satélite.

As Landin y María Dianceht explicaban con sigilo y diligencia lo que debían hacer según el mensaje de las runas.

—No comprendía muy bien qué era lo que tenía que hacer —dijo As—.

Yo, como vosotros soy un líder. Caleb y mi nieta son los líderes vanirios. Yo y mi mujer, lideramos el clan de la Black Country. Sé que en Escocia hay más berserkers y que en Estados Unidos también hay clanes. Pero a mí me corresponde tomar las decisiones más importantes, pues estoy en pleno centro activo de las manipulaciones y las soluciones que podemos darle al Ragnarök. No os negaré que la acción que debemos emprender es arriesgada. Pero creo que es lo único que nos toca hacer. Las runas hablan de que debemos acompañar a Daeg. Y para ello solo podemos viajar hasta allí por medio de un portal, y nos han pedido que llamemos al druida y a la lectora de puertas. Yo solo conozco a un druida —aseguró mirando a Cahal McCloud— y a una conocedora de los portales electromagnéticos. —Sonrió a Miz—. Las runas aseguran que vosotros sabéis qué hacer para llegar hasta Noah. Y creedme que debemos llegar hasta él, porque él es la clave.

Miz y Cahal se miraron el uno al otro, apoyados en la baranda de madera del porche. Él vestía con ropas de guerra, con botas, camiseta gris oscura, pantalones negros y un montón de accesorios afilados. Era un hombre de magia, pero sabía luchar como el mejor. Llevaba el pelo suelto, apenas sujeto con una goma que hacía de diadema. Miz estaba apoyada sobre él, como si fuera un muro.

Y lo era. Era su muro, su pilar personal. Así se sentían el uno respecto del otro.

Su historia no había sido sencilla, pero, como todos, habían superado sus dificultades y ahora luchaban juntos a favor de la salvación de los humanos.

Miz llevaba unos taconazos de calaveras negras con brillantes del mismo color, unos tejanos elásticos también negros, y una camiseta de tirantes, cubierta con una especie de gabardina oscura que le llegaba por el muslo. Tenía el pelo recogido en una coleta alta. Llevaba los ojos maquillados con kohl oscuro.

Los dos, rubios y vestidos con tonos negros llamaban mucho la atención. Eran como ángeles de la muerte.

—¿Qué crees que sugieren las runas, huesitos? —le preguntó Cahal con seriedad.

Miz desplegó un mapa que tenía oculto en el bolsillo de la gabardina.

—Necesito una mesa.

Caleb le indicó una pequeñita y blanca que había en el otro extremo del porche. Ella alisó el mapa en la superficie y observó todos los círculos concéntricos que moteaban la geografía terrestre.

—Todos los portales están abiertos, algunos en mayor o menor medida. Sin embargo —señaló Escocia—, los portales que había aquí han

desaparecido. Llegué a pensar que su energía se disiparía y se repartiría con ecuanimidad por todos los países. Sin embargo, por algún motivo, la energía de esas puertas ha ido directamente a parar aquí. —Colocó una de sus uñas, pintadas de negro, sobre Noruega, en un punto del Jotunheim.

—Qué apropiado —murmuró As—. El parque nacional del Jotunheim.

—Sí —contestó Miz—. La cuestión es que esa zona está muy cargada con varios subportales. Creo que una fuerza superior los está manipulando, porque su comportamiento no es normal. Intentan despistarnos.

—¿Cómo? —preguntó As, entrecerrando los ojos.

—Hay un portal fijo, que no varía ni en densidad ni en energía. Ese portal está en el fiordo de Sognefjord. Pasa por los dos parques de Jostedalsbreen y del Jotunheim como si fueran dos brazos. El portal se concentra en dos puntos. En el monte de Jostedalsbreen es donde más fuerte lo hace. El lugar coincide con las señales de Liam. Él ve estos puntos como los más fuertes en Noruega.

—Si Noah está ahí, en Jostedalbreen, todo apunta a que debemos utilizar ese portal.

—¿Y cómo viajaremos hasta él? —preguntó Caleb, curioso.

Cahal sonrió con orgullo.

—Me subestimas, *brathair*.

—Cahal manipula los ormes, ¿recordáis? Puede abrir un portal con su propio cuerpo —explicó Miz, un tanto contrariada—. Pero es peligroso para él. Su cuerpo crea una especie de explosión que pone su vida en peligro.

—Freyja lo llamó: «muerte por explosión» —apuntó Cahal mirando a Miz, que estaba tentada de decirle que no lo hiciera.

María y Aileen la entendían perfectamente. Miz temía por su pareja.

—Desde el portal que abriste para llevarte a Heimdal —dijo ella en voz baja, y sus ojos verdes le miraron suplicantes—, no has abierto otro más. No tengo un acelerador a mano para poder ayudarte —se excusó.

Cahal la rodeó con el brazo y habló con su boca pegada a la sien.

—Freyja me dijo que tú eras mi modulador. Yo condenso energía. A veces puedo morir por ello, pero tú eres quien me pone a raya.

—¡Y lo hago! —protestó ella.

—Lo sé, preciosa. Pero soy el druida de mi clan. Y mi ayuda debe ser de provecho para todos. Ahora necesito que me ayudes de nuevo. Y lo debemos hacer por todos.

—No te pediría esto si no fuera tan esencialmente importante —dijo Caleb, que, como su líder, parecía pedir perdón con los ojos—. Pero Cahal es básico para ello. Noah nos va a necesitar, eso dicen las runas. O le ayudamos, o nos quedamos aquí viendo cómo llega el fin del mundo. Multiplican nuestro

número por millones, ¿comprendes? No tenemos ninguna posibilidad, pero, al parecer — Caleb se aseguró de que sus palabras fueran ciertas, buscando el beneplácito de As, que asintió—, Noah es el más importante de todos.

—Claro que lo comprendo, Caleb. No soy estúpida —replicó ella, un poco molesta—. Pero es la vida de mi *cáraid* la que está en juego. Me gustaría verte a ti si fuera Aileen quien estuviera ante esta diatriba.

—Uf, a mí no —aseguró la híbrida, que miró hacia otro lado.

—Yo estaré bien, Miz —repuso Cahal—. Tú te encargarás de traerme de vuelta.

As y los demás esperaban que la alquimista les diera permiso para utilizar a su hombre en ese viaje. No tenían otra solución.

Miz sabía que era lo correcto, pero odiaba pensar que a Cahal le sucediera algo malo y que ella no pudiera hacer nada para evitarlo. Todavía recordaba con ansiedad lo sucedido en Stonehenge. Todavía sentía la destrucción emocional de creer que lo había perdido para siempre.

—Miz. —Cahal la tomó del rostro—. Este es nuestro momento. No es ni el tuyo ni el mío. Es el de todos, como clanes que estamos en contra del mal que ha creado Loki en el Midgard.

—Soy egoísta respecto a ti —se excusó ella—. No sé qué puede suceder si creas tú mismo un portal. Desconozco las probabilidades... —Ella movía las manos, nerviosa.

—Y yo soy egoísta respecto a ti. Pero no dudo, ni por un momento, que no hay nadie más fiero que tú para devolverme a mi estado sólido. Tu energía y tu vinculación me ayudarán a regresar. Confía en eso, por favor.

Miz y a Cahal se abrazaron con fuerza, ignorantes de lo que los demás pudieran pensar. La alquimista frotó la mejilla contra el musculoso pecho de su *cáraid* y dijo:

—De acuerdo. El portal de Inglaterra sigue siendo Stonehenge. Ese no se ha apagado ni se apagará jamás. Vayamos hasta allí y abramos ese maldito puente.

XXIV

Nunca se cansaría de gritar.

Por cada día mundano, por cada año impedido, por cada siglo enclaustrado. Un grito por cada uno de ellos.

Con cada rugido de su violento corazón su cárcel se rompía. Había roto el hechizo por fin. Hummus murió bajo sus manipulaciones. Por eso ya no servían las palabras de Odín contra su cautiverio.

Así que gritaba. Gritaba por milésima vez.

El hielo se rompía a su alrededor. El veneno de las vísceras de sus hijos le dolía como nunca, pero pronto saldría de ahí.

Y cuando saliera ya sabía lo que tenía que hacer.

Una valkyria llevaba el *Brisingir* con ella. Uno de los guerreros berserkers de As Landin, el Niño Perdido, era invencible.

Al parecer, ambos viajaban juntos.

Pero él ya sabía cómo iba a matarle.

De nada serviría todo lo que tenía pensado hacer si había un semidios como Noah Thoryn campando a sus anchas por el Midgard.

No lo iba a permitir. Por eso, antes de hacer nada, acabaría con él.

Los últimos cinco metros de escarcha se rompieron, y el hielo en el que vivía cautivo desde que descendió al Midgard acabó por abrirse como un dique.

La luz verde de su tótem iluminó el cristal helado. Entonces pudo salir a través del corte del que emanaban litros de agua semicongelada y escarcha.

Cuando salió al exterior, inundado por parte del agua que emergía del inmenso cubo de hielo en el que se había dejado encerrar por voluntad propia, cayó a cuatro patas.

Se apoyó en su bastón *laevateinn* para sostenerse por primera vez sobre sus dos pies en el Midgard.

Cerró sus ojos, azul oscuros, y se peinó el pelo, de rastas rojas, negras y verdes. Después soltó una carcajada que escucharían hasta en el Asgard.

Le llamaban Transformista. Y estaban en lo cierto.

Nadie conocía su verdadera imagen. Y era esa. Más mundana que divina.

Parecería un gótico por la calle y se podría mezclar con los miserables humanos sin ningún problema. Ellos no se darían cuenta (ignorantes y ciegos mentales como eran) de que él atraía la muerte y el fin.

Sin embargo, su apariencia era lo de menos. Había sido diosa, animal, insecto, planta e incluso anciana. Cualquier papel había sido bueno para

provocar sus líos y llevar a cabo sus artimañas. Pero su objetivo estaba, por fin, a punto de cumplirse.

La Tierra perecería bajo su mandato.

Abriría el portal a sus reinos inmediatamente, pero antes debía acabar lo que, por lo visto, no había acabado en su momento.

Centró su inmenso poder en localizar al berserker.

Lo encontraría. Robaría el collar de la diosa y les arrancaría el corazón a ambos.

Niversgreen

Noah le estaba pidiendo a Kherion, mientras se ataba los botas de descansos, que se fueran. El viaje lo acabarían solos, tal y como lo habían empezado.

Temía por el pueblo mágico de los hudriels. Estaban envueltos en batallas contra los jotuns por él y por orden de Freyja. Pero deberían estar al margen.

Ahora estaban en el ojo del huracán. No le parecía justo que nadie muriese por él.

—No lo entiendes, Daeg —repuso Kherion—. Es por tu necesidad de proteger a los demás por lo que no te dejaremos —dijo, solemne.

—¿Podrías huir? ¿Resguardaros?

—¿Dónde? Ya no hay posibilidad de escapar, Daeg. Cuando la Tierra cambie, ya no será la misma. Ya no podrá protegernos. Pero será nuestro deber cuidar de ella. Por eso estamos aquí.

Kherion les explicó, con la extraña calma de su pueblo, que, si la Tierra se abría, ellos estarían acabados.

—Si eso sucede, las grutas, tal y como las conocemos, desaparecerán. Las montañas cambiarán por dentro producto de las grietas y los temblores. Mientras siguen vivas, mientras nos hablen, debemos utilizarlas. Nosotros conocemos sus caminos y dejan que vayamos a través de ellos. Dejadnos que os escudemos hasta Jostedalsbreen. La montaña nos ha dicho que en la cima más alta del glaciar, en Brenniba, hay un refugio recién creado por Nerthus. Pero, debido a los temblores, el glaciar puede romperse y sellar la entrada. Creo que es allí donde debéis ir.

—¿Y cómo vamos a hacer eso? —preguntó Nanna.

—La naturaleza nos llevará —contestó Kherion—. Daeg y la portadora del *Brisingir* son ahora lo más preciado para nosotros. Sería un honor llevaros hasta allí.

Noah y Nanna, ya completamente vestidos, estaban de pie en el centro de los hudriels, que permanecían en silencio. Escuchaban las palabras de su

líder, con el que estaban plenamente de acuerdo.

Lo que Kherion quería transmitir era la necesidad que sentían los hudriels por ayudar a la misión de Noah. Sabían que sin él, tal vez ellos no tuvieran continuidad de vida en un mundo hundido.

—Daeg trae esperanza a nuestro pueblo —aseguró Kherion—. Trae esperanza a todos los elementales que surcan la superficie y las entrañas de este universo. Loki quiere acabar con todos. Nosotros queremos seguir viviendo. Hay un claro conflicto de intereses y de principios —aseguró Kherion—. Y todo eso pasa por vosotros. Nerthus nos lo dijo. Queremos ayudaros. Solo nos queda luchar contra aquello que no nos gusta y ayudar a los que nos agradan. ¿Verdad? Tú y la portadora del *Brisingir* nos gustáis porque buscáis lo mismo que nosotros.

—¿Vencer a Loki? —preguntó Nanna subiéndose la cremallera de su chaleco.

—No. Proteger al Midgard hasta que ya no podamos resistir más. Entonces, y solo entonces, buscaremos el enfrentamiento. Y nosotros, si nos lo permitís —se llevó un puño al corazón—, lucharemos a vuestro lado.

Había palabras que llenaban el corazón de humildad y agradecimiento.

Las de Kherion habían colmado la cueva vacía y habían iluminado los espíritus del berserker y la valkyria.

Era espectacular saber que otros clanes, sin conocerse de nada, se unían para luchar hasta la muerte por un ideal común.

—De acuerdo, Kherion. No voy a rechazar tu ayuda —dijo Noah poniendo una de sus manos en el hombro del elfo—. ¿Cómo nos vas a llevar?

Los labios de Kherion parecieron estirarse en una sonrisa que hasta entonces no había gesticulado.

—El viento nos ha dicho que toda esta tierra hasta el glaciar que buscáis está plagada de jotuns. Están por todas partes. Tienen esta montaña cercada. Nos buscan. Ahora estamos ocultos en un refugio de Nerthus, por lo que no nos pueden encontrar. Pero si los temblores siguen, el hechizo de la cueva desaparecerá y dejará de ser un lugar sagrado para nosotros. Nos encontrarán y no podremos ocultarnos por más tiempo. Por eso, antes de que llegue ese momento, debemos aprovechar lo que los elementos nos sugieren y huir de aquí, sin mirar atrás.

—¿Cómo, Kherion? —Noah cerró los dedos sobre la llave.

—Debemos viajar por aire. Ni rayos ni pisadas en el suelo ni alas. Vosotros no podéis desplegar vuestras extensiones. Si lo hacéis, os encontrarán, pues desprenden luz y se reflejan en el cielo.

—¿Y entonces? —Nanna no comprendía qué iban a hacer. Si no podía utilizar sus medios de transporte, ¿cómo iban a llegar hasta Jostedalsbreen?—.

¿Qué sugieres?

—Os cubriremos, crearemos una nube a vuestro alrededor que se movilice hasta vuestro destino y saldremos de aquí como si fuera- mos niebla. Podemos llegar hasta el glaciar pasando desapercibidos si el viento nos lleva. Los jotuns no verán nada extraño. Las montañas están echando humo del interior de sus cuevas, porque se les mueven las entrañas. No sospecharán. En todo caso, si lo hacen, nos aseguraremos de dejaros en vuestro sitio antes de batallar.

Noah y Nanna evaluaron su situación. Aquella parecía ser su única vía de escape. De lo contrario, aunque por ahora no podían matarlos, si podían menguar sus fuerzas en un enfrentamiento con los jotuns. El tiempo se les echaba encima. Querían llegar al final de su viaje lo antes posible.

—Entonces, Kherion —Noah entrelazó los dedos con Nanna—, llevadnos.

Kherion asintió, conforme, como si aquella fuera su principal labor en la vida. Organizó a su pueblo en un círculo enorme, todos cogidos de los hombros. El berserker y la valkyria estaban en el centro, cogidos de las manos.

Los hudriels emitieron todo tipos de susurros en élfico, cerraron los ojos y procedieron a su cambio de estado.

La cueva ya estaba a oscuras, puesto que habían recogido sus bastones, que hacían de antorchas; los llevaban alrededor de la cintura, flexibles como si fueran un cinturón.

Mientras los hudriels invocaban y continuaban su canto, Noah acercó a Nanna hasta él. Juntó su frente a la de ella, acariciándole el dorso de las manos con los pulgares.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó.

Nanna alzó la mirada y negó con la cabeza.

—Solo tengo ganas de saber qué diantres abre esa llave.

—Pase lo que pase, estoy muy orgulloso de tenerte aquí, conmigo. Estoy agradecido por ello —se sinceró—. Sé que nunca te lo he dicho, pero..., sin ti, este viaje nunca habría sido lo mismo.

Ella sonrió y pegó su nariz a la de él.

—Por supuesto que no. Te he salvado demasiadas veces.

Noah sonrió y las comisuras de sus ojos se llenaron de arruguitas.

—Lo mismo digo.

—¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Espero poder salvarte una y otra vez, berserker, porque eso significará que seguimos vivos.

Él asintió y tragó saliva. Después la abrazó, sepultándola entre sus

brazos y apoyándola en su torso. Nanna era una pieza que tal vez no cuadrara en el Midgard, por lo diferente que era del resto, pero sí encajaba perfectamente en su corazón. Y, bien pensado, él tampoco encajaba demasiado en todo aquello, precisamente por lo mismo, pero no había duda que sí lo hacía en su corazón.

Ambos estaban perdidos en la vida.

Los hudriels se fueron desdibujando y acabaron convertidos en un humo blanco que rodeó a la pareja y la elevó por encima del suelo. El pueblo de Kherion, los envolvió y, bajo esa forma gaseosa, blanca y algo espesa, salieron por la entrada de la cueva.

La nube recorrió la cima de la montaña en la que se habían ocultado, como si fuera una nube baja de las muchas que plagaban los montes escandinavos. Después levantó el vuelo, cogió altura y se unió a las nubes reales que cubrían el cielo.

Nanna se congelaba, pero encontraba calor en el cuerpo de Noah, que parecía calentarse para ella, para mantenerla templada. Sabía que estaban viajando a una velocidad de vértigo.

No tardarían en llegar a la cima de Jostedalsbreen, a varios kilómetros de Niversgreen.

Pero, por cielo, aquella distancia no era tan grande. Al cabo de poco minutos llegarían, como el rápido vuelo de un avión.

Ambos podían sentir la compañía de los hudriels, su mansa calma, su protección. Los rodeaban como un manto cálido, los protegían de aquellos que querían acecharlos...

Sin embargo, no podrían escapar de todos.

El cielo estaba lleno de Nosferatus que también se ocultaban entre las nubes nocturnas esperando dar con algo extraño.

Nanna y Noah los veían, pero los nosferatus no los veían a ellos. Los hudriels les cubrían con sus presencias etéreas en formas de nube.

Y, aun así, uno de los nosferatus jóvenes, con ropas de abrigo y un gorro de lana en la cabeza, pelo rubio y los ojos llenos de sangre, siguió el movimiento de la nube que pasaba bajo sus pies.

Cuando se percató de que ni el movimiento ni la consistencia del nimbo era del todo normal, avisó a dos nosferatus más para que siguieran su rumbo.

La valkyria seguía el movimiento de los vampiros, igual que Noah. Ambos seguían silencio, como un par de emigrantes en un tren de refugiados.

Ese tren debía llevarlos hasta la cima de Jostedalsbreen, pero no sabían si llegarían a tiempo, antes de que los descubrieran.

«Ya veo la cima —comunicó Kherion—. Estamos a un paso».

«Creo que estos se han dado cuenta de que la nube no es una nube»,

dijo Noah.

«Entonces, antes de que nos descubran, utilicemos un elemento sorpresa —sugirió Kherion—. Si los nosferatus meten la mano aquí, la nube desaparecerá y los hudriels saldremos a la luz, materializándonos como lo que somos. Pero estamos a pocos metros de conseguir nuestro propósito. Propongo disolver la nube, que Nanna muestre el *Brisingir* y deje cegado a todo ser de la periferia. Durante esos segundos, los hudriels os protegeremos. Vosotros debéis volar hasta la cima y encontrar la entrada que Nerthus reserva allí para Daeg».

«Pero vosotros quedaréis a la merced de los jotuns cuando la luz les deje de molestar —dijo Nanna—. Y os superan con mucho en número».

«Es lo que debemos de hacer, portadora del *Brisingir*. Esa es nuestra función. Protegeros y ayudaros», resolvió el otro con tono firme.

«De acuerdo», asintió Noah.

«Pero... ¡Noah! ¡Los matarán!», gritó Nanna.

El cuerpo de un nosferatu se coló en la nube.

Los hudriels gritaron asqueados por el nimio contacto oscuro y putrefacto. Entonces se materializaron como seres élficos de carne y hueso.

Kherion, que cubría a Noah y a Nanna, miró a la valkyria por encima del hombro. Sus ojos verdes destellaron con decisión.

—¡Es nuestro deber! ¡Haz lo que tienes que hacer! Estáis a cien metros de la cima de Brenniba. ¡Sobrevivid y dadnos una oportunidad a todos!

Nanna miró a Noah, horrorizada.

—¡Será un genocidio! ¡Una exterminación!

—¡Vive! —la urgió Kherion, que le bajó él mismo la cremallera del chaleco—. ¡Con tu vida, venga la nuestra!

Los nosferatus se dirigían hacia ellos.

Abajo, en la falda del glaciar de Jostedalsbreen, cientos de troles y lobeznos corrían esperando coger los cuerpos de los hudriels que, inevitablemente, caerían al suelo.

La luz del *Brisingir* brilló con fuerza a través de sus perlas.

Los jotuns se quedaron inmóviles ante sus rayos.

—Dadnos la oportunidad de cumplir con nuestra función —pidió Kherion, mirando a Noah con solemnidad—. ¡Id adonde os reclaman y culminad vuestro viaje! Porque aquí... ¡aquí acaba el mío, amigos! —Kherion caía poco a poco a la Tierra, al suelo congelado y a los montes llenos de nieve, punteados con manchas negras inmóviles. Se sacó el bastón del cinturón, que se volvió duro. El elfo tomó el báculo con las dos manos y cayó de cabeza, estirando su cuerpo como un hombre bala.

Los hudriels adoptaron la misma pose y rugieron con las mismas agallas

que su líder. Lo seguirían allá adonde hiciera falta.

Noah desplegó sus alas y se llevó a Nanna con él. Ella lloraba desconsolada por el sacrificio de los elfos. Mostraba el *Brisingir* en todo su esplendor, intentando cegar a cuantos más jotuns mejor.

Pero ni el berserker ni la valkyria olvidarían jamás aquella muestra de entrega y de amor incondicional del pueblo élfico de Hudriel. Caían al Midgard como flechas, dispuestos a acabar con la amenaza de aquellos seres demoniacos; dispuestos a defenderlos a ellos porque esa era, ni más ni menos, su obligación.

Bajo sus pies, Noah divisaba un parque enmarcado por espectaculares gigantes de hielo. Montañas escarpadas de color gris oscuro, fiordos, ríos y valles helados, bosques verdes y tupidos. El paisaje más idílico jamás imaginado se teñía de la sangre de unos y otros. Del bien y del mal.

Allí, en aquel glaciar en el que debían entrar Noah y Nanna no podrían luchar. Tenían una misión: encontrar el lugar que la llave abría.

Noah no estaba acostumbrado a huir, pero no había otra opción.

La llave empezó a arderle entre los dedos justo cuando sobrevolaban Brenniba.

Le quemaba la palma.

—¡Joder! —gruñó.

—¿Qué pasa?! —preguntó Nanna, alarmada.

—¡Joder! ¡Joder! —El medallón circular parecía querer escapar, como si tuviera sus propios impulsos.

El medallón los guiaría hacia algún lugar: una fuerza magnética distinta, tan potente que nadie podía luchar contra ella, los llevaría hacia el lugar indicado.

—¡Agárrate, Nanni!

—¿Qué?! —gritó ella sin dejar de mostrar el *Brisingir*, con el chaleco completamente abierto y las perlas en una mano.

—¡Que te cojas! ¡Vamos a chocar contra la montaña!

Noah protegió a Nanna con su cuerpo. Con el puño estirado como si fuera Superman, atravesó las duras capas de hielo, tan gruesas como inquebrantables. Sin embargo, Noah entraba con facilidad. El medallón ardía y deshacía el hielo en décimas de segundo.

Estaban penetrando en el interior del glaciar. Nada parecía capaz de detenerlos. De repente, el hielo dejó de cortarles con sus aristas: sus cuerpos cayeron hasta otro lago inmenso y helado. Un foso más grande que cualquiera de las cuevas en las que habían estado.

Noah sufrió el impacto. El hielo del lago los arrastró. Derraparon hasta crear cubitos de hielo a su alrededor. Como consecuencia, dejaron una

profunda y clara marca en el suelo.

No sabía dónde estaban, pero habían llegado a algún lugar. El medallón palpitaba, alumbrando ligeramente la sala con un color blanco azulado. La runa de su interior se iluminaba a fuego.

Noah y Nanna se incorporaron después del choque.

La colisión había sido brutal, pero no les importó: habían encontrado lo que buscaban.

Noah estudió el medallón. Parecía unido con aquella cueva: se movía y se iluminaba del mismo color y del mismo modo que la llave, al mismo ritmo.

Tras una de las paredes de hielo, lisas y sólidas, había una inmensa luz que palpitaba. Era como el latir de un corazón. Se oía un extraño sonido metálico.

—Mira, Noah —le dijo Nanna, que le cogió de la mano y lo llevó hasta ahí.

En el hielo había grabada la runa *Daeg*. Justo en el centro del símbolo, que era como un reloj de arena en horizontal o una X, había un hueco redondo y metálico. A su alrededor, enmarcando esa obertura, vieron un círculo con pequeños orificios.

La mano de Noah salió disparada, víctima de la fuerza magnética de aquel agujero: la medalla se encajó perfectamente en el hueco metálico del hielo.

Noah retiró la mano de golpe, respirando nervioso y agitado, igual que Nanna. Ambos estaban ansiosos, esperando los fuegos artificiales.

Él la apartó un poco, para protegerla. Sin embargo, Nanna le golpeó el brazo y dio un paso al frente.

—¿Qué se supone que ha de pasar? —dijo, histérica.

—Pues no sé...

—Espera un momento...

—¿Qué sucede?

—Espera un momento. —Nanna se dispuso a contar las bolas de alrededor de la llave circular. Treinta y tres. Treinta y tres agujeros—. De acuerdo —levantó los brazos y echó mano a su nuca.

—¿Qué pasa, valkyria?

—Son treinta y tres bolas. El *Brisingir* tiene treinta y tres perlas brillantes —contestó, sacándoselo del cuello—. No puede ser casualidad. Nada lo ha sido hasta ahora.

El extremo del collar se levantó como si fuera una serpiente y empezó a encajarse en los agujeros, como por arte de magia. El círculo de esferas se iluminó, igual que la llave. Tras aquel muro algo hacía ruido. Era como un motor, o como puertas metálicas que se abrían y cerraban a la vez.

—Los dos objetos son llaves —apuntó Nanna—. Y algo tienen que abrir.

—¿Hay que darle una vuelta o algo? —Era la primera vez que veía llaves como esa.

—No. Hay que presionar el medallón hacia dentro.

—Ah.

Noah agarró la mano de Nanna y la posó sobre el dorso de su mano derecha. Tragó saliva y la miró directamente a los ojos.

Ella parpadeó y sonrió con aquellos ojos castaños tan llenos de amor.

Él sonrió con los suyos, tan amarillos.

—Gibo nos ha unido. Este es un viaje de dos —explicó Noah.

—Sí. Así es.

Todo empezó a moverse. Los trozos de hielo se agrietaban y caían a su alrededor. Comenzaban los terremotos. Y vendrían uno detrás de otro.

—Entonces... Veamos qué sucede si metemos esto hacia dentro. Abramos la puerta.

—Abramos la puerta. —Nanna le dio un beso en la mejilla.

En ese momento, los dos empujaron a la vez: la cueva se iluminó.

Una luz eléctrica los inundó a la pareja y el hielo los absorbió hacia el otro lado que no veían.

Todos estaban llorando. Todos.

No había nadie que no llorase por él.

Sobre todo ella. No soportaba aquella pérdida. Era superior a sus fuerzas.

Sabía que todos la buscarían. Su padre. Su suegro. Sus cuñados. Todos.

Pero lo que no sabía ninguno de ellos era cómo se sentía en realidad. Caminaba, respiraba y vivía. Pero era como una muerta en vida.

¿Qué futuro tendría sin él? Su hermoso rubio, su particular dios bondadoso había muerto del modo más increíble.

Él, que alardeaba siempre de que nada ni nadie podría herirle jamás.

Pues alguien lo había hecho.

El más inesperado. El menos pensado.

Él lo había matado.

Y de paso también la había asesinado a ella, pues ya no tenía ganas de vivir. No quería una vida eterna sin su compañero.

Las flechas empezaron a caer desde el cielo. Su barco, la nave más hermosa de todos los reinos, flotaba en el mar, iluminado por el reflejo de las llamas.

Todas caían sobre su pira ceremonial.

Ella se levantó entre el fuego, oculta tras su lecho, besó a su amor en los

labios y permitió que el fuego y las flechas acabaran también con su vida.

A lo lejos, oyó el llanto de los suyos, que presenciaban que se sacrificaba por su compañero.

Donde fuera su barco, donde fuera su marido, ella le seguiría. Eso era lo único que debían entender.

Decían que amar no era mirarse el uno al otro a los ojos, sino mirar los dos en la misma dirección. Y ellos siempre habían sido uno. Un equipo, con las mismas necesidades e inquietudes.

Ahora los dos mirarían hacia la eternidad que les proporcionaba la muerte.

Noah la miraba anonadado, de pie ante ella. El sueño había cambiado.

Él lloraba y ella también, al pensar en aquella nueva experiencia vivida astralmente.

Su barco, aquel que había visto en sueños, aquella increíble nave futurista, la tenía ante sí. De hecho, ambos estaban en su proa, frente a una pira funeraria en la que no quería mirar.

El barco era metálico, con formas desafiantes e inscripciones grabadas tanto en futhark como a través de dibujos de dragones. Era tan largo como un edificio de treinta pisos. No alcanzaba a ver el final, pero, a lo lejos, sí que se veía una inmensa sombra alargada, inmóvil y congelada. Era un gigante. Un impresionante gigante.

Todo aquello estaba bajo el hielo, ¿cómo era posible?

—No me lo puedo creer... —susurró él frotándose la cara.

Nanna se levantó y se limpió las lágrimas de los ojos. Esos amaneceres tormentosos la estaban matando.

—No puede ser... —Clavó los ojos en la pira, la misma en la que, en el sueño, ella se había dejado quemar. Temblorosa, se acercó.

—¿Has mirado? —le preguntó.

Él asintió con la cabeza, tan pálido y lloroso como ella.

—Hay dos cuerpos quemados. Un hombre y una mujer.

Nanna no lo aguantó más y se inclinó a otear su contenido.

Los cuerpos estaban calcinados, pero en los dedos anulares tenían los anillos de Gibo y el símbolo de la eternidad.

—¿Qué significa esto? —Se cubrió la cara, llorando por ellos, por su suerte. Eran la pareja que recordaban en sus sueños. Jamás había tenido una experiencia de ese tipo, por eso no comprendía cómo se sentía tan vinculada a esa mujer—. ¿Y si eran nuestros padres?

Noah la miró con cara de pocos amigos.

—Entonces se supone que tú y yo somos hermanos.

—Uf, qué asco. Obviamente, no somos hermanos.

Noah levantó las cejas como si dijera: «Obviamente, nena».

—Hay algo positivo en todo esto. Lo que está claro es que lo que veíamos en nuestro sueño —explicó Nanna— no era nuestra muerte. Era su destino. —Señaló a los cuerpos quemados en la pira—. Son ellos los que morían. Ni tú ni yo. —Se acercó a Noah y lo tomó de la barbilla para mirarlo mejor—. ¿Qué te pasa en la boca?

—Me quema la lengua —contestó, chasqueando todo el rato contra los dientes, estudiando cada detalle del barco. Aquella nave era espectacular. Pero ¿qué se suponía que debía hacer con ello?

—A ver, abre la boca.

Noah le hizo caso y le enseñó la lengua.

—¡Pero por todos los dioses! —exclamó sin saber qué cara poner.

—¿Qué pasa? —contestó cerrando la boca de golpe.

—Tienes la lengua llena de runas. Runas ininteligibles.

—Joder... —resopló, cansado de todo aquello—. Mira, este es un barco que se supone que debo conducir, ¿verdad? Es como una nave de guerra.

—Sí.

—Entonces ayúdame a encontrar el timón, Nanna. Hay que hacer algo con esto. Debe de haber un modo de encenderlo.

La valkyria se puso manos a la obra, dispuesta a registrar todo el barco por fuera. Mientras, Noah analizaba sus perfectas y delineadas formas.

Era una nave perfecta. Maravillosa. Quería ponerla en marcha.

—Hay un modo de encenderlo —dijo una voz de hombre tras él.

Noah y Nanna se dieron la vuelta y se encontraron con un ser con tupé y rastas de colores. Vestía completamente de negro y llevaba un bastón con una esfera verde de cristal en el extremo, entre los dientes de una serpiente. El otro extremo de la serpiente parecía de madera y acababa en forma de estaca.

Nanna le lanzó un rayo para apartarlo de ellos, pero él lo desvió con el bastón. El rayo chocó contra el hielo de alrededor.

—¡Es Loki! —gritó ella, asustada—. ¡Noah, es Loki!

Stonehenge

As, María, Caleb, Aileen, Cahal y Miz se encontraban reunidos en el monumento megalítico más importante de Inglaterra. Allí, no hacía mucho, Cahal había abierto un portal con el puente Bifrost para trasladar a Heimdal a su casa.

Allí, dos mil años atrás, Freyja, Frey y Njord convirtieron a la tribu celta de los casivelanos en vanirios.

No se trataba de conectar mundos ni de convertir especies. Se trataba de viajar a través del espacio y llegar justo allí donde se encontrara Noah Thoryn. Tenían que ayudarlo.

Cahal veía los ormes, una sustancia etérea, que rodeaba todo elemento vivo en la naturaleza. Canalizaba esa energía y creaba realidades. Su verbo decretaba verdades y hacía aquello que él quería.

Ese maná, ese fino polvo blanco daba lugar a vacíos cuánticos. Él podía manipular sus formas a nivel atómico, abriendo espacios como agujeros de gusano a través de los cuales podía viajar.

Miz, por ser su pareja y compartir su sangre, tenía su mismo don. Veía esos halos alrededor de las cosas y cómo el druida acumulaba su energía a través de ellos, como en ese momento. Pero no los podía manipular.

Eso solo lo podía hacer el druida del clan keltoi. El *magiker*.

—Miz. —Cahal le indicó con el dedo que se acercara.

Los demás ya sabían lo que iba a suceder. La sangre de la joven científica era la gasolina principal de Cahal, y necesitaba sustento.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —le advirtió ella—. No te propases. No des más de lo que debas. Llévanos hasta allí y punto.

Cahal le sonrió y la besó en la frente.

—Sí, mamá.

—No. Nada de bromear. —Un nuevo temblor sacudió la colina donde estaba el cerco de piedra.

Todos se miraron, serios.

—Aliméntame, *mo ghraidh* —pidió Cahal con suavidad—. Que nadie mire —les ordenó al resto.

Miz se retiró el cuello alto de la gabardina. Cahal la pegó a su torso. Se dio la vuelta para mostrar su espalda a los demás. La cara de Miz cuando él bebía de ella... Era solo suya, de nadie más. Suficiente había dado cuando la transformó en la sala intraterrena del Consejo Wicca. Nunca más volvería a

exponerla de ese modo.

Él clavó sus colmillos en su carne y empezó a succionar. Ella hizo lo mismo con él.

Un mordisco entre vanirios era algo muy íntimo y sensual; la sangre de sus parejas otorgaba dones. Si Miz tenía su sangre corriendo por las venas, le sería mucho más fácil regresar a su estado físico natural, pues sus células leerían su memoria impresa en el cuerpo de Miz.

Cahal le pasó la lengua para cerrar las incisiones. Ella se estremeció entre sus brazos.

—¿Estás bien, Huesitos? —le preguntó con los labios pegados a su sien. Miz asintió con la cabeza. Abrió los ojos y sonrió.

—Es solo que me encanta beber de ti. Y no me gustaría que la cagaras.

Él levantó una ceja.

—¿Me estás llamando incompetente?

—No. Pero no presumas de tu don, no hagas florituras... Aprovecha la energía electromagnética de este lugar, no lo hagas todo solo. Estalla y... vuelve, ¿entendido?

—No tienes que temer por mí. Las runas han hablado: dicen que puedo hacerlo.

—Las runas no tienen brazos para abrazarte ni corazón para echarte de menos, *druidh*. Como comprenderás, lo que digan, me importa menos que nada.

Le invadió el amor que sentía por ella. Miz estaba muy preocupada, pero todo saldría bien. No se iba a perder nunca más. Ella era su casa.

—Apártate un poco. —Le dio un beso fugaz en los labios.

Todos los allí reunidos, bajo la noche inglesa tan nublada como parecía que estaba en el resto del mundo, rodearon al druida.

Cahal abrió los brazos y observó toda la luz que contenía el mundo que lo envolvía. La Tierra era un lugar lleno de vida. Hasta un matojo de hierba, el más feo que podías encontrar, estaba vivo. Las piedras, las personas, el aire...

Un viento leve se levantó en el centro de Stonehenge. Miz veía perfectamente cómo su *cáraid* atraía los ormes a su cuerpo. Era algo mágico. Como él. Como el amor que sentían el uno por el otro.

—Soy Cahal McCloud, druidh de la tribu keltoi casivelana. ¡Y en mi poder de decretar crearé aquello que creo! —gritó, sabiendo que su palabra era ley en la naturaleza. Era un hombre de magia, capaz de cambiar la composición cuántica de todos los átomos que lo rodeaban. Poco a poco, su cuerpo desaparecía y se convertía en luz—. ¡Divido mi cuerpo, mi alma y mi sangre, y tomo lo que me rodea como una puerta a esta Tierra, a otro espacio y a otro lugar! ¡Yo soy polvo, y como polvo viajaré hasta Noah Thöryn! ¡Allí

donde la naturaleza es fría y helada, hermosa y peligrosa, allí donde el berserker de ojos amarillos pelea! ¡Que así sea, así es y así será!

Cahal se convirtió en una puerta luminosa ovalada que conectaría por primera vez, y sin aceleradores de por medio, espacios separados de la Tierra.

Noah empezó a mutar, dispuesto a alejar a Loki de Nanna.

Se abalanzó sobre él con las garras y los dientes expuestos. ¿Aquel hombre era Loki? ¿Por qué no le inspiraba ni el más mínimo respeto? ¿Y el miedo? ¿Dónde estaba el miedo que debía sentir?

Noah le odiaba con todas sus fuerzas, quería arrancarle la piel y acabar con él de la forma más tormentosa posible.

Loki se echó a reír mientras esquivaba sus golpes.

—Vaya, vaya... Eres igual que él —gruñó enseñándole sus colmillos—. Igualito. Un mierda con ínfulas de superhéroe.

Noah le agarró de las solapas de aquel suéter ajustado de pedrería negra.

—¿Vas a Las Vegas a cantar, hijo de puta? —le gruñó el berserker, que le propinó un puñetazo—. ¿Y tus zapatos de plataforma?

Loki rio y trastabilló hacia atrás.

—Y tan animal. —Lo miró de arriba abajo—. Él no era así.

—¿Él? ¿Quién?

Loki se desmaterializó y desapareció.

El berserker miró a un lado y al otro. Sacó su *oks* de la espalda. Necesitaría la compañía y la energía del *noaiti* para enfrentarse a él. Adam le ayudaría a luchar contra Loki.

—¡Detrás de ti! —gritó Nanna, que le lanzó un rayo a Loki, con las alas desplegadas sobre su cabeza.

Noah se dio la vuelta para darle un hachazo, pero su brazo se quedó a medio camino.

Esta vez, lo que fuera que atravesó su pecho le dolió de verdad y lo dejó sin respiración. Noah desvió la mirada al palo que se colaba hasta su corazón. Era el extremo puntiagudo del bastón de Loki.

El transformista sonrió y pegó su rostro al de Noah.

—Sabía que así sí morirías.

—¿Qué...? ¿Por qué?

—Porque este bastón está hecho de la única cosa que puede acabar contigo. ¿No adivinas qué es?

La luz que desprendía ese barco se fue apagando poco a poco. Nanna cayó contra el suelo. Sus alas se apagaron y miró a Noah con desesperación, llevándose la mano al pecho.

—Noah... —dijo ella acongojada—. Me muero...

—¡No! —Noah no se podía morir, atravesado por el bastón de Loki.

¡Nanna se estaba muriendo! ¡Como él! Los dos estaban conectados y perdían la vida al mismo tiempo—. ¡Nanna!

—Oh... Qué tierno —susurró Loki—. Los dos enamorados unidos de nuevo. Muertos. —Retorció la punta del bastón en el pecho de Noah, que puso los ojos en blanco—. Tienes tu puto barco, la misma mujer —miró a Nanna—, creo. —Se encogió de hombros—. Y mueres como muere él. ¿Y todavía no tienes ni puta idea de quién era tu padre? Lo sabía. Lo supe en cuanto no pude acabar contigo la primera vez.

Una lágrima rodó por la mejilla de Noah.

—Yo... no te había visto antes.

—Hummus —le recordó Loki—. Él era yo —le dijo al oído, como contándole un secreto—. Lo poseí. Pero ¿sabes qué es lo mejor de todo?

Noah se quedaba sin aire. Su energía y su poder inmortal se desvanecían, como si nunca hubieran existido en él.

—Él era tu hermano —dijo Loki disfrutando del último gesto de horror del berserker.

Cuando los cuerpos de Noah y Nanna por fin quedaron sin vida sobre aquel barco, Loki se echó a reír con fuerza.

—¿Tanto tiempo para esto? ¿Esta era tu sorpresa, Odín? —gritó sabiendo que aquel barco se comunicaba directamente con el dios—. ¿Este era tu modo de detenerme?

Las sacudidas de la Tierra eran cada vez más fuertes. Loki sabía que no debería perder la oportunidad de rematar su faena. Cumplir su propósito iba a ser más fácil de lo que había planeado en su cárcel de cristal.

Nadie podría plantarle cara ni hacerle frente.

—Hela, hija mía —dijo Loki hablando para sí mismo—. Hazte cargo de las almas de estos dos, y esta vez no negocies con nadie para hacerlos salir.

Él era el único dios válido para los humanos. Él había conocido sus miedos, sus debilidades, sus ambiciones, y los había manipulado a su antojo. Era justo, entonces, que acabara con ellos.

Y eso haría.

Clavaría su *Laeviatann* sobre el punto electromagnético más fuerte del Midgard. Su tótem también abriría puertas, como lo hacía Gungnir.

Y una vez que lo hiciera, que se preparase la Tierra.

Odín esperaba en el lago frente a Yggdrasil, mientras escuchaba a la manifestación etérea de Hela tras él. La diosa del inframundo no estaba de acuerdo en que, antes de que el berserker y la valkyria ingresaran al Nilfheim, tuviera que visitarlos. Ellos ya estaban muertos y le pertenecían.

—Odín, devuélvemelos —pidió Hela tras él. No lo podía tocar, su imagen era como la de un holograma. No podía hacerle daño.

La joven era muy hermosa. De pelo castaño y largo, y con los ojos negros. Su rostro pálido, resaltaba con la túnica negra que cubría su cuerpo. Solo tenía un problema. Olía a putrefacción. El dios aesir agradeció que su presencia fuera solo etérea.

Odín seguía con la mirada fija en el lago a través del cual vio la pira de madera, el barquito que traería a Noah y a Nanna.

—Hela, vete. Aquí no haces nada.

—¡Están muertos! ¡Sus espíritus son míos!

Freyja se materializó en la orilla del lago. Sus pies desnudos se mojaban, bañados por el agua cristalina de aquel lugar sagrado. Vestía de rojo y llevaba el pelo suelto sobre la espalda. La diosa también controlaba la pira que se acercaba hacia ellos.

—Hela —dijo Freyja—, tus leyes hablan de muerte. Pero estos guerreros son especiales —argumentó la diosa, estirando los brazos para detener la pira ceremonial que se acercaba a ellos—, su destino es diferente. No está ligado a ti.

—¡No me enredas, Freyja! —protestó la hija de Loki—. ¡Estoy de vuestros juegucitos de inmortales hasta el Infierno! ¡Esos de ahí vienen a mi casa, ahora! ¡Y no podréis hacer nada para detenerme!

Odín se dio la vuelta y encaró a Hela, que, aun que era un holograma, se retiró, temerosa de la ira del dios.

—Hela, tú ya no puedes hacernos nada. Tu mundo está cerrado, tu reino está bajo llave, como el nuestro.

—No por mucho tiempo. —Hela sonrió con la misma soberbia de su padre—. En cuanto mi padre abra los mundos, camparé a mis anchas por el Midgard. Yo —se miró las uñas— y los míos, claro. Entonces, los buscaré y me los llevaré.

—No podrás. Un espíritu vivo no puede entrar en tu castillo —aclaró Freyja.

—¡Ergo, me das la razón, diosa zorra! —gritó Hela, histérica.

Freyja la miró por encima del hombro un instante, como si valiera menos que nada. Después esperó a recibir la barquita funeraria de sus guerreros.

—¡Están muertos! ¡Dámelos!

—¡Hela! —gritó Odín, que hizo enmudecer el Asgard.

La diosa no se amilanó, pero se calló, alzando la barbilla.

—¿Ves el sol que flanquea el horizonte de Yggdrasil? —le preguntó.

Hela asintió, aburrida.

—Sí, lo veo.

—Si cuando se ponga por completo, mis guerreros continúan muertos,

te los podrás llevar.

—No. No acepto el trato —se negó, rotunda—. Seguro que harás algún truquito de los tuyos...

—No hay truco —sentenció Odín.

Hela miró a Freyja y al Tuerto con hastío. Después observó el brillante sol del Asgard.

—Cuando se empiece a poner el sol —repitió Odín hablando con calma—, cuando debido a su lejanía puedas taparlo con un solo dedo, entonces, si ellos siguen muertos, te los podrás llevar. Serán tuyos.

—De acuerdo, Cíclope —accedió Hela—. Te veré dentro de poco.

La diosa desapareció en el acto. Odín y Freyja esperaron a que el barquito llegara a la orilla. En silencio.

—¿Cuánto sabes de todo lo que hice, vanir? —preguntó Odín, caminando hacia ella.

La Resplandeciente se cruzó de brazos y repiqueteó con sus uñas sobre su codo.

—Sé lo suficiente como para mover mis fichas y darnos un par de oportunidades más.

El aesir negó con la cabeza y sonrió.

—No fue ninguna casualidad que Nanna llevara ese collar, ¿verdad? Ocultaste el *Brisingir* en tu valkyria, porque sabías que, mientras ella no se mezclara en ninguna batalla, el collar nunca se activaría. Y Nanna no peleaba, ella solo recogía a mis guerreros para traérmelos.

Freyja le escuchó.

—Sí, Odín. Así era. Pero Nanna era tan importante para él como él lo es para todos nosotros. Te olvidaste de ese detalle, de algo obvio.

—¿Obvio?

—Sí. El mayor activador de todos es el amor. Su encuentro era inminente, y ella debía ayudarlo en su viaje.

Esta vez, Odín no osó reírse.

—Me sorprende que hables de amor.

—¿Crees que no sé lo que es? —preguntó ella, vanidosa.

—No importa. Lo que has hecho... Ha sido algo muy inteligente por tu parte —reconoció el dios, admirado.

Freyja resguardó el cumplido con celo. Odín nunca se los daba.

—¿Y ahora qué? El *Laeviatann* ha matado a Noah. Ya no se puede negociar nada con Hela, puesto que está de parte de su padre. ¿Cuál es tu carta, Odín? Porque, por mucho que lo pienso, ya no veo una solución coherente a este conflicto. Loki clavará su bastón sobre el portal estelar más potente del Midgard y eso hará que de él emerjan todos los monstruos habidos

y por haber. Será un búnker. Ya no podremos acceder al Midgard. Les... dejaremos solos ante la muerte.

Odín se relamió los labios reseco y miró al frente.

—Veremos cómo va todo. Pero confío en la palabra de mi hombre. No me fallará.

Noah y Nanna abrieron los ojos al mismo tiempo.

Ella tenía su rostro apoyado en el pecho de él, que le sujetaba su mano contra el corazón.

El barquito de madera era lo suficientemente grande como para cobijarlos a los dos. Tenía flores y monedas a sus pies, como las que se le ofrecían antiguamente a los muertos. Monedas para pagar al barquero que cruzaba entre mundos, flores para soportar el perfume a muerte.

Noah tomó el rostro de Nanna y se incorporó con ella, mirando a su alrededor.

—¿Dónde..., dónde estamos? —preguntó, y la besó, con adoración—. ¿Seguimos vivos? ¿Y Loki?

Nanna negó con la cabeza, abrazándolo con fuerza, llorando contra su pecho. Recordaba perfectamente el dolor que había arrasado en su corazón. El bastón del jotun lo había matado, y, como consecuencia, también había acabado con ella.

—No. No estamos vivos..., creo Yo conozco este lugar... Es Yggdrasil —reconoció ella. Entonces se levantó y vio a Freyja y a Odín a escasos metros de ellos—. ¿Freyja?

Noah clavó la vista al frente. Por primera vez, algo sucedió en su alma, una sensación de recuerdo y añoranza brutal recorrió su mente y su persona.

Odín alargó la mano hasta él, con la palma hacia arriba.

Noah vio parte de sus facciones reflejadas en las de ese hombre con un parche en el ojo. Lo conocía. Era Odín.

—Bienvenido a casa —lo saludó con una sonrisa de cariño en sus labios—, hijo mío.

XXVI

Freyja abrazó a Nanna con fuerza. La valkyria miraba a Noah como si, de repente, se hubiera dado cuenta de que le habían salido veinte cabezas.

—¿Cómo que «hijo mío»? —preguntó estupefacta buscando respuestas en los ojos de la diosa.

Noah tragó saliva, frunciendo el ceño y negando con la cabeza. Pero aceptó la mano del dios.

—Puede que no entendáis nada de lo que está pasando —explicó Odín con tono de disculpa— pero será un honor que dejéis que me explique.

—¿Qué te expliques? —Noah miró a su alrededor, tan perdido que hasta tenía miedo. Echaba de menos el Midgard, su Black Country, a sus amigos, Noruega—. ¡Qué hay que explicar! ¡¿Por qué me llamas hijo?! ¡Mi padre es As Landin! ¡El único que cuidó de mí!

Nanna intentó tranquilizarle.

—Noah, espera... No puedes hablarle así. Es el dios padre. El Alfather.

—¡¿Y qué?! —rugió Noah—. ¡Loki me ha matado! ¡He fracasado! ¡He muerto en mi viaje! ¡Me importa un bledo que el pirata este me diga que soy su hijo cuando he estado trescientos años perdido en el Midgard! ¡Eso no cambia nada! ¡Los demás están en peligro, preparados para luchar, y yo estoy aquí, viviendo una especie de capítulo de *Juego de Tronos*! Así que, o me haces volver abajo —señaló la barca—, o me matas de una vez por todas, porque no estoy interesado en recuperar vínculos familiares.

Freyja medio rio, y después carraspeó disimulando. Sin duda, tenía el carácter de Odín.

Este levantó una mano para apaciguarlo.

—Siempre tuviste las ideas muy claras. Pero nunca me hablaste así. Eras muy comprensivo y te gustaba dialogar. Supongo que el Midgard te ha forjado.

—Supones bien. Ahora dime quién coño soy y acaba con esta pantomima de una vez.

Nanna abrió los ojos como platos y desvió la mirada hacia Freyja, que parecía entretenida y divertida con la situación.

—De acuerdo —aceptó Odín mirando el sol, que se ponía en el horizonte, tras Yggdrasil—. No tenemos mucho tiempo. —Odín tocó a la diosa, que abrazaba a Nanna, y a Noah, y los tres se desmaterializaron.

Aparecieron de nuevo en el interior del árbol, junto a las tres nornas.

Las tejedoras de los telares detuvieron un momento los hilos del destino. Miraron a Noah como si no se creyeran lo que veían.

—¡Era él! —dijo la disir del pasado, Urdr.

—¡Es él! —exclamó Verdandi.

—¡Será él! —gritó Skuld señalándole con sus dedos. El telar de esta se medio lio, por lo que corrió a corregirlo.

El interior del árbol poseía un lago con cisnes. Las tres disir trabajaban allí, entre las raíces de Yggdrasil. El árbol del destino.

—Urdr —ordenó Odín—, necesito que me enseñes el telar del pasado, justo en el momento en que nació mi bien amado hijo.

La disir de pelo rojo y marcas tribales en el rostro asintió, obediente. Buscó en una especie de cofre lleno de los anales de la historia de los dioses. Telares ordenados por tiempo. De repente, sacó uno y se lo lanzó a Odín.

Noah pensó que debía cogerlo, pero el telar se deshizo hilo por hilo. Una imagen congelada se dibujó ante sus ojos. La imagen adquiriría movimiento. Odín le explicó qué estaban viendo.

—Cuando naciste, todos los dioses sintieron un amor inmediato por ti. Eras un bebé de pelo dorado y unos ojos azules llenos de bondad.

—Noah tiene los ojos amarillos —dijo Nanna, interrumpiendo al dios.

—Chis, valkyria —la interrumpió la diosa.

Odín prosiguió.

—Todos sabíamos que eras especial. Tú eras el mejor de los dioses, por tu bondad, por tu compasión, por tu empatía. En todos los reinos te adoraban. Así que, pensé, que el mejor de mis hijos, el más especial de todos, debía vincularse con los humanos para ayudarlos a ser mejores. Debías crear un estirpe de futuros dioses benévolos que enseñaran al humano a valorar el interior y el desarrollo espiritual, en vez del material y las posesiones. Porque la mayoría de dioses de nuestro panteón son demasiado violentos y vengativos...

—Esto es una locura. —Noah se quería ir de allí. No comprendía lo que veía.

—No. —Odín lo detuvo por la nuca y le obligó a mirar el telar en movimiento—. Tú te quedas aquí. Esta es tu historia. Asúmela. Mi hijo debía conocer a alguien especial, que amara la Tierra y que respetara sus normas. Por eso, la elegida sería la hija de Nepr. —Miró a Nanna.

La valkyria palideció y parpadeó.

—¿Hija de quién?

—Nanna, la hija de Nepr fue la elegida por ti. Pero también fue elegida por Hodr, tu hermano ciego.

Nanna y Noah se miraron el uno al otro, intentando asimilar toda esa información. Empezaban a entender todo lo que habían soñado.

—Os enamorasteis —dijo Odín—. En todo el Asgard no había una

pareja mejor avenida que vosotros. Sin embargo, Hodr sentía envidia de tu felicidad. Estaba celoso de que Nanna se enamorara de ti y no de él.

Freyja achicó los ojos. Ella también desconocía esa parte de la historia. El telar seguía mostrando imágenes de Hodr y de su odio hacia su hermano dorado. Los celos, la rabia de ser el ciego y el simplón podían con él.

Nunca había visto a Hodr a través del prisma imparcial que daba el telar. Al parecer, no era muy bueno.

—Sin embargo, tú y Nanna os casasteis y tuvisteis una vida feliz en el Asgard. Incluso concebisteis un hijo.

Nanna tenía los ojos llenos de lágrimas. Se tocaba el vientre con las dos manos, ante la atenta y compasiva mirada de Freyja. La diosa le acarició las trenzas, pero la valkyria se apartó, arisca.

—¿Un hijo? —repitió Noah.

—Sí. Tuvisteis a Forseti.

El berserker no se lo podía creer. Nanna tampoco. Ambos entrelazaron los dedos de sus manos.

—Pero mi hijo dorado empezó a tener sueños proféticos donde veía su muerte. Exactamente como te ha sucedido a ti ahora —resumió Odín—. Se lo contó a mi amada Frigg, su madre, y esta, temerosa por que él muriese, conjuró una reunión de dioses en Gladsheim. Allí, todos los dioses hicieron una posible lista de todas las cosas que podrían dañar a su hijo...

—Estás narrando la historia de... —gruñó Noah, con los ojos rojos y tristes por la emoción—. Conozco perfectamente la historia.

—¿Ah sí? —preguntó Odín—. Entonces, si la conoces... ¿Quién eres, Noah? Atrévete a decirlo y a asumir el papel que has de jugar en nuestro destino.

El berserker y el dios se midieron el uno al otro, pero dijo una palabra.

—Es Balder —repuso Nanna cubriéndose los labios con los dedos—. Noah es Balder. El dios dorado de la profecía.

Noah temblaba de rabia. ¿Cómo iba a ser él Balder? Eso era imposible.

—Mientes —le dijo.

—No. No miento —respondió Odín—. Tu madre, Frigg, obligó a toda criatura viviente de los nueve mundos a jurar que jamás te haría daño. Sin embargo, Loki, que estaba en contra de que tú te hibridaras con los humanos y compartieras tu sabiduría con una raza inferior, se disfrazó de muérdago y no hizo el juramento.

—Y además —puntualizó Freyja— sentía cierto resquemor, pues habíamos encerrado a sus hijos, Hela, Fenrir y Jörmundgander, para que dejaran de maltratarnos y de lastimar a los humanos.

—Así que —recordó Odín, con angustia, siguiendo las imágenes del

telar— Loki le dijo a Hodr que, si quería, él podía ayudarlo a que Nanna se quedara libre y se casara con él. Para ello tenía que enviudar. Hodr, te odiaba, Balder...

—¡No me llames así! —gritó, y estuvo a punto de mutar allí mismo.

—Hodr decidió hacer caso a Loki. Este le ofreció una flecha creada con la rama de muérdago que no había jurado ante Frigg y te disparó con su arco, siguiendo las directrices del Timador. De este modo, la profecía de la *völva* se cumplía. Balder había muerto y nosotros nos habíamos quedado huérfanos de dioses puramente buenos. En tu entierro, en tu pira funeraria, Nanna, que se había colado sin avisar a nadie, se quiso quitar la vida junto a ti, pues no podía vivir si tú no estabas a su lado.

—¿Y qué pasó con Hödr? —preguntó Nanna, secándose las lágrimas con despecho.

Odín se encogió de hombros.

—Hödr no sabía que tú te ibas a sacrificar, así que su alma oscureció y se tornó una especie de ermitaño arisco. Yo concebí a Vali, que lo mató. Si Hodr había asesinado a su hermano, él no tenía ningún derecho a vivir.

El telar desapareció ante sus ojos. Urdr hizo ademán de sacar otro y continuar con la historia, pero Odín la detuvo con un gesto de su mano.

—Ya es suficiente —dijo el aesir—. El resto se lo cuento yo.

—Si morí una vez junto a Nanna, ¿qué hacemos vivos de nuevo? —se preguntó Noah, mirando de frente a su padre—. ¿Por qué tenemos recuerdos de una vida que no vivimos?

—Después de lo que pasó, cazamos a Loki, pues sabíamos que había sido el culpable. Lo encarcelé para toda la eternidad, pero él ya había hecho sus propias manipulaciones. A través de un hechizo había hecho revivir al cuerpo de Hodr, que ya no tenía recuerdos de quién era. Se lo llevó al Midgard, donde Loki trasladó su cárcel, en las entrañas de la Tierra. Era una cárcel que no podíamos detectar. Una cárcel —dijo, con misterio— que solo podría abrirse si Loki mataba de nuevo a uno de mis hijos —lamentó—. Pero pequé de soberbia. No me imaginé que Loki lo lograra. Hummus era Hodr, y trabajó para Loki durante muchísimo tiempo. Le enseñó toda su magia y lo adoptó como a un hijo.

—¿Y yo? ¿Y Nanna? ¿Qué pasó con nosotros?

—Cuando la *völva* nos narró la profecía del ocaso de los dioses, yo quería estar seguro de saber lo que iba a pasar. Me fui a la fuente de Mimir, y entregué mi ojo para ver con claridad qué sucedería con todos los mundos. El agua de la fuente me habló y decidí cambiar ese destino. La *völva* hablaba de que, al final, el dios dorado regresaría, y yo vi a la perfección cómo iba a regresar, por qué motivo. Así que hice lo que tenía que hacer. Viajé al pasado

y, con la sangre de mi hijo Balder recién nacido y la magia seidr que me ilustró Freyja, creé una réplica de él. La original la llevé al Midgard para que As Landin cuidara de él, hasta que fuera el tiempo señalado. Después, volví a bajar al Midgard e hice la misma manipulación con Nanna.

Freyja miró a su valkyria de reajo.

—¿Yo soy una réplica de Nanna?

—No, tú eres la Nanna original. Hice una excepción contigo después de que Odín se arrodillara, y te convertí en valkyria. La réplica hizo tu papel de hija de Nep y mujer de Balder en el Asgard. Tú no venías de madres alcanzadas por truenos ni nada por el estilo, pero, de algún modo, sabía que eras especial. Te mantuve en el Valhall con todas mis guerreras e hice que fueras única. Nadie podía tocarte. Solo tu einherjar.

—Y no pude tocar a Noah hasta el momento idóneo en la cueva de Nerthus. Porque, si lo hacía antes de tiempo y perdía mi don —cavilaba Nanna a punto de sufrir un soponcio—, la energía que desprenden una valkyria y un berserker al hacer el amor no hubiera abierto la puerta de Nerthus y ella no habría podido preparar a sus guerreros.

—Exacto, trencitas. —Freyja volvió a acariciarle las trenzas—. Debía ser entonces, y no antes.

—¿Y cómo se suponía que yo debía descubrir quién era?! ¿Cómo se suponía que íbamos a reconocernos?! —gritó Noah con los puños apretados.

—Nanna te vio en el entierro de Gabriel, y tú la viste a ella. Allí os enamorasteis. De algún modo, os reconocisteis —explicó Freyja intentando hacerle entender la situación.

Noah recordaba ese momento. Para él supuso todo un impacto. Nanna entonces tenía el pelo corto y llevaba una capa. Estaba guapísima.

—¿Y mis pesadillas?

—Tú debías empezar a despertar en cuanto recibieras la puñalada del arma de Nanna. Un puñal *guddine*. Ese fue el catalizador —reconoció Odín—. Yo jamás había pensado en eso. Pero Freyja —la miró de reajo, contrito— fue más rápida que yo.

—Infinitamente más inteligente —reconoció la diosa—. No te morirás por reconocerlo, tuerto.

—Las runas —continuó Odín— le comunicaron a As que debía decirte la verdad para que emprendieras este viaje. Por eso te fue revelado tu origen. Nunca antes. Solo en el momento justo.

—¿Y si algo de todo eso hubiera fallado? —preguntó, incrédulo—. Es como una cadena de fichas de dominó. Si una falla, todo acaba. Os habéis arriesgado demasiado.

—Lo sé —asintió Odín—. Sin embargo, confiaba plenamente en

vosotros y en vuestra actitud. Sabía que no me fallaríais.

—Pero te he fallado. —Noah se pasó las manos por el pelo—. Te he fallado a ti y a Nanna. Estoy muerto. Y, con mi muerte, la he matado a ella. A ella. —La tomó del rostro y lamentó su situación.

—Eso es porque Gibo os unió. La infusión de mi madre es muy poderosa —concedió Freyja—. Nanna se sacrificó cuando te quemaron. Lo justo es que gibo os uniera del mismo modo. Por ejemplo: vuestros objetos no harían nada si estabais separados. En cambio, si estáis juntos, el collar y la llave funcionan. Es más, no podíais abrir la cueva en la que se ocultaba el barco si no estabais juntos. Pero todo esto es solo palabrería... Solo Odín sabe si de verdad le has fallado o no.

—Tú no me has fallado —anunció el dios—. Tú no. He sido yo quien se ha equivocado. Obviamente, te tenía en el Midgard porque estaba convencido de que tú descubrirías quién eras mucho antes de que Loki saliera. Y pensaba que tú le matarías. Pero nunca imaginé que él saliera mucho antes de lo previsto. Lo de Hodr me ha dejado bastante descolocado, fui un resabido. Y me equivoqué.

—¿Y en qué cambia eso el destino? —Nanna miró a las nornas y a sus telares, pero estas la ignoraron.

—Cambia en el hecho de que Loki podrá abrir las puertas de su reino y estos arrasarán el Midgard. No dejarán nada en pie. Y nosotros no podremos salir de aquí y ayudaros hasta que alguien abra nuestra puerta.

—Pero... —repuso Noah—. Nosotros estamos aquí.

—No. No lo estáis —explicó Odín, paciente—. Son vuestras almas las que han venido a nosotros, allí donde yo os ordené. Pero vuestros cuerpos físicos permanecen bajo el hielo.

—¿Y qué carambola nueva esperáis? ¿Qué debe suceder ahora? —Noah estaba perdiendo la paciencia.

—Por ahora, tú estás aquí, junto a Nanna. El barco que viste abajo es el *Hringhorni*, la mayor nave del Asgard. Fue un regalo mío.

—¿Y para qué sirve?

—Para luchar. Es un barco invencible, nada lo puede demoler. Mientras sigáis en él, os mantendréis con vida. Pero solo se activa con esto. —Odín se sacó un anillo de su dedo pulgar—. Es mi anillo, *Draupnir*.

—Entonces... —Noah lo tomó entre sus dedos—. ¿Se supone que yo debía morir para recoger este anillo y manipular la nave?

—No. Tú no mueres, porque ya has muerto. La profecía ya lo ha dicho. Balder murió a manos de Hodr, por culpa de Loki. Por eso se origina todo el Ragnarök. De ahí la venganza de Loki en el Midgard... No puedes morir otra vez.

—Pero, Odín..., he muerto. Si era invencible y solo me podía matar el muérdago, ¿por qué Loki acabó conmigo?

—Porque el tótem de Loki es el *Laeviatann*: su extremo es parecido a una estaca y está hecho con la madera de las ramas del muérdago. Lo hizo así a propósito. Para recordarse que él acabó con mi hijo. Para recordárselo a todos —añadió con desgana.

—Puto muérdago —refunfuñó—. Soy un inmortal, un berserker... ¿Cómo es posible que una planta me mate? ¿Y cómo se supone que voy a regresar? Necesitáis que regrese, ¿no? ¿Cómo?

Aquella era la gran pregunta que Freyja se hacía.

Odín estaba convencido de que Balder podría regresar, pero ella lo dudaba, porque, de hecho, había muerto de nuevo bajo la ley de Loki.

¿Qué otra ficha había preparado Odín?

—Creo que mi hombre está al llegar. Sé que hará lo que tenga que hacer.

—¿De quién hablas?

—Balder, mírame —le dijo Odín, con algo de súplica en la voz.

Noah lo encaró a regañadientes.

¿Quién era ese hombre que tenía ante sí con un parche en el ojo? ¿De verdad era su padre? ¿Y su madre? ¿Dónde estaba?

—Te mandé al Midgard para que tuvieras otro futuro y otro destino. Tú eres nuestra esperanza. En ti deposito mi fe en el cambio. Loki cuenta con mucha ventaja y yo no podré luchar a tu lado hasta que se den las circunstancias apropiadas.

—¿Qué circunstancias? Te haces llamar el dios de esas personas. Dices que ellos son tu experimento, ¿y así luchas en su nombre? Ellos necesitan vuestra protección —atravesó con la mirada amarillenta a Freyja y a Odín—. Y os estáis refugiando cobardemente tras los muros de estos reinos. No tendrán oportunidad de salvarse. Así no —aseguró apasionado.

—Todavía hay una oportunidad. Heimdal cerró todos los accesos para que nosotros no pudiéramos entrar a vuestro mundo. Del mismo modo, nadie puede entrar ni salir del nuestro. El destino de las nornas, el ocaso de los dioses, no llegará mientras nosotros permanezcamos aquí esperando esa oportunidad.

—Pero el Midgard sucumbirá a la destrucción. Tal vez Loki no consiga acabar con vosotros, pero... ¿y la Tierra? —preguntó, decepcionado—. ¿Qué será de ella?

—La Tierra vivirá hasta el último hálito de vida. Y, mientras haya vida, puede haber salvación. Ahora escucha bien lo que te voy a decir: en tu barco vive un enano llamado Littr. Él sabe cómo se activan los motores. Te hará una

pregunta. Y solo tú sabrás la respuesta. Si es la misma que yo le rebelé, Litr te ayudará a poner en marcha el *Hringhorni* con la ayuda de Hyrrokin.

—¿Quién es Hyrrokin? —preguntó Nanna.

—Cuando te quemaron, necesitamos ayuda de una gigante para poder mover el barco, pues era demasiado pesado —explicó Odín. El sol se ponía entre las montañas. Ya no quedaba casi nada. Si Noah seguía ahí cuando se hubiera ocultado por completo, Hela se lo llevaría al Inframundo. Igual que a Nanna—. Su nombre es Hyrrokin, es una jotun que está en contra de Loki.

—¿Es posible?

—Sí. Ella le dará el empujón que el barco necesita para partir. —Odín cerró los ojos y sonrió—. Él ya está ahí.

—¿Quién?

—Él —repitió Odín—. Te ayudará a vivir. Acepta su regalo, Balder. Y acepta mis disculpas por todo lo que te he ocultado hasta ahora.

Un músculo palpitó en la mandíbula de Noah.

—Un padre —convino Odín con humildad— es capaz de hacer de todo por vengar la muerte de su hijo. Sigo queriendo que lideres el Midgard. Creo que sigo teniendo mucho que aprender de ellos. Así que regresa, dios dorado. Pronto nos volveremos a ver. Toma a Nanna y vuelve al lago de Yggdrasil. — El paisaje desapareció y regresaron al lago en el que reposaba la pira de madera en la que habían llegado los muertos—. Meteos ahí los dos. Y nunca, nunca desesperéis, incluso cuando creáis que llega el fin. Alzad los ojos, mirad hacia el cielo oscuro y hallaréis la única estrella en pie. Allí estaremos. Por ahí llegaremos.

Noah no estaba dispuesto a decirle nada más. Ni abrazos ni largas charlas sobre cómo había sido su vida... No tenía ganas de conversar con Odín, fuera o no su padre.

Nanna entrelazó los dedos con los suyos y se dejó guiar hasta la orilla.

—Vamos, Nanni.

—¿Sigo siendo valkyria?! —gritó ella, que estudió la reacción de Freyja. Había tenido un hijo, había sido humana... Freyja la convirtió en valkyria porque era lo que tenía que hacer. Pero era la esposa de un dios y había sido madre. ¿Dónde estaba su hijo Farbauti?

—Sí. Y eso es lo que te salva. Mientras haya guerra, Nanni, sigues siendo mi valkyria.

Ella miró al suelo y entró en el agua con Noah. Avanzaron hasta que les cubrió a media altura. Se miraron el uno al otro.

Eran eternos. Se habían enamorado en sus otras vidas. Y se habían vuelto a enamorar en esta. Si había dos almas destinadas a estar juntos, esas eran las suyas. Noah la abrazó y ella arrancó a llorar sobre su pecho. Y,

súbitamente, justo cuando el sol se ponía entre las montañas por completo, Noah y Nanna vieron aparecer un nuevo barquito a lo lejos.

—Llegan dos nuevos guerreros en ese barco —dijo Freyja sin comprender—. ¿Odín, qué has hecho?

Él sorbió por la nariz. Freyja lo miró de reojo, consternada. El dios se había emocionado por volver a ver a su querido hijo. Ya casi no habían secretos entre ellos. Eran los dioses más fuertes y más poderosos del Asgard, y dependían de lo que hicieran sus creaciones para poder participar en la guerra o quedarse allí para siempre. Pero Noah había revivido... ¿Qué quería decir aquello?

—Tengo una pregunta para ti, Odín. ¿Serás sincero conmigo?

—Mi hijo va a revivir. No tengas ninguna duda.

—No, no es eso... Aunque siento mucha curiosidad al respecto. De hecho, no tengo ni idea de quiénes ocupan esa nueva pira funeraria. Sinceramente, no sé qué has podido orquestar para que Balder regrese, otra vez. —Puso los ojos en blanco—. Mi pregunta no va por ahí.

Odín tomó aire y lo soltó por la boca. Parecía tenso y cansado.

—Dime, Freyja.

—De acuerdo. Tú —le señaló con el índice e hizo circulitos con él— entregaste tu ojo para ver con absoluta claridad lo que iba a suceder de verdad, sin interpretaciones subjetivas de la *völva*.

—Sí, así es.

—Entregaste tu ojo para eso. Pero conozco el funcionamiento de la fuente de Mimir, así que sé con toda certeza que tuviste que entregar algo más a cambio para poder modificar el futuro. Cambiaste la realidad. ¿Qué te pidió Mimir a cambio?

Odín se frotó los labios con los dedos y se limpió una lágrima con el antebrazo.

—Lo más valioso para mí —respondió. Se dio la vuelta para llegar hasta Yggdrasil.

Freyja lo cogió por la muñeca y lo obligó a detenerse.

—¿Qué fue, Odín? Tienes dos piernas, dos brazos, un miembro... Estás completo. Si no fue algo físico, ¿qué diste para poder cambiar las cosas? Dímelo.

—Eso quedará para siempre entre Mimir y yo. No debe importarte.

—¿Crees que no puedo preguntarle a esa cabeza parlante? —le increpó—. Es mejor que me lo digas tú a que lo descubra yo.

—Nunca sabrás la verdad. —Sonrió—. Ahora debemos preparar a nuestros clanes. —Se soltó—. Necesitamos estar listos para cuando Heimdal toque su cuerno.

—¿Y cómo crees que lo tocará? —preguntó Freyja. Miró hacia el lago y se quedó boquiabierta por lo que vio: Noah y Nanna se estaban abrazando a las dos personas que acababan de llegar del otro lado. ¡Por todos los dioses!—. . Loki va a abrir el portal. Va a clavar su puto bastón y entonces los suyos vendrán, y... todos los portales de la Tierra se cerrarán. Así pues, ¿cómo demonios Heimdal va a tocar el cuerno de los mundos si nadie podrá abrirlos? ¡Alguien tiene que venir de fuera y hacerlo! ¡Y el druida ya no puede! —protestó, nerviosa.

Odín se encogió de hombros.

—Dímelo tú, vanir. Me has estado dando la réplica perfectamente en todo lo que yo hilaba en el Midgard. Sin tu ayuda, nada hubiera salido bien.

Freyja se quedó atónita al escuchar que Odín reconocía su labor.

—Y tengo la sensación de que solo tú tienes esa ficha escondida. Y no me vas a fallar en eso. En cuestiones de estrategia, nunca lo has hecho. En otros aspectos —la miró de arriba abajo, sonrojándola— sí, porque nunca cumples lo que prometes.

—Yo nunca prometo nada. Tus deseos te juegan malas pasadas, Odín. —Sonrió sin ganas.

—Me tenéis muy harta —repuso Hela, que estaba sentada sobre una de las raíces del árboles de los nueve reinos—. Dadme a mis almas. Las quiero. —Se pasó la lengua por los dientes puntiagudos.

—Es obvio que ya no están aquí, Hela. Están en el lago, regresando a casa. —Odín sonrió, abrió los brazos y dio una vuelta sobre sí mismo, abarcando todo a su alrededor—. ¿Y eso qué querrá decir?

—Que me la has jugado. ¿Y por qué no puedo ver a las dos nuevas que están entrando? —Estiró el cuello y achicó los ojos.

—Porque son almas de muerte honorable y ejemplar. Nunca podrían ser tuyas. Ni estas ni las otras. Los míos no van a tu casa.

—Dámelos —ordenó, repelente y mandona.

—No —contestó con severidad—. Mira al horizonte, tras las montañas de Yggdrasil... ¿Lo ves? Todavía queda sol. Has perdido.

—Sí, lo veo mejor que tú, Tuerto —contestó Hela.

—Ahora —le habló como una niña pequeña— intenta taparlo con un dedo.

Hela arqueó las cejas, pensando que le tomaba el pelo.

—Hazlo, Hela.

La hija de Loki levantó una de sus delgadas manos y cubrió el sol a lo lejos.

—Todavía ilumina el Asgard, ¿verdad? —preguntó Odín.

Ella dejó caer la mano y asintió.

—¿Sabes por qué?

—Ilumíname —contestó con desgana la guardiana del Inframundo.

—Por una simple razón que ni tú ni los de tu linaje comprenderéis jamás. Porque no se puede tapar al sol con un solo dedo.

XXVII

El portal del *magiker* brillaba sobre la nave oculta en las entrañas del glaciar de Jostedalsbreen. Primero fue Aileen quien cayó en la proa, justo al lado de los cadáveres de Noah y Nanna. Tras ella, Caleb, Miz, María y As la precedieron; salieron del huevo de luz con un pequeño salto, como el que salta una valla.

Aileen vio a Noah e intentó reanimarlo, pero ni la valkyria ni el berserker respiraban.

—¡No reaccionan! —gritó Aileen, asustada.

Miz, que tenía conocimientos de medicina, se arrodilló delante de ellos.

—¿No respiran? —preguntó la rubia acercando el oído a sus narices. Después revisó las heridas del pecho de Noah. Nanna no tenía ninguna, pero estaba tan muerta como él.

—Noah tiene el corazón destrozado —susurró Miz.

Aileen negó con la cabeza.

—¡Caleb! ¡Dale sangre a Noah! Tu sangre es poderosa. —Aileen se sentía desesperada por devolver la vida a su amigo—. Tal vez tú puedas hacer algo.

Caleb se acucilló a su lado, se abrió la muñeca sin pensárselo dos veces y la colocó sobre la boca abierta y seca de Noah. La sangre era el elemento de vida personal de los vanirios, casi nunca se compartía, pero Caleb sabía que Noah era importante para Aileen y para todos, y necesitaba que él reviviera.

Pero Noah no bebía.

As Landin miraba su alrededor. Enseguida supo que aquel barco era el afamado *Hringhorni*. La nave más grandiosa jamás construida en el Asgard. Había oído hablar de ella muchas veces, entre leyendas y palabras divinas. Y era propiedad del hijo de Odín, Balder.

Estuvieran donde estuviesen, Noah había llegado hasta ahí por un simple motivo. Para encontrarse y para pelear por y con su verdadera identidad.

Y tan cierto como que se llamaba As y era el líder del clan de Wolverhampton supo que Noah Thoryn era Balder, el dios dorado de la profecía. Él era quien podía salvarlos a todos del final temido del Ragnarök. Todo cuadraba.

Un estremecimiento le recorrió. Todo ese tiempo había tenido la llave más valiosa de los nueve reinos, al dios más importante con él.

Y Odín le había pedido que cuidara de él en cuerpo y alma, que diera su vida por él si hacía falta.

María, que estaba íntimamente conectada con su *mann*, lo miró y entrelazó los dedos con él.

—Dime, *amore*. ¿Qué te sucede?

—Noah es Balder —contestó—. Y, si es Balder, no puede morir de nuevo.

María parpadeó, atónita. ¿Noah? ¿Balder? No era posible... Balder era considerado un salvador en todas las religiones. Las sacerdotisas lo adoraban.

Noah y Nanna yacían muertos en el suelo metálico de ese extraño y magnífico barco... ¿Quería decir eso que eran...?

¿Balder y Nanna? Claro. El matrimonio divino.

La sacerdotisa apretó los dedos de su pareja, al comprender. Y enseguida supo qué era lo siguiente que debían hacer. Ella no necesitaba explicaciones. Se llenó de valor y asintió con la cabeza.

—De acuerdo. ¿Ha llegado el momento?

—María... —As la miró con los ojos llenos de lágrimas. No sabía ni qué decirle.

Ella lo abrazó y lloró con él. No podían permitir que aquello acabara así. Él debía regresar. Balder tenía que volver.

—No te dejaré solo, *bello*. Nunca te dejaré solo. Prefiero irme contigo a quedarme aquí.

—Oh, María. —As la abrazó con más fuerza y lloró con ella, hombro con hombro.

Aileen, Caleb y Miz los miraron, asombrados.

—¿Abuelo? —Aileen se levantó y caminó hacia ellos—. ¿María? ¿Qué sucede?

—Noah sigue caliente —repuso Miz—. Nanna también. Hace muy poco que han muerto.

As tomó la mano de Aileen y la besó en la palma.

—Mi preciosa niña —le dijo acongojado—, ha llegado el momento de decirnos hasta siempre.

Los ojos lilas de Aileen se oscurecieron y negó con la cabeza.

—¿De qué hablas? No te entiendo. Me estás asustando.

María se secó las lágrimas y sonrió a Aileen con entereza.

—Tu abuelo y yo tenemos una misión.

—La misma que nosotros —repuso Aileen, seria.

—No, princesa guerrera —le dijo María acariciando el bello rostro de Aileen—. No es la misma. Tú debes luchar y nosotros tenemos que entregarnos.

—¿De qué hablas?

—Caleb, necesito que sostengas a mi nieta —le pidió As, serio.

Caleb desviaba la mirada verde hacia unos y otros. Intuía lo que podía pasar en ese momento.

—No te me acerques —le advirtió Aileen—. Ni un paso más, Caleb.

Caleb la miró con compasión. Apretó los dientes, deseoso de calmarla y apoyarla.

—Aileen. —As la tomó por los hombros y la obligó a mirarla—. Noah es un dios. Es Balder.

Todos tomaron silencio ante la aplastante afirmación del líder berserker. El vanirio miró consternado al chucho rubio.

—Joder —murmuró.

—¿Sabes lo que eso significa? —le preguntó As a su nieta.

A Aileen los ojos se le llenaron de lágrimas, porque temía que significara lo que podía significar. Balder debía revivir. ¿Y qué pintaba su abuelo en eso?

—Sí. Que Balder debe regresar.

—Exacto. Noah es Balder. El dios dorado de la profecía. Mi misión era proteger a Noah todo este tiempo y, en última instancia, entregar mi vida por él, si era necesario. Los berserkers podemos entregar nuestra energía vital, nuestro chi, a otra persona que elijamos, si es berserker igual que nosotros. Y Noah sigue siendo un berserker en cuerpo.

—¿Me estás diciendo que vas a entregar tu vida por Noah?

—Y por Nanna —aseguró María, que la miró con un cariño eterno en sus ojos.

Aileen tragó saliva nerviosa, mirando a María y a As, alternativamente.

—¿Y yo? ¿Qué va a pasar conmigo? —dijo ella—. ¿Eh, María? —La señaló haciendo pucheros—. ¿No somos importantes?

As cerró los ojos.

—Precisamente porque te amamos a ti y a todos los que nos habéis acompañado todo este tiempo, María y yo nos vamos para dejar paso a los más fuertes. —Señaló a Nanna y a Noah—. He sido un líder todo este tiempo, Aileen —dijo, algo cansado—. Viví mil vidas diferentes. He perdido a una mujer y a una hija. Recuperé a mi nieta —tomó a Aileen del rostro—: la criatura más hermosa que he visto jamás, la digna heredera de mi hija Jade —susurró—. Estoy tan orgulloso de ti... Y después conocí al amor de mi vida, que me rejuveneció y me dio más de lo que yo jamás hubiera imaginado. Ella es mi verdadero regalo.

María intentó mantener la compostura, pero no podía: la pena y la emoción la embargaban.

—Es mi deber sacrificarme por esto. Estoy aquí, en este lugar, por esta razón. ¿Por qué crees que las runas nos han traído hasta aquí si no es para

salvarle la vida a Noah? Adam no debía venir, puesto que es el *noaiti* y es importante en el clan. Pero yo, aun siendo el líder, soy prescindible. Y soy el protector de Noah. Es mi misión.

—¡No! —gritó Aileen con todas sus fuerzas. Su voz provocó eco en la cueva—. ¡No te vas a morir! ¡No quiero que lo hagas! ¡Encontraremos otro modo! ¡¿Y Cahal?! —Aileen miró a Miz, que parecía consternada—. Él hace algo con los átomos... Puede hacer que Noah reviva. ¿No, Miz?

—No te puedo garantizar una respuesta fiable a eso, Aileen —contestó Miz—. Cahal es druida. Hace muchas cosas, pero no revive a los muertos.

Aileen se tiró del pelo, incrédula.

—No quiero que lo hagas, abuelo —dijo como una niña pequeña—. Te quiero aquí, conmigo. Hace muy poco que estamos juntos —añadió entre sollozos.

As sonrió con pena y abrazó a su nieta.

—Lo sé, corazón. Pero no importa la cantidad, ¿verdad? Lo que importa es la calidad. Y los momentos que hemos pasado juntos han sido determinantes para que valore la vida y la considere algo hermoso y que nadie debe perderse, sea mortal o inmortal. Yo he vivido muchos años, milenios —recordó, asombrado—. Y creo que quiero darte la oportunidad de que tú y los tuyos viváis un poco más... o tanto como yo. Es ley de vida que los mayores se vayan antes que los pequeños.

—No, abuelo... Por favor, no...

—El tiempo se acaba, Aileen, mi vida. El tiempo se acaba —sorbió por la nariz—, y la Tierra está en guerra. Tengo que darme prisa. —María lo abrazó—. Me voy para daros a alguien en quien creer, alguien que puede traer un cambio. —Miró el cuerpo sin vida de Noah—. Si él es Balder, os enseñará el camino. Caleb, échame una mano, te lo ruego.

Caleb se acercó a Aileen y la apartó de su abuelo, entre los gritos de la joven. As y María se dirigieron a los cuerpos sin vida de Nanna y Noah, en medio del llanto de desconsolado de Aileen.

Caleb la abrazó con fuerza, susurrándole todo tipo de palabras en gaélico.

—Aileen... —El vanirio miró por encima de la cabeza de la híbrida a As Landin. Aquel hombre era un líder de los pies a la cabeza.

As le devolvió la mirada esmeralda y le dijo:

—No conozco a nadie mejor que tú para mi nieta, Caleb. Fue un honor tenerte en la familia.

Caleb asintió, agradecido.

—Fue un honor que me dejaras formar parte de ella, As. *Tá tú ina cheannaire mor*. Eres un gran líder.

—Lo mismo digo, vanirio.

Miz se apartó y dejó espacio para la pareja. Estaba tan asustada que la barbilla no dejaba de temblarle. Miraba a todos lados, buscando a Cahal. Odiaba que las historias acabaran así. Necesitaba que la abrazara y que juntos lloraran por esa pareja que se iba por voluntad propia: una pareja llena de amor y de respeto hacia su gente.

Era un gesto tan hermoso, tan en nombre de los demás que no podía aguantar las lágrimas.

As y María se arrodillaron ante Noah y Nanna. Los dos se cogieron de las manos, decididos a sacrificarse por los jóvenes que tenían sin vida, en el suelo.

Él la miró y sonrió con los ojos llenos de amor y devoción hacia su pareja.

—¿Estás segura, mi amor? —le preguntó As, que juntó su frente a la de ella.

María parpadeó para limpiar aquellos ojos enormes, llenos de lágrimas. Los embrujadores ojos de una hermosa y madura mujer italiana.

—No concibo una vida sin ti, As Landin. Y si las runas lo dicen, y es tu deseo, yo te seguiré. Y me sentiré orgullosa de tener un marido que se sacrificó por los demás. Me siento orgullosa de ti, y honrada por que me eligieras.

—Dioses, te amo. —La besó en los labios—. Soy el hombre más feliz. Gracias. Te elijo a ti en esta y en todas las vidas que nos esperen. Este no es el final.

—No. No lo es. Y si lo fue, hice de todo a tu lado. No me arrepiento de nada.

María y As se besaron, antes de entregar su chi, su energía personal, su vida, a las personas que habían muerto en aquel barco.

—Mírame, Aileen —le pidió Caleb.

La joven estaba agarrada a la camiseta negra del guerrero.

Lloraba sin consuelo ni fuerzas para mantenerse en pie.

Caleb la tomó del rostro.

—No quiero que se vayan. —Intentó darse la vuelta para ver cómo As y María cerraban los ojos para siempre.

—No, cariño.

—¿Ya está? ¿Ya se... se han... ido? —preguntó entre sollozos.

—Chis... —Caleb apoyó la barbilla sobre su cabeza y la mecía, narrando todo lo que sucedía con el berserker y la sacerdotisa—. Se están iluminando.

—¿Están bien?

Él se pasó la lengua por los labios.

—Se están diciendo adiós y sonríen.

Aileen arrancó a llorar sobre su pecho, pero él sería su pilar, no se derrumbaría.

—Sus cuerpos se desintegran y, poco a poco, se convierten en polvo. Un polvo brillante y hermoso que ilumina toda la proa —dijo con cuidado.

Miz se abrazaba a sí misma, conmovida por la luz que desprendían las almas y las esencias de María y As.

Jamás había presenciado una muerte tan hermosa como aquella.

—Está mal que lo diga..., pero es... bonito —soltó Caleb, a la vez que Miz.

Ella se acercó a Aileen y la besó en la mejilla.

—Lo siento mucho, Aileen. —Sabía que nada podría ayudarle a sentirse mejor.

—Gracias, Miz.

Caleb besó la coronilla de Aileen y agradeció el gesto de Miz.

—Siéntete orgullosa de tu abuelo —le recomendó él—. Hoy nos ha dado una gran lección.

—Lo sé —contestó ella sorbiendo por la nariz—. Lo sé. Por eso lloro. Por lo mucho que tenía que aprender de él. Porque me hubiera gustado que se quedara.

—Oh, mi pequeña... —Caleb la sostuvo y la tranquilizó, acariciando su espalda, dándole el calor que necesitaba.

Noah abrió los ojos de golpe y se incorporó de un salto, mirando a su alrededor. Tenía la mirada de quien ha recuperado la vida.

Con las mismas ropas, los mismos recuerdos del Midgard y el mismo pelo. Pero era diferente. Diferente tras lo que acababa de vivir en el Midgard.

Nanna estaba tras él. Sonreía, mirándose las manos como si nunca antes se las hubiera visto.

—¿Noah?

—¿Nanna?

Dioses, verla era revivir de nuevo. Era su mujer. Su esposa. Su valkyria. Y necesitaba asegurarse de que estaban completamente bien.

—¿Estamos vivos?

Noah la atrajo hasta él y la abrazó, dándole un fuerte beso en los labios, que la valkyria devolvió.

—Noah... —le dijo entre besos.

—¿Sí, Nanna?

—Tienes otro tatuaje.

—Me da igual.

—Te va desde el cuello al hombro.

—¿Y qué dice? No me lo digas. Es otra adivinanza.

—Sí. Dice: «Nadie me podrá tapar jamás con un solo dedo».

—¿Nadie me podrá tapar...?

Aileen, Caleb y Miz se acercaron a saludarlos, eufóricos por verlos de nuevo, pero aún afectados por la despedida de As y de María.

Noah no pareció sorprendido al verlos, pues ya sabía qué había sucedido. Se había encontrado a As y a María en el camino entre mundos del lago de Yggdrasil.

Al principio no se lo podía creer. Después lloró como un niño apoyado en As, lamentando lo que el líder había hecho por él, pero también agradecido de todo corazón. Ahora sí que no podía fallar. La vida de As valía todas las guerras habidas y por haber.

Aileen lo estudiaba con el rostro surcado en lágrimas. Noah se acercó a ella. Tenía un mensaje para ella de parte de su abuelo.

La conversación que habían tenido entre mundos, los cuatro, Nanna, As, María y él, restaría siempre en su corazón.

—Lo siento mucho, Aileen. —Le dio el pésame a su amiga, sincero—. Me siento culpable. Sé que sigo vivo gracias a As.

—Oh, Noah... ¿Cómo lo sabes? ¿Acaso lo has visto?

—Sí. Lo vi. En el viaje de vuelta, me interné por un lago en Yggdrasil, y me encontré con él y con María. Salieron de la pira funeraria los dos, caminando por el agua, cogidos de la mano. Iban a ver a Odín y a Freyja. Se iban con ellos —admitió, orgulloso.

—¿Estaban bien? —Aileen estaba devastada por la pérdida. Sin embargo, saber que As y María continuaban juntos en otro lugar, en otro espacio, la llenó de calma y de una leve alegría.

—Sí, Aileen. Estaban bien —contestó él, con mucho tacto—. As me dio un mensaje. Me dijo que no perdieras la esperanza nunca. Que los milagros siempre sucedían en los momentos más inesperados. Que, en ocasiones, los deseos más profundos se hacen realidad.

—Y María —añadió Nanna— nos dijo que no perdiéramos el rumbo, incluso cuando nos quedáramos a oscuras. Dijo: «Siempre id hasta el oeste. Siempre seguid ese camino».

—¿Y cómo debemos llamarte? ¿Noah? ¿Balder? ¿Dios? —preguntó Caleb.

—Llamadme Noah. Continúo siendo el mismo.

—El mismo, el mismo... No exactamente. Antes no tenías la cara como un libro —aclaró Aileen.

—Pero tu padre es Odín, ¿no? —preguntó el vanirio.

—Mi padre fisiológico es Odín, pero el que hizo de padre para mí fue As Landin. Yo también he perdido a alguien muy importante, Aileen —dijo, triste—. He perdido a mi padre. Pero no tenemos tiempo para las lágrimas, para llorarlo. Ellos no querrían tal cosa. Hemos de recuperarnos. Hay que poner en marcha este barco. Así lo querría As. Así me lo ha mandado Odín.

Aileen asintió con la cabeza, decidida a que la muerte de su abuelo no fuera en vano.

—¿Cómo podemos ayudarte? —preguntó Caleb.

—¡Coño! ¡Hay un gigante ahí detrás, congelado...! ¡Creo que es una mujer!

Miz abrió los ojos de par en par y se dio la vuelta para encontrarse con Cahal. Este abrió los brazos con una sonrisa de oreja a oreja y recibió el abrazo de ella, que saltó a sus brazos. Lo había pasado realmente mal esperando verlo aparecer de un momento a otro.

—Me alegro de que hayas vuelto, Brathair —lo saludó Caleb.

—Y yo —aseguró él—. Y lo digo en serio: en la popa del barco hay un puto gigante de hielo.

—Lo sabemos —dijo Noah—. Ahora necesito encontrar a un enano llamado Litr —explicó haciendo rodar el *Draupnir* entre su dedo pulgar.

—¿Un enano, un vanirio, una híbrida, un perro y un gigante? —repitió Cahal señalándolos uno a uno—. ¿Qué es esto? ¿El arca de Noé?

Nanna soltó una risita.

—No puedes hablarle así al hijo de Odín —le recomendó Miz.

—Oh —fingió arrepentimiento—, mis respetos, hijo de Odín.

Noah puso los ojos en blanco.

—Esta nave es enorme. El enano tiene que estar por aquí. Solo él sabe cómo poner en marcha esto.

Empezaron a buscarlo, hasta que Noah y Nanna dieron con la primera cabina que había en la parte delantera de la nave, que parecía ser un puente de mando hipermoderno. Era todo de metal y tenía ventanas de un tipo de cristal muy resistente. Cientos de grabados rúnicos y de cenefas cubrían sus paredes internas y externas.

Los mandos del barco brillaban por su ausencia. En la consola metálica solo vieron una piedra ovalada de color lila que brillaba con destellos. Y, un palmo por encima de esta, una inmensa pantalla de cristal que ocupaba casi toda la consola.

Tras la consola, agazapado como un niño que temiera que le dieran un bofetón en la cabeza, se encontraba Litr.

Congelado.

Litr tenía las orejas de punta y los lóbulos alargados. Parecía tener

pocos dientes, que se veían a través de su gesto mohíno. Tenía la piel muy azul, por efecto de la congelación, y una perilla blanca y alargada.

Sus diminutas manos cubrían su cabeza, salpicada con una extraña cresta blanca.

Noah y Nanna se agacharon a la vez, para inspeccionarlo.

—Lánzale un rayo, preciosa —le ordenó Noah—. Hay que despertarlo.

Nanna se frotó las manos y al cabo de una décima de segundo lo achicharró. El enano volvió a la vida *ipso facto*. Empezó a correr de un lado al otro de la cabina de mando, saltando con sus cortas piernas y chocándose de pared en pared.

—¡No! ¡Thor! ¡No! ¡Déjame!

Noah frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Quieto, enano.

Litr se dio la vuelta, tembloroso. Cuando vio al mismísimo Balder y a su mujer, se quedó anonadado.

—¿Balder? —se arrodilló ante él.

—Sí. Soy yo.

—¡Estabais muerto, señor! ¡Os quemaron en esa pira de ahí y...!

—Es obvio que estamos vivos. —Nanna se acuclilló frente a aquel enano, que era más diminuto de lo normal—. Necesitamos tu ayuda.

—¿Thor está aquí? —preguntó en voz baja.

—No, Thor no está aquí —contestó Noah. Pensó que Thor, en realidad, ahora era su hermanastro. Qué extraño—. ¿Por qué le temes?

—Porque él me lanzó al fuego. Me dio una patada en el culo y me dejó aquí para que me quemara. Fue tu padre —le señaló meneando el dedo— quien me sanó para que guardara un secreto, y me dejó aquí *eterrrrrnamente*. —Abrió mucho los ojos—. *Oooohhhh*... Es por eso. ¿Por eso estáis aquí? ¿Ya ha llegado el fin del mundo?

Noah asintió. Aquel enano era de lo más expresivo.

—Sí. Quiero poner mi nave en marcha.

Litr arqueó una ceja peluda blanca y se echó a reír.

—Entonces deberás responderme a algo que solo dos personas saben. Se lo considera el mayor de los secretos del norte.

Noah se preparó para la pregunta. ¿Todo se decidía en ese momento? ¿Era posible que todo dependiera de una pregunta?

—¿Estás listo?

—Creo que sí.

—Piensa que todos los que han intentado resolver el enigma han fallado. Odín mismo sentenció a Vaprudnir y a Heidreker después de que erraran la misma pregunta que te voy a hacer yo.

Nanna le dio una patada a la mesa de mandos.

—¡Litr! ¡No tenemos tiempo así que dispara ya!

—¡Argh! Vale! —gritó, amanerado—. Solo podrás conducir esta nave si me contestas lo siguiente: ¿qué le susurró Odín al oído a Balder en su lecho de muerte?

Noah recordó todas las pesadillas que había tenido hasta entonces. Después de quemarse, cuando ya todo era oscuridad y el dolor desaparecía por completo para sumirlo en la más absoluta soledad, oía el susurro de un hombre. Nunca lo había podido entender. El hombre hablaba profundo y en voz baja. Y él no lograba descifrar nada. Sin embargo, en su última pesadilla sí sintió el tono de interrogación.

Juraría que esas palabras susurradas eran las que Odín le había dicho a Balder en su lecho de muerte. Él nunca vivió esa suerte, pero sintió la experiencia a través de su doble como si fuera la suya.

Solo tenía que concentrarse para volver a escucharlas. Cerró los ojos y apretó los labios recordando. De repente, abrió los ojos de nuevo. No había nada que recordar.

No.

Él mismo era la respuesta. No tenía margen de error.

—Lo que Odín le dijo a su hijo Balder —contestó, emocionado— fueron tres preguntas. La primera: ¿qué es aquello que cuanto más se mira menos se ve? La segunda: ¿qué es aquello que con vida está medio año y sin vida la otra mitad, anda siempre por el mundo y no se cansa jamás? Y, por último...: ¿qué es eso que no se puede tapar con un solo dedo? Odín me legó tres adivinanzas que tenían que ver conmigo, pues sabía que habría un momento en el que yo despertaría.

Litr parpadeó como si fuera un profesor de universidad esperando la respuesta de su alumno.

—Sí. ¿Y bien?

—¿Cómo que y bien? ¿Son esas las preguntas?

—Sí. Pero necesito una respuesta.

Noah miró hacia todos lados, nervioso, pensando en la respuesta. Cuando vio la media sonrisa de Nanna y lo lleno de su luz, lo comprendió todo.

—Es el sol. La respuesta es el sol. —Él era un dios que representaba el Sol.

¿Y cuál iba a ser sino? Él era el dios dorado, destinado a iluminar el Midgard con su ejemplo y a brillar por encima de la oscuridad.

El enano se echó a reír con alegría. Nanna corrió a darle un beso a Noah, eufórica y orgullosa de él.

—Después de todo este tiempo... Tus tatuajes tenían un significado. Hablaban de ti —le susurró.

—Sí —dijo él, feliz.

—Ahora, Balder, mete el *Draupnir* en la esfera púrpura. El anillo conectará todos los circuitos de la nave.

Noah obedeció las órdenes de Litr. La esfera se reblandeció como si fuera gelatinosa y absorbió la alianza. Esta dio vueltas en su interior y se iluminó.

—El *Hringhorni* tomará rutas desconocidas y solo se mostrará cuando sea el momento.

—¿Cómo dices? —preguntó—. ¿No seré yo quien decida dónde y cómo actuar?

—El *Hringhorni* no funciona así. Desde aquí averiguaremos todos los sucesos del Midgard y cómo se recompone sus tierras. — Señaló la extraña pantalla etérea de la consola de mando, donde se mostraba la tierra tal y como era ahora, con todos los frentes abiertos, los temblores, las grietas, las erupciones de los volcanes y demás... —. El *Hringhorni* es como un faro, señor.

—¿Qué tipo de faro? La Cazadora es un faro para las almas perdidas, pero este barco es un buque de guerra.

—No, señor Balder —repuso Litr, incómodo—. El *Hringhorni* no pelea. El *Hringhorni* aplasta.

Nanna y Noah no entendían lo que quería decir el enano.

—Eso es justo lo que quiero que haga este barco. Aplastar.

—A lo que me refiero es que, el *Hringhorni* solo se presenta en el juicio final. Y lo hace para decantar la balanza, siempre hacia el bien. Convocará a todos los guerreros y seres sobrenaturales de la Tierra a luchar junto a él. Se replegarán —aseguró Litr—. Entonces, cuando sea el momento de mostrarse, el barco saldrá a la superficie, por aire o por mar. Y lo hará a través de un portal. Y, contigo a nuestro lado, Loki perderá. —Levantó uno de sus diminutos puños, un poco contrariado al ver las imágenes de la pantalla—. Lo que no veo son... portales.

—¿Portales? —Balder observó el monitor—. La Tierra estaba llena de ellos. El más grande estaba aquí, en Jostedalsbreen. Toda la Tierra tenía... fugas energéticas. ¿Dónde están ahora?

—Pero esto no es Jostedalsbreen, señor. Esto daba a un portal dimensional que recorre todo el Midgard, y la entrada se ubicaba en la cima del glaciar, pero, una vez entras, dejas de estar en ningún punto físico conocido de este planeta. Es otra dimensión. Por eso se llaman portales dimensionales, señor.

—¿Cómo que no? ¿Cómo que no estamos en la Tierra?

—Como que no —contestó el enano, en sus trece—. Ahora estamos entre dimensiones, señor Balder. Entre mundos que ni siquiera yo conozco. Solo cuando un portal en la Tierra nos dé la oportunidad de regresar, el *Hringhorni* lo aprovechará. Pero ahora —murmuró con pena— ya no hay ninguno. Se han cerrado todos.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Nanna.

—Loki —contestó Noah con la vista al frente.

—Eso quiere decir que alguien ha aprovechado el más grande de todos y ha absorbido la energía del resto —intervino Miz, que tenía a Cahal, Aileen y Caleb tras ella. Estaban apoyados en la entrada de la cabina—. Puede que nosotros no estemos en el Midgard y no lo veamos, pero me juego mis títulos a que Loki acaba de fundir todos los portales. Ha creado un superapagón. Ha fundido los plomos. *Caput*.

Nanna y Noah se miraron el uno al otro. Sintieron que el anillo rotaba y que el barco arrancaba y deshacía el hielo de alrededor.

No sabían adónde se dirigían. Se sentían extraños, al no poder estar en la superficie, peleando con el resto. Pero se suponía que ellos saldrían si algún otro portal de la Tierra se abría.

—¿Qué posibilidad hay, Miz, de que se pueda abrir otra puerta dimensional?

—No tengo ni idea, Noah —respondió ella, sincera—. Ahora mismo me sobrepasa estar en una nave interestelar, que, al fin y al cabo, es lo que es este barco —repuso mirando a su alrededor.

—Pero todos decís que este es el buque de la esperanza. Al fin y al cabo, tú eres el dios dorado de la profecía. Todos confiamos en ti —aseguró Caleb, sonriéndole con sinceridad—. Me jode no estar con mi hermana y mi clan en este momento, detesto no poder ayudarlos..., pero, si ahora estamos en otro lugar y por ahora no podemos salir, inspeccionemos este trasto y dejemos que nos oculte hasta cuando podamos hacerlo. No es una idea tan mala.

—Esperemos a que nuestros amigos encuentren un modo de mantenerse con vida —deseó Cahal—. Cuando sea el momento de ir a recogerlos y ayudarlos, allí estaremos.

—¿Estáis conmigo? —preguntó Noah, emocionado.

—Estamos contigo —contestaron todos.

Estaban de acuerdo. Las decisiones divinas no se podían violar. Las runas les habían pedido que estuvieran allí por alguna razón y ahora todos eran partícipes de aquel descubrimiento.

—Entonces... ¿Hacia dónde debemos dirigirnos? —preguntó Cahal.

—Hacia el oeste —respondieron todos, expectantes y esperanzados ante

su nueva aventura.

Sí. Hacia el oeste.

Noah acariciaba el pelo de trenzas de Nanna mientras miraba el cielo estrellado de aquel mundo parecido a la Tierra, pero que no era ningún lugar conocido.

Los techos de los camarotes del barco eran transparentes, aunque por fuera parecieran muros sólidos.

Estaban tumbados en la cama. El *Hringhorni* tenía muchas cámaras privadas en su interior. Las habitaciones eran parecidas a las del Valhall. Podías elegir tu decorado, tus vistas. Creabas aquello que deseabas en tu mente. Incluso podías tener alimentos de todo tipo, si lo deseabas. Los pensabas y se materializaban al instante.

Era un barco creador.

Nanna le acariciaba el pecho con la punta de los dedos y dibujaba circulitos sobre el pezón. En el interior de la cámara presidía el silencio y la calma, y las letras de una canción. Por suerte, la tecnología del Valhall también había llegado al *Hringhorni*. Y Balder era un dios adorador de la música. Era normal que en su nave se escucharan todo tipo de melodías.

Noah había elegido *Lovely On My Hand*, de Dorotea Mele.

Acababan de hacer el amor.

Ninguno de los dos se iba a engañar. En realidad, actuaban como unos tapados en la guerra. Cuando los jotuns, la humanidad y sus guerreros creyeran que todo estaba acabado, y si alguien les daba la oportunidad de regresar, estarían preparados para achicharrar y cortar cabezas. Mientras tanto solo podían pensar en lo que significaba estar en ese barco.

No era ni el Paraíso ni el retiro ni nada parecido. Era un barco que recogería guerreros y ampliaría las fuerzas del ejército del bien en su lucha contra Loki.

Noah esperaba ansioso el reencuentro con el Timador. Lo deseaba como agua de mayo.

Y, aun así, aunque era hijo de Odín y de Frigg, no sabía qué era aquello que debía enseñar a los demás. Desconocía por qué valía tanto para Odín y para los dioses.

Pero si había algo que le gustaba de ser quien era, no era ser un dios dorado, sino contar con los amigos que tenía, que le ayudaban en su misión. Adam con su *oks*; Aileen y Caleb, que habían aceptado que As y María entregaran su vida por ellos; a As Landin, por quererle como un hijo y sacrificarse por él; a Miz y a Cahal por hacer un viaje que arriesgaría sus vidas y del que no sabrían si saldrían vivos. Todos tenían gente a la que proteger. Y, sin embargo, ahí estaban con él.

Y, sobre todo, Noah tenía a Nanna. A su amada Nanna.

Humana. Mujer. Esposa. Madre. Valkyria.

La tenía allí con él. Cada minuto daba gracias por que estuviera viva. No sabía qué habría hecho si la hubiese vuelto a perder.

—Nanna.

—¿Mmm? —Tomó su mano y juntó sus dedos para comparar tamaños.

—Gracias.

—¿Por qué, nene?

Noah tragó saliva. Pensó en cada momento que había vivido con ella. Su vida ajena como dios. Su vida como berserker.

—Porque me has enseñado muchas cosas.

Nanna se incorporó sobre un codo y esperó a que se sincerara con ella.

—¿A qué, Noah?

—Antes vivía preocupado porque no sabía quién era ni de dónde eran mis raíces. Pero, desde que te conocí, aprendí a darme cuenta de otras cosas.

Nanna le mordió la barbilla dulcemente.

—¿Qué cosas?

—Que no importa tanto saber de dónde vienes como descubrir quién eres. Y eso no lo marca quiénes son tus padres. Lo marca la gente que te quiere y que ve de ti tu mejor versión. La gente te quiere por lo que ya eres, no por lo que podrías llegar a ser. Tú me quisiste sin saber quién era. A mí me bastó para darme cuenta de que, sea Noah o Balder, soy mucho más que eso.

Ella le acarició las runas en su rostro y lo miró con unos ojos llenos de un amor eterno.

—¿Qué eres?

—Soy un berserker, dispuesto a hacer el bien y a ayudar al Midgard, no porque eso sea lo que deba hacer, sino porque es lo que le gustaría que hiciera a la persona que me hace que quiera ser mejor. Soy un hombre enamorado de Nanna, hija de Nepr, valkyria de Freyja, esposa de Balder y la mujer de mi vida, mortal y eterna. Para siempre. Eso es lo que soy.

Nanna lo besó con todo su amor y una sonrisa en sus labios.

Tenían un rumbo fijo. Irían hacia el oeste.

Llamarían a sus filas a cuantos guerreros sobrenaturales encontraran por el camino. Y lucharían cuando llegara el momento.

Pero se amarían. Se amarían siempre. En la calma o en la guerra. En la alegría o en la adversidad.

Dejó que el amor que Noah sentía hacia ella se uniera con el brillo del amor que ella sentía por él.

Y los dos brillaron con la fuerza del astro del día.

Porque, ni en un día claro ni en la oscuridad total, no había nadie que,

con un solo dedo, pudiera tapar el sol ni el verdadero amor.

XXVIII

Con el *Laeviatann* clavado en el centro de aquel lugar de la Tierra, el portal más fuerte y poderoso de aquel momento, Loki abrió los brazos y miró al cielo, oscuro y tormentoso.

El Midgard temblaba una y otra vez. Las sacudidas eran terribles. Balder había muerto de nuevo y no habría modo de que los dioses ni los humanos abrieran otra puerta para librarse de lo que se les venía encima. Era imposible.

Aquel era el destino de la humanidad. Y el dios dorado no habría regresado, porque lo había matado él mismo con la madera de su bastón, hecha de ramas de muérdago.

Soltó una carcajada histérica.

Empezó a llover y a tronar. Se creó un increíble remolino, un tornado, sobre su cabeza.

—¡Llamo a mis mundos para que vuelvan a la vida! —gritó con aquellos ojos oscuros fijos en el remolino—. ¡Convoco a Muspelheim y a sus gigantes de fuego! ¡Clamo por el Jotunheim y sus gigantes de hielo y piedra! Reclamo a Svartalfheim y a sus elfos de la oscuridad. Y pido a Hel y a mi hija Hela, que inunden este mundo con sus muertos. Quiero que todos mis hijos despierten y regresen a mí. Esta ha sido, es y será para siempre nuestra realidad, nuestro mundo. — Sonrió al ver lo que sus palabras provocaban en aquel mundo medio, de razas inferiores y soberbias. Para Loki no había nada peor que valer una mierda y creerse de oro. Y eso eran los humanos—. ¡Llegó la hora de mostrarnos! ¡Que todos los que estuvieron, están y estarán de mi parte, se unan a mí! ¡Venid con papá!

Epílogo

Midgard

Noruega

—Si lo que quieres es meterte ahí dentro, mi respuesta es no. Un no enorme, tan grande como tu cabeza —le dijo Steven, malhumorado.

Daimhin quería no hacerle ni caso, con todas sus fuerzas. A ella poco le importaba lo que se suponía que debía o no debía hacer.

—Tengo la cabeza pequeña, así que... —lo desafió ella a punto de saltar.

El berserker de la cresta pelirroja la detuvo por el brazo cuando vio que ella se internaba por una de las grietas de Edimburgo. ¡Quería saltar como su hermano, la muy suicida! Llevaban casi medio día buscándolo.

—¡Que me sueltes! —le retiró el brazo con fuerza—. ¡¿Quieres dejar de perseguirme?! ¿¡Por qué no te largas!?

—¡Porque no aceptas que tu hermano se tiró ahí por voluntad propia! —Señaló la inmensa abertura de tierra. La luz anaranjada de la lava que había bajo aquel canal emergía hasta el exterior e iluminaba los ojos amarillos de Steven con fuerza—. Él se lanzó a por la china. Fue su decisión.

Los gases tóxicos les irritaban los ojos. Steven no podía diferenciar si eran lágrimas o no lo que había en los increíbles ojos de Daimhin. Eran lo más bonitos que había visto jamás.

La rubia samurái le odiaba. O eso parecía. Pero no tenía ni idea de si era o no era un sentimiento común que tenía la joven hacia todos los hombres.

—Mi hermano no se suicidó. Y Aiko es japonesa. No china.

—No he dicho que se suicidara. Solo he dicho que era un suicidio dejarse caer por una de esas grietas.

—Carrick es el más valiente de todos los hombres que conozco. Tal vez tú jamás arriesgarías la vida por la persona a la que amas, no vaya a ser que se te despeine la cresta... Pero Carrick sí lo haría. Es de ideas fijas.

Steven sonrió con desdén.

—Como su hermana.

Daimhin lo miró de reojo y asomó la cara de nuevo a la grieta.

—Las grietas tienen caminos.

—Son precipicios —aclaró él—. Acantilados que dan unas vistas maravillosas a un increíble mar de lava. ¿Quieres un baño calentito?

—Quiero que te calles. —Se colocó un mechón rubio detrás de la

oreja—. Hay agujeros, como grutas. —Las señaló con el dedo—. Los etones y los purs son seres intraterrenos, ¿no? ¿Y si tienen sus madrigueras por aquí?

—Salen de huevos, dudo mucho que se hayan hecho casas tan rápido.

—¿Los has visto actuar? Son como gusanos, levantan la tierra, buscan agujeros por todas partes. Tal vez... —Daimhin se negaba a creer que Carrick hubiera muerto. Su hermano no era un suicida. Su vida había sido tan oscura como la de ella, pero sentía algo por Aiko. De eso estaba segura. Si Carrick conseguía agarrarse a un ínfimo rayo de luz, por muy pequeño que fuera, lo haría. Porque no quería ceder a su oscuridad, y ya estaba muy cerca de ella. Por eso pensaba que él vivía. Y que estaba con Aiko—. Tal vez, estén en las cuevas.

Steven estaba cansado de escucharla. Debían volver a Wester Ross. Todos los guerreros que habían sobrevivido estaban allí. Él era el líder berserker de Escocia y su clan lo necesitaba. No podía estar cuidando de Daimhin y cediendo a sus deseos. Tenía obligaciones.

—Vámonos, Daimhin —le pidió, y le ofreció la mano con la palma hacia arriba—. Ven conmigo.

Ella miró hacia otro lado y se mordió el labio inferior.

—No pienso moverme de aquí.

—Vámonos —repitió—. No hagas que te lleve a la fuerza.

—¡No! Te lo advierto: ni me toques.

Steven apretó los dientes con determinación, fingió que se daba la vuelta y que la dejaba atrás, ahí sola, entre los gases, el fuego y la oscuridad, pero entonces, con un movimiento veloz, cogió a Daimhin rodeándola con el cuerpo.

Esta, alarmada al sentirse atrapada, sacó su katana, la cogió por el mango y con un movimiento de delante hacia atrás la clavó en el estómago de Steven, retorciendo la hoja para que la soltara.

Estaban muy cerca del precipicio. El cuerpo de Steven caía hacia delante, los dos iban de cabeza a internarse en la grieta.

Steven podría haberla soltado; ella podría haber quitado la katana y permitir que se fuera. Pero ninguno de los dos hizo nada de eso.

Daimhin se aseguró de llevárselo con ella, retorciendo más la hoja.

Y Steven, sin pensárselo dos veces, levantó la cabeza. Rabioso, la mordió en el cuello.

Ambos cayeron al precipicio, entre la tierra abierta y el mar de lava, que parecía estar esperándolos.

Bulgaria

Paso de Shipka.

Hacía mucho frío. La tierra temblaba bajo su cuerpo.

La Elegida abrió los ojos y se llevó la mano al vientre, descubierto y algo abultado ya. Aodhan crecía muy rápido. Se cubría la barriga con el jersey negro, para darle calor.

Miró a su alrededor, pero no reconoció nada.

Hacía un momento estaba en el Ragnarök, con el resto del Consejo Wicca. Hablaban de las noticias que habían traído Ruth y Adam sobre el viaje del druida, y también acerca del inesperado contacto de alguien de los Balcanes. Decían que estaban encerrados y que les iban a matar de un momento al otro, que los humanos habían abandonado las dependencias del campo de concentración en el que estaban. El amanecer llegaría. Con ello, miles de vanirios morirían.

Vanirios.

Ella escuchaba atentamente, sorprendida de que hubiera tantos de su especie bajo una tierra que desconocían. Sería una gran ayuda en la guerra.

Sabía que estaba apoyada sobre el hombro reconfortante de Menw, su pareja. Él jugaba con los dedos de su mano, haciéndole cosquillas. Aquello la relajaba, tanto a ella como a su bebé.

Con él se sentía tan a gusto que no pudo evitar dormirse.

Eso era lo último que recordaba.

Daanna se levantó y fijó sus ojos verdes en las rejas de una propiedad. Había algo escrito en cirílico.

Estudió el edificio que se veía al fondo, en lo alto de una colina. Amanecería dentro de un par de horas.

Saltó la verja y corrió hasta llegar a las puertas metálicas que cercaban la propiedad.

Un enorme estruendo intraterreno provocó temblores en toda la colina.

Daanna abrió las puertas metálicas con su poder mental y el de Aodhan, que era increíblemente poderoso. Su bebé sería un rey entre reyes. Jugaría un papel muy importante para el día que se avecinaba, el Ragnarök final.

La Elegida no sabía por qué, solo sabía que lucharía por su supervivencia.

Sabía dónde estaba. Estaba en el paso de Shipka. Y sabía quiénes había bajo esas instalaciones. Eran los vanirios. Y uno de ellos se había puesto en contacto con el foro.

¿Cómo lo conocían? ¿Cómo contactaron?

Daanna entró en el edificio y no supo hacia dónde dirigirse. Posó sus manos sobre su vientre y le dijo:

—Ayuda a mami, bebé. Si sientes y sabes dónde están y cómo puedes

sacarlos de aquí, ayúdalos. *Caithfidh siad duit*. [Te necesitan].

«*Cúrsa, mammaidh*», contestó Aodhan mentalmente: «Claro que sí, mamá».

Daanna frotó su vientre y sonrió.

El sonido de bisagras al crujir, de puertas al abrirse y de diversos artilugios mecánicos al ponerse en marcha inundaron la colina. Material oxidado, sin duda.

Pasados los minutos, las luces de las verjas y de alrededor se encendieron. Daanna no dudaba de que aquel lugar debía llamar la atención al pueblo y a todos los que vivieran en las faldas del misterioso puerto de montaña en el que se encontraba.

El hierro de los cercos, el suelo de tierra y todo tipo de instrumentos que había en el exterior, instrumentos de tortura, seguían manchados de sangre.

A la vaniria se le revolvió el estómago. Ahí habían martirizado a los suyos, sin que ellos lo supieran. No les habían podido ayudar, pues desconocían dónde habían estado.

De repente, la puerta central metálica, inmensa, robusta y gris, se abrió de par en par.

Daanna estaba solo a diez metros. Podría ver quiénes aparecerían a través de ella.

Solo distinguió la silueta de un hombre, abierto de piernas y con los brazos tensos a cada lado de sus caderas.

Un hombre musculoso y robusto, vestido con una bata blanca manchada de sangre. Tenía el pelo negro, largo y liso. Sus ojos... eran lilas.

Él levantó la mirada hacia ella e intentó sonreír, pero solo le salió una mueca mal hecha. Parpadeó como si estuviera viendo un sueño cuando fijó sus ojos en el vientre abultado de la vaniria.

Daanna abrió y cerró la boca. No sabía ni qué decir.

El impacto fue tal que se le llenaron los ojos de lágrimas. Dio un paso para acercarse a él y mirarlo mejor. No podía creer lo que estaba viendo.

—Hola, Elegida —la saludó el hombre, con voz rota.

Daanna no tuvo tiempo de decir nada más. Se desmayó al instante, al tiempo que sus labios susurraban un nombre, desaparecido para los de su raza. Un nombre de culto y respeto entre los vanirios. El nombre de un líder desaparecido.

—¿Thor?

Glosario y expresiones Saga Vanir

GLOSARIO Y FRASES SAGA VANIR I

Aileen: **La que está llena de luz** Ál: **Joven y adorable** Álainn: **Chica hermosa** Atalayas: **Los 4 guardianes de los elementales. Uno por cada punto cardinal.** Beat: **Mordisco** Beatha: **La que da vida** Bratháir: **Hermano** Cahal: **El poderoso en la batalla** Caleb: **El guerrero valiente** Cáraid: **Pareja** Carbaidh: **Caramelo** Chailin: **Dama** Cianoil choin: **Perro asqueroso** Comharradh: **la señal (nudo perenne)** Daanna: **La elegida y venerada** Doch: **Trueno** Duine: **Hombre** Gall: **Intruso** Keltoi: **Celta** Leannán: **Dulce corazón** Mada-ruadh: **Zorra** Madadh-allaidh: **Bestia-lobo** Mamaidh: **Madre** Maru: **Grande** Menw: **El que puede sanar** Peanás Follaiseach: **Castigo público.** Piuthar: **Hermana** Rix: **Rey** Wicca: **tradición neopagana de magia y brujería.** Frases gaélicas

Cha b' éid mi, athair: Ellos no son como yo, padre Mo bréagha donn: *Mi chica hermosa* Carson: *¿Por qué?* Liuthad, mo álainn: *Todo, bella mía* Gobha: *Más profundo* Beat is beat: *Mordisco a mordisco* Tha mi gu tinn á t-áonais: *Porque me pongo enfermo sin ti* Mas fheàrr leat xxxx, gabh e, leannán: *Si prefieres a xxxx, tómallo, mi dulce corazón* Guir fuathach leam do thu: *Te odio* Thagh mi thu: *Te elijo a ti* Cha dèan: *Déjame en paz* Tha thu mo leannán: *Tú eres mi dulce corazón* ¿' N deíd thu lium, mo chailin?: *¿Vendrás conmigo, mi dama?* Ó furrain: *¿Puedes?* Mo ghraidh: *Mi amor*

GLOSARIO Y EXPRESIONES SAGA VANIR II

Asgard: *residencia de los dioses, en particular de los Aesir.* Barnepike: *ama.* Bastón del concilio: *bastón que legó Odín al líder del clan berserker para que lo llevara con él como símbolo de paz entre clanes.* Bráthair: *hermano en gaélico.* Bror: *hermano en noruego.* Canto joik: *el canto del noaiti que evoca a los espíritus.* Cáraid: *pareja en gaélico.* Comitatus: *un grupo de personas que se reconocen como familia entre ellos aunque no haya vínculo sanguíneo que les una. El comitatus se da entre los berserkers.* Constantes: *sacerdotisas que reciben la inmortalidad para combatir el mal eternamente.* Druht: *don de profecía y adivinación.* Hallsbänd: *el collar que se usa en el pacto slavery y que somete al que se lo pone.* Jotunheim: *residencia de los gigantes, considerado el origen de todo mal.* Juramento piuthar: *juramento que se pronuncia entre las hermanas sacerdotisas.* Katt: *gata.* Kompis: *compañero.* Kone: *así es como llaman los berserkers a sus compañeras,*

significa «mujer esposa». Leder: líder. Matronae: nombre que se les da a las sacerdotisas que apoyan a las constantes. Midgard: el nombre que los dioses nórdicos dan a la Tierra. Noaiti: el chamán del clan berserker, también conocido como «el Señor de los animales». Nonne: apelativo cariñoso que se le da a las hermanas, viene a ser como «hermanita». Nornas: las tres parcas nórdicas que tejen el destino. Od: Uno de los dondes que otorga Odín a los berserkers. Se trata de la furia animal. Pacto slavery: pacto de esclavitud que se da en el clan berserker cuando un hombre ha injuriado a una mujer. Ragnarök: Batalla final en la que perecen dioses, jotuns y humanos. Reflekt: apelativo cariñoso de los berserkers a sus compañeras. Significa «reflejo». Seidr: magia hechizante muy poderosa. Seidrman: brujo de la magia negra seidr. Slave: esclavo en noruego. Soster: hermana. Spädom y Drom: libros de profecías y sueños del noaiti. Valhalla: residencia de las valkyrias. Vanenheim: residencia de los Vanir. Velge: la ungida. Voluspä: la profecía de la vidente. Habla del ragnarök. Völva: vidente. GLOSARIO Y EXPRESIONES SAGA VANIR III

Allaidh: Significa «Padre» en gaélico. Asgard: Residencia de los dioses, en especial, de los Aesir. Asynjur: Grito de guerra de las valkyrias. Bratháir: Significa «Hermano» en gaélico. Cäraid: Significa «Pareja» en gaélico. Chakra: Casas circulares de los celtas. Comharradh: Es la señal, en forma de nudo perenne, que les sale a las parejas vanirias que han sido vinculadas y selladas por los dioses Vanir. Significa «Señal» en gaélico. Comitatus: Un grupo de personas que se reconocen como familia entre ellos aunque no tengan lazos de sangre que les una. El comitatus se da entre los berserkers. Cruithni: Significa «Picto» en gaélico. Guddine: Significa «De los dioses» en noruego. Katt: Significa «Gatita» en noruego. Keltoi: Significa «Celta» en gaélico. Kone: Significa «Mujer, compañera, esposa» en noruego. Leder: Líder, en noruego. Mamaidh: Significa «Madre» en gaélico. Midgard: Nombre que les dan los dioses a la Tierra. Noaiti: El chamán del clan berserker. Piuthar: Significa «Hermana» en gaélico. Priumsa: Significa «Príncipe» en gaélico. Sitíchean: Nombre por el que son conocidas las hadas entre los celtas. Valhalla: Residencia de las valkyrias, donde también vive Freyja. Vanenheim: Residencia de los dioses Vanir. Velge: Significa «Elegida» en noruego. Víngholf: Es la casa en la que residen las valquyrias en el Valhalla. Zan Mey: Significa «Bendición» en japonés. FRASES EN GAÉLICO

A ghiall, no toir no shollas rhuam: Por favor, no me dejes sin luz. An de ana tu sin air moshon: ¿Lo harías por mí? Byth eto: Nunca más. Cac: Mierda.

Dé' n gonadh a th' ann: Eso duele un montón. Faoin: Tonto. Ghon e mi gu dona: Me duele mucho. Is caoumh lium glu the mor: Te quiero mucho. Is caoumh lium the: Te quiero. Mae: Para siempre. Mae, mo ghràidh: Para siempre, mi amor. Mo duine: Mi hombre. Mo ghràidh: Mi amor. Mo leanabh: Mi niña. Omhailt: Idiota. Sin a tha' gam gonadh: Eso es lo que más daño me hace. Tha mi' gona h-iarradh: Voy en tu busca. GLOSARIO Y EXPRESIONES SAGA VANIR IV

Alfater: El Padre de todos. Álfheim: Reino de los elfos. Asgard: Reino que compone Vanenheim, Alfheim y Nidavellir. Asynjur: Grito de guerra de las valkyrias cuando quieren convocar a los rayos. Bue: Muñequeras anchas de metal que llevan las valkyrias. De ellas salen los arcos y las flechas. Cáraid: «Pareja» en gaélico. Dísir: Diosas menores. Druht: Don que otorga Odín a los einherjars. Dvelgar: Enano. Guddine: De los dioses. Folkvang: Las tierras de Freyja. Furie: Furia de las valkyrias. Hanbun: «Mitad» en japonés. Hildskalf: Trono de Odín a través del cual se asoma a todos los reinos. Hjelp: Remedio de los enanos que sule a la cura de las valkyrias. Helbredelse: La cura de las valkyrias. Funciona con sus einherjars. Hrmithur: Raza de gigantes. Jotunheim: Reino de los jotuns y los gigantes. Katt: Significa «gatita» en noruego. Kompromiss: Es el vínculo que se crea entre la valkyria y su einherjar. Kompis: Significa «Compañero» en noruego. Kone: Significa «Mujer o esposa» en noruego. Leder: Significa «Líder» en noruego. Muspellheim: Reino de los gigantes de fuego. Nidavellir: reino de los enanos. Niflheim: Reino de los infiernos. Noaiti: Significa «chamán» en noruego. Seidrman: Es el brujo que utiliza la magia seidr para oscuros objetivos. Sessrúmnir: Palacio de Freyja. Svartalfheim: Reino de los elfos oscuros. Valhall: Tierra de las valkyrias y de Freyja. Vanenheim: Reino de los Vanir. Víngröf: Palacio de quinientas cuarenta puertas en el que residen las valkyrias y sus einherjars. GLOSARIO Y EXPRESIONES DEL SAGA VANIR V

Alfater: El Padre de todos. Álfheim: Reino de los elfos. Asgard: Reino que compone Vanenheim, Alfheim y Nidavellir. Asynjur: Grito de guerra de las valkyrias cuando quieren convocar a los rayos. Bue: Muñequeras anchas de metal que llevan las valkyrias. De ellas salen los arcos y las flechas. Cáraid: «Pareja» en gaélico. Dísir: Diosas menores. Druht: Don que otorga Odín a los einherjars. Dvelgar: Enano. Gjallarhorn: Cuerno que anuncia el Ragnarök. Guddine: De los dioses. Folkvang: Las tierras de Freyja. Furie: Furia de las valkyrias. Hanbun: «Mitad» en japonés. Heimdal: Guardián del Asgard. Hildskalf: Trono de Odín a través del cual

se asoma a todos los reinos. Hjelp: **Remedio de los enanos que suple a la cura de las valkyrias.** Helbredelse: **La cura de las valkyrias. Funciona con sus einherjars.** Hrmithur: **Raza de gigantes.** Jotunheim: **Reino de los jotuns y los gigantes.** Katt: **Significa «gatita» en noruego.** Kompromiss: **Es el vínculo que se crea entre la valkyria y su einherjar.** Kompis: **Significa «Compañero» en noruego.** Kone: **Significa «Mujer o esposa» en noruego.** Konfrontasjon: **duelo entre valkyrias. Enfrentamiento.** Leder: **Significa «Líder» en noruego.** Muspellheim: **Reino de los gigantes de fuego.** Nidavellir: **Reino de los enanos.** Niflheim: **Reino de los infiernos.** Nig: **Magia nigromante oscura.** Noaiti: **Significa «chamán» en noruego.** Nonne: **nombre cariñoso que se da entre mujeres. Significa «hermanita».** Saechrimner: **cerdo inmortal del Asgard.** Seidr: **Magia negra.** Seidrman: **Es el brujo que utiliza la magia seidr para oscuros objetivos.** Sessrúmnir: **Palacio de Freyja.** Soster: **Hermana Svartalfheim: Reino de los elfos oscuros.** Valhall: **Tierra de las valkyrias y de Freyja.** Vanenheim: **Reino de los Vanir.** Víngröf: **Palacio de quinientas cuarenta puertas en el que residen las valkyrias y sus einherjars.** **PALABRAS Y DICTERIOS EN JAPONÉS**

Achike: Jódete. **Ama:** Perra. **Arigatô gozaimasu:** Muchas gracias. **Baka:** Tonto. **Baka yaro:** Bastardo estúpido. **Bebī:** Bebé. **Chijo:** Ninfómana. **Futago:** Gemelos. **Gomenasai:** Lo siento. **Hai:** Sí. **Hanbun:** Mitad. **Hanii:** Cariño. **Heiban:** Mala. **Hoseki:** Joya. **Iie:** No. **Kusu a taberu na!:** ¡Come mierda! **Okama:** Puto. **Onara atama:** Cabeza de pedo. **Onegai:** Por favor. **Oni:** Demonio. **Suteki:** Precioso. **Yogen:** Profecía.

